

JONATHAN

FURIA

KELLERMAN

La venganza es el arma más mortífera.

Troy Turner y Rand Duchay eran unos adolescentes cuando secuestraron y asesinaron a Kristal Malley. Troy, sociópata sin remordimientos, murió de forma violenta en el correccional. Rand, en cambio, consiguió sobrevivir a la condena. Ahora, con veintiún años, se ha convertido en un joven angustiado con la necesidad de hablar, una vez más, con el psicólogo Alex Delaware. A medida que Delaware y su amigo Sturgis revisan el truculento asesinato que destrozó a toda una comunidad, descubren un escalofriante legado de locura, suicidio y múltiples asesinatos. Y cuanto más comprenden el atroz crimen, más angustiosamente cerca se encuentran de desenmascarar al monstruoso orquestador de esta espiral de destrucción.



Jonathan Kellerman

Furia

Alex Delaware - 19

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2017

Título original: *Rage*
Jonathan Kellerman, 2005
Traducción: Laura Sánchez-Crespo López

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mi madre, Sylvia Kellerman

Quiero agradecer especialmente su ayuda a Larry Malmberg,
detective privado, y al agente Miguel Porras.

CAPÍTULO 1

Un domingo lento y frío de diciembre, poco después de que Los Ángeles Lakers remontaran los dieciséis puntos de desventaja del primer tiempo y ganaran a los New Jersey Nets, recibí la llamada de un asesino.

No veía un partido de baloncesto desde la universidad, pero lo había retomado porque estaba trabajando en el desarrollo de mis habilidades para el ocio. La mujer de mi vida estaba visitando a su abuela en Connecticut, la mujer que solía estar en mi vida estaba viviendo en Seattle con su nuevo novio (de forma temporal, según ella, como si tuviera derecho a preocuparme), y todos mis casos estaban zanjados.

Tres juicios en dos meses: dos por la custodia de los hijos, uno bastante sencillo y el otro, una auténtica pesadilla; y una consulta para evaluar los daños de una niña de quince años que había perdido un brazo en un accidente de coche. Ahora todos los casos estaban archivados y estaba listo para tomarme una o dos semanas de descanso.

Me había soplado dos cervezas durante el partido y estaba amodorrado en el sofá del salón. El sonido distintivo del teléfono del trabajo me despertó. Normalmente, dejo que salte el contestador. Por qué lo cogí, es algo que todavía hoy me pregunto.

—¿Doctor Delaware?

No reconocí su voz. Habían pasado ocho años.

—Sí, ¿quién es?

—Rand.

Ahora recuerdo. Seguía arrastrando las palabras, pero ahora lo hacía con

voz de barítono. Se había convertido en un hombre. En algún tipo de hombre.

—¿Desde dónde llamas, Rand?

—Estoy fuera.

—¿Has salido del correccional?

—Mmm... sí, he terminado.

Como si de un plan de estudios se tratara. A lo mejor lo había sido.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

¿Qué podía decir? ¿Enhorabuena? ¿Que Dios nos ampare?

—¿Qué te preocupa, Rand?

—¿Podría hablar con usted?

—Sí, adelante.

—Mmm, pero no así... hablar... de verdad.

—En persona.

—Sí.

Por las ventanas del salón no se veía nada. Seis cuarenta y cinco de la tarde.

—¿De qué quieres hablar Rand?

—Mmm, pues... estoy...

—¿Qué te preocupa Rand? No hubo respuesta.

—¿Es sobre Kristal?

—Sí —afirmó con voz entrecortada.

—¿Desde dónde me llamas? —le interpelé.

—No estoy lejos de su casa.

Mi dirección profesional de casa no figura en la guía. *¿Cómo sabes dónde vivo?*

—Iré yo a buscarte, Rand. ¿Dónde estás? —le pregunté.

—Mmm, creo que en... Westwood.

—¿Westwood Village?

—Creo que... déjeme ver... —Escuché un ruido metálico al caer el teléfono. Un teléfono con cable, tráfico de fondo. Una cabina de teléfono. Se apartó del teléfono durante más de un minuto—. Pone Westwood. Hay un enorme centro comercial, con un puente de lado a lado.

Un centro comercial.

—¿Westside Pavilion?

—Supongo.

A unos tres kilómetros al sur de la ciudad. A poca distancia de mi casa en Glen.

—¿En qué parte del centro comercial estás?

—Mmm, no estoy dentro. Puedo verlo al otro lado de la calle. Hay... creo que pone *Pizza*. Dos zetas... sí, *pizza*.

Habían pasado ocho años y apenas sabía leer. Vaya con la rehabilitación.

Me llevó un rato, pero conseguí la ubicación exacta: bulevar Westwood, al norte de Pico, en el lado este de la calle, una señal verde, blanca y roja con forma de bota.

—Estaré allí en unos quince o veinte minutos, Rand. ¿Hay algo que quieras decirme ahora?

—Mmm, podemos... ¿podemos encontrarnos en el sitio de las *pizzas*?

—¿Tienes hambre?

—He desayunado.

—Es la hora de cenar.

—Supongo.

—Te veo en veinte minutos.

—Vale... gracias.

—¿Estás seguro de que no hay nada que quieras decirme antes de que nos veamos?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa.

Más ruido de coches. La espera se hizo eterna.

—¿Rand?

—No soy una mala persona.

CAPÍTULO 2

Lo que le pasó a Kristal Malley no fue ningún misterio.

El día después de Navidad, la niña de dos años acompañó a su madre al centro comercial Buy-Rite Plaza del distrito Panorama City. La promesa de ¡grandes rebajas! y ¡descuentos increíbles! había llenado el deteriorado y decaído centro comercial de cazadores de chollos. Los adolescentes, de vacaciones de Navidad, deambulaban por la zona de restaurantes Happy Taste y se congregaban entre las estanterías de cedés de Flip Disc Music. La sala oscura y llena de barullo, Galaxy Video Emporium, rezumaba hormonas y hostilidad. El aire olía a palomitas dulces, mostaza y olor corporal. Se escapaba un aire glacial a través de las puertas mal ajustadas de la pista cubierta de patinaje sobre hielo recientemente cerrada.

Kristal Malley, una niña activa y temperamental de veinticinco meses, consiguió eludir la atención de su madre y desasirse de su mano. Lara Malley alegó que había sido una cuestión de segundos; se volvió para mirar una blusa del expositor, sintió cómo la mano de su hija se soltaba de la suya, se dio la vuelta para agarrarla de nuevo y ya no estaba allí. Abriéndose paso a codazos a través de la muchedumbre de compradores, se puso a buscar a Kristal, voceando su nombre. Gritándolo.

Llegaron los vigilantes de seguridad del centro comercial. Dos hombres de sesenta años sin experiencia policial profesional. Sus intentos de que Lara Malley se calmara para que les aclarara lo sucedido hicieron que la mujer gritara más alto y le golpeará a uno de ellos en un hombro. Los vigilantes la sujetaron y llamaron a la policía.

Catorce minutos después apareció la Policía de Valley y se inició una búsqueda tienda por tienda del centro comercial. Se examinaron todas las tiendas. Se inspeccionaron todos los aseos y almacenes. Se pidió ayuda a un grupo de Eagle Scouts. Las unidades K-9 soltaron a sus perros. Los caninos captaron el olor de la pequeña en la tienda donde su madre la había perdido. A continuación, saturados por otros miles de olores, los perros olfatearon su rastro hasta la salida este del centro comercial y se detuvieron confusos.

La búsqueda duró seis horas. La policía habló con todos los compradores que se marchaban. Ninguno había visto a Kristal. Anocheció. Buy-Rite cerró. Dos detectives de Valley se quedaron y revisaron las cintas de vídeo de seguridad del centro comercial.

Las cuatro máquinas utilizadas por la empresa de seguridad estaban anticuadas y en mal estado, y las películas en blanco y negro eran oscuras, estaban granuladas, y se quedaban en blanco durante minutos.

Los detectives se centraron en el periodo de tiempo inmediatamente posterior a que se denunciara la desaparición de Kristal Malley. Ni eso fue fácil; las lecturas digitales de las máquinas desaparecieron de tres a cinco horas. Al final, se localizaron los fotogramas correctos.

Y ahí estaba.

Una toma larga de una figura diminuta en volandas entre dos varones. Kristal Malley llevaba chándal al igual que la figura. Sus diminutas piernas pataleaban.

Tres figuras salían del centro comercial por la salida este. Nada más; ninguna cámara grabó el aparcamiento.

Los detectives vieron de nuevo la cinta en busca de detalles. El secuestrador más grande llevaba una camiseta de color pálido, vaqueros y unos zapatos claros, probablemente zapatillas de deporte. Pelo corto y oscuro. Según los detectives, parecía corpulento.

No tenían rasgos faciales. La cámara, situada en lo alto, en una esquina, recogía imágenes frontales de los compradores que entraban, pero solo la espalda de los que salían.

El segundo varón era más bajo y delgado que su compañero, tenía el pelo más largo y parecía rubio. Llevaba una camiseta oscura, vaqueros y zapatillas de deporte.

—A mí me parece que son niños —comentó, Sue Kramer.

—Estoy de acuerdo —afirmó, Fernie Reyes.

Siguieron viendo la cinta. Kristal Malley, que iba agarrada por los captores, se giró un instante y la cámara captó su cara durante dos coma tres segundos.

Demasiado lejos y mal enfocado como para detectar algo más que un pequeño y pálido disco. La detective encargada del caso, una supervisora de rango Dil, llamada Sue Kramer, dijo:

—Fíjate en el lenguaje corporal. Está forcejeando.

—Y nadie se da cuenta —afirmó su compañero, Fernando Reyes, señalando a la multitud de compradores que no cesaba de entrar y salir del centro comercial—. La gente esquivaba a la niña como si fuera un pecio en un puerto deportivo.

—Probablemente todo el mundo pensara que estaban jugando —comentó Kramer—. Dios mío.

Lara Malley vio la cinta entre lágrimas y sollozos y no reconoció a ninguno de los dos captores.

—¿Cómo podría? —gimoteó ella—. Aunque les conociera, están muy lejos.

Kramer y Reyes se la pusieron otra vez. Y otra. Así, hasta seis veces. Tras cada visionado, negaba más lentamente con la cabeza. Para cuando un agente entró en la sala de seguridad y anunció que su padre estaba ahí, la pobre mujer ya estaba casi catatónica.

Los detectives, imaginándose que el salón recreativo atraía niños al centro comercial, hicieron pasar al dueño de Galaxy y a los dos empleados que habían estado de servicio, los hermanos Lance y Preston Kukach, dos frikis con acné de unos veinte años que habían dejado los estudios.

El dueño no tardó ni un segundo en decir:

—La cinta es una mierda pero ese es Troy.

Era un ingeniero licenciado en el Instituto de Tecnología de California de

cincuenta años llamado Al Nussbaum, que había ganado más dinero en tres años con las máquinas recreativas que en diez en el Laboratorio Jet Propulsion. Ese día, se había llevado a sus propios hijos a montar a caballo y había vuelto para comprobar los recibos.

—¿Cuál de los dos es Troy? —preguntó Sue Kramer.

Nussbaum señaló al niño más pequeño de la camiseta oscura.

—Viene aquí constantemente. Siempre lleva esa camiseta. Es una camiseta de Harley. ¿Ve el logo ahí?

Su dedo dio un golpecito en la espalda del adolescente. Para Kramer y para Reyes, el supuesto logo con alas era una mancha color gris claro.

—¿Cuál es el apellido de Troy? —preguntó Kramer.

—Ni idea, pero es un cliente habitual.

Nussbaum miró a Lance y a Preston. Los hermanos asintieron.

—Chicos, ¿qué clase de chaval es? —preguntó Fernie Reyes.

—Un gilipollas —contestó Lance.

—Una vez le pillé intentando robar una ficha —comentó Preston—. Se inclinó sobre el mostrador justo cuando estaba allí y cogió un tubo. Cuando se lo quité, intentó pegarme, pero le di una paliza.

—¿Y dejaste que volviera? —interpeló Nussbaum.

El empleado se puso colorado.

—Tenemos una política —explicó Nussbaum a los detectives—. Si alguien roba, no vuelve a entrar. ¡Y encima te pegó!

Preston Kukach miraba fijamente al suelo.

—¿Quién es el otro? —preguntó Sue Kramer señalando al chico más grande.

Preston siguió mirando al suelo.

—Si lo sabes, suéltalo —le exigió Al Nussbaum.

—No sé su nombre. Viene de vez en cuando, nunca juega.

—¿Qué hace? —preguntó Sue Kramer.

—Pasar el rato.

—¿Con quién?

—Con Troy.

—¿Siempre con Troy?

—Sí.

—Troy juega y este otro pasa el rato.

—Sí.

—Ahora que saben quiénes son, ¿por qué no van rápidamente a por ellos en busca de esa niña? —preguntó Al Nussbaum.

Reyes se volvió hacia los empleados:

—¿En qué consiste lo de pasar el rato?

—Él anda por ahí mientras Troy juega —contestó Lance.

—¿Intentó robar alguna vez?

Los hermanos Kukach negaron con la cabeza.

—¿Alguna vez habéis visto a alguno de ellos con niños más pequeños?

—No —contestó Lance.

—Nunca —afirmó Preston.

—¿Qué más podéis contarnos sobre ellos? —preguntó Reyes.

Se encogieron de hombros.

—Cualquier cosa chicos. Esto es grave.

—Soltadlo —dijo Al Nussbaum.

—No sé, pero puede que vivan cerca de aquí —comentó Lance.

—¿Por qué dices eso? —interpeló Sue Kramer.

—Porque les he visto marcharse, salir hacia el aparcamiento y seguir andando hasta la calle. Nadie venía a recogerlos en coche, ¿sabe lo que digo?

—¿Salir por qué puerta?

—Por la que da al aparcamiento.

—Las tres salidas dan al aparcamiento, Lance —observó Al Nussbaum.

—La que está cerca de la basura —especificó Lance.

Fernie Reyes echó una mirada a su compañera y se marchó.

No había nadie en los contenedores cercanos a la salida este.

Cinco horas más de indagaciones por el vecindario sirvieron para finalmente identificar a los dos chavales. Ambos vivían en un complejo de viviendas para familias de bajos ingresos que, como una cicatriz, atravesaba el parque cubierto de maleza, paralelo a la parte trasera del centro comercial. Doscientas viviendas chapuceras de una sola habitación, financiadas por el gobierno federal, distribuidas por cuatro edificios de tres plantas, cercados

por una valla de tela metálica llena de agujeros. Un lugar descuidado parecido a una cárcel muy conocido por los agentes que patrullaban por aquella zona (la llamaban la Ciudad 415 por el artículo del código penal sobre alteración del orden público).

El administrador del edificio 4 vio la cinta un segundo y señaló al chaval más pequeño.

—Troy Turner. La policía ya anduvo por aquí buscándolo. Concretamente, la semana pasada.

—¿De verdad? —preguntó Sue Kramer.

—Sí. Pegó a su madre con un plato, le partió la cara.

El administrador se masajeó su pómulo sin afeitar.

—Antes de eso, asustaba a algunos de los niños pequeños.

—¿Asustarles cómo?

—Les agarraba, les daba empujones y agitaba un cuchillo por el aire. Tendríais que haberlo encerrado. ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Quién es el más grande? —preguntó Reyes.

—Randolph Duchay. Sufre algún tipo de retraso, pero no es problemático. Si ha hecho algo, probablemente sea por culpa de Troy.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó Fernie Reyes.

—A ver que piense... —dijo el administrador—. Creo que Troy tiene doce y puede que el otro tenga trece.

CAPÍTULO 3

Los detectives encontraron a los chicos en el parque.

Ahí estaban, sentados a oscuras en unos columpios, fumando, los extremos encendidos de los cigarrillos parecían luciérnagas naranjas. Sue Kramer podía oler la cerveza a metros de distancia. Cuando ella y Reyes se acercaron, Rand Duchay lanzó la lata de Bud al césped, pero el más pequeño, Troy Turner, ni siquiera hizo el ademán de esconderla.

Dio un largo trago mientras ella se acercaba. Devolviéndole la mirada fijamente y mandándola a la mierda con la mirada más indiferente que había visto en mucho tiempo.

Si no tenemos en cuenta su mirada, era un niño sorprendentemente pequeño, de aspecto débil, con unos brazos raquíuticos y una cara pálida y triangular bajo una enmarañada mata de pelo rubio ceniza. Se había rapado los laterales de la cabeza, lo que hacía que la parte de arriba pareciera más larga. El administrador había dicho que tenía doce; pero aparentaba menos.

Randolph Duchay era grande y ancho de espaldas, con pelo ondulado, corto y marrón, labios gruesos y cara hinchada llena de granos de aspecto brillante. Sus brazos ya habían empezado a marcar las venas y estaban algo definidos. A él, Sue le hubiera echado quince o dieciséis años.

Grande y asustado. La linterna de Sue puso de inmediato de manifiesto su miedo, el sudor de su frente y nariz. Una gota de suciedad corría por su barbilla llena de granos. Repetidos parpadeos.

Se abalanzó sobre él señalándole a la cara con el dedo.

—¿Dónde está Kristal Malley?

Randolph Duchay negó con la cabeza. Se echó a llorar.

—¿Dónde está? —repitió.

El chico se encogió de hombros. Cerró con fuerza los ojos y empezó a acunarse.

Lo levantó bruscamente. Fernie hacía lo mismo con Troy Turner y le hacía la misma pregunta.

Turner toleraba que lo cachearan con pasividad. Su cara estaba tan blanca como la cal.

Sue apretó el brazo de Duchay. Los bíceps del chico estaban tan duros como una piedra; si se resistiera sería un problema. Llevaba la pistola en la cadera, enfundada, fuera del alcance.

—¿Dónde coño está, Randy?

—Rand —repuso Troy Turner—. No es Randy.

—¿Dónde está Kristal, Rand?

No hubo respuesta. Sue apretó más fuerte, le clavó las uñas. Duchay chilló y señaló hacia la izquierda. Pasados los columpios, al otro lado del área de juegos, hacía un par de servicios públicos construidos de hormigón.

—¿Está en los servicios? —preguntó Fernie Reyes.

Rand Duchay negó con la cabeza.

—¿Dónde está? —refunfuñó Sue—. Dimelo ahora mismo.

Duchay señaló hacia la misma dirección.

Pero estaba mirando hacia otra parte. Hacia la derecha de los servicios. Al lado sur del bloque de hormigón, donde sobresalía una esquina de metal oscuro.

Contenedores de parque. Dios mío.

Ella esposó a Duchay y le metió en la parte trasera del Crown Victoria. Fue corriendo a echar un vistazo. Para cuando volvió, Troy también estaba esposado. Sentado al lado de su amigo, seguía sereno.

Fernie esperaba fuera del coche. Cuando la vio, levantó una ceja con curiosidad.

Sue negó con la cabeza.

Fernie llamó al juez de instrucción.

Los chavales ni siquiera habían intentado esconderlo. El cuerpo de Kristal yacía encima de cinco días de basura del parque, totalmente vestida, pero sin un zapato. El calcetín blanco de debajo estaba sucio en la punta del dedo gordo del pie. El cuello de la niña estaba roto como el de una muñeca abandonada. Con un cuello tan delicado, Sue se imaginó que había muerto instantáneamente (lo deseó). Varios días después, el oficial de instrucción confirmó sus sospechas: varias vértebras cervicales rotas, tráquea fracturada y derrame cerebral concomitante. El cuerpo también presentaba dos docenas de moratones y heridas internas que podrían haber resultado mortales. No había indicios de abuso sexual.

—¿Realmente importa? —planteó el patólogo que había realizado la autopsia. Un tipo duro por lo general llamado Banerjee. Cuando informó a Sue y a Fernie parecía derrotado y mayor.

Encerrado en una celda de detención temporal, Rand, no Randy, Duchay permanecía encorvado, inmóvil y en silencio. Había dejado de llorar y sus ojos estaban vidriosos y como en trance. Su celda apestaba. Sue había oído ese hedor salvaje muchas veces. Miedo, culpa, hormonas y yo qué sé qué más.

La celda de Troy Turner olía ligeramente a cerveza. Las latas que habían encontrado los detectives indicaban que cada uno de los chicos se había tomado tres Bud. Teniendo en cuenta el peso de Troy, no era una cantidad insignificante, pero no parecía borracho. Ojos secos, calmado. Se pasó todo el trayecto a la comisaría mirando por la ventana del coche de incógnito mientras este atravesaba calles oscuras de Valley. Como si de una excursión se tratara.

Cuando Sue le preguntó si había algo que quisiera decir, profirió un pequeño y extraño gruñido.

Un sonido de viejo gruñón, enfadado. Como si le hubieran estropeado los planes.

—¿Qué significa eso, Troy?

Entornó los ojos. Sue tenía dos hijos, uno de ellos tenía doce años. Turner le daba miedo. Se forzó a sí misma a mirarle fijamente hasta que, finalmente,

apartó la mirada y profirió otro gruñido.

—¿Te sucede algo, Troy?

—Sí.

—¿El qué?

—¿Me puedo fumar un piti?

Al final, resultó que los dos chicos tenían trece años; Troy era el mayor, a un mes de cumplir los catorce. Ninguno conocía a Kristal Malley. Según los informes, la pareja se quedó sin monedas; al salir del salón recreativo, vieron a la pequeña deambulando con aire perdido por el centro comercial. Tras decidir que sería divertido jugar un rato, le dieron a Kristal un caramelo rancio del bolsillo arenoso de los vaqueros de Rand, y ella les siguió por voluntad propia.

A pesar de que las pruebas lo negaban, insinuaciones de agresión sexual teñían la prensa local. La prensa nacional y las agencias de noticias se hicieron eco de la historia, inclinándose por lo morboso, distribuyendo la noticia a sus clientes internacionales.

Eso atrajo el típico enjambre de tertulianos, intelectuales públicos y otros buitres dando su opinión. La situación idónea para los escritores de artículos de opinión.

El desencadenante obvio de tal atrocidad fue: pobreza; ruptura social desenfrenada; violencia en los medios; comida basura y mala alimentación; erosión de los valores familiares; impiedad; fracaso de la religión organizada para satisfacer las necesidades del estrato social más bajo; ausencia de enseñanza de la moralidad en los colegios; absentismo escolar; insuficiente financiación estatal para programas sociales; y demasiado control gubernamental sobre la vida de los ciudadanos.

Un genio, un experto financiado por la fundación Ford, trató de relacionar el asesinato con la temporada de ventas posterior a Navidad; el materialismo pernicioso lleva a la frustración que, a su vez, lleva al asesinato. Lo había llamado «rabia adquisitoria». Eso mismo pasa todo el tiempo en las favelas de Brasil.

—Comprar compulsivamente hasta que saltas a la yugular de alguien —

dijo Milo por aquel entonces—. Qué tontería.

No habíamos comentado mucho el caso y yo me había pasado hablando casi todo el rato. Milo había solucionado cientos de casos, pero este le preocupaba.

El alboroto en los medios de comunicación duró mucho tiempo. En la estación central de policía, se inició el proceso legal de forma pausada y triste. Los chicos estaban en el pabellón de delitos mayores de la cárcel del condado. Ambos eran demasiado jóvenes para una vista 707 en la que se determinara si podían o no ser juzgados como adultos; la mayor parte de los expertos consideraba que la disposición terminaría en el Tribunal de Menores.

Invocando la brutalidad del delito, la oficina del fiscal del distrito realizó una petición especial para que el caso fuera elevado al Tribunal Superior. Los abogados de oficio de Troy Turner y Randolph Duchay, designados por el juzgado, presentaron documentos oponiéndose con firmeza a ello. Se dedicaron un par de días más de columnas editoriales a dicho asunto. A continuación, otro periodo de calma, mientras se instruía el caso y se nombraba a un juez para la vista.

El juez de menores Thomas A. Laskin III (antiguo fiscal del distrito con experiencia en procesar a miembros de bandas) tenía reputación de hueso duro. En la sala de la audiencia se rumoreaba que aquello iba a ponerse interesante.

Me llamaron tres semanas después del asesinato.

—¿Señor Delaware? Tom Laskin. No nos conocemos, pero el juez Bonnaccio ine ha dicho que es usted la persona adecuada para el trabajo.

Peter Bonnaccio llevaba dos años en el cargo de juez presidente del Tribunal Superior, División de Familia, y había testificado ante él. Al principio no me gustó, pensaba que sus decisiones en materia de custodia eran precipitadas y superficiales. Me equivoqué. Hablaba rápido, contaba chistes y a veces estaba fuera de lugar. Pero sus decisiones estaban muy bien fundamentadas y acertaba más veces de las que se equivocaba.

—¿De qué trabajo se trata juez? —pregunté.

—Tom, soy el afortunado que se encarga del asesinato de Kristal Malley y necesito una evaluación psicológica de los acusados. Está claro que la cuestión principal es determinar si hubo suficiente premeditación y capacidad

mental antes y durante la comisión del asesinato como para certificar que los acusados tenían capacidad psicológica de adulto. El fiscal del distrito ha abierto nuevos caminos pero, por experiencia propia, la edad mínima de dieciséis años para una vista 707 es inviolable. Cuestión número dos, y esta es tan personal como oficial, me gustaría comprender su forma de actuar. Tengo tres hijos y, para mí, nada de esto tiene sentido.

—Es un caso difícil —reconocí—. Por desgracia, no puedo ayudarle.

—¿Cómo?

—No soy la persona que busca para el trabajo.

—¿Por qué no?

—Los tests psicológicos pueden revelar cómo funciona uno intelectual y emocionalmente en el momento, pero no dicen nada sobre estados mentales pasados. Además, se desarrollaron para medir cosas como problemas de aprendizaje y virtuosismo, no comportamientos homicidas. En cuanto a lo que hace funcionar a estos chicos, mi formación es incluso menos útil. Somos buenos creando normas sobre comportamiento humano, pero malos comprendiendo excepciones.

—Hablamos de comportamiento extraño —observó Laskin—, ¿eso no es competencia suya?

—Tengo opiniones, pero son solo eso, mi punto de vista personal.

—Lo único que quiero saber es si estaban pensando como niños o como adultos.

—No podría decir nada científicamente definitivo al respecto. Si otros psiquiatras le dicen lo contrario, le están mintiendo.

Se rió.

—Peter Bonnaccio me advirtió de que podía ponerse así. Que es precisamente por lo que le llamé. Todo lo que haga en este caso se va a mirar con lupa. Lo último que necesito es uno de esos expertos típicos sin escrúpulos convirtiendo todo esto en un circo. No acepté sin más la opinión de Pete, que es imparcial, he hablado con otros jueces y con algunos policías. Incluso las personas que le consideran un incordio total reconocen que usted no es doctrinario. Necesito una persona imparcial. Pero con capacidad de decisión.

—¿Es usted imparcial? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—¿No ha predeterminado ya el fallo?

Le escuché respirar. Rápido, a continuación, despacio, como haciendo esfuerzos por calmarse.

—No, aún no he decidido nada. Solo he visto las fotos de la autopsia. También he ido a la cárcel a ver a los acusados. Con la ropa de la cárcel y el pelo corto, parece que ellos mismos hayan sido secuestrados. No tiene sentido.

—Lo sé, pero...

—Corte el rollo, doctor. Hay ciudadanos íntegros que claman venganza y la Unión Americana de Libertades Civiles y sus amigos quieren sacar provecho político. Conclusión: evaluaré la información y tomaré una decisión. Pero necesito estar seguro de que cuento con la mejor información. Si no evalúa usted a los chicos, será otro, probablemente uno de esos expertos sin escrúpulos. No quiere cumplir con su obligación cívica; vale. Pero la próxima vez que pase algo malo, dígame a usted mismo que lo hizo lo mejor que pudo.

—Impresionante discurso sobre la culpabilidad.

—¡Eh! —dijo, entre risas—. Lo que haga falta. ¿Entonces qué? Hable con ellos, evalúelos, haga lo que quiera e infórmeme directamente.

—Deje que me lo piense.

—No lo piense demasiado. Bueno, qué, ¿se ha decidido ya?

—Voy a serle muy claro —afirmé—. Podría terminar sin ningún tipo de recomendación de adulto frente a menor.

—Ya cruzaré ese puente si llegamos a ese río.

—Necesitaría acceso ilimitado —aseveré— y nada de prisas.

—Sí a lo primero, no a lo segundo. Tengo que dictaminar en treinta días. Puedo ampliarlo a cuarenta y cinco, puede que a sesenta. Pero si no actúo de forma oportuna, quedaré expuesto a todo tipo de apelaciones. ¿Se apunta?

—Sí —pronuncié.

—¿Cuáles son sus honorarios?

Se lo dije.

—Elevados —comentó—, pero no fuera de nuestro alcance. Envíeme la factura directamente a mí. Puede que cobre incluso en un plazo de tiempo razonable.

—Reconfortante.

—Ese va a ser todo el confort que consiga con este caso.

CAPÍTULO 4

Los Servicios Sociales habían evaluado a las familias de los chavales antes de asignarles al complejo de viviendas. Fue necesaria una citación, pero obtuve los registros.

Troy Turner Junior vivía con su madre, una alcohólica y cocainómana de veintiocho años llamada Jane Hannabee. Se había pasado la mayor parte de su vida adulta entrando y saliendo de centros de rehabilitación y, de adolescente, pasó dos años en un hospital psiquiátrico estatal de Camarillo. Sus diagnósticos variaban de trastorno del estado de ánimo, tipo depresivo, a trastorno esquizoafectivo. Lo que quiere decir que realmente nadie la comprendía. Durante sus intentos de desintoxicación, Troy se iba con los abuelos maternos a San Diego. El abuelo de Troy, sargento militar jubilado, pensaba que el comportamiento salvaje del chico era intolerable. Llevaba muerto siete años, y su mujer seis.

Un adicto y delincuente habitual llamado Troy Wayne Turner era el supuesto padre del chico. Jane Hannabee alegó que a los quince años compartió un chute de cocaína y una noche de sexo con el hombre de treinta y nueve años en un motel de San Fernando. Turner acaba de recurrir al robo de bancos para financiar su adicción y tras su encuentro amoroso con Hannabee lo atraparon huyendo de un Bank of America en Covina. Condenado a diez años en San Quentin, sucumbió tres años después de una enfermedad de hígado, sin haber conocido, ni reconocido, nunca a su hijo.

Poco después de que arrestaran a su hijo, Jane Hannabee se marchó de la Ciudad 415 con rumbo desconocido.

Los padres de Rand Duchay eran camioneros de larga distancia que habían fallecido en Grapevine en un accidente múltiple de treinta vehículos. Rand, de seis meses en el momento del accidente, iba en el camión, envuelto en un compartimento para almacenamiento situado detrás del asiento delantero.

Sobrevivió sin daños aparentes, y vivió toda su vida con sus abuelos, Elmer y Margaret Sieff, que no tenían estudios y habían fracasado en la agricultura y en otros negocios pequeños. Elmer murió cuando Rand tenía cuatro años y Margaret, aquejada de diabetes y problemas circulatorios, se mudó al complejo al quedarse sin dinero. Según los trabajadores sociales, lo hizo lo mejor que pudo.

Que yo supiera, ninguno de los chicos había pasado mucho tiempo en el colegio y nadie se había dado cuenta.

Presenté una solicitud para visitar a los acusados y el ayudante del fiscal del distrito pidió una cita previa. Los abogados de oficio de los acusados hicieron lo mismo. No necesitaba que ninguna de las partes me predispusiera, así que me negué. Cuando todos los abogados protestaron, el juez Laskin medió. Un día después, tenía permiso para entrar en la cárcel.

Había estado antes en la cárcel del condado, estaba acostumbrado al aspecto sombrío, a la espera, a las puertas, a los formularios. Al receloso examen de los desconfiados guardias mientras esperaba en el control de acceso. También conocía el pabellón de delitos mayores, hacía años había ido allí a visitar a un paciente. Otro chaval en la cuerda floja. Mientras andaba por el pabellón junto al guardia, me llegaban gemidos y risitas de celdas lejanas y el aire se impregnó de los hedores a excrementos y desinfectante. El mundo había cambiado, pero ese sitio no.

Las evaluaciones psicológicas se habían ordenado por orden alfabético: Randolph Duchay, primero. Estaba hecho un ovillo en un catre de su celda, mirando hacia delante, pero dormido. Le hice una señal al guardia para que se detuviera y observé durante unos segundos.

Grande para su edad, pero en ese espacio frío, amarillo crema y sin

adornos, parecía insignificante.

El mobiliario consistía en un lavabo, una silla, una taza sin tapa y una balda para objetos personales que estaba vacía. Semanas tras los barrotes le habían dejado cetrino, con medias lunas negruzcas bajo los ojos, labios agrietados y una cara devastada por el acné. Le habían rapado la cabeza. Incluso desde lejos, podía ver la plaga de espinillas extendiéndose hacia el cuero cabelludo.

Le indiqué al guardia que estaba listo y abrió la celda. Al hacer clic la puerta a mis espaldas, el chico miró hacia arriba. Sus ojos marrones y apagados, apenas habían enfocado, cuando volvieron a cerrarse.

El guardia dijo:

—Paso cada cuarto de hora. Si me necesita antes, grite.

Le di las gracias, puse el maletín en el suelo y me senté en la silla. Cuando se marchó, dije:

—Hola, Rand. Soy el doctor Delaware.

—Hola.

Voz ronca y flemática, apenas por encima de un susurro. Tosió. Parpadeó varias veces. Permaneció boca abajo.

—¿Te has resfriado?

Negó con la cabeza.

—¿Qué tal te tratan?

No contestó. A continuación, se medio sentó, permaneciendo tan encorvado que su tronco estaba casi paralelo al catre. Gran torso, piernas desproporcionadamente cortas. Orejas de implantación baja, puntiagudas y dobladas hacia abajo de forma rara. Dedos cortos y gruesos. Cuello corto. Boca constantemente entreabierta. Dientes frontales pequeños y desiguales. Cuadro general: señales neurológicas suaves, evidencias de anormalidad que no reunían las condiciones de ningún tipo de síndrome formal.

—Soy psicólogo, Rand. ¿Sabes lo que es?

—Una especie de médico.

—Exacto. ¿Qué tipo?

—Mmm...

—Los psicólogos no ponemos inyecciones ni examinamos el cuerpo. Se estremeció. Como cualquier otro preso, había pasado por el examen físico

completo.

—Yo me ocupo de cómo te sientes emocionalmente —añadí. Levantó la vista. Me toqué la frente.

—Lo que tienes en la cabeza.

—Como un psiquiatra.

—¿Qué sabes de los psiquiatras?

—Chiflados.

—¿Los psiquiatras son para los chiflados?

—Ajá.

—¿Quién te ha dicho eso, Rand?

—La abu.

—¿Tu abuela?

—Ajá.

—¿Qué más te ha dicho sobre los psiquiatras?

—Si no me portaba bien, me mandaría a uno.

—¿A un psiquiatra?

—Ajá.

—¿Qué quiere decir «portarse bien»?

—Ser bueno.

—¿Cuándo te dijo eso tu abuela?

Pensó la respuesta; parecía estar realmente intentando averiguar la respuesta. Se cansó y quedó mirando sus rodillas.

—¿Fue antes o después de entrar en la cárcel?

—Antes.

—¿Estaba tu abuela enfadada cuando te lo dijo?

—Más o menos.

—¿Qué es lo que la enfadó?

Su granulosa piel enrojeció.

—Cosas.

—¿Cosas? —pregunté.

No contestó.

—¿Ha venido tu abuela a verte?

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia viene?

—A veces.

—¿Tenía algo más que decirte?

Silencio.

—¿No? —le pregunté.

—Me *trayó* comida.

—¿Qué te trajo?

—Oreo —contestó. Está enfadada.

—¿Por qué?

—Porque lo he estropeado.

—¿Qué has estropeado?

—Todo.

—¿Cómo lo has hecho?

Parpadeó. Cerró los ojos.

—Mi pecado.

—¿Tu pecado?

—Matar a la niña.

Se tumbó de espaldas y se tapó los ojos con un brazo.

—¿Te sientes mal por eso? —pregunté.

No contestó.

—Por matar a la niña —instigué.

Se apartó de mí rodando y se puso de cara a la pared.

—¿Cómo te sientes por lo que le pasó a la niña, Rand?

Pasaron varios segundos.

—¿Rand?

—Se rió.

—¿Quién se rió?

—Troy.

—¿Troy se rió?

—Ajá.

—¿Cuándo?

—Cuando la golpeó.

—Troy se rió cuando golpeó a Kristal.

Silencio.

—¿Le hizo Troy algo más a Kristal?

Se quedó inerte durante casi un minuto, a continuación, rodó hacia mí. Entreabrió los ojos. Se chupó los labios.

—Es duro hablar de esto —comenté.

Asintió levemente con la cabeza.

—¿Qué más le hizo Troy a la niña?

Se sentó con movimientos rígidos y torpes típicos de una persona mayor, y rodeó su propio cuello con sus manos e hizo una pantomima de un estrangulamiento. Fue mucho más que mínima; sus ojos se abrieron de par en par, su cara se volvió rojo escarlata y sacó la lengua.

—Troy asfixió a la niña —afirmé.

Sus nudillos emblanquecieron al apretar más fuerte.

—Ya basta, Rand.

Empezó a acunarse mientras sus dedos se hundían en la carne. Me levanté, le solté las manos. Chico fuerte; me costó mucho trabajo hacerlo. Respiró entrecortadamente, hizo ruido de arcadas y se dejó caer con brusquedad. Permanecí a su lado hasta que su respiración se calmó. Se llevó las rodillas al pecho. Las marcas de presión enrojecieron su cuello.

Redacté una nota para que se le vigilara por riesgo de suicidio.

—No vuelvas a hacerlo, Rand.

—Lo siento.

—Te sientes mal por lo que le pasó a la niña.

No dijo nada.

—Viste a Troy cómo asfixiaba y pegaba a la niña y pensar en ello te hace sentir realmente mal.

En la radio de alguien sonaba una canción de hip-hop. Se oyeron pasos a lo lejos, pero nadie apareció.

—Te sientes mal por haber visto a Troy —insistí.

Masculló algo.

—¿Qué dices, Rand?

Sus labios se movieron sin pronunciar palabra.

—¿El qué, Rand?

El guardia que me había escoltado pasó por delante, escudriñó la celda y

siguió caminando. No habían pasado quince minutos. El personal estaba teniendo especial cuidado.

—¿Rand?

—Yo también la pegué —confesó.

Durante la semana siguiente, lo veía a diario, teníamos dos sesiones de una hora, una por la mañana, otra por la tarde. En vez de abrirse, sufrió una regresión, se negó a revelar nada más acerca del asesinato. Dediqué la mayor parte del tiempo a las pruebas formales. El interrogatorio clínico fue todo un reto. Algunos días permanecía decididamente mudo; lo máximo a lo que podía aspirar era a respuestas pasivas y monosilábicas a preguntas de sí o no.

Cuando saqué el tema del secuestro, parecía confundido sobre por qué había participado, más sorprendido que horrorizado. Parte de eso era negación, pero me imaginaba que su bajo intelecto también tenía algo que ver. Cuando se estudian minuciosamente las historias de chavales muy violentos, con frecuencia se descubren lesiones de cabeza. Me pregunté acerca del accidente que había matado a sus padres pero que le había librado de daños evidentes.

Su puntuación en el test de inteligencia Wechsler no fue ninguna sorpresa: cociente intelectual total de 79, con graves déficits en razonamiento verbal, expresión lingüística, conocimiento factual y lógica matemática.

Tom Laskin quería saber si estaba actuando como un adulto cuando mató a Kristal Malley. Incluso si Rand tuviera treinta y cinco años, eso seguiría siendo una pregunta relevante.

El T. A. T. y el Rorschach no sirvieron para nada: estaba demasiado deprimido y empobrecido intelectualmente como para dar respuestas significativas a las tarjetas. La puntuación de cociente intelectual del test de Peabody no fue superior a la de la parte más verbal del test Wechsler. En la prueba del dibujo de una persona pintó un monigote enano, sin extremidades, con dos pelos y sin boca. Mi petición de que hiciera un dibujo libre, tuvo como consecuencia una mirada confundida. Cuando le sugerí que se dibujara a sí mismo con Troy, se resistió fingiendo que estaba dormido.

—Pinta cualquier cosa, entonces.

Permaneció tumbado, respirando por la boca. El acné incluso había empeorado. Sugerir una consulta dermatológica hubiera provocado las risas burlonas del personal de la cárcel.

—¿Rand?

—Mmm.

—Pinta algo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Retorció la boca como si le dolieran los dientes.

—No puedo.

—Siéntate y hazlo de todas formas.

La dureza de mi tono le sobresaltó. Se me quedó mirando, pero no pudo sostener la mirada más de unos segundos. Lamentable capacidad de concentración. Puede que en parte se debiera a la privación sensorial resultante de estar encerrado, pero suponía que siempre había tenido dificultades de concentración.

Le pasé el lápiz, el papel y el tablero de dibujo. Permaneció sentado un rato, finalmente se puso el tablero en las rodillas y agarró el lápiz. La punta se quedó inmóvil sobre el papel.

—Pinta —ordené.

Su mano empezó a trazar círculos perezosamente, flotando en el aire por encima del papel. Al final hizo contacto y se puso a dibujar suaves elipses concéntricas, apenas visibles. La página empezó a llenarse. Elipses más oscuras. Los ojos cerrados mientras garabateaba. Durante dos semanas hizo eso muchísimo, ocultarse a sí mismo la realidad infernal.

Hoy, la mano del lápiz se movía más rápido. Las elipses eran más angulosas. Más chatas, más oscuras. Afilándose hacia formas picudas como lanzas.

Siguió pintando, con la punta de la lengua fuera. El papel se convirtió en una maraña negra. La mano libre se cerró en un puño aferrándose al dobladillo de la camiseta de la cárcel mientras la mano que dibujaba se movía cada vez más rápido. El lápiz se hundió y la hoja se arrugó. Se rasgó. Rajó el papel hacia abajo. Hizo círculos más rápido. Hundiendo el lápiz cada vez más mientras el papel se hacía jirones. El lápiz atravesó el papel hasta llegar al

tablero de dibujo, chocó contra el resbaladizo tablero de fibras de madera y se le cayó de la mano.

Aterrizó en el suelo de la celda.

Se movió rápido, lo recogió. Exhaló. Sujetó el trozo de lápiz amarillo en una palma mugrienta y húmeda.

—Lo siento.

El papel parecía confeti. El grafito del lápiz se rompió, dejando en la punta astillas pequeñas y puntiagudas de madera.

Cogí el lápiz. Me lo metí en el bolsillo.

Tras mi última visita, de camino al aparcamiento subterráneo, escuché a alguien decir mi nombre, me giré y vi a una mujer gruesa con un vestido de flores apoyada en un bastón de aluminio. El cielo blanco apagado hacía juego con su tez. Me había despertado con el firmamento soleado de Beverly Glen, pero la luminosidad había esquivado la mugrienta esquina de East LA dominada por la cárcel.

Dio unos pasos hacia mí y el bastón golpeó el pavimento.

—Es el psicólogo, ¿verdad? Soy la abuela de Rand.

Me acerqué a ella, le tendí mi mano.

—Margaret Sieff—se presentó, con voz de fumadora.

Su brazo libre permaneció a su lado. El vestido era una andrajosa tela estampada de algodón, con las costuras cedidas. Camelias, lirios, flores de delfinio y follaje salpicados sobre un fondo azul verdoso claro. Su pelo era blanco, corto y rizado, tan ralo que había zonas donde se le clareaba el rosado cuero cabelludo. Sus ojos azules me embaucaron. Ojos pequeños, rasgados e inquisidores. Nada que ver con los de su nieto.

—Ha estado aquí toda la semana pero nunca he recibido noticias tuyas. ¿No tiene intención de hablar conmigo?

—Tengo previsto hacerlo, pero cuando haya terminado de evaluar a Rand.

—Evaluar. —La palabra parecía afligirla.

—¿Qué cree que puede hacer por él?

—El juez Laskin me ha pedido...

—Todo eso ya lo sé —apuntó—. Se supone que tiene que decir si obró

como un niño o como un adulto. ¿No está más claro que el agua? Lo que le estoy preguntando es qué puede hacer por él.

—¿Qué es lo que está más claro que el agua señora Sieff?

—Que el chico es tonto. Que está demente —afirmó, dándose en la cénica frente con el dedo índice—. No empezó a hablar hasta los cuatro años y sigue sin hablar bien.

—Está diciendo que Rand...

—Estoy diciendo que Rand nunca será un adulto.

Que era un diagnóstico tan bueno como el que figuraba en mis notas.

Detrás de ella, alzándose sobre ambos, la reja de hormigón de la cárcel era la persiana más grande del mundo.

—Señora, ¿se queda o se marcha?

—Mi visita es dentro de dos horas. Con los autobuses de Valley es difícil calcular, así que vengo pronto. Porque si llego tarde, esos bastardos no me dejan entrar.

—¿Le apetece un café?

—¿Paga usted?

—Sí.

—Entonces, vale.

CAPÍTULO 5

Las cárceles atraían un torrente comercial muy específico, un goteo de abogados baratos, agencias de fianzas, servicios de traducción y restaurantes de comida rápida. Conocía un sitio de hamburguesas cercano pero el paseo por el aparcamiento fue demasiado para las entumecidas piernas de Margaret Sieff. Esperó junto a la entrada mientras cogía el coche. Cuando salí a abrirle la puerta, dijo:

—¡Vaya cochazo! Debe de estar bien ser rico.

Mi Seville es del 79, con el motor reconstruido. Por aquel entonces ya iba por el tercer techo de vinilo y la segunda capa de pintura estaba perdiendo la batalla frente al aire corrosivo. Cogí su bastón y la sujeté por el codo mientras intentaba subirse al coche. Cuando por fin se sentó, preguntó:

—¿Cuánto le pagan por la evaluación?

—No es asunto suyo, señora —repuse.

Eso la hizo sonreír.

Conduje hasta el sitio de las hamburguesas, la dejé en una mesa al aire libre, entré y esperé la cola detrás de un policía en moto, a quien le quedaba pequeña la camisa hecha a medida, un ayudante del fiscal del distrito, que aparentaba quince años, y un par de tipos bigotudos y desaliñados con tatuajes pandilleros descoloridos. Estos dos pagaron con monedas y al chico de detrás del mostrador le llevó un rato hacer la cuenta. Cuando por fin llegué al mostrador, pedí dos cafés que tenían sabor a cartón.

Cuando volví con Margaret Sieff, dijo:

—Tengo hambre.

Volví dentro y le compré una hamburguesa con queso.

Me arrebató la comida, la engulló y realizó esfuerzos simbólicos por mostrar finura (rápidas pasadas con la servilleta de papel por la manchada barbilla) antes de volver al enérgico ataque.

—Me ha sabido a gloria —comentó echándose lo que quedaba de ketchup en un dedo y lamiéndolo—. Se lo aseguro, a veces podría comerme cinco de esas.

—¿Qué quiere contarme sobre Rand?

—¿Aparte de que sea tonto?

—Ha debido de ser difícil criarlo.

—Todo es difícil —comentó—. Criar a su madre también fue difícil.

—Su hija tenía problemas.

—Tricia era tonta, igualito que él; y que el idiota con el que se casó. Se mataron por culpa de él. Con todas esas multas por exceso de velocidad y con su problema con la bebida; van y le dan un camión —dijo riendo—. Idiotas. Esa es la clase de gente a la que le dan un camión.

—Tricia tenía problemas en el colegio —comenté.

Su mirada dejaba ver que estaba empezando a dudar de mi inteligencia.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—¿Qué clase de problemas?

Suspiró.

—Cuando se molestaba en ir al colegio, odiaba la lectura, odiaba la aritmética, lo odiaba todo. Por aquel entonces vivíamos en Arizona y generalmente se escabullía y se juntaba con malas influencias en el desierto.

—¿En qué parte de Arizona?

En vez de contestarme, prosiguió:

—Hacía un calor del demonio. La gran idea de mi marido; cultivar cactus porque había oído que se podía hacer mucho dinero cultivando cactus y vendiéndoselos a los turistas. «Será fácil, Margie. No hace falta agua, solo hay que tenerlos en tiestos hasta que sean lo suficientemente grandes». Ya, y asegurarte de que el perro no se los coma y muera por tener espinas en el estómago; a continuación, tienes que montar un puesto en la carretera y

respirar todo ese calor y polvo y esperar a que algún turista se tome la molestia de parar.

Echó otra mirada a su vaso vacío.

—Me sentaba en aquel puesto día tras día, viendo cómo la gente pasaba de largo. Personas que iban a algún sitio.

Hizo un mohín.

—Adivine. Hasta los cactus necesitan agua.

Me tendió el vaso. Se lo volví a llenar.

—Así que Tricia creció en Arizona —comenté.

—Y en Nevada, y en Oklahoma y, antes de eso, en Waco, Texas, y antes, al sur de Indiana. ¿Y qué? Esto no va de dónde vivíamos antes. Va de Randolph y de la cosa mala que ha hecho.

Se reclinó sobre la mesa, apoyando el pecho sobre el plástico azul salpicado de grasa.

—Está bien —dije—. Hablemos de eso.

Plegó los labios hacia dentro, tirando de la nariz hacia abajo. Sus ojos azules se habían oscurecido hasta convertirse en guijarros de granito.

—Le dije que no saliera por ahí con ese pequeño monstruo. Ahora, nuestras vidas se han ido al garete.

—Troy Turner.

—Señor, no quiero ni oír su nombre. Malvado monstruo, sabía que metería a Randolph en problemas.

Se terminó el segundo café, estrujó el vaso y lo dobló; colocó la mano sobre el deforme montón. Su boca temblaba.

—Nunca pensé que fueran este tipo de problemas.

—¿Qué le asustaba de Troy?

—¿A mí? Ese mierdecilla no me asustaba. Estaba preocupada. Por Randolph. Porque es estúpido, hace todo lo que le digas.

—¿Troy es estúpido?

—Es malvado. ¿Quiere hacer algo útil, señor? Dígale al juez que sin malas influencias, Randolph nunca hubiera hecho, nunca hubiera podido hacer nada parecido. Y eso es todo lo que voy a decir porque el abogado de Randolph dice que usted no está necesariamente de nuestro lado.

—No estoy del lado de nadie, señora Sieff. El juez me escogió para que

pudiera...

—El juez está en nuestra contra; si fuéramos un negro rico todo sería diferente... —dijo bruscamente—. Y desde mi punto de vista, lo que está haciendo es una pérdida de tiempo y de dinero. Porque Randolph no tiene ninguna posibilidad, lo van a enviar a algún sitio. Ya sea una cárcel para adultos, ya sea cualquier otro sitio con monstruos pequeños.

Se encogió de hombros. Sus ojos estaban húmedos y se los secó con ira.

—Da lo mismo. No va a salir en mucho tiempo y mi vida se ha ido a la mierda.

—¿Cree que deberían ponerlo en libertad?

—¿Por qué no?

—Mató a una niña de dos años.

—El monstruo lo hizo —replicó—. Y Randolph era simplemente demasiado estúpido como para no marcharse de allí.

Su nieto me había contado otra cosa.

—Quiere culpables —comentó—, hay mucho donde escoger. ¿Qué clase de madre dejaría sola a una niña pequeña? Deberían juzgarla a ella también.

Luché por mantenerme inexpresivo. Debí de fallar porque, mostrando la palma de su mano, dijo:

—Oiga, no digo que todo fuera su culpa. Digo que todo debería... tenerse en cuenta. Porque todas las circunstancias tuvieron que darse juntas para que aquello sucediera. ¿Sabe lo que digo? Como si todos los astros estuvieran alineados. Como si todas las piezas del puzle encajaran.

—Muchas cosas influyeron —accedí.

—Exacto. Primero, ella deja a la niña sola. Segundo, la niña va y se aleja. Tercero, Randolph va al centro comercial con ese monstruo aún a pesar de que yo le dijera que no. Cuarto, me dolían las piernas, así que me eché a dormir hasta que se me pasara y Rand se escabulló. ¿Entiende lo que digo? Es como... como una película. El demonio como protagonista y nosotros, las personas a por las que va el demonio. Como si no importara lo que hiciéramos porque todo iba a salir mal de todos modos.

Se puso de pie con dificultad, se sostuvo gracias al bastón.

—Lléveme de vuelta, ¿quiere? Si llego demasiado tarde, a esos bastardos les va a encantar dejarme fuera.

CAPÍTULO 6

Llevé de vuelta a la cárcel a Margaret Sieff, volví a casa y escuché los mensajes. El abogado de oficio de Rand Duchay, un hombre llamado Lauritz Montez, había dejado dos.

No se anduvo por las ramas.

—Ha terminado con mi cliente, así que ¿podemos hablar por fin?

—Exponga con total libertad cualquier hecho relevante, señor Montez.

—Solo uno, doctor, pero es crucial. Obviamente, Randy está discapacitado. No hay forma de que no se hubiera dado cuenta. ¿Hasta qué punto?

Nadie llamaba al chaval Randy.

—Figurará en mi informe —contesté.

—Ahórreselo —dijo Montez—. No me venga con historias.

—Ya sabe cómo va. El juez Laskin lo ve todo primero —repliqué.

—Sí, sí... y ¿qué piensa de la abuela? Le compró comida. ¿No ve un conflicto de intereses?

—Estoy muy ocupado, señor Montez.

—Tranquilo, estaba bromeando. Así que, ¿qué piensa de ella? En serio.

—A riesgo de repetirme...

—Venga, doctor. No puede albergar serias dudas sobre competencia. Tal vez le interese saber que mi propio experto va a realizar una completa batería de pruebas psicométricas. Herbert Davidson, catedrático becado de Stanford, eminencia reconocida en el ámbito.

—Me leí su libro de texto en la facultad —afirmé.

—Sería una pena que sus resultados difirieran mucho de los de él.

—Una auténtica pena —repuse.

—Bueno, ¿cuándo voy a tener su informe?

—Cuando el juez Laskin se lo envíe.

—Claro —comentó—. Sigue órdenes. Dios nos libre de pensar por nosotros mismos.

Troy Turner estaba encarcelado lo más lejos posible de Rand, en una celda de una esquina, pasado un recodo oscuro del pabellón. El guardia que me acompañó comentó:

—Le va a encantar.

El guardia era un halterófilo llamado Sherrill, de cabeza afeitada y poblado bigote pajizo. Solía proyectar la confianza de un hombre fuerte. Pero hoy parecía distraído.

—¿Es un chaval difícil?

Aflojó el paso.

—Tengo hijos. Cuatro propios, más un hijastro. Además, he trabajado tres años en delincuencia juvenil, así que entiendo a los chavales. A diferencia de algunos de los otros, sé que los vándalos pueden empezar como víctimas. Pero este... —negó con la cabeza.

—¿Ha hecho algo aquí dentro? —pregunté.

—No, es su forma de ser. —Se detuvo. Detrás de nosotros había celdas vacías—. Doctor, si algo de lo que le cuento sale de aquí, nunca habrá confianza entre nosotros.

—Es extraoficial.

—Lo digo en serio —aseveró—. Estoy hablando con usted porque se rumorea que usted es una persona recta y está haciendo todo lo posible por ayudar al juez Laskin y todos respetamos al juez Laskin porque sabe cómo funciona el mundo real.

Esperé.

Miró por encima de su hombro y paró de nuevo. Reinaba un silencio sepulcral; solo en el pabellón de delitos mayores de la cárcel podría haber tanto silencio. Unos metros más adelante había una celda ocupada y podía ver

al recluso, que nos examinaba de arriba abajo. Bien arreglado, de pelo gris y mediana edad. Ejemplar de la revista *Time* en mano.

Sherrill me alejó de allí mascullando:

—Ese es de la mafia rusa, te corta el pescuezo con la misma facilidad con la que te sonrío.

Cuando estábamos solos dijo:

—No hablo mucho con los prisioneros, la vida es demasiado corta, para qué llenarla de mierda. Pero este, al ser un niño, intenté ser simpático. Turner reaccionó ignorándome. Completamente. Haciendo como si yo fuera invisible. Una vez, yo había cogido unos días libres y, cuando volví, parecía que había perdido algo de peso. Le llevé algo de desayuno, le serví unas tostadas extra porque daba lástima. Agarró una y la engulló como una hiena. Le pregunté si entendía por qué estaba allí. Esta vez no me ignoró, claramente me dijo: «Por lo que hice». Pero sin ningún tipo de sentimiento. Bien podía estar pidiendo unas patatas fritas y una Coca-Cola. A continuación, cogió otra tostada de la bandeja de desayuno, me miró a los ojos y empezó a mascar. Muy despacio, de forma muy descuidada. Se le caían los trozos de la boca, después empezó a babear, poniendo los ojos en blanco. Haciendo el tonto, como si todo fuera una broma. Yo estaba allí de pie, él siguió y, a continuación, lo escupió todo al suelo y dijo: «¿Qué?». Como si le estuviera molestando. Y le contesté: «No has respondido a mi pregunta, chaval. ¿Por qué estás aquí?». Repuso: «Porque jodí a esa niña». Después, pisoteó la tostada y dijo: «Esto es una porquería, tío. Dame comida de verdad».

—Vaya cargo de conciencia —comenté.

—Doctor, que Dios me perdone por decir esto, si lo repite lo negaré totalmente, pero algunos espermatozoides merecen ser ahogados antes de que puedan empezar a nadar.

CAPÍTULO 7

Pequeño, brazos como palos y cara con forma de corazón. Ojos marrones expectantes que se abrieron de par en par al entrar en su celda. Los rasgos de congoja y dolor de un huérfano de Dickens.

Me presenté.

—Encantado de conocerle —contestó. Le salió con naturalidad, como una frase ensayada; si había sarcasmo, no lo percibía.

Me senté y dijo:

—Esa silla no es realmente cómoda.

—No hay mucho donde escoger —repuse.

—Se puede sentar en la cama y yo me puedo sentar ahí.

—Gracias, Troy, estoy bien.

—Vale.

Enderezó la espalda, colocó las manos sobre las rodillas.

Saqué mi bloc de notas. Miré sus manos; estrechas, blancas, dedos largos, mugrientas alrededor de las cutículas pero con las uñas cuidadosamente cortadas. Manos delicadas. No se requiere mucha fuerza para estrangular a una niña, pero de todas formas...

—Troy, soy psicólogo.

—Que me va a hablar sobre mis sentimientos.

—Alguien te ha dicho eso.

—La señora Weider.

Sydney Weider era su principal abogado de oficio. Había sido más persistente que Lauritz Montez sobre conocerme antes de que empezara la

evaluación y se había puesto agresiva cuando me negué. Laskin la había calificado como un pitbull. «Créame, ya está preparando las notas para los abogados de la apelación», había dicho el juez.

—¿Qué te dijo la señora Weider sobre mí?

—Que usted iba a realizar preguntas y yo debía cooperar. —Sonrió, como demostrándomelo.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—Supongo —contestó.

—¿Sobre qué?

—Debería hablar sobre ella.

—¿Ella?

—La niña.

—Todo el mundo la llama niña —comenté—, pero en realidad es más bien una párvula, ¿no?

El término era nuevo para él.

—Supongo.

—Kristal tenía dos años, Troy. Andaba y hablaba muy poco.

—No la oí hablar.

—¿La habías visto antes?

—¡Qué va!

—¿Por qué decidisteis llevárosla? —pregunté.

—Nos siguió.

—¿Dónde?

—Fuera.

—Fuera del centro comercial.

—Sí.

La cámara había captado a Kristal en volandas y pataleando. La policía había dado por sentado que era una pelea, pero ambos expedientes de la defensa sugerían que los tres niños habían estado jugando. Como si eso importara.

—¿Por qué os siguió Kristal? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿Puedes pensar en algún motivo, Troy?

—Probablemente pensara que éramos guays.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—Porque ella era pequeña y nosotros, mayores.

—Mayor es guay.

—Sí.

—Está bien —proseguí—. Kristal os siguió y, después, ¿qué pasó?

—Fuimos al parque, fumamos y bebimos unas cervezas.

—Todos.

—Sí.

—¿De dónde sacasteis la cerveza?

Sus ojos se entrecerraron. De repente, desconfiaba.

—La teníamos.

—¿La teníais en el centro comercial?

—De antes.

—¿Dónde la guardabais?

—En el parque.

—¿En qué parte del parque?

Vaciló.

—Detrás de un árbol.

—¿Escondida?

—Sí.

—Así que bebisteis y fumasteis. Los tres.

—Sí.

—Kristal bebió y fumó.

—Lo intentó. No se le daba bien.

—Kristal tenía dificultades para beber y fumar —comenté.

—Le hacía toser.

—Así que, ¿qué hicisteis?

—Seguimos intentándolo.

—¿Seguisteis intentado que Kristal fumara?

—Seguimos ayudándola.

—¿Cómo salió?

—No muy bien.

—¿Qué pasó?

—Tosió varias veces más.

—¿Algo más?

—Vomitó.

—¿Dónde?

—En mi camiseta.

Ahora tenía los ojos achinados.

—Eso no te gustó —dije.

—Olía a mierda, olía mal.

—Era algo asqueroso.

—Sí.

—¿Qué hiciste al respecto?

—¿Al respecto de qué?

—De que te potaran encima.

—La empujé.

—¿Dónde empujaste a Kristal? Colocó las manos en el pecho.

—¿Dónde aterrizó? —pregunté.

—En el suelo.

—El suelo del parque.

—El césped.

—¿Cayó sobre algo duro?

—Era césped.

—Blando.

—Sí.

—¿La empujaste muy fuerte?

No contestó.

—¿Troy?

—No hice nada grave —afirmó—. Cayó de culo y empezó a llorar muy fuerte. Rand le dio un poco de cerveza.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Me imagino que para calmarla.

—Idea de Rand.

—Sí.

En el informe del juez de instrucción figuraba que se habían encontrado rastros de Budweiser en el pequeño estómago de Kristal. También en sus

pulmones, la cría había aspirado cerveza.

—Fue idea de Rand darle cerveza a Kristal —añadí.

—Eso he dicho.

—¿Por qué crees que Rand tuvo esa idea?

—Es estúpido.

—Rand es estúpido.

—Sí.

—Sales mucho con él.

—El sale conmigo.

Su voz se había llenado de dureza. Se dio cuenta. Sonrió.

—La mayor parte del tiempo Rand está bien.

—¿Qué pasa cuando no lo está?

—Que hace estupideces. Como esa.

—¿Esa?

—Dar cerveza a la niña.

—¿Le gustó la cerveza a Kristal?

—No mucho.

—¿Volvió a vomitar?

—Empezó a dar resoplidos. —Sus mejillas se inflaron y exhaló ruidosamente—. Empezó a salirle algo por la nariz. Después, empezó a gritar.

—¿A gritar alto?

—Algo así.

—Muy molesto.

Tenía los ojos rasgados.

—No fue divertido.

—¿Qué hiciste al respecto?

—Nada.

—Kristal te vomitó encima, gritó alto y te molestó pero ¿tú no hiciste nada?

—No tuve que hacerlo.

Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa de satisfacción. Su rostro tardó menos de un segundo en recuperar un aire de inocencia infantil. Si hubiera estado tomando notas, me lo hubiera perdido.

—¿Por qué no tuviste que hacer nada, Troy?

—Rand lo hizo.

—¿Rand solucionó el problema?

—Sí.

—¿Cómo?

—La sacudió, la pegó y puso su mano en su cuello.

—Rand puso su mano en el cuello de Kristal.

—La asfixió.

—Enséñame cómo Rand asfixió a Kristal.

Vaciló.

—Estabas ahí, Troy —afirmé.

—Así —dijo agarrándose sin fuerza el cuello con una mano. Apretando infructuosamente con la palma de la mano y, después, soltando.

—Así fue —comentó.

—¿Qué pasó después?

—La niña se cayó. —Se inclinó hacia un lado, a modo de demostración, tumbándose despacio en el catre. Se volvió a incorporar—. Así fue.

—Kristal se cayó después de que Rand la asfixiara.

—Sí.

—¿Cómo te sentiste al verlo?

—Mal —repuso, con demasiada rapidez—. Muy mal, señor.

—¿Por qué te sentiste mal. Troy?

—No se movía. —Aleteo de pestañas—. Debí impedirlo.

—Deberías haber impedido que Rand asfixiara a Kristal.

—Sí.

Sus labios se curvaron hacia arriba y permanecí atento a la espera de que reapareciera la sonrisa de satisfacción. Pero algo le pasó a sus ojos que suavizó su expresión.

La sonrisa de resignación y hastío de alguien que lo ha visto todo pero que ha conseguido conservar su dignidad.

—Lo siento mucho —comentó—. Dependía de mí. Yo soy el inteligente.

Lo era.

Puntuación de cociente intelectual a escala completa de 117, lo que lo

situaba en el veinticinco por ciento más alto. Teniendo en cuenta el percentil noventa alcanzado en la subprueba de razonamiento abstracto y la baja asistencia escolar que empobreció su cultura general, concluí que estaba subestimado.

Años luz, intelectualmente hablando, de Rand Duchay.

Debí evitarlo.

Puede que la preparación de Sydney Weider se hubiera quedado corta. O que ella le hubiera narrado los hechos y él los hubiera bloqueado.

O que, simplemente, hubiera decidido mentir, tomándome por un gilipollas crédulo.

Había leído el informe del juez de instrucción.

Se habían hallado restos de piel de Kristal Malley debajo de las uñas de Troy, no de Rand.

Durante las demás sesiones, cooperó totalmente, mintiendo alegremente en todo momento.

Cuando le pregunté sobre su madre, me contó que estaba intentando ser actriz y que lo visitaba constantemente. Los libros de visitas demostraron que solo había estado allí una vez. El agente Sherrill me contó que Jane Hannabee se había presentado visiblemente colocada, que la visita había durado diez minutos y que se había marchado de allí con cara de enfado.

—Doctor, puede que cuando la vea comprenda algo más sobre el chico. Pero no todo, ¿verdad? Otros gamberros tienen madres prostitutas adictas al *crack* y hacen cosas malas, pero no tan malas.

Según Troy, su padre había muerto «en el ejército. Disparando a terroristas».

Cuando le pregunté qué era un terrorista, dijo:

—Es como un delincuente pero, normalmente, son negros y explodian cosas.

Repasé varias veces con él el asesinato y siempre mantuvo la misma postura: Kristal se había ido con él y con Randy voluntariamente; Rand había cometido toda la violencia; Troy se sentía mal por no haber intervenido.

En la sexta sesión, sustituyó «mal» por «culpable».

—¿Te sientes culpable?

—Mucho, señor.

—¿Por qué?

—Por no haberlo evitado. Va a retrasar mi vida.

—Retrasarla, ¿cómo?

—Iba a ser rico pronto, ahora, va a tener que ser más tarde.

—¿Por qué?

—Porque me van a encerrar en algún sitio.

—En la cárcel.

Se encogió de hombros.

—¿Durante cuánto tiempo crees que te van a encerrar?

—Usted podría decirles la verdad, señor, y puede que no tuviera que ser tanto tiempo.

Ladeó la cabeza, casi como una niña. Su sonrisa también tenía un toque femenino. Tenía todo un repertorio de sonrisas, era la primera vez que veía esa variante.

—¿Piensas que si les digo la verdad tu condena será más corta?

—Al juez le cae bien.

—¿Alguien te ha dicho eso?

—No.

Cuando la mayor parte de la gente miente, emite una señal (un cambio de postura, sutiles cambios en el movimiento de los ojos, el tono de voz). Este chaval podía inventarse las cosas con tanta naturalidad, que apostaría a que podría falsear la prueba del polígrafo.

—Troy, ¿sientes miedo alguna vez?

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

Pensó.

—Me da miedo hacer cosas malas.

—¿Por qué?

—No quiero ser malo.

—¿Eres malo alguna vez?

—A veces, como todo el mundo.

—Todo el mundo es malo alguna vez.

—Nadie es perfecto —afirmó—. Salvo Dios.

—¿Eres religioso?

—Drew y Cherish afirman que lo soy, señor.

—¿Quiénes son Drew y Cherish?

—Pastores.

—¿Te hacen visitas?

—Sí, señor.

—¿Lo encuentras útil?

—Sí, señor. Muy útil.

—¿Cómo te ayudan Drew y Cherish?

—Me dicen que voy a estar bien. Me cuentan que todo el mundo comete errores.

—Así que —intervine— piensas que a veces eres malo. ¿Cómo es eso?

—Por no ir al colegio. Por no leer libros. —Se levantó, cogió un libro de la balda de abajo. Tenía las tapas negras de cartón. Y en tinta verde se leía *Sagrada Biblia*.

—¿Drew y Cherish te dieron eso?

—Sí, señor. Y la he leído.

—¿Sobre qué estás leyendo?

Una pausa de un segundo.

—Día Dos.

—¿De la creación?

—Sí, señor. Dios creó el cielo.

—¿Qué es para ti el cielo?

—Un buen sitio.

—¿Qué tiene de bueno?

—Que eres rico y te dan cosas chulas.

—¿Qué clase de cosas chulas?

—Lo que quieras.

—¿Quién va al cielo?

—Las buenas personas.

—¿Las personas que no hacen cosas realmente malas?

—Nadie es perfecto —repuso y su voz se tensó.

—Eso seguro —ratifiqué.

—Yo voy a ir al cielo —afirmó.

—Después de tu retraso.

—Sí, señor.

—Antes me has hablado de hacerte rico. ¿Cómo piensas hacerlo? — pregunté.

Reapareció su sonrisa de satisfacción. Esta vez duró, sus ojos se clavaron en los míos y sus pequeñas y delicadas manos se transformaron en pequeños puños huesudos.

—Porque soy listo —contestó—. ¿Me puedo ir a dormir ya? Porque estoy cansado, señor.

Las demás sesiones no fueron productivas porque alternaba las excusas de estar cansado con las de estar enfermo. Mis intentos por evidenciar síntomas específicos fueron infructuosos. Un examen físico realizado por un médico de la cárcel no arrojó nada de luz. La última vez que lo vi, estaba leyendo la biblia y me ignoró desde el principio.

—¿Interesante? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué pasa?

Puso el libro boca abajo encima del catre y se quedó mirando al vacío.

—¿Troy?

—No me encuentro bien.

—¿Dónde?

—Por todas partes.

—El doctor Bronsky te examinó y dice que estás bien.

—Estoy enfermo.

—Puede que esta sea mi última visita —comenté—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Qué le va a decir al juez?

—Haré un informe sobre lo que hemos hablado.

Sonrió.

—¿Te alegra eso?

—Es usted una buena persona, señor. Le gusta ayudar a la gente. Me

levanté y cogí la biblia. Unas pequeñas machas grises marcaban por donde iba: Génesis, capítulo 4. Caín y Abel.

—Vaya historia.

—Sí, señor.

—¿Qué piensas sobre ella?

—¿Sobre qué?

—Sobre que Caín matara a su hermano y fuera condenado.

—Se lo merecía.

—¿Caín se lo merecía?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Cometió un pecado.

—El pecado de matar.

—Exacto —repuso, quitándome la biblia y cerrándola con suavidad—.

Como Rand. Va a ir al infierno.

CAPÍTULO 8

Me reuní con los dos abogados de oficio en una sala de interrogatorios de la cárcel.

Lauritz Montez estaba ya allí cuando llegué. Delgado, de unos treinta años y pelo oscuro recogido con una coleta. El extravagante bigote encerado empequeñecía la perilla rizada. Llevaba un clásico traje de *tweed* gris de tres piezas y una pajarita estrecha azul que más bien parecía un cordón de zapatos.

Sydney Weider entró como si nada unos segundos más tarde. Era mayor, poco más de cuarenta años, delgada, alta, rubia y ojos grandes y claros. Su traje negro hecho a medida, su bolso de cocodrilo y sus grandes pendientes de perlas estaban por encima del salario de un abogado de oficio. Puede que el brillante de su dedo fuera la explicación. Puede que se tratara de una suposición sexista y que hubiera ganado mucho dinero en la bolsa.

Se sentó y giró el anillo para que el diamante se quedara boca abajo. Se puso unas gafas de leer diminutas chapadas en oro y dijo:

—Bueno, aquí estamos. —Sus palabras salieron atropelladamente. Tenía mucha prisa por expresarse.

Ambos querían reuniones por separado. Les dije que empezaríamos juntos y que ya iríamos viendo.

No hubo necesidad de concertar más reuniones. Intentaron persuadirme por separado pero sus objetivos eran idénticos: hacer hincapié en la juventud y falta de experiencia delictiva de sus clientes, puntualizando la lamentable educación de ambos chavales y haciéndome saber que cualquier otra cosa que no fuera un juicio de menores sería cruel e inhumano.

Al final de la hora trabajaban como un equipo. De hablar con Troy, tenía la sensación de que Weider iba a echarle toda la culpa a Rand, pero yo no era quién para sacar ese tema.

A medida que se animaba, hablaba incluso más rápido, parecía dominar a Montez. Terminando con una larga disertación sobre los males de los videojuegos y las viviendas sociales, cerró su agenda Filofax, se quitó las gafas y me interrogó con la mirada.

—¿Qué pone en su informe? —preguntó a bocajarro.

—Aún no lo he escrito.

—Pero ha tenido que extraer algunas conclusiones.

—Informaré al juez Laskin. Él les enviará copias.

—Así que va a ser así —afirmó ella.

—A través del juez Laskin, así es como tiene que ser.

Ella recogió sus papeles y jugueteó con el anillo.

—Piense en esto, doctor Delaware: la psicología es una ciencia blanda, imprecisa y se puede hacer que los psicólogos parezcan muy vulnerables en el estrado.

—Estoy seguro de ello.

—Más que vulnerables —prosiguió—. Francamente ridículos.

—Estoy seguro de que algunos de ellos se lo merecen.

Se sentó más recta, intentó amilanarme con la mirada, pareció indignada cuando no lo consiguió.

—Doctor, no puede estar considerando seriamente que estos chicos deberían ser juzgados como adultos.

—No seré yo quien lo decida...

—El juez Laskin confía en su experiencia, así que a efectos prácticos sí será usted quien lo decida, doctor.

—Por lo que he visto, el juez Laskin parece un tipo muy independiente.

Montez intervino:

—Todo lo que queremos es mera justicia, doctor. Demos a estos chicos una oportunidad para rehabilitarse.

Weider dijo:

—Doctor, llevaremos a nuestros propios expertos.

—El señor Montez ya ha contratado al catedrático Davidson, de Standford

—repuse.

Weider se giró y observó a su colega. Él se retorció el bigote y asintió.

—Llevó un tiempo que aprobaran sus honorarios, pero está a bordo.

Weider le lanzó una sonrisa fría.

—¡Qué gracioso, Lauritz! Llamé a Davidson la semana pasada. Su secretaria me contó que tenía un compromiso previo.

—Si lo quiere para su chico, puede que podamos idear algo al respecto —comentó Montez.

—No hace falta —contestó Weider despreocupadamente—. Tengo a La Maria, de Berkeley.

—¿Alguno de ustedes tiene alguna teoría sobre el motivo por el que sus clientes mataron a Kristal Malley? —pregunté.

Se giraron hacia mí.

Weider contestó:

—Doctor, ¿qué es lo que está preguntando exactamente?

—¿Cuál cree que fue el motivo de sus clientes?

—¿La motivación no es cosa suya doctor?

—Pensaba que también era cosa suya.

Ella se levantó, negó con la cabeza y me miró fijamente.

—¿De verdad cree que voy a desvelar aquí mi estrategia?

—No me interesa su estrategia —repuse—. Solo su apreciación.

—Doctor, no tengo ninguna apreciación. Lo que es precisamente mi punto con respecto a su informe: se necesita una perspectiva nueva. Espero que esté preparado para ello.

Montez siguió con los ojos a Weider mientras se acercaba a la puerta.

—Lo veré en los tribunales, doctor.

Montez se marchó un segundo después, evitó mirarme a la cara.

Me quedé allí sentado durante un rato. Pensando en lo que iba a hacer.

Al entrar en el aparcamiento de la cárcel, Sydney Weider gritó mi nombre. Estaba al lado de un BMW descapotable azul hielo, tamborileando sobre el bolso de cocodrilo contra su largo y delgado muslo. A su izquierda había dos mujeres y un hombre.

Weider me saludó como si fuéramos viejos amigos. Me acerqué. Cuando llegué a ella, me sonrió como si acabáramos de compartir una tarde agradable. Acercó a una de las mujeres.

—Doctor, esta es la madre de Troy, Jane.

Jane Hannabee era varios centímetros más baja que la abogada y parecía incluso más pequeña bajo el regazo de Weider. Según mis informes tenía veintiocho años. Su cara cetrina estaba surcada por las arrugas. Su camiseta de punto de manga larga estaba bisecada por una ancha raya roja y parecía nuevecita. Al igual que sus vaqueros anchos y sus zapatillas de deporte blancas. El tatuaje de una serpiente enrollada sobresalía por el cuello redondo del jersey. Su cabeza triangular terminaba justo detrás de la oreja izquierda de Jane, enseñando los dientes, como una especie de víbora.

Tenía cuerpo enjuto, nariz y labios delgados, y pelo marrón fino por debajo de los hombros. Tres agujeros en cada oreja, pero no llevaba pendientes. Un diminuto punto negro en la ventana derecha de la nariz indicaba que esa zona había sido perforada anteriormente. La boca hundida indicaba que le faltaban dientes. Sus ojos eran azules y estaban enrojecidos.

La capa de maquillaje no consiguió esconder el moratón de su mejilla izquierda.

El informe de la policía decía que Troy le pegaba de vez en cuando.

Parecía mayor que Weider.

—Encantado de conocerle —afirmé.

Jane Hannabee se mordió el labio y miró hacia abajo, al suelo manchado de aceite del aparcamiento y me tendió unos dedos fríos y ásperos.

Sydney Weider dijo:

—Doctor, estoy segura de que le gustaría hablar con la señora Hannabee.

—Desde luego. Fijemos una reunión.

—¿Qué tal ahora?

Tomando el control.

Le sonreí y me devolvió la sonrisa.

—Tiene tiempo para la madre de Troy, ¿verdad, doctor?

—Por supuesto —confirmé.

Weider se dirigió a las otras personas.

—Gracias por traerla.

—Cuando quiera —dijo el hombre.

Debía de tener veintimuchos, constitución fuerte, pelo oscuro, ondulado y grueso, que me recordaba una alcachofa demasiado madura. Corpulento, cara agradable, hombros rollizos y cuello ancho de luchador. Llevaba un traje de pana color caramelo, botas negras, camisa azul marino y puntas del cuello largas, y una corbata azul pastel.

Su alianza de oro blanco estaba moteada de piedrecitas azules y hacía juego con la de la mano de la mujer situada a su lado.

Ella tenía aproximadamente su misma edad, estaba ligeramente gruesa y era realmente guapa. Llevaba el pelo largo cardado, teñido de rubio platino, recogido a los lados. El vestido de lino blanco ondeaba debajo de un càrdigan rosa palo. De su cuello pendía una cadena de plata fina con un crucifijo. Tenía un cutis perfecto y bronceado.

El hombre se adelantó y me tapó la visión de la cara de ella.

—Drew Daney, señor. —Dedos gruesos pero apretón suave.

Sydney Weider dijo:

—Doctor, ellos son partidarios de Troy.

Aquel comentario hizo que pareciera que el chaval se presentaba a las urnas. Puede que la analogía no fuera tan disparatada: iba a ser una campaña.

—Esta es mi mujer, Cherish —afirmó Drew Daney.

La mujer rubia comentó:

—No puedo ver nada, cariño.

Drew Daney se apartó y dejó a la vista la sonrisa de Cherish Daney.

—Partidarios de Troy —comenté.

—Asesores espirituales —especificó Cherish Daney.

—¿Pastores?

—Aún no —intervino Drew—. Somos estudiantes de teología en el seminario Fulton. Doctor, muchas gracias por estar ahí para Troy. Necesita todo el apoyo que pueda conseguir.

—¿También están asistiendo a Rand Duchay? —pregunté.

—Lo haremos si así se nos pide. Donde se nos necesite...

—¡En marcha! —prorrumpió Sydney Weider y agarró más fuerte a Jane Hannabee. Hannabee hizo una mueca de dolor y empezó a temblar. *¿Angustia materna o alguna clase de drogadicción?* Me dije a mí mismo que aquello

era un pensamiento de juicio apresurado. Había que darle una oportunidad.

—Será mejor que nos vayamos a ver a Troy —dijo Cherish Daney.

Su marido miró el reloj deportivo y confirmó:

—Sí, será mejor.

Cherish se movió hacia Jane Hannabee, como para abrazarla, pero cambió de opinión, hizo un pequeño saludo y dijo:

—Que Dios la bendiga, Jane. Que le vaya bien.

Hannabee inclinó la cabeza.

—Un placer conocerle, doctor. Buena suerte.

Los dos se marcharon a paso ligero hacia la puerta eléctrica de la cárcel, cogidos del brazo.

Sydney Weider se quedó mirándolos durante unos segundos, inexpresiva, a continuación, se giró hacia mí.

—Conseguir otra sala de interrogatorios en la cárcel va a ser un rollo. ¿Qué les parece si les deajo hablar en mi coche?

Jane Hannabee se sentó detrás del volante del BMW de Weider y parecía que hubiera sido abducida por alienígenas. Yo me senté en el asiento del copiloto. Sydney Weider se encontraba unos metros más allá, andaba de un lado para otro, fumaba y hablaba por el móvil.

—¿Hay algo que quiera contarme señora Hannabee?

No me contestó.

—¿Señora?

Con la mirada fija en el panel de control dijo:

—No deje que ellos maten a Troy.

Voz monótona, algo gangosa. Un ruego, pero no había pasión.

—Ellos —repetí.

Se rascó el brazo a través de la manga, se arremangó la prenda y siguió haciéndolo sobre la piel flácida descubierta. Más tatuajes adornaban su antebrazo, ordinarios, oscuros y góticos. Probablemente, Weider le comprara la ropa nueva y la vistiera con intención de camuflarla.

—En la cárcel —añadió—. Cuando le manden allí, tendrá un mal apodo. Estará guay hacerle daño.

—¿Qué tipo de mal apodo?

—Asesino de niñas —contestó—. Aunque él no lo hiciera. Los negros y los mexicanos pensarán que estará guay ir a por él.

—Troy no mató a Kristal —comenté—, pero su reputación le va a poner en peligro en la cárcel. No contestó.

—¿Quién mató a Kristal? —pregunté.

—Troy es mi niño. —Mantuvo la boca abierta como si necesitara más aire. Detrás de los labios secos había tres dientes, marrones y desgastados. Me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Lo hice lo mejor que pude —afirmó—. Puede creerlo o no. Asentí.

—No me cree —repuso.

—Estoy seguro de que criar a un hijo sola fue difícil.

—Me deshice de los demás.

—¿De los demás?

—Me quedé preñada cuatro veces.

—¿Abortos?

—Tres. El último me dolió.

—Se quedó con Troy.

—Sentí que me lo merecía.

—Que merecía tener un niño.

—Sí —explicó—, es un derecho de toda mujer.

—Tener un hijo.

—¿No lo cree?

—Usted quería a Troy —manifesté—. Lo crió lo mejor que pudo.

—No lo cree. Le va a mandar a la cárcel.

—Voy a escribir un informe sobre el estado psicológico de Troy, lo que pasa por su cabeza, y a entregárselo al juez. Así que cualquier cosa que pueda decirme sobre Troy podría ayudar.

—¿Está diciendo que está loco?

—No —repliqué—. No creo lo más mínimo que esté loco.

La franqueza de mi respuesta la sobresaltó.

—No lo está —insistió, como si estuviéramos enfrascados en una discusión—. Es muy inteligente. Siempre ha sido inteligente.

—Es muy listo —asentí.

—Sí —afirmó—. Quiero que vaya a la universidad.

Se giró y me lanzó otra sonrisa sutil, con la boca cerrada. Su curvatura hacía juego con la serpiente enroscada del cuello y el efecto era desconcertante.

—Me imagino que podría convertirse en doctor o algo así y hacerse rico.

Troy había hablado sobre hacerse rico. Impasible. Como si los cargos en su contra fueran un inconveniente en el camino hacia la opulencia. Las falsas ilusiones de la madre me apenaban.

Colocó las manos en el volante del BMW. Pisó el desactivado pedal del acelerador. Masculló:

—¡Qué pasada!

—¿El coche?

Miró a Weider a través del parabrisas.

—¿Cree que va a ayudar a Troy?

—Parece una buena abogada.

—Nunca contesta una pregunta, ¿verdad?

—Hablemos de Troy —dije—. Quiere que vaya a la universidad.

—Ahora no va a ir. Usted le va a mandar a la cárcel.

—Señora Hannabee, no puedo enviarle a ningún sitio...

—El juez lo odia.

—¿Por qué dice eso?

Se acercó y me tocó el brazo. Lo acarició.

—Conozco a los hombres. Se reducen a odio y cama.

—¿Cama?

—Sexo con las mujeres —explicó, abriéndose paso hasta mi hombro. Me acarició la mejilla. Retiré su mano. Esbozó una sonrisa de complicidad.

—Si un hombre necesita algo, sé lo que es. Me eché hacia atrás, toqué el agarrador de la puerta.

—¿Hay algo que quiera decirme sobre Troy?

—Conozco a los hombres —repitió.

Encontré su mirada y la sostuve. Se tocó el moratón de la mejilla. Sus labios se estremecieron.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté.

—Piensa que soy fea.

—No, pero me gustaría saber...

—Yo estaba muy bien —prosiguió—. Mis tetas eran como globos de agua, solía bailar. —Se presionó el pecho con las palmas de las manos.

—Señora Hannabee...

—No tiene por qué llamarme señora. No soy una señora.

—Jane...

Se giró, volvió a agarrarme el brazo. Me clavó sus dedos como garras a través de la lana de la manga. Esta vez no había afán de seducción. Desesperación; el puro miedo encendió su mirada y pude ver brevemente la niña que un día fue.

—Por favor —suplicó—. Troy no mató a la niña. El retrasado lo hizo. Todo el mundo lo sabe.

—¿Todo el mundo?

—Él es el grande, Troy es pequeño. Troy es mi hombrecito. Que andara con el retrasado no era culpa suya.

—Rand es el culpable —dije.

Me clavó los dedos más fuerte.

—Exacto.

—¿Le dijo Troy que Rand había matado a la niña?

—Sí.

Miré sus dedos. Tosió, se sorbió la nariz y me soltó.

—Se pondrá mejor —afirmó.

—¿Quién?

—Troy. Dele una oportunidad, se pondrá mejor e irá a la universidad.

—Cree que está enfermo. Se me quedó mirando.

—Todo el mundo está enfermo. Estar vivo es estar enfermo. Tenemos que perdonar. Como Jesús.

Me quedé callado.

—¿Entiende? ¿Comprende lo de perdonar? —preguntó.

—Es una cualidad excepcional —contesté—. Ser capaz de perdonar.

—Yo perdono a todo el mundo.

—¿A todo el mundo que le hace daño?

—Sí, ¿porqué no? ¿A quién le importa lo que haya pasado antes? Lo mismo con Troy, lo que hizo ya pasó. Además, ni siquiera lo hizo él. Lo hizo el

retrasado.

Se giró en el asiento, se golpeó la cadera contra el volante y se estremeció.

—¿Lo va a ayudar?

—Haré todo lo que pueda para no faltar a la verdad.

—Debería —repuso—, inclinándose. Su olor era una extraña mezcla de vieja lavandería y perfume demasiado dulce.

—Se da un aire a él.

—¿A quién?

—A Jesús. —Sonrió y se pasó la lengua por los labios—. Sí, sin duda. Si tuviera barba y algo más de pelo, sería como él. Podría ser un Jesús muy mono.

CAPÍTULO 9

La secretaria de Tom Laskin me llamó un par de días después para comprobar el estado de mi informe. Le dije que necesitaba otra semana más, seleccioné el tiempo de forma arbitraria, no estoy seguro de por qué pedí más tiempo.

Me pasé diez días más en el caso; interrogué a los trabajadores sociales y a los funcionarios encargados de la selección de la Ciudad 415; visité el complejo y charlé con los vecinos y con cualquiera que afirmara que tenía algo que ofrecer. Margaret Sieff siempre estaba por ahí. Jane Hannabee se había mudado y nadie sabía dónde.

Visité el colegio de los chavales. Nadie, ni el director, ni los orientadores académicos, ni los profesores, tenían algo más que un vago recuerdo de Troy o Rand. Había pasado un año desde la última evaluación de cualquiera de los chicos. Aprobados y aprobados bajos para Rand, que pasó de año por promoción social; mis pruebas demostraron que era analfabeto y tenía aptitudes para las matemáticas de secundaria. Notables, aprobados y aprobados bajos para Troy. Lo había calificado de «brillante pero problemático».

Para los trabajadores del complejo de viviendas, los jóvenes asesinos eran nombres en formularios. Todos los residentes coincidían en que antes de la detención, Rand Duchay era considerado un zoquete inofensivo. Todas las personas con las que hablé me aseguraron que se había vuelto malo por culpa de Troy Turner.

Tampoco hubo división de opiniones acerca de Troy. Se consideraba un demonio astuto, malo y mezquino. Daba miedo a pesar de su pequeño tamaño. Varios residentes afirmaron que había amenazado a sus hijos pero los detalles eran imprecisos. Una mujer, joven, negra y nerviosa, se me presentó cuando me marchaba del complejo y dijo:

—Ese chico le ha hecho cosas malas a mi hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Cumplirá seis el mes que viene.

—¿Qué pasó?

Negó con la cabeza, se alejó rápidamente, pero no fui detrás de ella.

Solicité volver a interrogar a los chavales pero me lo impidieron Montez y Weider.

—Su decisión es firme —me comunicó Tom Laskin—. Incluso han presentado mociones para mantenerte alejado.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Yo creo que se debe principalmente a Weider. Es un tiburón maniaco.

—Habla muy rápido.

—Todo es conflictivo con ella, incluso cuando no tiene que serlo —afirmó Laskin—. Dice que has tenido tiempo más que suficiente con su cliente, no quiere que nadie le confunda antes de que ella lleve a sus propios expertos. Montez es un haragán, adopta la vía fácil. Alex, probablemente podría forzar la situación, pero si revocan mi decisión, preferiría que no fuera por algo trivial. ¿Realmente necesita más tiempo?

—¿Por qué iba yo a confundir las cabezas de sus clientes?

—No se lo tome como algo personal —afirmó—. Son tonterías de abogados. Su presunción básica es que usted está a favor de la acusación.

—No he intercambiado ni una sola palabra con el fiscal del distrito.

—Son argucias. Están preparando el escenario, así, si dice algo que no les gusta, ellos ya lo habrán presentado como recusable.

—Está bien —afirmé.

—No se preocupe, le protegeré cuando suba al estrado. Bueno, ¿cuándo voy a tener su sabiduría psicológica recopilada encima de mi mesa?

—Pronto.

—Pronto es mejor que nada.

Me senté a escribir el informe, empecé con la parte fácil; la escena del crimen, los antecedentes y los resultados de las pruebas. Pero incluso eso fue complicado y no había llegado muy lejos cuando Lauritz Montez me llamó.

—¿Cómo va, doctor?

—¿Ha cambiado de opinión sobre lo de hablar con Rand? —pregunté.

—Puede —contestó—. Mi cliente cooperó totalmente la primera vez, ¿no?

Se encargará de ponerlo ile relieve, ¿verdad?

—Haré todo lo que pueda por ser imparcial.

—Mire —repuso Montez—, la moción fue idea de Weider. Ya sabe cómo es.

—En realidad, no.

—Como sea —dijo—. Recuerde que Rand cooperó sin reservas.

—Sí.

—Bien. —Su voz era firme—. Está muy deprimido.

—No me sorprende.

—Pobre chaval —comentó.

No dije nada.

—El motivo por el que le estoy llamando, señor Delaware, es que Weider acaba de solicitar audiencias separadas. ¿Entiende lo que eso quiere decir?

—Quiere separar la defensa de Troy de la de Rand.

—Quiere putearme; putear a Rand. Pensaba que todos íbamos en el mismo barco, pero ella ha cogido uno más rápido y ahora quiere echarle toda la culpa a mi cliente para que su pequeño sociópata pueda recibir trato favorable. Pensé que debería alertarle.

—Gracias.

—Estoy hablando en serio —aseveró—. La verdad es obvia.

—¿Qué verdad es esa?

—Un chaval muy estúpido, pero en el fondo buena persona, fue descubierto con un despiadado asesino. Sé que ha vuelto a la Ciudad 415, sé que todo el mundo le ha dicho eso.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Montez? —pregunté.

—Respeto su experiencia y quiero mantener una comunicación abierta. No se ofenda por la moción para denegarle acceso, ¿vale? Si realmente quiere hablar con Rand, adelante. Está arrepentido. Consumido por los remordimientos.

No dije nada.

—Entonces —manifestó—, ¿va a volver a hablar con él?

—Lo llamaré.

No lo hice.

No volvió a ponerse en contacto conmigo.

Después de tres días escribiendo el informe llamé a Tom Laskin.

—Esto no va nada bien.

—¿El qué?

—Le dije al principio que podría no ser capaz de ofrecerle recomendaciones significativas y eso es lo que ha pasado. Si quiere reducir mis honorarios, de acuerdo.

—¿Cuál es el problema?

—No puedo aportar información clara que le ayude con su elección. Mi inclinación personal sería juzgarlos como menores porque son unos críos y les falta madurez. Pero no estoy seguro de que pudiera dormir bien si fuera responsable de esa decisión.

—¿Por qué no?

—El acto fue horrendo y no creo que ser pupilos de un correccional durante unos años vaya a rehabilitarlos.

—¿Siguen siendo peligrosos? —preguntó.

—¿Volverían a hacer algo tan horrendo otra vez? Por sí solo, Rand Duchay probablemente no lo haría. Pero si saliera con alguien dominante y violento es posible.

—¿Tiene remordimientos?

—Parece que algo —contesté—. ¿Pensaba como un adulto en el momento del asesinato? No. ¿Cambiaría eso en cinco años, incluso diez? Probablemente no, dado su nivel intelectual.

—¿Cuál es?

Le cité los resultados.

Laskin chifló.

—¿Y Troy?

—Más inteligente, mucho más inteligente. Tiene habilidad para calcular y planear. Sydney Weider va a alegar que Rand Duchay inició el crimen y que su cliente es un inocente transeúnte. La medicina forense afirma que eso no es verdad, pero Rand admitió haber pegado a Kristal y su tamaño podría perjudicarlo si usted no tuviera juicio.

—Volviendo al tema de los remordimientos —intervino Laskin—. ¿Troy tenía alguno?

—Habla sobre el pecado, afirma que se está leyendo la biblia y tiene a un par de estudiantes de teología que le ofrecen apoyo moral. Pero dudo mucho que haya una auténtica introspección. Niega haber tocado a Kristal a pesar de haberse encontrado piel de Kristal bajo sus uñas.

—Weider me envió una apasionada solicitud para apelaciones separadas. Parece otro caso más de defensa FEO, «Fue El Otro».

—¿Le va a conceder la separación? —interrogué.

—No, a menos que tenga que hacerlo. ¿Cómo de listo es Turner?

—Bastante por encima de la media. —También le facilité sus resultados.

—Nada de capacidad reducida —comentó—. ¿Comprensión de adulto?

—Intellectualmente, puede razonar las cosas. Pero tiene trece años, que es una edad interesante. Hay estudios que afirman que el cerebro de los adolescentes sufre cambios de los catorce a los quince que llevan al desarrollo total de la capacidad de razonamiento. Incluso con eso, ya sabe cómo son los adolescentes. La racionalidad tarda años en asentarse.

—En ocasiones nunca llega a suceder —afirmó—. Así que se inclina por el juicio de menores pero no quiere ponerlo por escrito por la gravedad del crimen.

—No creo que sea una cuestión psicológica —repuse.

—Entonces, ¿qué es?

—Una cuestión judicial. Con qué opción se conseguiría hacer mayor justicia.

—Lo que quiere decir que es mi problema.

No dije nada.

—Sé que los adolescentes son estúpidos. El problema es que si damos

trato especial a los delincuentes juveniles, muchos matones realmente despiadados se librarán con facilidad. Le propinaron una buena paliza a esa pobre niña.

—Lo sé, pero ha visto a Turner. Aparenta doce. Estoy intentando imaginármelo en Quentin o en algún lugar parecido y no es una imagen bonita.

—Pequeño e inteligente, pero asesinó a una niña de dos años, Alex. ¿Por qué diablos haría algo así un chico inteligente?

—Esa es otra pregunta que no puedo contestar —repliqué—. Cociente intelectual, y desarrollo moral son dos cosas diferentes. Como dijo Walker Percy: «Puedes sacar todo sobresalientes y, aun así, suspender la asignatura de la vida».

—¿Quién es ese?

—Un novelista y psiquiatra.

—Interesante combinación —apuntó—. Así que me estás diciendo que tengo un niño tonto y un pequeño sociópata brillante, y que por casualidad ambos mataron a una niña de dos años. ¿Alguna otra historia antisocial sobre cualquiera de ellos?

—No sobre Rand. Todo el mundo que conoce a Troy lo describe como astuto y algunas personas del complejo de viviendas lo calificaron de cruel. También es sospechoso de haber matado perros y gatos callejeros, pero no pude encontrar hechos que lo corroboraran, así que puede que todo un engranaje de rumores esté rodando, haciendo horas extra debido al asesinato. Una mujer insinuó que había abusado de su hija pero se negó a hablar conmigo sobre ello. Dada su educación, no me extrañaría que él mismo también hubiera sido objeto de abusos.

Le hice un resumen de las historias de ambos chicos, incluida la lesión de cabeza de Duchay durante la infancia.

—Si busca circunstancias atenuantes, hay muchísimas.

—¿Prisioneros de la biología?

—Y de la sociología y simplemente de la mala suerte. Ninguno de ellos recibió mucho en cuanto a educación, Tom.

—Lo que no justifica lo que le hicieron a esa pobre niña.

—Ni lo más mínimo.

—¿Ha podido averiguar algún motivo? —preguntó—. Porque nadie está

planteando nada, ni siquiera la policía.

—Por lo que sé, el secuestro fue algo impulsivo. Los dos iban camino del parque para fumar y beber cuando vieron a Kristal deambulando. Pensaron que sería divertido ver a Kristal fumar y beber. Se sintió mal, empezó a montar un escándalo, vomitó y las cosas se descontrolaron. No hay indicios de que la acosaran sexualmente.

—¡Qué mala suerte tuvo esa pequeña! —lamentó—. Está bien, entonces no tiene más, es un crimen sin sentido. Esperaba algo un poco más... revelador en términos psicológicos. Pero sin lamentaciones, fue sincero sobre lo de no realizar promesas. Olvide la estupidez de recortar sus honorarios. Cuando el gobierno quiera darle dinero, cójalo... ¿No hay nada de nada que pueda contarme sobre la premeditación?

—¿Qué pasará si los declara adultos?

—Inicialmente, se los condenaría a largas penas y se les enviaría a Quentin o a algún sitio parecido. Si los declaro menores, irían a la institución correccional pública Autoridad Juvenil de California (AJC) que, en la actualidad, no dista mucho de una cárcel para adultos, salvo en que los reclusos son más bajos. Como máximo, podrían estar como pupilos de la institución hasta los veinticinco años.

—Es decir, que se los dejaría en libertad en el punto álgido del instinto delictivo.

—Puedes estar seguro —confirmó—. En la cárcel de adultos, serían vulnerables a las bandas Black Guerrilla Army y Nuestra Familia, probablemente, correrían a guarecerse en la banda Hermandad Aria. Así que estaríamos creando una pareja de pequeños nazis. Pero la mayor parte de los centros de la AJC también están llenos de bandas.

—¿Por qué ha dicho que inicialmente tendrían condenas más largas?

—Porque si los declaro adultos, hay muchas posibilidades de que algún tribunal superior reduzca sus sentencias y los envíen a una cárcel de baja seguridad. Lo que se traduciría en que, al final, acabarían con una condena más corta que en el correccional. Tengo que pensar en las familias de las víctimas. Como usted dijo, lo máximo a lo que podemos aspirar es a algo parecido a la justicia, y Dios sabe que nunca pasaremos página, signifique lo que signifique. Pero tiene que haber algo que haga el menor daño posible.

—No he visto a la familia en los medios de comunicación.

—Han intentado pasar desapercibidos, pero el padre ha llamado varias veces al fiscal del distrito reclamando justicia. Nadie puede darle lo que realmente quiere; recuperar a su niña. Y otros dos niños han arruinado sus vidas. Es una situación terrible para todos los involucrados.

—Más que terrible.

—Alex, son muy jóvenes, ¿qué diablos los volvió tan malos?

—Ojalá lo supiera —afirmé—. Los condicionantes están ahí: mal entorno y mala biología. Pero la mayor parte de los chavales que están expuestos a esas mismas cosas no asesinan a niños pequeños.

—No, no lo hacen —comentó—. Está bien, mándeme una cifra con la que se sienta cómodo. Empezaré a mover su cheque por el sistema.

CAPÍTULO 10

Al final se llegó a un acuerdo, como suele hacerse cuando los casos dejan de ser de interés público: son el producto de negociaciones paralelas y de la búsqueda del menor de los males.

Cinco meses después de que fueran arrestados, en lo que los periódicos llamaron un «movimiento sorpresa», ambos chicos se declararon culpables y fueron condenados a la AJC hasta la edad de veinticinco años o hasta que pudiera probarse que estaban completamente rehabilitados.

No hubo juicio ni publicidad sensacionalista en los medios. No hizo falta que compareciera como testigo experto y mi cheque del tribunal llegó sin demoras.

Solo hablé del tema con Milo, fingí que estaba durmiendo bien.

Troy Turner fue enviado al campo N. A. Chaderjian de Stockton y Rand Duchay acabó en el correccional para menores Herman G. Stark de Chino. La AJC prometió facilitar asesoramiento psicológico a ambos chicos y educación especial a Rand.

El día que se comunicó el acuerdo, un equipo de televisión paró a los padres de Kristal Malley a la salida de la sala de justicia y les preguntó qué les parecía el acuerdo.

Lara Malley, pequeña, morena y de cara pálida, sollozaba. Su marido, Harnett, alto, esquelético y de unos treinta, miró enfurecido y dijo:

—Sin comentarios.

La cámara se acercó a su rostro porque la ira es mucho más divertida que la desesperación para la cámara. Tenía el pelo fino, rubio rojizo, patillas largas, rasgos angulosos y huesos prominentes. Ojos secos; la mirada impasible de un francotirador.

—En su opinion, señor... —El periodista presionó—. ¿Las edades de los acusados hacen que esta sea una solución adecuada para pasar página?

La mandíbula de Barnett Malley se tensó y sacudió la mano hacia arriba, y el técnico de sonido grabó sonidos de una refriega. El reportero se retiró; Malley no se movió. La cámara enfocó su puño, congelado en el aire.

Lara Malley gimoteó. Barnett miró fijamente a la cámara durante otro segundo, agarró a su mujer por el brazo y la propulsó fuera del alcance de la cámara.

Tom Laskin me llamó por teléfono seis semanas después. Era justo después de mediodía y acababa de terminar una sesión con un niño de ocho años que se había quemado la cara jugando con productos químicos de la piscina. Sus padres interpusieron una demanda y un medicucho especialista en medicina medioambiental testificó que el niño tendría cáncer cuando fuera mayor. El chaval lo oyó por casualidad y se quedó traumatizado, y mi trabajo consistía en contrarrestar el efecto de lo que había escuchado.

—Hola, Tom.

—¿Podemos vernos, Alex?

—¿Para qué?

—Prefiero hablarlo en persona. Iré a su oficina.

—Claro, ¿cuándo?

—Termino en una hora. ¿Cuál es la dirección?

Llegó a mi casa, llevaba una chaqueta cámel, pantalones de *sport* marrones, camisa blanca y corbata roja. La corbata estaba aflojada y colgaba de un cuello abierto.

Habíamos hablado por teléfono pero nunca nos habíamos visto en persona. Había visto su foto en relatos periodísticos sobre el caso Malley (cincuenta y

tantos años, pelo gris de corte ejecutivo, cara cuadrada, gafas con montura de acero y ojos recelosos de abogado) y me había forjado la imagen de un hombre grande e imponente.

Resultó ser bajito (metro sesenta y ocho o metro setenta) y más gordo, flácido y mayor que en la foto; pelo blanco y papada por efecto de la gravedad. Su chaqueta tenía un buen corte pero estaba desgastada. Sus zapatos necesitaban ser lustrados y las bolsas debajo de sus ojos tenían color azulado.

—Bonita casa —comentó sentándose en el borde de la silla del salón que le había ofrecido—. Debe de estar bien poder trabajar desde aquí.

—Tiene sus ventajas. ¿Quiere algo de beber?

Consideró la oferta.

—¿Por qué no? Cerveza, si tiene.

Fui a la cocina y cogí un par de Grolsch. Cuando volví, su postura no se había relajado. Tenía los puños apretados y parecía alguien obligado a buscar terapia.

Destapé las botellas de cerveza y le pasé una. La cogió pero no bebió.

—Troy Turner está muerto —espetó.

—Oh, no.

—Sucedio hace un par de semanas. En la AJC no se les ocurrió llamarme. Lo descubrí porque los Servicios Sociales estaban buscando a su madre. Lo encontraron colgando de un soporte de saco de boxeo de una sala de mantenimiento del gimnasio. Se supone que tenía que recoger el equipo; ese fue el trabajo que le asignaron. Se le había considerado demasiado peligroso para trabajar en la cocina o en el huerto con herramientas.

—¿Suicidio?

—Eso es lo que pensaron hasta que vieron un charco de sangre en el suelo, dieron una vuelta a su alrededor y vieron que tenía la garganta cortada.

Siempre he sido muy bueno evocando imágenes mentales. La brutalidad de la imagen (un niño pequeño y pálido colgando de un sitio oscuro y cruel) se me aparecía en sueños.

—¿Saben quién lo hizo? —pregunté.

—Piensan que ha podido ser cosas de bandas —contestó Laskin—. Ha estado allí, ¿cuánto tiempo?, ¿un mes? Nada más llegar intentó juntarse con los Dirty White Boys, hermandad aria de segunda clase. Estaba todavía en la fase

de iniciación y parte del trato era asaltar a un chico latino. Le dio una paliza hace diez días; sorprendió a uno de los Vatos Locos más pequeños en la ducha, le golpeó en la parte superior de la cabeza con un cepillo de pelo pesado y pateó al chaval cuando estaba en el suelo. El niño sufrió conmoción cerebral y costillas contusionadas y, al final, lo trasladaron a otro centro. El castigo de Troy fue aislamiento durante una semana. Había vuelto a su habitación de literas hacía tres días. El día antes de morir, le volvieron a asignar la recogida del gimnasio.

—Así que todo el mundo sabía dónde iba a estar en cada momento.

Laskin asintió.

—La sangre estaba todavía húmeda y dejaron el arma en la escena del crimen; cuchillo casero fabricado con un cepillo de dientes y un trozo de un cuchillo de mantequilla afilado hasta conseguir un filo como el de una cuchilla de afeitar. Quienquiera que lo hiciera se tomó su tiempo para limpiar sus huellas.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Un conserje. —Se terminó la cerveza y la dejó.

—¿Quiere otra?

—Sí, pero no. —Descruzó las piernas, extendió la mano como si fuera a pedir algo—. Pensaba que estaba siendo compasivo al mandarle a Chaderjian. Totalmente salomónico.

—Yo también lo pensé.

—¿Estaba de acuerdo con la decisión?

—Dadas las alternativas —expliqué—, pensé que era la mejor decisión.

—Nunca dijo nada.

—Nunca me preguntó.

—Los Malley no estuvieron contentos con la decisión. El padre me llamó para decírmelo.

—¿Qué hubiera preferido?

—La pena de muerte. —Esbozó una sonrisa intranquila—. Parece que lo consiguió.

—¿Haber mandado a Troy a una cárcel de adultos hubiera sido más seguro para él? —planteé.

Levantó la botella vacía y la hizo rodar entre sus manos.

—Probablemente no, pero eso no me hace sentir mejor.

—¿Han localizado a su madre?

—Por fin. El condado acababa de autorizarle un tratamiento con metadona y la encontraron en un centro de tratamiento de día, haciendo cola para obtener sus dosis. El director de Chaderjian dijo que había ido una vez a visitar a Troy y que la visita había durado diez minutos.

Negó con la cabeza.

—Ese pequeño bastardo nunca tuvo una oportunidad.

—Tampoco Kristal Malley.

Se me quedó mirando fijamente.

—Eso le ha salido de la boca con mucha facilidad. ¿Es usted tan duro?

—No soy duro en absoluto. Trabajé en los servicios de cancerología del hospital pediátrico Western Peds durante años y dejé de intentar comprender las cosas.

—¿Es un nihilista?

—Soy un optimista que mantiene sus objetivos cerca.

—Normalmente, soy bueno lidiando con la mierda que veo —comentó—. Pero algo de este caso... me hace pensar que puede que sea el momento de jubilarme.

—Hizo todo lo posible.

—Gracias por decirme eso. No sé por qué le estoy molestando.

—No es ninguna molestia.

Ninguno de los dos habló durante un rato, a continuación, dirigió la conversación a los dos hijos que tenía en la universidad, miró el reloj, me dio las gracias de nuevo y se marchó.

Unas semanas después leí una noticia sobre una fiesta de jubilación que le habían organizado en el hotel Biltmore, en el centro. Supongo que le molestaría el nuevo título de «Juez del caso de la niña asesinada».

Bonita fiesta, por lo que oí. Jueces, fiscales del distrito, abogados de oficio y funcionarios de los tribunales elogiándolo por sus veinticinco años de buen servicio. Había planeado pasarse los próximos años navegando y jugando al golf.

No me pude sacar de la cabeza el asesinato de Troy Turner y me pregunté cómo estaría Rand. Llamé al centro de la AJC en Chino, me peleé con la

burocracia durante un rato antes de que me pasaran con un consejero jefe, de voz aburrida, llamado DiPodesta.

—¿Y qué? —me preguntó cuando le conté lo del asesinato.

—Podría poner en peligro a Duchay.

—Haré una nota con eso.

Solicité hablar con Rand.

—Las llamadas de teléfono personales están limitadas a parientes de primer grado de consanguinidad y a las personas de la lista aprobada.

—¿Cómo consigo entrar en esa lista?

—Realice una solicitud.

—¿Cómo lo hago?

—Rellene los formularios.

—¿Podría enviármelos, por favor?

Anotó mi nombre y dirección pero la solicitud nunca llegó. Consideré la posibilidad de insistir, racionalicé no hacerlo: me faltaba tiempo, y ganas, para un compromiso a largo plazo, así que ¿de qué utilidad sería para Rand?

Durante las siguientes semanas, ojeé los periódicos en busca de malas noticias sobre él. Cuando no encontré nada, me convencí a mí mismo de que él estaba donde debía estar.

Asesorado, tutelado y cuidado durante los próximos doce años.

Ahora estaba fuera después de ocho años.

Quería hablar conmigo.

Me imaginé que estaba listo para escuchar.

CAPÍTULO 11

Salí de casa y me dirigí a Westwood.

El restaurante se llamaba Newmark Pizza. Una señal debajo de la bota tricolor prometía «Auténtica pasta de Nueva Jersey y auténticos manjares sicilianos».

Luces encendidas detrás de cortinas a cuadros rosas y blancos, débiles siluetas de clientes.

Nadie estaba esperando fuera.

Entré, olía a ajo y a queso demasiado maduro. Las paredes de los laterales estaban cubiertas con murales deslucidos: recolectores de uva bizcos recogiendo la cosecha de Chianti bajo un sol abrasador. Había cinco mesas rojas redondas sobre un suelo de linóleo rojo, cubiertas con la misma tela de algodón a cuadros que las cortinas. La pared del fondo era un mostrador con un horno de *pizza* de ladrillo detrás que despedía gases de levadura.

Dos hombres hispanos con delantales blancos amarillentos atendían a los comensales, que formaban tres grupos. Los cocineros tenían cara azteca y se tomaban su trabajo muy en serio.

La clientela estaba compuesta de una pareja de japoneses, que compartía una *pizza* pequeña de *pepperoni*; una pareja joven con gafas que intentaba controlar a un par de preescolares de mirada salvaje que se habían manchado con salsa de tomate; y tres chavales negros de unos veinte años con chándal Fila que disfrutaban de ensalada y lasaña.

Uno de los camareros de la barra preguntó:

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy esperando a alguien. A un chaval joven de unos veinte años.

Se encogió de hombros, volteó un disco blanco de masa floja, espolvoreó harina por encima y repitió la operación.

—¿Ha venido alguien de esas características?

Espolvorear. Voltear.

—No, *amigo*.

Salí y esperé fuera, en la parte delantera. El restaurante se encontraba en una manzana tranquila, entre una tienda de fotocopias y un edificio de oficinas de una planta. Ambos apagados durante el fin de semana. El cielo estaba negro y, dos manzanas más arriba, el tráfico de Pico estaba en calma. Los Ángeles nunca ha sido realmente una ciudad de vida nocturna y esta parte de Westwood hibernaba cuando el centro comercial no tenía bullicio.

El centro comercial.

Ocho años después de haber tratado brutalmente a Kristal Malley, Rand quería hablar del asesinato, a dos manzanas del centro comercial.

Soy una buena persona.

Si lo que buscaba era la absolución, yo no era cura.

Puede que la diferencia entre terapia y confesión fuera nimia. Puede que supiera la diferencia. Puede que simplemente quisiera hablar. Como el juez que le había mandado al correccional.

Me pregunté cómo iría Tom Laskin. Me pregunté por todos ellos.

Me quedé allí, con cuidado de permanecer en el resplandor reflejado de la señal de bota, buscando al hombre en el que se habría convertido Rand Duchay.

Había sido un niño grande, así que probablemente fuera un hombre alto. A menos que ocho años de comida institucional y Dios sabe qué otras humillaciones hubieran detenido su crecimiento.

Pensé en lo mucho que le costó pronunciar la palabra «*pizza*».

La palabra estaba situada a más de medio metro del neón tricolor.

Transcurrieron cinco minutos. Diez. Quince.

Di una vuelta a la manzana, vigilando mi espalda sin motivo alguno, salvo por el hecho de que un asesino podría estar buscándome.

¿Qué quería?

Al volver al Newark Pizza, entorné la puerta y miré por si antes no le

hubiera visto. Esta vez, los chicos negros me echaron un vistazo y el cocinero con el que había estado hablando hizo un gesto desagradable con la cara.

Volví a salir, me coloqué a unos tres metros de distancia del restaurante, esperé otros cinco minutos.

Nada. Conduje de vuelta a casa.

El contestador automático estaba vacío. Me preguntaba si debía llamar a Milo y pedirle información detallada sobre la puesta en libertad de Rand Duchay. Solicitar las conjeturas de un detective sobre qué quería Rand y por qué no se había presentado.

Un cuarto de siglo trabajando en homicidios había implantado un chip para catástrofes en el cerebro de Milo, y tenía una idea bastante clara de cómo reaccionaría.

Maleante una vez, maleante toda la vida, Alex. ¿Por qué no dejas las cosas como están?

Me hice un sándwich de atún, bebí descafeinado, puse la alarma de casa y me tiré en el diván de mi oficina con dos meses de revistas de psicología. Fuera, en algún lugar oscuro, un coyote aulló; fue un aullido *a cappella*, en parte protesta de carroñero, en parte triunfo de predador.

Glen está repleto de criaturas. Cenar de la basura de autor que llena los cubos de basura de Westside y algunas son tan hábiles e intrépidas como los animales de compañía.

Yo tuve un pequeño bulldog francés y me preocupaba dejarle solo en el patio de atrás. Ahora vivía en Seattle y la vida era más fácil.

Carraspeé. El sonido hizo eco; la casa estaba llena de ecos.

Se repitió la sonata de aullidos. Incrementó hasta un dueto, después, se convirtió en un coro.

Una manada de ellos, disfrutando enormemente de la presa.

Violencia de la cadena alimenticia. Eso tenía sentido y encontré el sonido reconfortante.

Estuve leyendo hasta las dos de la madrugada, me quedé dormido en el diván,

conseguí arrastrarme hasta la cama a las tres. A las siete ya estaba arriba, despierto sin haber descansado. Lo último que me apetecía era salir a correr. Me vestí para ello de todas formas, estaba camino a la puerta cuando Allison llamó desde Greenwich.

—Buenos días, guapo.

—Buenas, preciosa.

—Me alegro de haberte encontrado en casa. —Su voz parecía un poco triste. ¿Se sentía sola? O puede que simplemente fuera cosa mía.

—¿Qué tal la vida con tu abuela?

—Ya conoces a la abuela —se rió—. No la conoces, ¿verdad? Esta mañana, a pesar de que hacía un frío que pela, insistió en que diéramos un paseo por los alrededores y buscáramos hojas únicas. Noventa y uno y se abre paso por la nieve como un trampero. Estudió botánica en Smith, dice que se hubiera doctorado si no la hubieran arrojado al matrimonio con veinte años.

—¿Encontrasteis algo?

—Después de abrirnos camino por un banco de nieve de más de un metro, conseguí encontrar una cosa marrón marchita que ella encontró interesante. Mis dedos estaban entumecidos y eso que llevaba los guantes puestos. La abuela, claro está, evita cubrirse las manos, salvo en los almuerzos de la ciudad.

—Gran generación. ¿Cómo es de grande la propiedad?

—Unas cinco hectáreas, con muchos árboles y plantas exóticas que ha ido plantando a lo largo del tiempo.

—Parece bonito.

—Se está volviendo un poco decrepito —repuso—. Y la casa es demasiado grande para ella. ¿Sigues despejando tus consultas?

—Están despejadas.

—Me alegro por ti.

Antes de que colgara, le pregunté si quería que me uniera a ella parte del viaje.

—Si por mí fuera, Alex, podrías quedarte todo el tiempo, pero la abuela es posesiva. Es un ritual para ella, tiempo especial con cada uno de los nietos.

Con treinta y nueve, Allison era la nieta más joven.

—¿Te estoy distrayendo de algo?

—¿Qué va! —respondí, preguntándome si eso era realmente cierto.

—¿Las consultas funcionan bien?

—Tan bien como cabría esperar.

—¿Hay alguna novedad, cariño?

Reflexioné si contarle lo de Rand Duchay.

—Nada interesante. ¿A qué hora llega tu avión?

—Ese es uno de los motivos por los que te llamo. La abuela me ha pedido que alargue mi visita otras dos semanas más. Es difícil decirle que no.

—Tiene noventa y uno —comenté.

—Las habitaciones huelen a alcanfor y me siento como si tuviera ciento veinte años. Siento claustrofobia. Se mete en la cama a las ocho.

—Podrías hacer ángeles de nieve.

—Te echo de menos —dijo.

—Yo a ti también.

—Estaba pensando que a lo mejor podíamos hacer algo al respecto. Una amiga de la abuela viene mañana de San Luis, así que estará ocupada tres días. Los hoteles de Nueva York están haciendo ofertas especiales para después de año nuevo. Grandes descuentos y mejoras gratis.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—¿De verdad? —preguntó.

—De verdad.

—Es fantástico, ¿estás seguro?

—Eh —repuse—, yo también necesito tiempo especial.

—¡Madre mía! —exclamó—. No sabes lo que acabas de hacer para mi estado de ánimo. ¿Hay alguna forma de que pudieras venir mañana? Yo podría coger el tren y estar en el hotel para cuando tú llegaras.

—¿Qué hotel?

—Cuando viajaba con mis padres, siempre nos alojábamos en el St. Regis. La ubicación es perfecta, en la Cincuenta y Cinco con la Quinta, y tiene mayordomo en todas las plantas.

—Bonito detalle, si el mayordomo no es un entrometido.

—No lo será si nos encerramos y nunca lo llamamos.

—¿Qué cama cojo? —pregunté—. ¿La de la derecha o la de la izquierda?

—Más bien estaba pensando en compartir.

- Llevaré una linterna y jugaremos a las tiendas de campaña.
- Alex, es increíblemente flexible por tu parte hacer esto.
- En absoluto —repliqué—. Estoy actuando por egoísmo puro.
- Esa —comentó— es la mejor parte.

Reservé un vuelo para las nueve de la mañana, salida desde el aeropuerto internacional de Los Ángeles, revolví el fondo de mi armario en busca del abrigo de *tweed* gris que nunca me ponía, encontré un par de guantes y una bufanda abandonados de forma parecida, preparé una maleta de mano y salí a correr.

En Beverly Glen había veintiún grados y el cielo estaba despejado, tres hurras por el invierno. El tiempo es un motivo trivial para escoger dónde vivir, a menos que seas sincero.

Salí a correr con el deseo de conseguir la serenidad que proporciona la liberación de endorfinas. Mi cerebro tenía otras intenciones y me preguntaba por Rand. Mi cuerpo se mantuvo rígido y pesado mientras refunfuñaba, levantaba polvo y mi cerebro proyectaba una pantalla dividida en dos: por un lado, veía coches pasar y, por el otro, simultáneamente, el tiempo retrocedía hacia atrás.

Cuando volví a casa, llamé a casa de Milo. Nadie contestó. A continuación, llamé a la comisaría de Westside y pregunté por el teniente Sturgis. Milo tardó un rato en coger la llamada y yo todavía respiraba fuerte.

—No sabía que te interesara —dijo.

—Ja.

—¿Qué pasa?

—Me voy a reunir con Allison en Nueva York. Mañana.

Destrozó unas estrofas de *Leaving On A Jet Plane*.

—¿Dónde te alojas?

—St. Regis.

—Bonito. La última vez que el departamento me envió a Nueva York fue para el seminario sobre seguridad posterior al 11S y me dieron un vale para un garito de mierda de los años treinta. Cuando estés allí, cómprame una camiseta de los Knicks en la tienda de la NBA.

—Sin problema.

—Era una broma, Alex. ¿Los Knicks?

—El optimismo es bueno para el alma —repuse.

—Tiene lògica. No me equivoco si digo que has llamado por un motivo distinto al de presumir de la categoría de tus hoteles frente a los míos, ¿verdad?

—Tú has sacado el tema.

—Si realmente fueras el tío sensible que dices ser, hubieras mentido.

—El St. Regis tiene servicio de mayordomo —añadí.

—Estoy llorando sobre mi pila de casos. Que, actualmente, es baja. Según un memorándum interdepartamental, estamos experimentando una caída de la delincuencia.

—Enhorabuena.

—No es cosa mía. Probablemente sea cosa de cristales kármicos, de cánticos, de la luna en Escorpión o del Gran Baal de lo fortuito... ¿En qué estás pensando?

Se lo conté.

—En eso —repuso—. No te gustó nada trabajar en ese caso.

—No fue divertido.

—¿Duchay te dio alguna pista de lo que quería?

—Parecía atribulado.

—Debería estar atribulado. ¡Ocho años en la AJC por matar a una niña!

—¿Alguna conjetura profesional de por qué no se presentó?

—Cambió de opinión, no pudo ir, ¡quién sabe! Es un maleante, Alex. Era el tonto, ¿no?

—Sí.

—Pues añádele atención deficitaria, o como quiera que lo llaméis hoy en día, y que es un asesino hedonista que ha sido castigado a conciencia tras pasar ocho años encerrado con pandilleros. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Veintiuno.

—Un maleante en el punto álgido de sus hormas delictivas —comentó—. Yo no apostaría nada a que su personalidad haya sufrido alguna mejora sustancial. Tampoco cogería sus llamadas de ahora en adelante. Probablemente, ahora sea más peligroso que hace ocho años. ¿Para qué

involucrarse?

—Parece que no lo estoy —repliqué—. Aunque, por teléfono, no detecté amenaza u hostilidad alguna. Más bien...

—Está atribulado, ya, ya. Te llama desde Westwood, que no está muy lejos de tu casa. Medio analfabeto pero consigue encontrar tu número.

—No tiene motivos para estar resentido conmigo.

Silencio.

—El plan era quedar con él lejos de casa —comenté.

—Por algo se empieza.

—No estoy minimizando lo que hizo, Milo. Él mismo admitió haber pegado a Kristal. Pero siempre he pensado que Troy Turner fue el principal culpable del asesinato y que Rand se vio envuelto en la situación.

—Trasládalo a otra situación y ya verás cómo vuelve a verse involucrado.

—Me imagino.

—¡Eh! —profirió—. Me has llamado tú, yo no soy psicólogo. Es decir, querías verdad pura y dura, no empatía ni comprensión.

—No sé lo que estaba buscando.

—Te morías por un sabio consejo de detective y por la instintiva actitud protectora del tío Milo. Ahora que lo primero ya está, voy a hacer todo lo posible por conseguir lo segundo mientras callejeas por la Quinta Avenida con una encantadora mujer del brazo.

—Está bien.

—Este es el plan —dijo—. Aunque dista mucho de mis funciones, me pasaré por tu casa, como mínimo, una vez al día, dos si puedo conseguirlo, te recogeré el periódico y el correo, y estaré pendiente de posibles personas sospechosas merodeando por los alrededores.

—Callejear —mencioné.

—Sabes callejear, ¿no? Pones un pie detrás de otro y... te dejas llevar.

A la una de la tarde me volvió a llamar.

—¿Cuándo tenías pensado marcharte a Nueva York?

—Mañana por la mañana. ¿Por qué?

—Anoche apareció un cadáver en Bel Air, tirado en unos arbustos cerca

de la vía de acceso de la 405 Norte. Hombre blanco, joven, metro ochenta y ocho, noventa kilos, un disparo en la cabeza, sin cartera y sin identificación. Pero llevaba un trozo de papel doblado en el bolsillo delantero pequeño de los vaqueros. Grasiento y rozado, como si lo hubieran manoseado mucho. De todas formas, todavía se podía leer lo que estaba escrito y adivina qué ponía: tu número de teléfono.

CAPÍTULO 12

Quedé con Milo en su oficina, en la segunda planta de la comisaría de Westside. Una habitación sin ventanas, que en su día fue escobero, apartada del ruido de la gran sala de detectives. Apenas cabe una mesa con dos cajones, un archivador, un par de sillas plegables y un ordenador viejo. En la comisaría no se puede fumar pero, en ocasiones, Milo fuma puros y las paredes se han vuelto amarillentas y huele como a una docena de hombres viejos.

Mide aproximadamente un metro noventa y, cuando presta atención a la dieta, se queda en ciento dieciocho kilos. Encorvado en la mesa pequeña, parece un dibujo animado.

Es un escenario impropio de un teniente, pero no es el típico teniente y dice que no le importa. A lo mejor lo dice de verdad, a lo mejor tener una segunda oficina ayuda; un restaurante indio a unas manzanas de distancia en el que los dueños le tratan como a un rey.

El ascenso de detective desde la tercera categoría a jefazo había sido consecuencia de un empujoncito que nunca buscó: salieron a la luz desagradables secretos sobre el antiguo jefe de policía.

El trato era que cobraría el sueldo de teniente, pero sin las obligaciones ejecutivas que iban asociadas al cargo, y que podría seguir trabajando en los casos. Siempre y cuando trabajara en solitario y no se inmiscuyera en los asuntos de los demás.

Aquel jefe ya no estaba y el nuevo parecía decidido a hacer un cambio radical. Pero, hasta ahora, la situación de Milo se había librado del escrutinio.

Si el nuevo sistema estaba realmente tan orientado a los resultados como se decía, probablemente su tasa de casos resueltos le otorgaría alguna gracia.

O puede que no. Ser policía homosexual ya no era el imposible que había sido cuando entró en el cuerpo, pero había abierto camino en tiempos más difíciles y nunca encajaría.

Su puerta estaba abierta y estaba leyendo un informe preliminar de investigación. Su pelo negro necesitaba un buen corte, tenía remolinos y sus patillas blancas, que llamaba rayas de mofeta, sobrepasaban más de un centímetro los lóbulos de las orejas.

Una chaqueta informal verde abeto colgaba del respaldo de su asiento y descansaba en el suelo. Su camisa blanca de manga corta parecía destrozada y la estrecha corbata amarilla podría haber pasado por una mancha de mostaza. Pantalones de pana verde y botas beis remataban el conjunto. La bombilla del techo, sin pantalla protectora, era ligeramente rosa y hacía que pareciera que sus mejillas picadas por el acné sufrían una quemadura.

Me señaló con un dedo la silla vacía, la desplegué y me senté. Me pasó el informe preliminar y algunas fotografías de la escena del crimen.

El informe era el habitual caso aislado, registrado en la escena por el detective primero, S. J. Binchy. Sean era un antiguo bajista de una banda de *ska* convertido al cristianismo, un chico dócil al que Milo, a veces, encasquetaba el trabajo sucio.

Buen chaval, ortografía decente. La única cosa nueva de la que me enteré fue que un equipo de limpieza de autopistas había encontrado el cadáver a las cuatro y catorce de la mañana.

La primera foto era una frontal del cadáver, tumbado sobre su espalda, con la cara hacia arriba, ya que el fotógrafo del juez de instrucción la había realizado desde arriba.

Cara desenfocada, difícil de distinguir los detalles. Un primer plano mostraba la boca abierta y los ojos entrecerrados que tantas veces había visto antes. Su mirada estaba vacía. La mejilla derecha estaba ligeramente convexa, pero no era la deformación que se vería a causa de una bala de bajo calibre en la cabeza.

Un par de planos laterales dejaban ver una herida de entrada oscura, con forma de estrella, rodeada por una aureola negra de pólvora, justo encima de la oreja izquierda, y una salida irregular, mucho más grande y ligeramente más arriba en la sien derecha, que dejaba ver hueso, la carne roja del músculo y restos de materia cerebral.

—Un disparo con orificio de entrada y de salida —afirmé.

—El juez de instrucción cree que fue un disparo de contacto o a poca distancia, munición encamisada, no superior al calibre treinta y ocho, sin carga adicional.

Su voz sonaba distante. Manteniendo la distancia con la víctima.

La siguiente foto era un primer plano.

—¿Qué opinas de estas abrasiones en la mejilla?

—Lo encontraron tumbado sobre la cara, puede que lo arrastraran un poco por el vertedero. No hay heridas defensivas ni tejido debajo de sus uñas ni ningún otro indicio de pelea. No hay mucha sangre en la escena, así que le dispararon en otra parte.

—Es grande —comenté—. Así que si no hubo pelea, probablemente lo sorprendieran.

—Te preguntaría si lo reconoces, pero acabamos de recibir los resultados del AFIS. Las huellas confirman que se trata de Duchay.

Examiné las fotografías, intenté mirar más allá del daño y de la muerte. La pubertad había transformado la estructura facial de la adolescencia de Rand Duchay en algo más alargado y endurecido. Su pelo era más oscuro de lo que recordaba, pero eso podía deberse a la iluminación. En vida, había sido un niño lento, con rasgos torpes. La muerte no había cambiado eso, pero la muerte hace que todos nos parezcamos. ¿Lo hubiera reconocido si nos hubiéramos cruzado en la calle?

—¿Alguna idea de cuándo sucedió? —pregunté.

—Ya sabes cómo va lo de estimar la hora de la muerte, generalmente son conjeturas. La mejor estimación es en algún momento entre las nueve de la tarde y la una de la mañana.

Las nueve era bastante después de que volviera a casa tras el plantón de Duchay. Puede que cambiara de idea sobre encontrarnos. O que alguien le hubiera hecho cambiar de idea.

—¿Lo has descubierto por casualidad o lo estabas buscando? —pregunté.
Milo estiró sus largas piernas todo lo que la habitación le permitió.

—Después de que me llamaras, decidí investigar un poco sobre Duchay. Descubrí que lo habían soltado hace tres días. Cuatro años antes por buen comportamiento.

Sus aletas abiertas dejaban ver qué opinaba al respecto.

—Me enteré de con quién se estaba alojando, lo que me llevó mucho trabajo. Llamé, no me contestaron. Decidí que un asesino hedonista deambulando por Westside no encajaba con mi idea del orden. Le dejé un mensaje a Sean para que revisara los informes sobre merodeadores y los intentos de robo de los últimos tres días. A continuación, conduje hasta Westwood y me metí por calles secundarias.

Se pasó la lengua por dentro de la mejilla.

—Pensaba que terminaría en tu casa, me prepararías un sándwich y te desearía buen viaje. Entonces, Sean me devolvió la llamada. Estaba en la morgue, un cadáver había entrado la noche anterior y parecía un enigma. A los chicos de la policía científica se les había escapado algo pero la asistente del depósito de cadáveres lo había encontrado al desnudar el cadáver. Un pequeño trozo de papel en el bolsillo de la víctima. Sean estaba muy seguro de haber reconocido tu número, pero quería confirmarlo.

—Sean tiene buena memoria —comenté.

—Sean viene con nosotros.

—¿Estás investigando el caso con él?

—Él lo está investigando conmigo.

Al salir, Sean Binchy salía de la sala de detectives y nos saludó. Pelirrojo, con pecas, con casi treinta años y tan alto como Milo pero con muchos menos kilos que él. Sean lucía un traje de cuatro botones, camisa azul intenso, corbata oscura y unas Doc Martens. Antiguos tatuajes escondidos debajo de mangas largas. Llevaba pelo corto y arreglado en sustitución de las rastas de su época de músico.

—Hola, doctor Delaware —saludó alegremente—. Parece que está implicado en esto.

—Sean, el doctor Delaware tiene previsto coger un vuelo a Nueva York mañana por la mañana. No veo motivos para que eso cambie —comentó Milo.

—Claro, no hay problema. Eh, teniente, conseguí hablar con la gente con la que se alojaba y no tenían ni idea de que se hubiera ido a la ciudad para reunirse con el doctor Delaware. Les dijo que se iba a buscar trabajo.

—¿A dónde?

—A una obra —contestó Binchy—. Están construyendo un edificio de apartamentos cerca de donde viven y Duchay fue a hablar con el jefe de obra.

—¿Un sábado?

—Supongo que la obra estaría en marcha.

—Compruébalo, Sean.

—Claro.

—¿A qué hora se marchó para su supuesta cita? —preguntó Milo.

—Cinco de la tarde.

—El chico se da un pequeño paseo a las cinco, no aparece por casa en toda la noche y ¿no se preocupan?

—Estaban preocupados —repuso Binchy—. A las siete llamaron a la División de Van Nuys para informar de su desaparición pero, dado que era un adulto y que no había pasado mucho tiempo, no lo archivaron como un desaparecido oficial.

—¿Un asesino convicto deambulando por ahí no le preocupaba a nadie?

—No sé si mencionaron eso a los chicos de Van Nuys.

—Averigua si lo hicieron, Sean.

—Sí, señor.

—¿Con quién estaba viviendo? —pregunté.

—Con unos que acogen a chicos con problemas —contestó Binchy.

—Duchay era un adulto —comentó Milo.

—Entonces es a gente con problemas, teniente. Son pastores o algo así.

—¿Los Daney? —inquirí.

—¿Los conoce?

—Estuvieron implicados en el caso de Rand hace años.

—Cuando mató a la niña pequeña —completó Binchy. No había rencor en su voz. Siempre que lo había visto, su comportamiento había sido el mismo: agradable, sereno, educado e inseguro. Pero puede que las apariencias

engañen y sea de los que actúan por detrás. O puede que ser de los buenos le dé calma.

—¿Implicados cómo? —interpeló Milo.

—Asesores espirituales —contesté—. Seminaristas.

—Todo el mundo podría recibir algo de eso —comentó Binchy.

—No parece que ayudara a Duchay —repuso Milo.

—No en este mundo. —Binchy esbozó brevemente una sonrisa.

—Ambos fueron asesinados —expuse.

—¿A qué ambos se refiere, doctor?

—Rand y Troy Turner.

—No sabía lo de Turner —comentó Milo—. ¿Cuándo sucedió?

—Un mes después de estar preso.

—Así que estamos hablando de ocho años de diferencia. ¿Qué le pasó?

Describí la emboscada de Troy a un Vato Loco, la teoría de la venganza entre bandas y la forma en que le colgaron en la sala de mantenimiento.

—No sé si llegaron a solucionar el asesinato.

—Un mes dentro y ya piensa que es un tipo duro —dijo—. No controlaba sus impulsos... sí, parece el típico asesinato de cárcel. ¿Duchay y él estaban en el mismo centro?

—No.

—Suerte para Duchay. Si le hubieran considerado colega de Turner, hubiera sido el siguiente.

—Duchay no salió ileso de la cárcel. El juez de instrucción comentó que su cuerpo presentaba antiguas cicatrices de navajazos.

—Pero estaba vivo hasta anoche. Lo suficientemente duro y grande para defenderse a sí mismo —expuso Milo.

—O aprendió a evitar los problemas —repuse—. Salió antes por buen comportamiento.

—Eso quiere decir que no violó ni golpeó a nadie delante de un guardia.

Silencio.

—Investigaré lo que se les dijo exactamente a los de Van Nuys, teniente. Que disfrute de su viaje a Nueva York, doctor.

Después de que se fuera, Milo metió algunos papeles en su maletín y los dos bajamos las escaleras hasta la parte trasera de la comisaría. Anduvimos

un par de manzanas hasta el lugar donde había aparcado el Seville.

—Tipos como Turner y Duchay atraen cosas malas —manifestó Milo.

—Es irónico, ¿no crees? —pregunté.

—¿El qué?

—Rand supera ocho años en la AJC, sale y tres días después está muerto.

—Así te sientes, ¿eh?

—¿Tú no?

—Yo selecciono por quién me compadezco.

Abrí la puerta del coche.

—¿Qué es realmente lo que te aflige, Alex? —preguntó.

—Era un chaval estúpido e impresionable que perdió a sus padres en la infancia, probablemente sufrió daño cerebral de pequeño, lo crió una abuela resentida, y el sistema escolar lo ignoró.

—También asesinó a una niña de dos años. En ese momento, toda mi compasión desapareció.

—Lo entiendo —repuse.

Colocó una mano sobre mi hombro.

—No dejes que te consuma. Disfruta en *La Manzana Grande*.

—A lo mejor no debería ir.

—¿Por qué diablos no?

—¿Qué pasa si soy relevante para el caso?

—No lo eres. Adiós.

Conduje a casa pensando en los últimos momentos de Rand Duchay. Puede que el disparo en la sien significara que había estado mirando de frente, que no lo había visto venir. Puede que no experimentara ningún sentimiento final de terror o pánico.

Me lo imaginé tendido en el suelo, boca abajo, en algún lugar frío y oscuro, sin que nadie lo supiera, sin que a nadie le importara. Imágenes de televisión de hace ocho años se colaron en mi cabeza. Barnett y Lara Malley saliendo de la sala de audiencia. Ella, sollozando. Él, mudo de rabia, contenido. Tan tenso por la ira que había estado a punto de pegar a un cámara.

Pedían pena de muerte.

Ahora, los dos asesinos de su hija habían desaparecido. ¿Encontraría consuelo en ello?

¿Había tenido algo que ver?

No, eso estaba muy manido y era ilógico. La venganza es un plato que se sirve frío, pero ocho años entre ambas muertes era demasiado frío. Milo tenía razón.

Los chicos desequilibrados como Turner y Duchay atraían la violencia. En cierto modo, lo que había sucedido era el final predecible de dos vidas malgastadas.

Tres.

Revisé la bolsa de viaje; metí el cepillo de dientes, que se me había olvidado y ordené algo la casa. Me metí en una página del tiempo, descubrí que iba a llegar al día siguiente en medio de una tormenta de nieve.

Mínima: menos cuatro; máxima: menos dos. Me imaginé el cielo y las aceras de color blanco, el titileo de las luces de Manhattan en nuestra ventana, mientras Allison y yo nos refugiábamos en una bonita y acogedora *suite* con servicio de mayordomo.

¿Por qué me había llamado Rand?

El teléfono sonó. Era Allison.

—Menos mal que te encuentro, Alex. No te lo vas a creer.

Tensión en su voz. Lo primero que pensé fue que algo le había pasado a su abuela.

—¿Qué pasa?

—La amiga de la abuela, la que iba a venir de San Luis, ha sufrido un derrame cerebral esta mañana. Acabamos de recibir la llamada. La abuela se lo está tomando muy mal. Alex, lo siento, pero no puedo dejarla.

—Claro que no.

—Estará bien, sé que lo estará, siempre lo está. ¿Tu billete es reembolsable? Ya he llamado al hotel y he cancelado la reserva. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes —dije con tono calmado. No estaba fingiendo, me sentía aliviado de no tener que ir. ¿Qué decía eso de mí?

—... a pesar de la situación, voy a intentar librarme de la ampliación de dos semanas, Alex. Una semana, máximo, entonces llamaré a mi primo Wesley y le pediré que me releve. Es profesor de química de Barnard, y se está tomando un tiempo sabático en Boston, así que su horario es flexible. Es justo, ¿no crees?

—Sí.

Se detuvo para respirar hondo.

—¿No estás muy disgustado?

—Me encantaría verte pero son cosas que pasan.

—Sí... está helando, de todas formas.

—De menos cuatro a menos dos en Nueva York.

—Lo has mirado —dijo—. Estabas totalmente preparado para venir. Snif, snif.

—Snif, snif —añadí.

—La *suite* tenía chimenea. ¡Maldita sea!

—Cuando vuelvas encenderemos la mía.

—¿Con veintiún grados?

—Compraré hielo y lo distribuiré por aquí.

Se rió.

—Vaya cuadro... Volveré tan pronto como pueda. Una semana como máximo... oh, oh, la abuela me está llamando otra vez, ¿qué querrá ahora? Quiere más té... lo siento, Alex, te llamo mañana.

—Me parece bien.

—¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué?

—Pareces distraído.

—Solo estoy desilusionado —mentí—. Todo se solucionará.

—No hay nada como el optimismo —afirmó—. Con todo lo que ves, ¿cómo lo consigues?

Allison se había quedado viuda con veinte años. Tiene mucho mejor carácter que yo. Pero yo soy mejor farsante.

—Es una buena forma de vivir —contesté.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 13

Lunes por la noche, localicé a Milo en su casa. Era justo después de las diez y tenía lengua de estropajo debido al *whisky* y al cansancio.

—Es la una de la mañana en Nueva York, tío.

—Sigo con la hora del Pacífico.

—¿Qué ha pasado?

—La abuela de Allison la necesitaba. —Le puse al corriente.

—Lo siento. ¿Qué pasa por tu cabeza?

—Solo llamaba para ver qué tal.

—¿Con Duchay? Resulta que en la obra dedican los fines de semana a la limpieza, pero el jefe de obra dice que nunca llegó a conocer a Duchay. Así que o la historia era falsa o Duchay estaba confundido. Aparte de eso, nada más que reseñar. Mi hipótesis de trabajo es que Duchay se juntó con algún tipo malo del correccional para algo malo. Entraron en conflicto y el tipo se lo cargó.

—¿Qué te hace pensar que estuviera planeando algo?

—Ocho años encerrado constituye un doctorado en maldad. El motivo por el que me he imaginado un compinche es que el patrón de Duchay era colaboración delictiva.

—¿Con un solo crimen ya hay patrón?

—Cuando se trata de un crimen como este. Y tienes que considerar esto, Alex: el plan podía involucrarte a ti también. Como objetivo.

—Menuda teoría —comenté.

—Toma distancia e intenta ser objetivo —dijo—. Un asesino convicto te

llama cuando menos te lo esperabas, te dice que quiere hablar contigo sobre su crimen pero no te da detalles. Si realmente se trataba de algún tipo de confesión en busca de la absolución, ¿por qué esperar ocho años? Te podía haber escrito una carta. ¿Y por qué no? Tenía asesores espirituales; buenos samaritanos que estarían encantados de concederle la absolución. Todo esto apesta, Alex. Te puso un cebo.

—¿Por qué querría hacerme daño?

—Porque fuiste parte del sistema que lo encerró durante ocho años. Y sus heridas de navaja demuestran que no fueron unas vacaciones. Nueve puñaladas, Alex, y tres fueron muy profundas. Tenía cicatrices en el hígado y en uno de los riñones.

Margaret Sieff, la mujer que Rand llamaba abuela, había sido muy clara con respecto a mi lealtad.

«El abogado de Randolph dijo que usted no estaba necesariamente de nuestro lado».

Puede que le transmitiera eso a Rand. O que lo hiciera Lauritz Montez. Me había visto como una herramienta de la acusación, había secundado la petición de Sydney Weider de mantenerme alejado de los chavales.

—¿Tu silencio indica que lo que digo tiene sentido? —preguntó Milo.

—Todo es posible —contesté—. Pero por teléfono no sonaba hostil.

—Lo sé, solo atribulado.

—Incluso, tiempo atrás, cuando lo evalué, no había hostilidad, Milo. Era sumiso, colaborador. A diferencia de Troy, nunca intentó manipularme.

—Tuvo ocho años para meditarlo, Alex. Y no lo olvides: colaboró y, aun así, lo mandaron a la cárcel. Sabes cómo es la AJC. Ya no hay delincuentes menores ni revoltosos. Este año se cometieron seis asesinatos dentro del sistema.

—Cicatrices en el hígado —comenté.

—Incluso con esas, la mayor parte de la gente pensaría que Duchay no recibió el castigo que se merecía. Pero intenta decirle eso al tipo que ha pasado por todo eso. Estoy pensando en un exconvicto de veintiún años muy amargado. Puede que tuviera planeado vengarse de mucha gente y tú fueras el primero de la lista.

—¿Por qué tienes dudas de que anduviera por ahí con un compañero de la

cárcel?

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que era tu hipótesis de trabajo.

—Dios mío, estás analizando sintácticamente lo que he dicho —comentó—. No he abandonado la premisa básica. Simplemente, aún no he encontrado a ningún colega que Duchay conociera en la cárcel. El tipo de la AJC con el que hablé me dijo que no se había afiliado a ninguna pandilla, que estaba socialmente aislado.

—¿Figura algún problema disciplinario en su expediente?

—Callado, obediente.

—Buen comportamiento —anoté.

—Bla, bla, bla.

—Bueno, ¿qué es lo siguiente?

—Hablar con la gente que lo conocía, intentar esclarecer sus movimientos de aquel día. Le pedí a Sean que entrara en todas las tiendas de Westwood, que haya en las tres manzanas situadas al norte de Pico, para averiguar si alguien había visto a Duchay merodeando por la zona. *Nada*. Lo mismo con Westside Pavilion, así que si estuvo allí, no causó impresión. Mañana por la mañana visitaré al reverendo y a la señora de Andrew Daney.

—Reverendo y reverenda —repuse—. Ambos estaban estudiando para convertirse en pastores.

—Como sea. He hablado con ella; Cherish, que significa «adorar», vaya nombre. Parecía bastante destrozada. Todas esas buenas intenciones hechas añicos.

—¿Por qué has aceptado el caso, grandullón?

—¿Por qué no?

—No te importa mucho la víctima.

—Quien me guste o quien me deje de gustar no tiene nada que ver con esto —replicó—. Y me ofenden tus insinuaciones de lo contrario.

—Bla, bla, bla —dije—. En serio, puedes escoger caso. ¿Por qué este?

—Lo he cogido para asegurarme de que no estás en peligro constante.

—Te lo agradezco pero...

—Con un simple gracias es suficiente.

—Gracias.

—De nada. Intenta disfrutar del sol hasta que vuelva la doctora Gwynn.

—¿A qué hora vas a ir a ver a los Daney mañana?

—A ti qué te importa —contestó—. Duerme hasta tarde.

—¿Conduzco yo?

—Alex, estas personas apoyaban a los chavales. Eso podría convertirte en una persona non grata.

—Mi informe no fue un factor decisivo a la hora de calificarlos como menores, lo que, me gustaría puntualizar, era exactamente lo que me pedían sus abogados. No hay ningún motivo lógico para convertirme en objetivo.

—Estrangular y golpear a una niña de dos años era ilógico.

—¿A qué hora? —planteé.

—La cita es a la once.

—Yo conduzco.

Lo recogí en la comisaría a las diez y media y cogí Sepulveda Pass para salir de Valley. No dijo nada mientras atravesábamos Sunset y pasamos por el lugar donde se halló el cadáver de Rand Duchay.

—Me pregunto cómo llegó desde Valley hasta la ciudad.

—Sean está investigando los autobuses. Probablemente sea una pérdida de tiempo. Como mucho de lo que hacemos.

La dirección de la calle Galton en la que Drew y Cherish Daney asesoraban espiritualmente estaba en un barrio obrero de Van Nuys, a unas manzanas de la 405. El cielo era del color de la pasta de papel. El ruido de la autopista era un runrún constante.

La propiedad estaba vallada con secuoya machihembrada pero la puerta estaba abierta y entramos. Una casa cuadrada de una planta, azul pastel, se encontraba al frente del solar de tres hectáreas. En la parte de atrás, había dos edificaciones anexas más pequeñas, una de ellas, un garaje transformado pintado de azul a juego, la otra, situada ligeramente más atrás, era un cubo de cemento sin pintar. La mayor parte del espacio al aire libre estaba pavimentado, salvo por algunos macizos de plantas de poca agua enmarcados

con piedra de lava.

Cherish Daney estaba sentada en una silla de jardín a la izquierda de la casa principal, leyendo, completamente al sol. Cuando nos vio, cerró el libro y se levantó. Estaba lo suficientemente cerca como para leer el título del libro: *Lecciones de la vida: sobrellevar el dolor*. Un trozo de papel higiénico se asomaba de entre las páginas.

Seguía teniendo el pelo rubio platino y largo, pero las extensiones cardadas de hacía ocho años habían dejado paso a la sencillez. Llevaba un top blanco de tirantes, pantalones de deporte azul y zapatos grises, la misma cadena con el crucifijo de plata que llevaba el día de la cárcel. La mayor parte de la gente aumenta de peso con el paso de los años, pero ella había adelgazado y tenía una figura fibrosa. Seguía siendo una mujer joven, calculaba que unos treinta y tantos, pero la grasa era muy buena rellenando arrugas y su cara ya presentaba algunos surcos.

La misma tez bronceada, las mismas facciones bonitas. Curva apreciable en su espalda, como si su columna se hubiera encorvado por algún terrible peso.

Ella sonrió sin abrir la boca. Ojos enrojecidos. Si me reconoció, no dijo nada. Cuando Milo le dio su tarjeta, le echó un vistazo y asintió con la cabeza.

—Gracias por recibirnos, reverenda.

—No hay de qué —contestó. Una puerta mosquitera dio un portazo y los tres nos giramos hacia el ruido.

Una niña, de unos quince o dieciséis años, había salido de la casa principal y estaba de pie, en los escalones de delante, con lo que parecía un cuaderno de ejercicios del colegio.

Cherish Daney dijo:

—¿Qué necesitas, Valerie?

La mirada que le devolvió la niña parecía de resentimiento.

—¿Val?

—Ayuda con las mates.

—Por supuesto, ven aquí.

La niña dudó antes de acercarse. Su pelo negro ondulado le llegaba por debajo de la cintura. Estaba rellena. Su cara era morena y redonda; su forma de andar, rígida y tímida.

Cuando llegó a Cherish Daney, alternaba entre mirarnos a nosotros y fingir que no nos miraba.

—Estos hombres son policías, Val. Están aquí por lo de Rand.

—Ah.

—Todos estamos muy tristes por lo de Rand, ¿verdad, Val?

—Ajá.

—Bueno, enséñame cuál es el problema —dijo Cherish.

Valerie abrió el libro. Aritmética de sexto grado.

—Estos. Los estoy haciendo bien pero no estoy obteniendo los resultados adecuados.

Cherish tocó el brazo de la niña.

—Veámoslo.

—Sé que los estoy haciendo bien. —Los dedos de Valerie se doblaron. Se meció sobre sus pies. Nos miró a Milo y a mí.

—¿Val? —dijo Cherish—. Céntrate. —Y tocando la mejilla de Valerie, guió los ojos de la niña hacia el libro.

Val se zafó del contacto pero mantuvo la mirada sobre la página. Permanecimos allí de pie mientras Cherish intentaba desentrañar los misterios de las fracciones; hablaba despacio, pronunciaba con claridad, rallando el límite entre la paciencia y la condescendencia.

Sin perder la paciencia durante los lapsus de concentración de Valerie. Que eran frecuentes.

La niña zapateaba, tamborileaba en varias partes de su cuerpo, se movía nerviosa, estiraba el cuello y suspiraba mucho. Su contacto visual era como el vuelo de un colibrí, nos miraba a nosotros, miraba al cielo y, después, al suelo. El libro. La casa. Una ardilla que correteaba por la valla de secuoya.

Había pasado mucho tiempo en la universidad como para no realizar un diagnóstico.

Cherish Daney mantuvo el rumbo, finalmente consiguió que la niña se centrara en un único problema hasta que lo resolvió.

—¡Exacto! ¡Fenomenal, Val! Vamos a hacer otro.

—No, estoy bien, ahora lo entiendo.

—Creo que uno más sería una buena idea.

Se opuso enfáticamente con la cabeza.

—¿Estás segura, Val?

Sin responder, Valerie salió corriendo hacia la casa. Tiró el cuaderno de ejercicios y gritó de frustración, se agachó y lo recogió, abrió la puerta mosquitera de un golpe y desapareció.

—Siento la interrupción —se disculpó Cherish—. Es una niña estupenda pero necesita mucho orden.

—¿Trastorno por déficit de atención con hiperactividad? —pregunté.

—Es tan obvio, ¿eh? —Ahora me miraba con los ojos azules bien abiertos—. Yo le conozco. Usted es el psicólogo que entrevistó a Rand.

—Alex Delaware. —Le extendí mi mano.

La estrechó rápidamente.

—Nos conocimos en la cárcel.

—Exacto, reverenda.

—Supongo —intervino ella— que nuestros caminos se vuelven a juntar en penosas circunstancias.

—Gajes del oficio —comenté—. Por ambas profesiones.

—Supongo... en realidad, no soy pastora, soy una simple profesora.

Sonreí.

—¿Simple profesora?

—Es muy útil —explicó—. Para la educación en el hogar. Educamos en casa a los niños.

—¿Niños de acogida? —preguntó Milo.

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo se quedan con usted? —inquirí yo.

—No hay tiempo preestablecido. En teoría, Val se iba a quedar con nosotros sesenta días mientras que se evaluaba la desintoxicación de su madre. Entonces, su madre sufrió una sobredosis y falleció y todos los parientes de Val viven en Arizona. Apenas los conoce; su madre se escapó de casa. Además, no estaban interesados en hacerse cargo de ella. Así que lleva con nosotros casi un año.

—¿Cuántos niños de acogida cuida?

—Depende. Mi marido está haciendo la compra en Value Club. Compramos a granel.

—¿Cuál era el acuerdo con Rand Duchay? —preguntó Milo.

—¿El acuerdo?

—Con el estado.

Cherish Daney negó con la cabeza.

—Eso no fue una situación formal, teniente. Sabíamos que Rand iba a ser liberado y no tenía adonde ir, así que lo acogimos.

—¿El condado no tenía ningún problema con que él se quedara aquí? —interrogó Milo—. ¿Con niños?

—Nunca surgió. —Se puso tensa—. No nos van a ocasionar problemas, ¿verdad? No sería justo para los niños.

—No, señora. Solo era una pregunta que me ha venido a la mente.

—Nunca hubo peligro —repuso—. Rand era una buena persona.

La misma afirmación que había realizado él. Ni Milo ni yo contestamos.

—No espero que me crean, pero ocho años lo transformaron —observó Cherish Daney.

—¿En?

—En una buena persona, teniente. De todas formas, no iba a quedarse mucho tiempo con nosotros. Solo hasta que encontrara un trabajo y un sitio donde vivir. Mi marido hizo averiguaciones en algunas organizaciones benéficas, pensando que Rand podría trabajar en alguna tienda benéfica de artículos de segunda mano o hacer trabajos de jardinería. Entonces Rand tomó la iniciativa y vino con la idea de la obra. Ahí es donde fue el sábado.

—¿Tiene alguna idea de cómo terminó en Bel Air?

Negó con la cabeza.

—No tenía motivos para estar ahí. Lo único que se me ocurre es que se perdiera y alguien lo llevara. Rand podía ser muy confiado.

—¿En ningún momento lo llamó?

—No tenía teléfono —contestó.

Me llamó desde un teléfono público.

—¿A qué distancia está la obra? —preguntó Milo.

—A unas manzanas, en Vanowen.

—No muy lejos, en cuanto a perderse se refiere.

—Teniente, Rand se pasó toda la adolescencia en la cárcel. Cuando salió estaba extremadamente desorientado. Su mundo era un hervidero de confusión.

—William James —dije.

—¿Perdón?

—Pionero de la psicología. Describió la infancia como un caótico hervidero de confusión.

—Probablemente aprendiera eso —afirmó Cherish—. Estudié psicología en el seminario.

—Así que tuvo contacto frecuente con Rand durante el tiempo que pasó en la cárcel —comentó Milo.

—Sí —confirmó—. Justo después de que Troy falleciera, iniciamos el contacto.

—¿Por qué entonces?

—Al principio, estábamos más implicados con Troy porque lo conocíamos de antes del problema.

—El problema es el asesinato de Kristal —comentó Milo.

Cherish Daney apartó la mirada. La curvatura de su espalda se hizo más pronunciada.

—¿Cómo conoció a Troy antes, señora Daney?

—Cuando mi marido y yo éramos estudiantes, parte de nuestro seminario de servicios a la comunidad implicaba identificar las necesidades de la comunidad. Nuestro apartamento no estaba lejos de la Ciudad 415, así que conocíamos su reputación. Nuestro asesor pensó que sería un buen sitio para encontrar niños con necesidades. Hablamos con los Servicios Sociales e identificaron a varios posibles candidatos. Troy era uno de ellos.

—¿Rand no estaba? —inquirí.

—El nombre de Rand nunca llegó a figurar en ninguna lista.

—¿Listas de alborotadores? —preguntó Milo.

Ella asintió con la cabeza.

—Quedamos con Troy un par de veces, intentamos que se interesara por la iglesia, por los deportes o por algún pasatiempo, pero nunca llegamos a conectar de verdad. Entonces, después... debió de habernos mencionado a su abogado porque ella se puso en contacto con nosotros y dijo que sería un buen momento para empezar a asesorarlo espiritualmente.

Biblia en la celda. Charla poco sincera sobre el pecado.

—¿Por qué no conectaron al principio? —preguntó Milo.

—Ya sabe cómo es. A los chavales no siempre les gusta hablar.

Me miró en busca de confirmación. Antes de que pudiera mediar palabra, Milo dijo:

—¿El ser arrestado ayudó a Troy a desarrollar sus habilidades comunicativas?

Ella suspiró.

—Ustedes piensan que somos ingenuos. No es que no fuéramos conscientes de la gravedad de lo que Troy había hecho. Pero reconocimos que él también había sido una víctima. Conoció a su madre, doctor.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Muerta —contestó bruscamente—. Después de que el cuerpo de Troy estuviera listo para el entierro, la oficina del juez de instrucción de Chino se puso en contacto con nosotros. No podían encontrar a Jane y éramos las únicas personas que figuraban en su lista de visitas. Contactamos con la señora Weider, pero ya no trabajada como abogado de oficio. El cuerpo de Troy permaneció en la morgue hasta que nuestro deán aceptó donar un terreno en San Bernardino en el que están enterrados varios miembros del profesorado. Celebramos una misa.

Se tocó el crucifijo. De repente, rompió a llorar. No hizo ningún esfuerzo por contener las lágrimas.

—Este día, estuvimos mi marido y yo, y el doctor Wascomb, nuestro deán. Un bonito día soleado y nosotros vimos cómo los trabajadores del cementerio bajaban el patético ataúd pequeño. Un mes después, el detective Kramer nos llamó. Habían encontrado a Jane debajo de un paso elevado de la autopista, en uno de esos campamentos para personas sin techo, envuelta en un saco de dormir y en una lona de plástico. Que era la forma en la que ella dormía siempre, por lo que los demás vagabundos no sospecharon nada hasta que llegó el mediodía y seguía sin moverse. La habían apuñalado durante la noche. Quienquiera que la matara, la envolvió de nuevo después.

Ella se estremeció, sacó el marcapáginas de papel del libro y se secó la cara.

—¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la muerte de Troy? —preguntó Milo.

—Seis semanas, dos meses, ¿qué más da? Lo que quiero decir es que eran chicos perdidos. Y ahora, Rand.

—¿Tiene alguna idea de quién podría querer hacer daño a Rand?

Negó con la cabeza.

—¿Cuál era su estado de ánimo?

—Desorientado, ya se lo he dicho. Intentando reconciliarse con la libertad.

—¿No estaba contento de salir?

—Para ser sinceros, no realmente.

—¿Le comentó algún otro plan aparte de buscar un trabajo?

—Nos estábamos tomando las cosas con calma. Ayudándole a adaptarse.

—¿Podríamos ver su habitación?

—Claro —repuso—. Está tal cual.

La seguimos a través de un salón compacto y ordenado; una cocina oscura bien aprovechada y un comedor; a continuación, un pasillo bajo y estrecho. Una habitación, la principal, con apenas espacio para todos los muebles que la componían. Un único baño para toda la casa.

Al final del pasillo había un espacio sin ventanas, de casi un metro cuadrado.

—Esta es —afirmó Cherish Daney.

Las paredes estaban cubiertas de paneles baratos. A través del suelo de vinilo sobresalían tuberías cortadas.

—¿Esto era antes el lavadero? —preguntó Milo.

—El porche de servicio. Sacamos fuera la lavadora y la secadora.

Sobre una cama plegable colgaba una escena bíblica enmarcada: Salomón nórdico y dos mujeres valquirias reclamando la maternidad sobre el mismo bebé rubio y gordo. Una lámpara de plástico blanca sobre una mesita de noche de madera en bruto. Milo abrió los cajones. Había una biblia manoseada arriba, nada debajo.

Un pequeño baúl abollado hacía las veces de armario. Dentro había dos camisetas blancas, dos camisas de trabajo azules y un par de pantalones vaqueros azules.

—Ni siquiera tuvimos la oportunidad de comprarle ropa —comentó Cherish Daney.

Volvimos a la entrada de la casa. Fisgó por la ventana.

—Aquí está mi marido. Será mejor que vaya a ayudarlo.

CAPÍTULO 14

Drew Daney atravesó la puerta sujetando dos enormes bolsas de provisiones con cada brazo. Un saco de malla lleno de naranjas incluso más grande colgaba de su dedo gordo derecho.

Cherish cogió la fruta e intentó coger otra de las bolsas.

Daney la sujetó.

—Estoy bien, cariño. —Sus ojos oscuros nos divisaron por encima de las bolsas de comida. Se detuvo y colocó la carga en el suelo.

—Señor Delaware.

—Se acuerda.

—Es un nombre poco común —repuso, acercándose. Su cuerpo de luchador había ganado unos siete kilos, la mayor parte grasa, y su pelo denso y ondulado se estaba volviendo canoso por las sienes. Ahora llevaba una barba canosa de tres días, bien recortada. Su pelo blanco estaba impecable y planchado. Igual que sus pantalones azules. Mismo esquema de colores que su mujer.

—Además, leí su informe para el juez y su nombre se me quedó grabado.

Cherish lo miró y entró en la casa.

—¿Cómo consiguió leerlo? —pregunté.

—Sydney Weider quería mi opinión, como asesor de Troy. Le comenté que era un documento muy prudente. Que usted no quería aventurarse y decir cosas sin rigor científico. Pero que estaba claro que usted no quería pasarle nada a los chicos.

—¿Pasar un asesinato? —inquirió Milo.

—Por aquel entonces esperábamos un milagro.

—¿Esperábamos?

—Las familias de los chicos, Sydney, mi mujer y yo mismo. Simplemente parecía que encerrar a los chicos para siempre no solucionaría nada.

—Para siempre resultaron ser ocho años, reverendo —aclaró Milo.

—Detective... ¿Cómo se llama, por favor...?

—Sturgis.

—Detective Sturgis, en la vida de un niño, ocho años es la eternidad. —Daney se pasó una mano por el pelo—. En el caso de Troy, un mes fue la eternidad. Y ahora Rand... increíble.

—Señor, ¿tiene alguna idea de quién podía querer dañar a Rand?

Daney puso morritos. Con la punta del zapato jugueteó con una de las bolsas de comida y bajó la voz.

—No quiero que mi mujer oiga esto, pero probablemente haya algo que deban saber.

—¿Probablemente?

Daney miró hacia la puerta delantera de la casa.

—¿Podemos hablar más tarde en algún sitio?

—Cuanto antes mejor, señor.

—Sí, claro. Entiendo lo que dice. Tengo reunión del consejo de la juventud en Sylmar a las dos. Podía salir un poco antes y quedar con ustedes dentro de unos diez minutos.

—Me parece bien —repuso Milo—. ¿Dónde?

—¿En el Dipsy Donut de Vanowen, a unas manzanas al oeste?

—Estaremos allí, reverendo.

—¿Ambos? —preguntó.

—El doctor Delaware nos está ayudando con el caso.

—Ah —exclamó Daney—. Tiene sentido.

—Te lo dije —me reprochó Milo, al marcharnos—. Sigues siendo el equipo contrario.

—¿Y tú?

—Yo soy el sabueso al que le han concedido el honor de aclarar el

asesinato de Duchay.

—¿Quieres que me espere en el coche mientras vosotros dos estrecháis lazos?

—Exacto. Me pregunto qué es lo que el reverendo querrá ocultar a su mujer.

—Parece que es algo que podría asustarla.

—Miedo —añadió—, eso es interesante.

El sitio de los donuts era un puesto blanco endeble situado en un aparcamiento de asfalto agrietado, coronado por un donut con rasgos humanoides parcialmente comido. El yeso marrón desconchado por varios sitios intentaba imitar el chocolate. La imagen evocaba que a la criatura frita le encantaba ser devorada. Tres mugrientos juegos de mesa con bancos estaban esparcidos por el asfalto. La señal había perdido un par de letras: «DI SY DON T».

—Y aquí estaba yo pensando que ella lo hizo —comentó Milo.

El sitio estaba lleno de clientes. Entramos, olía a grasa y azúcar, y nos pusimos a la cola mientras tres chicos agobiados metían en bolsas y servían buñuelos descomunales a una multitud ansiosa. Milo compró un variado de doce donuts, se comió uno de mermelada y otro de chocolate en el tiempo que tardamos en volver al coche.

—¡Eh! —dijo—, forma parte del trabajo. Y masticar es aeróbico.

—Que aproveche.

—Dices eso pero tienes esa mirada de desaprobación.

Saqué una gigantesca danesa de manzana de la caja y me puse a comérmela.

—¿Satisfecho?

—Las personas creativas nunca estamos satisfechas.

Nos sentamos en el Seville donde se zampó otro relleno de mermelada.

—Me pregunto qué haría Rand desde las seis y media hasta las nueve —comenté.

—Yo también. Se me ha olvidado el café, ¿quieres?

—No, gracias.

Volvió al puesto de donuts justo cuando llegaba el reverendo Drew Daney en un viejo Jeep blanco. Salí del coche y Milo volvió con dos cafés.

Le ofreció a Daney la caja de donuts.

Daney había añadido una americana azul al conjunto, llevaba las manos en los bolsillos.

—¿Quiere crema?

Los tres nos sentamos en una de las mesas de fuera. Daney encontró uno de frambuesa, le hincó el diente y exhaló con satisfacción.

—Placeres ocultos, ¿eh?

—Exacto, reverendo.

—No estoy ordenado, así que puede llamarme simplemente Drew.

—¿No terminó el seminario?

—Decidí no hacerlo —afirmó Daney—. Igual que Cherish. Ambos nos metimos a trabajar con menores y decidimos que esa era nuestra vocación. No lo lamento. Un pùlpito está más relacionado con la política interna que con las buenas acciones.

—Trabajo con menores —intervino Milo—, como en los lugares acogida.

—Acogida, educación en el hogar, preparación y asesoramiento. Trabajo con varias organizaciones benéficas; la reunión de Sylmar. —Miró su reloj—. Mejor vamos al grano. Probablemente no tenga importancia pero siento que es mi deber contárselo.

Terminó su dónut, se sacudió las migas de la pechera.

—Hace seis meses, Rand fue trasladado a Camarillo, a la espera de la puesta en libertad. El jueves por la noche, mi mujer y yo fuimos en coche hasta allí y nos lo trajimos a casa. Parecía como si hubiera aterrizado en otro planeta.

—Desorientado —comenté utilizando el término de su mujer.

—Más que eso. Aturdido. Piénselo, doctor. Ocho años de estricta organización, toda la adolescencia entre barrotes, y le soltaban en un mundo nuevo y extraño. Le dimos la cena, le enseñamos su habitación y se fue directamente a la cama. Todo lo que tenía era un porche de servicio transformado pero puedo asegurarles que ese chico parecía agradecido de volver a estar en un sitio pequeño. A la mañana siguiente, me levanté a las seis y media, como de costumbre, y me acerqué a verlo. Su cama estaba vacía, limpia como una patena. Le encontré fuera, sentado en los escalones de delante. Tenía peor aspecto que la noche anterior. Ojeras oscuras bajo sus

ojos. Realmente nervioso. Le pregunté que qué pasaba y él simplemente se quedó mirando fijamente a la puerta del jardín, que estaba abierta de par en par. Le dije que todo iba a salir bien, que tenía que darse tiempo. Eso solo consiguió ponerle más nervioso; empezó a agitar la cabeza, realmente rápido. A continuación, se tapó la cara con las manos.

Daney hizo una demostración.

—Era como si se estuviera escondiendo de algo. Escondiendo la cabeza debajo del ala. Aflojé sus dedos y le pregunté qué pasaba. No me contestó y le dije que era importante para él que dejara salir sus sentimientos. Al final, me contó que alguien le estaba vigilando. Eso me pilló con la guardia baja e intenté que no se me notara. Le pregunté que quién. Me contestó que no lo sabía pero que había escuchado ruidos por la noche; alguien merodeando por la ventana. El terreno es pequeño y ni mi mujer ni yo escuchamos algo. Le pregunté a qué hora. Dijo que durante la noche, no llevaba reloj. Después, me contó que había vuelto a oír los ruidos a primera hora de la mañana, justo después del amanecer, se levantó, vio la puerta del jardín abierta y una camioneta saliendo disparada. Siempre cerramos esa puerta, pero es un simple cerrojo y, a veces, si no se cierra bien, el viento la abre. Así que no le di mayor importancia.

—¿Qué tipo de camioneta? —preguntó Milo.

—Dijo que era una ranchera oscura. No le pregunté más porque no quise darle mayor importancia. Simplemente no me pareció tan importante.

—¿Dudó de su credibilidad? —interpeló Milo.

—No es una cuestión de credibilidad —repuso Daney—. Doctor Delaware, usted evaluó a Rand. ¿Le ha contado al detective las enormes dificultades de aprendizaje que tenía?

Asentí.

—Pues bien, combine eso con el desafío de la puesta en libertad.

—¿Sabe si fantaseaba con cosas que no existían? —intervine.

—¿Como alucinaciones? —preguntó Daney—. No, eso no es lo que pasó el viernes. Fue más bien... una exageración de los eventos habituales. Me imaginé que habría escuchado a un pájaro o a una ardilla.

—Ahora no está seguro —comentó Milo.

—Dado lo que ha pasado —afirmó Daney—, sería estúpido por mi parte

no dudarlo.

—¿Sucedió algo entre el viernes y el sábado por la noche?

—No comentó nada más sobre lo de ser vigilado ni sobre la ranchera oscura, y yo no saqué el tema —explicó Daney—. Se dio un paseo, volvió y dijo que había estado en una obra y que iba a regresar por la tarde para hablar con el encargado.

—¿A qué hora fue el primer paseo? —preguntó Milo.

—Comimos pronto... puede que a las ocho, ocho y media de la mañana.

—¿Qué tipo de trabajo buscaba?

—Cualquier cosa, supongo. No tenía verdaderas habilidades.

—¿Y la rehabilitación de la AJC? —opiné.

Daney encogió sus fornidos hombros.

—No me haga hablar.

—Señor, su mujer dice que Rand se marchó a las cinco de la tarde para ir a visitar al encargado. Pero estas obras cierran a medio día.

—Me imagino que Rand no estaría bien informado, detective. O alguien lo engañó.

—¿Por qué haría alguien algo de eso?

—Las personas como Rand suelen ser engañadas. —Miró de nuevo el reloj y se puso en pie—. Lo siento, pero tengo que marcharme.

—Una pregunta más —profirió Milo—. Voy a contactar con la familia de Rand. ¿Tienen alguna idea de por dónde empezar?

—No se moleste en empezar —repuso Daney—. No hay nadie. Su abuela murió hace unos años. Complicaciones de una enfermedad del corazón. Fui yo quien se lo comunicó a Rand.

—¿Cómo reaccionó?

—Como cabría esperar. Estaba muy disgustado. —Miró hacia su Jeep—. No sé si algo de esto ha podido tener alguna utilidad, pero pensé que debía contárselo.

—Se lo agradezco, señor —dijo Milo—. No quería que su mujer se enterase porque...

—No tiene sentido disgustarla. Incluso si fuera relevante, no tiene nada que ver con ella.

—¿Hay alguna otra cosa, señor, que pudiera ayudarme? —preguntó Milo.

Daney metió la mano en el bolsillo. Miró de nuevo hacia el Jeep. Se pasó una mano por la barba de agujas plateadas.

—Esto es... delicado. No sé realmente si debería sacar a relucir este tema.

—¿Sacar a relucir el qué, señor?

—Encontraron a Rand lejos de casa, así que estaba pensando que, tal vez, aquella ranchera... ¿y si alguien le dio una vuelta? —Intentó tirar de un diminuto pelo de la barba, finalmente, consiguió coger uno con las uñas, tiró y torció el gesto.

—Una ranchera oscura —dijo Milo—. ¿Le dice algo?

—De eso se trata —repuso Daney—. Sí me suena, pero no, realmente no me siento cómodo... sé que se trata de una investigación por asesinato, pero si pudieran ser discretos...

—¿Sobre qué?

—Citarme como fuente —dijo Daney, y se mordió el labio—. Han pasado muchas cosas.

—¿Alguna relacionada con lo que pasó hace ocho años?

Daney volvió a pellizcarse la mejilla. Torció el ceño.

—Seré tan discreto como pueda, señor —contestó Milo.

—Sé que lo será... —Daney se giró al mismo tiempo que entraba en el aparcamiento una ranchera cargada con bolsas de fertilizantes. Azul oscura. Un cartel anunciaba «Jardinería Hernández». Dos tipos bigotudos con pantalones vaqueros cubiertos de polvo y gorras de béisbol salieron de la ranchera y entraron en el local de donuts.

—¿Ve lo que quiero decir? Hay rancheras por todas partes. Estoy seguro de que no tiene importancia —comentó Daney.

—Pruebe, de todas formas, señor Daney. Por Rand.

Daney suspiró.

—Está bien... —Otro suspiro—. Barnett Malley, el padre de Kristal Malley, conduce una ranchera oscura. O, al menos, solía hacerlo.

—¿Hace ocho años? —preguntó Milo.

—No, no, más recientemente. Hace dos años. Que es cuando me lo encontré en la ferretería True Value que no queda lejos de aquí. Yo estaba comprando piezas para arreglar un triturador de basura y él se estaba

aprovisionando de herramientas. Yo me fijé en él enseguida, pero él no me vio. Intenté evitarlo pero nos encontramos en la caja. Le dejé pasar delante de mí, y lo vi salir y meterse en una camioneta. Una ranchera negra.

—¿Ustedes dos hablaron? —preguntó Milo.

—Yo quería —contestó Daney—. Quería decirle que nunca podría llegar a comprender su dolor pero que rezaba por su hija. Quería que supiera que no por haberle tendido una mano a Troy y a Rand no entendía su tragedia. Pero me lanzó una mirada de las de ni se te ocurra.

Se abrazó a sí mismo.

—Hostil —dije.

—Más que eso, doctor.

—¿Cuánto más? —indagó Milo.

—Sus ojos —explicó Daney— eran odio puro.

Vimos salir el Jeep blanco.

Milo dijo:

—Barnett Malley. Se acaba de complicar la cosa oficialmente. Así que, ¿cómo encajaría una emboscada en la secuencia temporal?, y te llamó hora y media después de haberse marchado de la casa de los Daney.

—Rand pudo haber mentido a los Daney sobre lo de ir a la obra.

—¿Por qué haría eso?

—Porque tenía una cita antes que la mía y no quería que ellos lo supieran.

Con Barnett Malley.

—¿Por qué haría eso?

—Te dije que parecía atribulado. Si la culpa le estaba royendo por dentro y estaba intentando demostrar que era una buena persona, ¿quién mejor que Malley para pedirle perdón?

—Daney dijo que estaba muy nervioso por lo de ser vigilado.

—Pero al día siguiente parecía estar mejor. Puede que contactara con Malley de alguna forma y decidiera emprender alguna acción positiva. Las leyes estatales exigen que a las familias de las víctimas se les notifique cuándo va a ser liberado el delincuente, así que Malley debía haber sabido que Rand estaba fuera. ¿Y si Malley estuviera vigilando a Rand y le hubiera hecho frente

durante el primer viaje de Rand a la obra a las ocho de la mañana? Acordaron verse más tarde y Rand se inventó la cita con el jefe de obra para utilizarla como tapadera.

—No se trataba de una emboscada —replicó—. Se metió en la camioneta de Malley de forma voluntaria y, después, la cosa se puso fea.

—Rand era impresionable, no muy inteligente, y estaba deseoso de absolución. Si Malley hubiera hecho un acercamiento amistoso, dispuesto a perdonar, Rand hubiera mordido el anzuelo.

—Está bien, pensemos detenidamente en esto. ¿Rand queda con Malley alas cinco aproximadamente, Malley le lleva en coche a la ciudad, lo deja en el centro comercial y Rand te llama para fijar otra cita? ¿Por qué, Alex?

Era la primera vez que utilizaba el nombre de la víctima. Había tenido lugar algún tipo de transición.

—No lo sé. A menos que Rand y Malley hicieran las paces y Rand decidiera seguir adelante con su proceso —comenté.

Se frotó la cara enérgicamente, como si se la estuviera lavando pero sin agua.

Realmente no hicieron las paces si Malley le disparó. Entonces, ¿Malley lo dejó y volvió después a recogerlo?

—Puede que Malley tuviera más cosas de las que hablar.

—¿Los dos iban de paseo juntos en coche, de cháchara sobre los viejos tiempos, cuando Malley decidió asesinarlo en vez de dejarle comer *pizza* contigo? Incluso si pudiéramos explicar todo eso, la principal cuestión sigue sin resolverse: si todo esto va de venganza, ¿por qué Malley habría esperado ocho años?

—Puede que estuviera deseando que ambos chavales salieran pero un pandillero del correccional se le adelantó con Troy.

—Así que espera la hora propicia para Rand. —Bebió café—. Según Daney, Malley seguía encolerizado hace dos años.

—Malley quería pena de muerte —añadí—. Algunas heridas nunca cierran.

—Teoría, teoría, teoría. ¿Y ahora qué? ¿Me inmiscuyo en la vida de una pareja que perdió a su hija de la peor forma posible porque el marido le echó una mirada fulminante a Daney hace dos años y conduce una ranchera negra?

—Podría ser muy delicado —afirmé.

—Podría requerir gran sensibilidad psicológica.

Le di otro mordisco a la danesa. Hacía unos minutos sabía riquísima. Ahora era una fritanga.

—¿Tengo que decírtelo más claro, Alex? Prefiero que tú lo hagas y yo mire.

—¿No te preocupa que mi presencia influya?

—La defensa te vio como favorable a la acusación, así que puede que los Malley te recuerden con cariño por ese mismo motivo.

—No hay motivos para que se acuerden de mí —dije—. Nunca llegamos a conocernos.

—¿De verdad?

—No había motivos. —Es curioso lo a la defensiva que sonó eso.

—Bueno —repuso— pues ahora sí los hay.

CAPÍTULO 15

Milo llamó a la División de Vehículos Motorizados para averiguar los permisos de conducir y las matrículas de Barnett y Lara Malley.

Nada sobre ella. Barnett Melton Malley tenía dirección en Soledad Canyon, Antelope Valley.

—La fecha de nacimiento coincide —afirmó—. Un vehículo, una ranchera Ford de hace diez años. Negra en el momento del registro.

—Soledad está a unos setenta, ochenta kilómetros de Van Nuys —comenté—. Después de todo lo que sufrieron, puedo entender perfectamente que quisieran alejarse de la ciudad. En una zona rural como esa, Lara necesitaría coger el coche, así que, ¿por qué no figura su permiso de conducir?

—¿Porque no viven juntos y se marchó del estado?

—Una tragedia como esa puede separar a las personas.

—Se me ocurre que tal vez se abriera una enorme brecha entre ellos —observó él—. Le arrebataron a Kristal delante de sus narices. Puede que el marido la culpara.

—O —repuse yo— puede que ella se culpara a sí misma.

De vuelta a la ciudad, Sean Binchy llamó. La comisaría de Van Nuys no tenía registrada ninguna llamada de los Daney en relación con la desaparición de Rand.

—No es ninguna sorpresa —afirmó Milo—. No estaba oficialmente desaparecido, así que no hay registro.

—¿En qué estado se encuentra tu teoría del amigo delincuente?

—¿Que si la he abandonado por completo porque Barnett Malley tiene una

camioneta negra? Como Daney dijo, hay muchas rancheras en Valley. Pero Malley tenía motivos para odiar a Rand. Sería estúpido por mi parte ignorarlo.

—¿Cuándo tenías previsto ir a verlo?

—Había pensado ir mañana —contestó—. Lo suficientemente tarde como para evitarla hora punta, pero lo suficientemente temprano como para no pillar atasco de vuelta. Primero, voy a intentar averiguar dónde trabaja. Si hay suerte y está más cerca, te llamo.

Garabateó en su bloc de notas, se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—O incluso mucho mejor, que aparezca algún factor atenuante. Como una coartada indiscutible para Malley.

—No quieres que sea el culpable —observé.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué te parece si comemos? Me apetece cordero *tandoori*.

Primero paramos en la comisaría, donde recogió sus mensajes e introdujo el nombre de Barnett Malley en la base de datos del Centro Nacional de Información Criminal (NCIC) y en otras bases de datos de delincuentes, sin obtener resultados. Lo mismo pasó con Lara Malley.

Me quedé de pie, esperaba que nos marchásemos pronto al Café Moghul. Pero permaneció allí, sentado, con los ojos cerrados, pasándose el teléfono de una mano a otra hasta que llamó al archivo Hall of Records del centro y preguntó por un funcionario que le debía un favor. Llevó un rato que le pasaran con él pero una vez que lo consiguió, la conversación fue breve. Cuando colgó, parecía cansado.

—Lara Malley está muerta. Hace siete años, se suicidó con un arma de fuego. Hoy en día, las mujeres se disparan más pero, por aquel entonces, era un poco inusual, ¿no? Las píldoras eran el método favorito de las mujeres.

—No siempre, si la mujer iba en serio —repliqué.

—Mamá muere un año después del asesinato de Kristal. Tiempo suficiente para ver que la vida no mejoraba. ¿Los Malley fueron alguna vez a terapia, Alex?

—No lo sé.

Empezó a aporrear el teclado de su ordenador como si fuera su adversario;

se metió en el registro estatal de armas de fuego. Entrecerró los ojos, se quedó mirando fijamente, copió algo y esgrimió una sonrisa rara y forzada que me hizo alegrarme de no ser su enemigo.

—El señor Barnett Melton Malley se ha hecho con un arsenal. Trece escopetas, rifles y revólveres, incluidas dos pistolas del treinta y ocho.

—Puede que viva solo en un paraje aislado. Él tendría más motivos que cualquier otro para estar alerta.

—¿Quién dice que viva solo?

—Lo mismo de antes —afirmé—. Si hubiera formado una nueva familia, querría protegerla.

Un tipo furioso y resentido —comentó—. Pierde a toda su familia por culpa de la violencia y se muda a un sitio perdido en el campo con un alijo de armas tan grande como para abastecer a una milicia. Puede que forme parte de una milicia; uno de esos cafres obsesionados con la supervivencia. ¿Exagero si utilizo el término alto riesgo?

—Si tuviera intención de matar a alguien, ¿por qué registrar sus armas?

—¿Quién dice que haya registrado todas? —Revolvió en uno de los cajones de la mesa, sacó un puro con boquilla de madera, le dio vueltas entre las manos.

—La forma en que Rand fue disparado —afirmó—. Herida de contacto, lado izquierdo de la cabeza, el asesino estaba situado aproximadamente a la misma altura. Cogido por sorpresa, como tú dijiste. ¿Eso te evoca alguna imagen?

—El asesino estaba sentado a su izquierda —contesté—. Cerca de él. Como sentado en el asiento del conductor.

Me señaló con el puro.

—Esa es la idea que se me iluminó en la cabeza. En cuanto a la premeditación, puede que Malley no lo tuviera planeado. Puede que al principio solo quisiera hablar con Rand. Para enfrentarse al tipo que había arruinado su vida. Ambos sabemos que, en ocasiones, los familiares de las víctimas ansían eso.

—Malley tuvo ocho años para eso, pero puede que la puesta en libertad de Rand desencadenara viejos recuerdos —sugerí.

—Malley lo recoge, lo deja, da una vuelta con el coche y descubre que

sigue teniendo un asunto pendiente con Rand. Van en coche hasta algún lugar de las montañas y algo sale mal.

—Rand no sabía expresarse muy bien. Dijo lo que no debía a Malley y desencadenó su furia contenida.

—«Soy una buena persona» —citó.

—Puedo entender que eso saliera mal.

Se irguió, intentó caminar de un lado a otro de la pequeña oficina, dio un único y debilitado paso, llegó a mi silla y volvió a sentarse. Yo era un obstáculo. Mis pensamientos volaron a un día frío y con nieve en Nueva York. Callejeando.

—Por otro lado, si Malley acudió armado, pudo haber premeditación —observé.

—Se iba a reunir con el asesino de su hija. Como tú bien has dicho, tenía motivos para ser prudente.

—Un buen abogado podría exponer muy buenos argumentos para respaldar la hipótesis de la legítima defensa.

Lanzó el puro encima de la mesa.

—Escucha, estamos psicoanalizando al pobre desgraciado y ninguno de los dos lo ha conocido nunca. Por lo que sabemos, es una especie de meditador trascendental, pacifista, budista zen y vegetariano, que vive perdido en el bosque para conseguir serenidad.

—Con trece armas.

—Está ese pequeño escollo —repuso—. Tío, cómo me gustaría enviar a los especialistas a que examinaran su ranchera negra. Me encantaría tener motivos para ello... Alex, ¿qué te parece si nos saltamos la comida? Por algún motivo, mi apetito se ha desvanecido.

—Claro —contesté.

Se dio la vuelta y me marché.

Cuando estaba en el pasillo, a unos tres metros de su despacho, le oí gritar:

—Pero ya quedaremos para comer *tandoori*. Le diré a mi ayudante que te llame.

Me llamó esa tarde a las siete cuarenta.

—¿Qué le ha pasado a tu ayudante? —pregunté.

—Está de huelga. He hecho más averiguaciones sobre Malley. Hace ocho años regentaba su propia empresa de limpieza de piscinas, pero lo dejó un año después.

—Después de que Lara se pegara un tiro. Puede que abandonara.

—Cualquiera que sea el motivo y dado que no tiene lugar de trabajo, calculo salir mañana a las diez de la mañana. El pavo sonriente que da el tiempo en la televisión dice que va a llegar aire caliente de Hawái. Es lo más cerca que voy a estar de unas vacaciones tropicales. ¿Te parece bien?

—¿Quieres que pase a recogerte por tu casa?

—No, tú te encargas de la parte psicológica y yo llevo el coche —repuso—. Es hora de darle algo de oficialidad.

Llegó a las diez y cuarto y tenía el aspecto más oficial que podría llegar a tener nunca: traje marrón holgado, camisa blanca y corbata color crema. Llevaba sus botas de montaña. Yo llevaba puesto mi conjunto para los juicios: traje de tres botones azul de raya diplomática, camisa azul y corbata amarilla. Tanto si Barnett Malley era un vengativo fanático de las armas como si era una pacífica víctima afligida, la indumentaria no iba a marcar la diferencia.

Milo cogió un *bagel* rancio de la cocina y se lo fue comiendo mientras conducía hacia Sunset y, después, giraba a la derecha en dirección a la 405 Norte. Esta vez, ralentizó y señaló con el dedo el lugar donde se había encontrado el cuerpo de Rand Duchay. Una parcela llena de matojos al este de la colina paralela a la vía de acceso. No había árboles altos, solo había hierba del cuchillo, enebro y hierbajos. No hubo intento real de encubrirlo.

El camino del vertedero a Soledad Canyon pasaría por aquí seguro.

Milo expresó en alto lo obvio:

—Te lo cargas, te deshaces de él y te vas a casa.

Fue un viaje cómodo de cincuenta y ocho minutos bajo un cielo azul. El hombre del tiempo había acertado: unos veintisiete grados, nada de niebla, el aire bendecido por una de esas brisas tropicales ligeramente afrutadas que soplan con demasiada poca frecuencia.

Pasamos por el borde norte de Bel Air, exuberantes colinas verdes salpicadas de casas perfectamente encaramadas. A continuación, los cubos increíblemente blancos del Getty Museum. Es una obra maestra de la arquitectura que financió un fondo fiduciario de un billonario corrupto que contiene arte de tercera. Los Ángeles en estado puro: no hay razón como la del bastón y el envoltorio lo es todo.

Hubo poco tráfico durante todo el trayecto a Valley. El paisaje de la autopista cambió a la enorme planta de envasado de Sunkist, a fábricas más pequeñas, a grandes establecimientos comerciales y a concesionarios de automóviles. No muy lejos, al Este, se encontraba la casa de los Daney donde Rand había dormido tres noches de libertad. Para cuando cogimos la 5, principalmente estábamos nosotros y los camiones de dieciocho ruedas que habían girado para coger la ruta para camiones. Tres minutos después, nos encontrábamos en la Cal 14, acelerando en dirección noreste hacia Antelope Valley. Las montañas eran majestuosas, el verde exuberante dio paso a un tapiz marrón arrugado. El escenario que perfilaba la carretera estaba compuesto de desguaces, graveras, parcelas aisladas de casas unifamiliares similares en hilera y poco más. Los sabios dicen que el futuro de Los Ángeles radica en la expansión hacia el noreste. Y, algún día, la noción de espacio abierto se echará por tierra. Mientras tanto, los halcones y cuervos siguen disfrutando en el cielo, y la tierra es plana y está en calma.

Hacía unos diez grados menos. Cerramos las ventas y el viento silbaba a través de los burletes.

Unos dieciséis kilómetros después, Milo tomó la salida de Soledad Canyon y giró a la izquierda, alejándose de la urbanización en rápido desarrollo de Santa Clarita, hacia la paz y la tranquilidad. La carretera ascendía, se retorcía y serpenteaba. Grupos aislados de falsos abetos y algún que otro eucalipto cortafuegos pegado al lado izquierdo de la carretera, pero

los protagonistas eran los robles californianos ensalzados sobre tierra seca, con las copas de color gris verdoso ondeando al viento. Los bosquecillos de los majestuosos árboles se extendían hasta la siguiente cresta de la montaña. Son criaturas resistentes y antiguas que se deleitan con el sacrificio; pero si las malcrias con mucha agua mueren.

A medida que el follaje aclaraba, la carretera requería mayor atención: curvas muy cerradas contorneando los pronunciados precipicios de las montañas secas, y restos de desprendimientos fijaban la mirada de Milo al suelo. El silbido del viento se intensificó hasta convertirse en un insistente aullido. Los pájaros grandes volaban más bajo, con seguridad. No había nada que se interpusiera en su camino, salvo las torres eléctricas.

No hubo rastro de ningún otro coche durante kilómetros, entonces, una mujer que iba hablando alegremente por el móvil salió disparada de una curva ciega en su monovolumen, y por poco nos damos.

—Genial —dijo Milo, una vez que hubo recuperado la calma—, «Soledad» significa sin nadie, ¿no? Deberías pasar aquí tú tiempo de retiro espiritual.

Unos metros más arriba aparecieron unos cuantos ranchos; pequeñas parcelas cubiertas de maleza, enclavadas en pequeños valles apartados de la carretera y cercadas con rejas metálicas. Una vaca por aquí, un caballo por allí. Una deteriorada señal a ninguna parte anunciaba paseos a caballo los fines de semana. No había ganado que lo respaldara.

—Dime la dirección, Alex.

Se la di.

—Estamos cerca —afirmó.

Unos quince kilómetros después nos encontramos con varias áreas privadas de picnic situadas en el margen izquierdo de la carretera de Soledad Canyon.

«Cozy Bye». «Smith's Oasis Stop». «Lulu's Welcome Ranch».

Los números que encajaban con la dirección de Barnett Malley estaban grabados en un cartel de carretera azul que anunciaba «Estancia Mountain View: zona recreativa y merenderos».

—Puede que al final no sea tan antisocial —comenté.

Milo se metió por un camino de tierra. Dimos tumbos por el sendero de

tierra cubierto de roble hasta que llegamos a un inestable puente de madera que atravesaba un pequeño arroyo. El cartel azul de bienvenida del otro lado estaba anclado al suelo mediante un tablón de lechada que enumeraba una carta magna de normas: «Prohibido fumar, beber, montar en moto, conducir fuera de la carretera y poner música alta. Los animales de compañía se aprobarán de forma individual. Los niños estarán supervisados en todo momento. La piscina solo podrán utilizarla los huéspedes registrados...».

Milo dijo:

—¡Toma, libertad! —Y siguió conduciendo.

El camino de entrada terminaba a unos cien metros en una plaza de asfalto abierta. A la izquierda había más robles, un denso y viejo robledal, y justo delante de nosotros había tres edificios pequeños de armazón blanco. A la derecha, había otra zona pavimentada, más grande y dividida por líneas blancas. Media docena de autocaravanas Winnebagos con calcomanías de truchas estaban enganchadas a las redes de distribución. El telón de fondo era pura ladera dorada de la montaña.

Aparcamos y salimos del coche. Un generador enorme, situado detrás del aparcamiento para vehículos de recreo, zumbaba y daba pequeños golpes. Zona recreativa y merenderos, parecía significar un sitio donde aparcar, acceso aun montón de aseos químicos y unas cuantas mesas de secuoya. Una piscina de obra excavada en la tierra, vaciada para el invierno, era un gigantesco cuenco blanco de hormigón proyectado. Detrás de la zona de la piscina, había un establo vallado con tubos vacíos y descolorido por el sol.

Unas pocas personas, ninguna de ellas con menos de sesenta años, estaban sentadas en sillas plegables cerca de sus caravanas, leyendo, haciendo punto o comiendo.

—Debe de ser un alto en el camino —comenté.

—¿Hacia dónde? —preguntó Milo.

No tenía respuesta para eso y seguimos caminando hacia los edificios de armazón blanco. Búngalos anteriores a la guerra; los tres tenían el tejado de cartón alquitranado verde, resistentes ventanas de bisagras y diminutos porches delanteros. El edificio más grande estaba bien alejado de los

campings. Un Dodge Charger rojo, con ruedas de cromo y treinta años de antigüedad, ocupaba la entrada de gravilla adyacente.

Unas señales, atadas a postes, con forma de mano señalando, identificaban los otros dos edificios como «Oficina» y «Refrigerios». La luz del sol impedía discernir cualquier tipo de iluminación interior. Fuimos primero a la oficina.

Puerta cerrada, cortinas echadas. Nadie contestó a la llamada de Milo.

Cuando íbamos en dirección a los refrigerios, la puerta chirrió al abrirla y una mujer alta y delgada, con un vestido marrón de tela estampada, salió al porche y se puso las manos en la boca.

—¿Puedo ayudarlos?

Milo esgrimió su sonrisa de bienvenida a medida que nos acercamos a ella. Eso no cambió su expresión de desconfianza. Tampoco lo hicieron su placa y su tarjeta.

—Policía de Los Ángeles. —Ella tenía voz de fumadora, brazos nervudos llenos de pecas y un rostro surcado y curtido por el sol, que debió de ser bonito hace unas décadas.

Sus separados ojos ámbar, pintados de rosa, nos examinaron a ambos. Tenía nariz firme y recta y labios agrietados que parecían indicar que un día fueron voluptuosos. Su pelo caoba con permanente enmarcaba su cara de tal forma que ocultaba parte de la papada. Las raíces blancas indicaban que tenía que hacerse un retoque. Mandíbula bien definida para una mujer de su edad; suponía que debía de tener unos sesenta y cinco como mínimo. La prima del campo de Katharine Hepburn.

Intentó devolverle la tarjeta a Milo.

—Es para que se la quede, señora —explicó Milo. Y la dobló lo suficiente para que le cupiera en la mano. El vestido marron era un jersey de flores que marcaba nus afilados huesos de hombros y caderas. El cuello en forma de uve dejaba ver la parte superior de su esternón, que lucía manchas por el sol. Estaba plana.

—Solía vivir en Los Ángeles —comentó—. Hace años, cuando era ignorante, l e repito la pregunta, teniente Sturgis: ¿en qué puedo ayudarlos?

Sus ojos ámbar parpadearon.

—¿Está bien?

—Que yo sepa, señora. Le repito la pregunta.

—Barnett trabaja aquí y yo le proporciono un sitio donde vivir.

—Trabaja como...

—Mi ayudante. Se encarga de lo que sea necesario.

—¿Manitas? —preguntó Milo.

La mujer frunció el ceño como si Milo nunca fuera a entenderlo.

—Arregla cosas, pero es más que eso. A veces, me apetece ir a Santa Clarita y ver una película, aunque solo Dios sabe por qué, porque son todas malísimas. Barnett cuida el lugar por mí y hace un excelente trabajo. ¿Por qué pregunta por él?

—¿Vive aquí?

—Allí mismo. —Apuntó en dirección al robledal.

—¿En los árboles? —inquirió Milo—. ¿Estamos hablando de Tarzán?

Ella esbozó una efímera sonrisa.

—No, tiene una cabaña. No se puede ver desde aquí.

—Pero ahora no está ahí.

—¿Quién dice eso?

—Usted preguntó si estaba bien...

—Me refería a que si estaba bien en lo que respecta a cuestiones policiales, no a que si estaba bien porque estuviera por ahí fuera. —Ella miró hacia la autopista. Sus ojos decían que abandonar el hogar estaba muy sobrevalorado.

—¿Barnett ha tenido alguna vez problemas con la policía, señora...?

—Bunny —repuso—. Bunny MacIntyre. La respuesta es no.

—Así que solía vivir en Los Ángeles —comentó.

—¿Ahora pasamos a hablar de cosas sin importancia? Sí, vivía en Hollywood. Tenía un apartamento en Cahuenga porque necesitaba vivir cerca de los estudios Burbank. —Se retiró el pelo de la cara—. Solía trabajar de doble para las películas. Hice un par de dobles del cuerpo de la señora Kate Hepburn. Era bastante más mayor que yo, pero tenía un gran cuerpo así que podían utilizarme.

—Señora MacIntyre...

Volvamos al tema, ¿no? Barnett nunca se ha metido problemas, pero cuando unos policías de Los Ángeles conducen hasta aquí y hacen preguntas no es porque quieran una refrescante bebida fría de mi máquina de Coca-Cola. La

cual, dicho sea de paso, funciona bien. Tengo nachos, patatas y algún tipo de cecina de bisonte importada. —Miró la cintura de Milo—. El bisonte es bueno, tiene la grasa saturada de un pollo sin piel.

—¿De dónde se importa? —preguntó él.

—Montana. —Se dio media vuelta y volvió dentro. La seguimos a una única habitación oscura, con suelo de tablones anchos, alfombra redonda y la cabeza de un enorme ciervo disecado en la pared del fondo. La cornamenta del animal era asimétrica, asomaba la punta de la lengua gris por un lado de la boca y le faltaba un ojo de cristal.

—Ese es Bullwinkle —observó Bunny MacIntyre—. El muy estúpido solía colarse y comerse mi jardín. Solía vender productos frescos a los turistas. Ahora, todo lo que quiere la gente es comida basura. Nunca le disparé por ser estúpido; hay que tener piedad. Un día, simplemente se derrumbó de viejo encima de las acelgas, así que lo llevé a un taxidermista de Palmdale.

Se acercó a una vieja máquina roja de Coca-Cola flanqueada por estantes giratorios con cosas fritas en bolsas de plástico. Una caja registradora ocupaba una vieja mesa de roble. Al lado estaba la cecina, de corte grueso, casi negra, amontonada en los botes de plástico del mostrador.

—¿Preparado para esa Coca-Cola *Light*? —preguntó a Milo.

—Claro.

—¿Y usted, hombre callado?

—Lo mismo —contesté.

—¿Cuánta cecina de bisonte? Cada *stick* cuesta un dólar.

—Puede que más tarde, señora.

—¿Se han fijado en lo que hay ahí fuera? Gran estampa. Esos gorriones aparcan ahí todo el día y se comen su propia basura. Malditas neveras portátiles. Me vendría bien hacer algo de dinero.

—Compraré un *stick* —dijo Milo.

—Tres *sticks* mínimo —repuso Bunny MacIntyre—. Tres por tres dólares, más las dos Coca-Colas, suman seis dólares y medio.

Sin esperar respuesta, pulsó los botones de la máquina y sacó dos latas, envolvió la cecina en papel de cocina que ató con gomas de plástico, y lo introdujo en una bolsa de plástico.

—Todo es bajo en caloríasMilo le pagó.

—¿Cuánto tiempo lleva Barnett trabajando para usted?

—Cuatro años.

—¿Dónde trabajó antes?

En el rancho Gilbert Grass, solía estar lejos, en 7200 Soledad. Gilbert sufrió una apoplejía y jubiló a sus animales. Barnett es un buen chico, no sé qué asuntos podrían traerse entre manos con él. Y no presto atención a sus idas y venidas.

—¿Cómo llegamos a su cabaña?

—Vayan detrás de mi casa, la que no tiene señal, y verán el camino entre los árboles. Construí la cabaña para poder tener algo de privacidad. En teoría iba a ser mi estudio de pintura pero nunca encontré el momento para pintar. La utilizaba como almacén. Hasta que Barnett la puso bonita para él.

CAPÍTULO 16

El camino entre los árboles era una franja de unos dos metros de ancho cubierta de ramas. La ranchera negra, marca Ford, estaba aparcada delante de la cabaña.

El diminuto inmueble estaba construido con cedro sin tratar y tenía una puerta de tablones. Una ventana cuadrada en la parte delantera. Tan sencilla como el dibujo de una casa de un niño. A la izquierda, tanques de gas propano, junto a un tendedero y un generador más pequeño.

Las ventanas de la camioneta estaban subidas, Milo se acercó y echó un vistazo a través de los cristales.

—La tiene limpia y ordenada.

Utilizó una esquina de su chaqueta para usar el tirador.

—Cerrada. Quién iba a imaginar que le fueran a preocupar los robos por aquí.

Se dirigió a la cabaña. Cortinas de hule verde cubrían las ventanas. Un cuadrado de hormigón hacía las veces de patio delantero. Una alfombrilla de cáñamo decía «Bienvenido».

Milo llamó a la puerta. La puerta era maciza y apenas hacía ruido. Pero en unos segundos, la puerta se abrió.

Barnett Malley nos miró. Era más alto de lo que parecía en televisión; unos tres centímetros más que el metro noventa de Milo. Con todo, era delgado y enjuto. Llevaba el pelo gris amarillento, largo y suelto. Sus encrespadas patillas en forma de hacha le cubrían los carrillos y terminaban en ángulo recto a ambos lados de sus finos labios. Tenía la tez curtida y llena de manchas

debido a la exposición al sol. Llevaba una camisa de trabajo gris, con las mangas subidas hasta los codos. Muñecas robustas, antebrazos con las venas marcadas y uñas amarillas de corte recto. Pantalones vaqueros polvorientos y botas de vaquero de ante. Un collar de plata y turquesa le rodeaba el cuello justo por debajo de la prominente nuez.

Un símbolo de la paz pendía de la turquesa principal. Más *hippie* maduro que miliciano.

Sus ojos eran azul plateado y su mirada, serena.

Milo le enseñó su carné de identidad. Malley apenas le hizo caso.

—Señor Malley, no quisiera importunarle, pero me gustaría realizarle algunas preguntas.

Malley no contestó.

—¿Señor?

Silencio.

—¿Sabe que Rand Duchay fue asesinado el sábado por la tarde? — preguntó Milo.

Malley chasqueó los dientes. Volvió a la cabaña. Cerró la puerta.

Milo llamó a la puerta. Voceó el nombre de Malley.

No hubo respuesta.

Anduvimos hasta la parte sur de la casa. No había ventanas. En la parte de atrás, había un único cristal colocado en horizontal en lo alto de la pared norte. Milo se estiró y golpeó el cristal.

Silbidos de pájaros, crujidos del bosque. Y, a continuación, música.

Piano *honky-tonk*. Una melodía que siempre me había gustado: *Last Date*; de Floyd Cramer. Un solo de piano, una grabación que nunca había oído.

Vacilación momentánea, después, se repitió la melodía. Una nota mal dada seguida de fluidez.

No era una grabación. Era música en directo.

Malley tocó la canción entera, después, empezó de nuevo, improvisando un solo básico, pero decente.

La interpretación se repitió. Terminó. Milo aprovechó el silencio y golpeó de nuevo la ventana de Malley.

Malley reanudó la interpretación. Misma melodía. Improvisación diferente.

Milo se dio media vuelta, movía los labios. No pude entender lo que decía, pero me lo imaginaba.

Al salir del campamento, divisamos a Bunny MacIntyre donde estaban las autocaravanas hablando con una de las parejas de ancianos. Extendió su manó y entregó unas facturas. Nos vio y se dio la vuelta.

—Un tipo de campo encantador —comentó Milo mientras volvíamos al coche de incógnito—. ¿Es la melodía de *Defensa* lo que llega a mis oídos a través de los pinares?

—Debería haberme traído la guitarra.

—¿Un dueto con Barnett, *el Pianista*? ¿Eso ha sido la reacción de un hombre inocente, Alex? Tenía la esperanza de poder eliminarlo, pero ha sido justo todo lo contrario.

—Me pregunto por qué tiene esa alfombrilla de bienvenida en la entrada —comenté.

—Puede que algunas personas sean bienvenidas. —Arrancó el coche, lo dejó al ralenti—. Mi lado sabueso se muere por husmear, pero el sedicente protector de las víctimas piensa que va a ser una pena si resulta que Malley es un asesino. La vida del pobre tipo se hizo trizas. No leo la biblia pero, hasta cierto punto, entiendo lo del ojo por ojo.

—Yo también lo entiendo —dije—. Aunque lo del ojo por ojo no fue ideado para interpretarlo literalmente.

—¿Quién lo dice?

—Si lees el texto bíblico original, el contexto es muy claro. Es una cuestión de responsabilidad civil, indemnización monetaria por daños.

—¿Has deducido eso tú solo?

—Un rabino me lo contó.

—Supongo que él entendería. —Salió del campamento, cogió la carretera y sintonizó el canal de la policía. La delincuencia había disminuido, pero la relación de delitos graves del operador de la central era constante.

»Las posibilidades —afirmó— son ínfimas.

El jueves por la mañana me llamó a las once y cuarto.

—Es hora de un *tandoori*.

Acababa de hablar por teléfono con Allison. Conseguimos entablar una especie de conversación personal antes de que la petición de té y consuelo de su abuela la apartara de mí. El plan consistía en que volvería en dos o tres días. Según fueran desarrollándose los acontecimientos.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Hablemos de ello durante la comida —contestó—. Será una prueba a tu apetito.

Café Moghul, en el bulevar Santa Monica, un par de manzanas al oeste de Butler, a pocos minutos caminando desde la comisaría. La parte que daba a la calle estaba adornada con molduras y arcos tallados color hueso diseñados para imitar tapices de marfil policromados de escenas campestres indias, y carteles de películas de Bollywood. El hilo musical alternaba el zumbido de un *sitar* con interpretaciones de soprano muy altas de *punjai pop*.

La mujer que lleva el sitio me dio la bienvenida con su sonrisa habitual. Siempre nos saludamos como si fuéramos viejos amigos; nunca he sabido su nombre. En esta ocasión el sari era de seda azul pavo real bordado con espirales doradas. No llevaba las gafas. Tenía unos ojos enormes marrón chocolate en los que nunca me había fijado.

—Lentillas —observó—. Estoy probando algo nuevo.

—Me alegro.

—Hasta ahora, muy bien... Está ahí —comentó señalando una mesa del fondo, como si necesitara indicaciones. Las mesas estaban dispuestas cuatro a cada lado, separadas por un pasillo central. Un grupo de chavales de veintitantos años estaba reunido alrededor de dos mesas que habían sido juntadas, mojando pan Naan en boles de *chutney* y salsa de chili y celebrando algún tipo de éxito con cerveza Lal Toofan.

Aparte de ellos, solo estaba Milo. Estaba encorvado sobre un gigantesco bol de ensalada, escudriñando entre la lechuga y retirando trozos de lo que

parecía pescado. Una jarra de cristal tallado con té de clavo helado estaba situada junto a su codo. Al verme, llenó un vaso y me lo pasó.

—El especial —afirmó, golpeando el borde del bol de ensalada con el tenedor—. Salmón, queso Paneer y estos pequeños *noodles* de arroz seco sobre una base verde con aliño de aceite de limón. Muy sano, ¿no crees?

—Me estás preocupando.

—Pues preocúpate de verdad —repuso—. Esto es salmón salvaje del Pacífico. Los peces intrépidos que nadan contracorriente cuando están en celo. Parece ser que los peces de granja son peleles insulsos y holgazanes que están llenos de porquería tóxica.

—Los reyes del mundo del pez —comenté.

Arponeó un trozo de pescado.

—Te he pedido lo mismo.

Bebí té.

—¿Qué es lo que va a poner a prueba mis jugos gástricos?

—El suicidio de Lara Malley. He localizado el informe final de Van Nuys. Resulta que los detectives que investigaron el caso eran los mismos que trincaron a Turner y Rand.

—Sue Kramer y su compañero masculino —intervine—. Empezaba con erre.

—Ferne Reyes. Estoy impresionado.

—Leí su informe sobre Kristal más veces de las que me hubiera gustado.

—Ferne se mudó a Scottsdale, trabaja en seguridad para una cadena hotelera. Sue se retiró y se unió a una agencia de detectives privados de San Bernardino. La llamé; aquí está tu papeo.

La mujer de sari azul dejó con cuidado un bol en la mesa y arregló el mantel. Mi ensalada era la mitad de grande que la de Milo y, aun así, era más que suficiente.

—Rico, ¿eh? —comentó él.

No había levantado mi tenedor. Me observó hasta que lo hice, me estudió mientras comía.

—Delicioso —comenté. Técnicamente cierto, pero la tensión había bloqueado el circuito desde mis papilas gustativas hasta el cerebro y podría haber estado masticando una servilleta.

—¿Qué pasa con el suicidio?

—La causa de la muerte fue un único disparo en la sien izquierda, con un treinta y ocho. Ella era zurda, así que el juez de instrucción pensó que eso confirmaba que se trataba de una herida autoinfligida.

—¿Herida con orificios de entrada y de salida?

—Sí, la bala se alojó en la puerta del pasajero. El arma fue un revólver Smith and Wesson de doble acción registrado a nombre de Barnett. La guardaba cargada en su mesilla de noche. Su historia es que Lara debió de haberla cogido cuando él estaba en el trabajo, condujo hasta un paraje tranquilo en la zona recreativa de Sepulvedana y ¡bum!

—¿Dejó alguna nota?

—Si lo hizo, no figura en el informe del juez de instrucción.

—¿Se le devolvió la pistola a Malley?

—No hay motivos para que no se hiciera —contestó—. Era el propietario legal y nada indicaba que se tratara de un crimen.

Empezó a zampar pescado y taquitos de queso Paneer.

—Puede que mi ambivalencia sobre Malley fuera desacertada. Su vida se fue al garete, pero parece que lo sobrellevó deshaciéndose de todas las personas que culpaba de la muerte de Kristal. Empezando por Lara porque no había cuidado de la niña. Entonces, el sistema de la AJC se hizo cargo de Turner. Lo que dejaba a Rand como el cabo suelto.

—¿Por qué esperaría un año después de la muerte de Kristal para matar a Lara?

—Fui impreciso. Falleció hace siete años y siete meses. Justo un mes después de que Troy y Rand fueran encarcelados. ¿Cuál es la asunción obvia?

—Duelo materno.

—Exacto. Gran tapadera. —Apartó comida alrededor del plato—. Malley es un bicho raro, Alex. La forma en que empezó a aporrear ese piano. Quiero decir, si la poli llama a tu puerta, lo inteligente hubiera sido fingir que colaboras. Hace eso y a lo mejor yo le dejo en paz.

Improbable, pensé.

—*Last Date.*

—¿Qué?

—La canción que tocó.

—¿Quieres decir que estaba siendo simbólico? ¿Rand tuvo una última cita con la vida?

Me encogí de hombros.

—El tipo tiene la camioneta cerrada aún a pesar de vivir perdido en la montaña y la aparca justo delante de su cabaña. Porque sabe que es difícil eliminar todo rastro de prueba forense. Puede que sea un tipo ojo por ojo de la vieja escuela y no le importe un carajo el contexto bíblico.

—Aparte de la similitud con Rand, ¿había algo sospechoso sobre el suicidio de Lara?

—Nada en el informe de Sue.

—¿Era una buena detective?

—Sí. También lo era Fernie. Normalmente, pensaría que eran muy meticulosos. Pero en este caso, puede que vieran a Barnett como una víctima y no lo consideraran. —Frunció el entrecejo—. A Bunny MacIntyre le gusta pero no responde de su paradero el domingo.

Se sirvió más té pero no bebió.

—Necesito hacerme con el expediente completo de Lara antes de hablar con Sue. Esto será divertido; reabrir un caso que otro detective piensa que está cerrado desde hace muchísimo tiempo. Puede que me haga el indefenso: «Mira a lo que me enfrento, Sue. Me vendría bien algo de ayuda».

Cogió de nuevo el tenedor y lo sostuvo preparado sobre el bol.

—Bueno, ¿qué tal tu apetito?

—Bien.

—Me siento orgulloso de ti.

Se tomó rápidamente dos Bengal Premium, pidió la cuenta y estaba dejando el efectivo sobre la mesa cuando su móvil entonó la *Quinta Sinfonía* de Beethoven.

—Sturgis. Ah, hola. Sí. Me alegra que te hayas puesto en contacto conmigo, gracias... ¿Eso estaría bien? Sí, claro. Déjame que lo apunte.

Sujetando el teléfono con una oreja, garabateó algo en una servilleta:

—Gracias, nos vemos en veinte minutos —concluyó.

Poniéndose de pie, me hizo señales para que saliera. Algunos de los

veinteañeros pararon de reírse y lo miraron al salir al trote del restaurante. Era un hombre grande y de aspecto intimidatorio. Toda esa juerga; no encajaba.

—Era Sue Kramer —me comunicó fuera, en la acera—. Está en la ciudad. Al parecer, está trabajando en un caso de suicidio y está encantada de hablar sobre Lara. Y no me he leído el informe.

—Estamos en Los Ángeles —repuse—. Improvisa.

CAPÍTULO 17

La dirección se encontraba en Beverly Hills, Rexford Drive, en la parte sur de la ciudad, entre Wilshire y Olympics, donde predominaban los edificios de apartamentos.

—Esa es ella —afirmó Milo señalando a una mujer esbelta de pelo negro que paseaba a un caniche color champán por el lado oeste de la manzana.

Echó el freno, Sue Kramer sonrió, saludó y cogió el perro en brazos.

—¿No eres alérgico, verdad, Milo?

—Solo al papeleo.

Kramer se subió a la parte trasera del coche de incógnito. Mientras Milo se alejaba conduciendo, olisqueó el ambiente.

—Ese viejo olor a esposas sucias. Ha llovido mucho desde entonces.

—¿Qué conduces ahora, doña Empresa Privada? ¿Un Jaguar?

—Un Lexus. Y un Range Rover. —Kramer tenía unos cincuenta, figura esbelta de piernas largas resaltada con unos pantalones negros ajustados de rayas finas y una chaqueta gris entallada sobre una camiseta de seda blanca. Su pelo era negro azabache, corto y peinado de punta. No llevaba joyas. Llevaba un bolso de Kate Spade.

—¡Toma ya! —exclamó Milo.

—El Lexus me lo compré yo. Mi nuevo marido lleva temas financieros. Me compró el Rover como regalo sorpresa.

—Me gusta tu nuevo marido.

—Puede que a la tercera sea la vencida. —El perro resolló—. Tranquilo, Fritzi, son buenos tipos. Creo que ella huele a maleante aquí atrás.

—Mi último pasajero fue el subcomisario Morales —comentó Milo—. Nos quedamos atascados llevándole a una reunión en Parker.

—Ahí lo tienes.

Milo atravesó Rexford con Olympic, giró a la izquierda en Whitworth.

—¿Cómo te van las cosas, Sue?

—Fenomenal... Cállate Fritz.

—¿San Bernardino te trata bien?

—Podría prescindir de la niebla mezclada con humo, pero Dwayne y yo tenemos una magnífica casa para los fines de semana en Arrowhead. ¿Y tú qué tal?

—De fábula. ¿Qué te trae por Beverly Hills?

—En palabras de Willie Sutton, es donde está el dinero —dijo Kramer—. En serio, es un caso triste. Se trata de un divorcio, una pareja coreana, la típica trifulca por el dinero y la custodia. El marido decidió suicidarse y asegurarse de que la mujer lo encontraba.

—¿Pistola?

—Cuchillo. Llenó la bañera, se metió en ella y se cortó las muñecas. Eso fue después de llamar a la ex y decirle que podía quedarse con el coche, los niños y la pensión alimenticia que había reclamado. Lo único que quería era que ella se pasara para poder hablar como adultos maduros. Entró y vio el apartamento lleno de agua ensangrentada. El juez de instrucción afirma que se trata de un suicidio pero el abogado que le llevaba el divorcio nos contrató para asegurarnos.

—¿Dudoso?

—Qué va, pero ya sabes cómo son los abogados. Este quiere acumular algunas horas facturables más antes de cerrar el expediente. Lo que le parece bien a Bob, mi jefe. No hacemos juicios morales, solo hacemos el trabajo. El apartamento donde sucedió está ahí detrás, supuestamente tengo que vigilarlo durante unos días, ver si sale o entra alguien interesante. Hasta ahora, nada, me estaba volviendo loca. Me has hecho un favor llamándome.

Se inclinó hacia delante para verme mejor.

—Hola, soy Sue.

—Alex Delaware.

Me estiré hacia atrás y nos dimos la mano. Milo le explicó quién era yo.

—Ese nombre me suena —dijo Kramer—. Usted evaluó a Turner y Duchay, ¿cierto?

—Cierto.

—Hablando de historias tristes.

—Duchay está muerto, Sue —intervino Milo—. Por eso estoy aquí.

Kramer acarició al caniche.

—¿De verdad? Cuéntame qué ha pasado.

Cuando terminó de contárselo, ella dijo:

Así que estás pensando que si Malley es un asesino movido por la venganza, puede que también se cargara a Lara.

—Estoy seguro de que no se te pasó nada, pero ya sabes cómo es cuando surgen cosas nuevas...

—No hace falta que te andes con paños calientes, Milo. Si la situación fuera al revés, haría lo mismo. —Apoyó la espalda en el asiento. La respiración del perro se había ralentizado. Kramer le susurró algo al oído.

—Fernie y yo hicimos un buen trabajo en el caso de Lara. El juez de instrucción confirmó que había sido un suicidio, así que no había motivos para pensar lo contrario. Lara estaba, como dicen los psicólogos, profundamente deprimida, doctor. Desde la muerte de Kristal había perdido peso, estaba tomando medicación, se pasaba todo el día durmiendo y no quería sociabilizarse.

—¿Eso lo supisteis por Barnett?

—Exacto.

—A mí me parece un tipo bastante taciturno.

—Sí, era rollo Clint Eastwood —comentó Kramer—. Pero Fernie y yo establecimos lazos con él porque atrapamos a esos dos monstruitos.

—¿Cómo reaccionó ante la muerte de Lara?

—Triste, hecho polvo, culpable. Dijo que tenía que haberse tomado más en serio su depresión, pero habían estado teniendo problemas y él se había centrado en su trabajo.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas conyugales —respondió Kramer—. No insistí. Era un tío que lo había perdido todo.

—Así que se sentía culpable por no haberle prestado atención a ella.

—El suicidio hace eso, ¿verdad, doctor? Deja todo ese sentimiento de culpabilidad. Como en el caso en el que estoy trabajando ahora mismo. La mujer no podía ni ver al marido, hizo todo lo posible por exprimirle al máximo durante el divorcio. Pero perdió los papeles al verle sangrando en la bañera y ahora recuerda todo tipo de cosas buenas sobre él y se culpa a sí misma.

—¿Barnett manifestó algún tipo de culpa porque Lara utilizara su pistola? —preguntó Milo.

—No —contestó Kramer—. Nada de eso. También hablé con la madre de Lara y ella dijo básicamente lo mismo.

—¿Ella y Barnett se llevaban bien? —pregunté.

—Tengo la impresión de que no, pero ella nunca dijo nada malo sobre él —comentó Kramer—. Lo que sí me contó fue lo mucho que luchó Lara tras la muerte de Kristal y que se sentía impotente, pobre mujer. Su nombre era Nina. Nina Balquin. Estaba devastada. ¿Cómo podría no estarlo?

—Lara tomaba medicación —intervine—. ¿La obtenía de algún médico amigo de la familia?

—Lara se negó a ver a un terapeuta, así que Nina le dio algunas de sus pastillas.

—Mamá también estaba deprimida.

—Por lo de Kristal —comentó Kramer—. Pero puede que hubiera algo más. Tengo la sensación de que era una familia que había pasado por mucho durante los últimos años.

—¿Como qué? —preguntó Milo.

—Era solo una sensación... Estoy convencida de que ya lo ha visto antes, doctor: algunas familias parecen tener una mala racha constante. Pero puede que mi opinión estuviera influenciada porque les había visto en lo peor.

—Dos veces —completé.

—Vaya que sí. Me estoy deprimiendo profundamente solo de pensarlo —dijo Kramer. Se rió con suavidad y acarició al caniche—. Fritzi es mi terapeuta. Adora las operaciones de vigilancia.

—Camina en línea recta y no habla —dijo Milo—. La compañera perfecta.

—Y no necesita privacidad para mear.

Milo se rió entre dientes.

—¿Alguna cosa más que pudiera resultar de utilidad, Sue?

—Eso es todo, chicos. Esos casos me entristecieron tanto, estaba deseando cerrar ambos. Así que puede que pasara algo por alto en el de Lara, no losé. Pero realmente no había nada que indicara que Barnett tuviera algo que ver en ello —suspiró.

—Hubiera hecho lo mismo, Sue —dijo Milo.

—¿Realmente piensas que él podría haberla matado?

—Lo conoces mejor que yo.

—Lo conocí como padre que llora la muerte de su hija.

—Un padre furioso que llora la muerte de su hija.

—¿No es a través del enfado como los hombres afrontan las cosas?

Ninguno de los dos contestamos.

—Si Barnett culpaba a Lara de negligencia, nunca me lo dijo —afirmó Kramer—. ¿Puedo imaginármelo esperando a que Duchay fuera puesto en libertad y vengándose? Supongo. Sé que se puso contento cuando se cargaron a Turner en la cárcel.

—¿Él dijo eso? —preguntó Milo.

—Sí. Lo llamé para contárselo. Me imaginé que saldría en los periódicos y que no debería enterarse de esa forma. Escuchó y no me dijo nada, hubo un enorme silencio. Dije: «¿Barnett?». Y él contestó: «Te he oído». Proseguí: «¿Estás bien?». Respondió: «Gracias por llamar. ¡Una escoria menos!». A continuación, colgó. Puede decir que me intimidó un poco porque Turner tenía trece años y murió de forma burda. De todas formas, no fue a mi hijo a quien asesinó. Cuanto más pienso en el dolor de Barnett, más pienso que tenía derecho.

—¿Barnett habló alguna vez sobre Rand? —interpeló Milo.

—Solo antes de que se dictara sentencia. Dijo que querían que obtuvieran lo que se merecían. Lo que supongo que han tenido, al final.

Milo se detuvo en un semáforo de Doheny.

—Recuerdo que la muerte de Rand se cubrió en los periódicos —comentó Sue Kramer—, pero no he visto nada sobre Duchay. ¿Se ha cubierto?

—No —contestó Milo.

—Con algo del estilo, uno pensaría que habría cobertura mediática.

—Eso requeriría a un periodista husmeando —manifestó Milo.

—Cierto —afirmó Sue—. Estos tipos se alimentan de comunicados de prensa. A diferencia de nosotros, ¿verdad, Milo? Perseguiamos los problemas. Tapamos agujeros con los dedos mientras el mundo se inunda.

Milo asintió.

—Debo volver, chicos —dijo Kramer—. Con la suerte que tengo seguro que pasa algo emocionante cuando no estoy. Y Fritzi necesita un descanso para hacer sus necesidades.

Dio media vuelta hacia Rexford.

—Déjame en el callejón de ahí detrás, Milo. He dejado un trozo pequeño de cinta en la parte inferior de la puerta del apartamento; quiero asegurarme de que nadie lo haya roto.

—Superdetective —afirmó Milo.

—Estoy deseando cerrar este caso. Cuando termine, Dwayne me va a llevar a Fiyi.

—Aloja.

—Deberías tomar algo de sol, Milo.

—No me bronceo.

—Ahí está bien, grandullón.

Milo condujo hasta una señal de *stop* detrás del complejo de apartamentos blanco que tenía plazas de aparcamiento detrás. Al salir, Kramer puso al caniche en el suelo, se asomó por la ventana de Milo y le tocó el hombro.

—¿Los burócratas te tratan bien?

—Me dejan en paz —repuso.

—Eso es señal de que sí.

—Es el paraíso.

—¿Qué opinas? —me preguntó mientras salíamos del callejón y nos dirigíamos en coche hacia Gregory Drive.

—Hizo un trabajo competente, no profundizó mucho.

—¿Qué opinas sobre el comentario de que la familia parecía tener una mala racha constante?

—Que parece cierto.

Gruñó.

—Encontremos a ese otro pariente vivo de Lara. Veamos cuál es su realidad.

CAPÍTULO 18

Nina Balquin estaba empadronada en la avenida Bluebell, North Hollywood.

Cerca del emplazamiento donde se suicidó su hija. O del centro comercial Buy-Rite, o del parque donde su nieta fue asesinada.

A corta distancia también de la casa de los Daney en Van Nuys.

Salvo por la huida de Barnett Malley a la soledad rural, el caso se había desarrollado dentro de una estrecha red.

Milo consiguió el número de teléfono, habló brevemente y terminó con un «Gracias, señora, nos vemos».

—Vámonos —dijo—. Se ha quedado sorprendida de que quiera hablar con ella sobre Barnett, no le molesta. Al contrario, está muy sola.

—¿Has deducido eso de una conversación de treinta segundos?

—No he deducido nada —repuso—. Me lo ha contado ella directamente: «Soy una mujer solitaria, teniente. Se agradece cualquier tipo de compañía».

La casa era una vivienda unifamiliar de una sola planta color naranja melón situada en una calle de moda muy luminosa. A modo de césped, tenía guijarros verdes. Una manguera de jardín estaba enrollada sin apretar cerca de la escalinata, puede que para regar las hortensias de invierno que cubrían la mitad de la fachada. En la alfombrilla de la entrada de sisal se podía leer «DJB» sobre una cimera. En el timbre sonó do re mí.

La mujer que abrió la puerta era menuda, de mediana edad, sin determinar, ojos azules y estrechos y una tirantez brillante alrededor de las mejillas que

pregonaba a los cuatro vientos las virtudes de la cirugía plástica. Llevaba una blusa entallada de crepé naranja, unos *leggings* negros y unas chinelas rojas de Chinatown con dragones bordados. Su cabello, corto y castaño, lucía un corte de tijera y llevaba unas finas patillas con las puntas disparadas hacia delante. En la mano derecha sostenía un mando de la televisión. El cigarrillo de la mano izquierda dejaba una estela de humo que descendía hasta desvanecerse antes de llegar a la rodilla.

Se colocó el mando debajo del brazo.

—¿Teniente? Qué rapidez. Soy Nina. —Su boca sonrió pero la tez brillante de alrededor permaneció inmóvil y su expresión facial parecía privada de contenido emocional.

La casa no tenía recibidor y entramos directamente en una habitación panelada cubierta por un techo de vigas vistas. Toda la madera era roble tratado y laqueado, que se había vuelto amarillento por el paso del tiempo. La alfombra era felpa color teja jaspeada de azul, el mobiliario era beis, tapizado a medida y bastante nuevo, como si se hubiera sacado tal cual de una sala de exposición. Una barra de bar de paneles albergaba vasos y botellas y una televisión de pantalla plana descansaba sobre el mostrador de azulejos marrones. La televisión estaba encendida. Un litigio en una sala de vistas, el sonido había sido silenciado, la gente irradiaba agresividad; un juez calvo y de ceño fruncido blandía el mazo de una forma digna de la teoría freudiana.

Nina Balquin comentó:

—Me encantan esas cosas, me gusta ver cómo los idiotas reciben lo que buscan. —Apuntó con el mando y la apagó—. ¿Algo de beber, caballeros?

—No, gracias.

—Hace calor.

—Estamos bien, señora.

—Bien, yo tomaré algo. —Se dirigió al bar y se sirvió algo transparente de una jarra de cromo—. Pónganse cómodos.

Milo y yo nos sentamos en uno de los sofás beis. El tejido era basto y rugoso y notaba los bultos en la parte de atrás de mis piernas. Nina Balquin se pasó un buen rato añadiendo hielo a la bebida. Me fijé en que le temblaban las manos. Milo estaba estudiando la habitación e hice lo mismo.

Algunas fotos de familia colgaban torcidas en una pared del fondo,

demasiado lejos para distinguirlos. Unas puertas correderas de cristal dejaban ver una pequeña piscina rectangular. Montones de hojas y arenilla flotaban en un agua verdosa. El resto del patio trasero estaba compuesto por una tarima de hormigón con un borde demasiado estrecho para sentarse.

Salir, darse un chapuzón y volver a entrar.

Nina Balquin se sentó de forma perpendicular a nosotros y dio un sorbo a la bebida.

—Sé que es un desastre, no nado. Nunca utilicé a Barnett para la piscina. A lo mejor debería haberlo hecho. Por lo menos hubiera servido para algo. — Dio otro trago.

—No le cae bien Barnett —comentó Milo.

—No puedo soportarlo. Por cómo trataba a Lara. Y a mí. ¿Por qué pregunta por él?

—¿Por cómo trataba a Lara antes o después del asesinato de Kristal?

Al mencionar a su nieta, Balquin se estremeció.

—¿Usted hace las preguntas y yo contesto? Está bien, pero dígame una única cosa: ¿ese bastardo se ha metido en algún lío?

—Es posible.

Balquin asintió con la cabeza.

—La respuesta es que se portó como un canalla con Lara antes y después. La conoció en un rodeo, ¿puede creérselo? Ella fue a buenos colegios, su padre era dentista. La idea era que fuera a la universidad. Pero sus notas cayeron en picado en el instituto. Aun así, había un plan alternativo: que estudiara un curso preparatorio de dos años en Valley College. Así que, ¿qué es lo que hace cuando termina? Coge un trabajo en el rancho de un tipo en Ojai, conoce al vaquero y lo siguiente que sé es que llama para informarnos de que se han casado.

Se terminó la bebida de un trago, agitó el líquido en la boca, tragó y sacó la lengua.

—Lara tenía dieciocho años; él, veinticuatro. Ella lo ve enlazar caballos, perritos o lo que sea que enlacen y, de repente, los dos se encuentran en alguna capilla pequeña y chabacana de Las Vegas sin ni siquiera tener que bajarse del coche. Su padre podría... haberlos matado. —Sonrió nerviosa—. Es una forma de hablar.

—No puedo culparle por estar disgustado —apuntó Milo.

—Ralph estaba furioso. ¿Quién no lo estaría? Pero nunca dijo nada a Lara, se lo guardó todo. Un año después le diagnosticaron cáncer de estómago y, cuatro meses después, se marchó. —Miró hacia atrás a la piscina sucia—. Discúlpenme; no se marchó, falleció. Cuando se lo diagnosticaron, estábamos bajo aval en otra casa, en Encino, al sur del bulevar, era preciosa, gigante. Gracias a Dios que Ralph tenía un seguro de vida decente.

—¿Lara tiene hermanos? —pregunté, todavía intentando distinguir las fotografías.

—El mayor, Mark, es un contable público certificado en Los Gatos, solía trabajar como interventor para una empresa de internet, le va muy bien como consultor independiente. Sandy, la más pequeña, está en la escuela de posgrado de la Universidad de Minnesota. Sociología. Parece que nunca va a acabar los estudios; ya tiene un m̀ster. Pero nunca me ha dado el más mínimo problema.

Se metió un cubito de hielo en la boca, jugueteó con él y lo mordió.

—Lara era la problemática. Solo ahora soy capaz de reconocer lo cabreada que me tenía.

—¿Por casarse con Barnett?

—Por eso, por todo, por suicidarse. —Su mano empezó a temblar y colocó el vibrante vaso encima de una mesa auxiliar—. Mi terapeuta dice que el suicido es el último acto de violencia. Lara no necesitaba hacer eso. Podía haber hablado con alguien. Le dije que hablara con alguien.

—Asistir a algún tipo de terapia —comentó Milo.

—Soy una gran defensora de la terapia. —Levantó el vaso—. Terapia, Tanqueray, tónica y Prozac.

—Así que Lara era la rebelde —afirmé.

—Incluso cuando era pequeña, si le decías negro, ella decía blanco. En el instituto, se juntó con malas compañías, eso es lo que estropeó sus notas. De los tres, ella era la más inteligente, solo tenía que trabajar un poco. En lugar de eso, se casó con él. Las Vegas, por Dios. Es como una mala película. Él era... ¿le ha visto alguna vez los dientes?

Durante los pocos segundos que Malley estuvo de cara a nosotros, no abrió la boca.

—¿No están en buen estado? —preguntó Milo.

—Están podridos —dijo Nina Balquin—. Puede imaginarse lo que pensaba Ralph de eso. —Para ilustrar el contraste, exhibió un completo conjunto de fundas de porcelana—. Era de los bajos fondos, no tenía familia.

—¿Nada de nada?

—Siempre que le preguntaba dónde había crecido o quiénes eran sus padres, cambiaba de tema. Quiero decir, entra una persona nueva en nuestras vidas, y ¿no es razonable preguntar? Ni hablar. Fuerte y silencioso. Pero no lo suficientemente fuerte como para tener unos ingresos decentes.

Apuró su vaso, sujetándolo con ambas manos.

—Somos una familia culta y sofisticada, yo estoy licenciada en diseño y mi marido era uno de los mejores endodoncistas de Valley. Y ¿quién llega? Uno de los rústicos de dinerolandia.

—Lara lo conoció en el rancho de un tipo —repitió Milo.

—El impactante trabajo de verano de Lara. —Balquin hizo una mueca—. Aquí nunca hacía su cama pero, allí, podía limpiar habitaciones a cambio del salario mínimo. Dijo que quería ganar su propio dinero para poder comprar un coche más caro del que Ralph quería comprarle.

—¿Dijo?

—Dejó el trabajo dos semanas después para escaparse a Las Vegas con él. Nunca tuvo ningún tipo de coche hasta que nosotros le compramos un Taurus de segunda mano. Al ir a Ojai, simplemente se estaba rebelando como todas las demás veces.

—¿Ha dicho que Barnett estuvo trabajando en algún tipo de rodeo ambulante?

—Por lo que sé, deslumbró a nuestra hija con trucos de cuerda. Soy alérgica a los caballos... cuando menos me lo esperaba, estaba casada y me decía que quería tener un montón de hijos. No hijos simplemente, sino un montón de ellos. Le dije que quién iba a mantener a todos esos niños y ella ya tenía una respuesta preparada. El vaquero iba a colgar las espuelas y a conseguir un trabajo serio.

Balquin resopló:

—Como si tuviera que levantarme y aplaudir. ¿Cuál era ese magnífico trabajo? Trabajar para una empresa de limpieza de piscinas.

—Estuvieron mucho tiempo casados antes de tener a Kristal —comenté.

—Siete años —observó Balquin—. Lo que a mí me parecía bien. Pensé que a lo mejor Lara estaba actuando por fin con un poco de cabeza, planificando sus finanzas. Se buscó un trabajo, no un gran trabajo, cajera en el supermercado Vons. Y el vaquero compró algo de cloro y se puso por su cuenta.

—¿Les veía con frecuencia?

—Casi nunca. Entonces, Lara se pasó un día por casa, nerviosa, avergonzada. Sabía que quería algo. Lo que quería era dinero para un tratamiento de fertilidad. Resulta que estuvieron años intentándolo. Dijo que se había quedado embarazada en varias ocasiones pero había tenido abortos espontáneos. Así que nada. Su médico pensaba que había algún tipo de incompatibilidad. Sabía que el que se presentara en casa significaba que quería algo.

—¿Por qué había tan poco contacto? —pregunté.

—Porque es lo que querían. Les invitamos a todas las reuniones familiares pero nunca vinieron. Por aquel entonces, pensaba que era cosa de él, pero ahora no estoy segura. Porque mi terapeuta dice que necesito afrontar la posibilidad de la complicidad de Lara en una pareja destructiva. Como parte del proceso.

—¿El proceso? —interrogó Milo.

—El proceso de superación —contestó Balquin—. Poner orden en mi vida. Tengo un desequilibrio químico que afecta a mi estado de ánimo pero también necesito hacerme responsable de cómo reacciono frente a situaciones de estrés. Mi nueva terapeuta entiende a la perfección el tema de la pérdida y me ha llevado a un punto en el que me puedo andar sin miramientos en lo que a Lara se refiere. Por eso su llamada era perfecta. Después de que llamara, le dije a mi terapeuta que íbamos a hablar. Ella pensó que era una cuestión de karma.

Milo asintió y cruzó las piernas.

—¿Le dio el dinero a Lara para el tratamiento?

—Ninguno de los dos tenía seguro médico. No estoy segura siquiera de que la fertilidad esté cubierta por el seguro. Me dio pena, sabía que era difícil para ella venir a pedir. Le dije que le preguntaría a su padre y me dio las

gracias. De hecho, me abrazó.

Los ojos de Balquin parpadearon. Se levantó y se rellenó el vaso.

—Puedo ofrecerles algún refresco.

—Estamos bien de verdad, señora. ¿Así que su marido aceptó pagarles el tratamiento de fertilidad?

—Costaba diez mil dólares. Al principio dijo que ni hablar, a continuación, por supuesto, cedió. Ralph era un buenazo. Lara cobró el cheque y eso fue lo último que oí al respecto. Volvimos a la vieja rutina, a no devolverme las llamadas. Mi terapeuta dice que tengo que afrontar la posibilidad de que me utilizara.

—¿Qué quiere decir?

—Es posible que nunca pagaran a un doctor.

—¿Por qué iba a sospechar eso, señora?

Las manos de Balquin palidecieron alrededor del vaso.

—Llevé a Lara durante nueve meses y a veces la echo tanto de menos que no soporto pensar en ello. Pero necesito ser objetiva por mi propia salud mental. Siempre sospeché que esos dos se gastaron el dinero en otra cosa porque poco después de que se lo diéramos, se mudaron a una casa más grande y seguían sin tener hijos. Lara dijo que Barnett necesitaba sitio para el piano. Pensé que estaban malgastando el dinero, todo lo que tocaba era canciones *country* y no muy bien. Kristal llegó años más tarde, cuando Lara tenía veintiséis.

—Tuvo que ser increíble —comenté.

—¿Kristal? —Parpadeó unas veces más—. Era una ricura, una preciosidad. Por lo poco que vi de ella. Aquí estaba yo, abuela, y nunca pude ver a mi nieta. Lara eligió, pero sé que él tuvo algo que ver. La aisló.

—¿Por qué?

—No lo sé —repuso—. Ese hombre nunca nos dirigió una palabra amable a ninguno de nosotros. A pesar de nuestra opinión sobre el casamiento, intentamos ser amables. Cuando volvieron de Las Vegas, les preparamos una pequeña fiesta en el hotel Sportsman's Lodge. La invitación decía «Ropa formal». El vino con unos vaqueros sucios y una de sus camisetas de vaquero con corchetes. Llevaba el pelo largo y desaliñado, mi Ralph era un hombre muy pulcro, puede imaginarse. A Lara le solía gustar ir arreglada, pero ya no.

Llevaba unos vaqueros tan sucios como los de él y un minúsculo top de cuello *halter* y aspecto barato.

Agitó la cabeza hacia los lados.

—Fue vergonzoso. Pero esa era Lara. Siempre animando la fiesta.

—Señora —interrumpió Milo—, ¿sería muy doloroso hablar del suicidio? Nina Balquin levantó la mirada.

—Si le contestara que sí, ¿dejaría el tema?

—Por supuesto.

—Bueno, es doloroso, pero no quiero que lo deje. Porque no fue mi culpa, digan lo que digan. Lara siempre hizo lo que quiso toda su vida y puso fin a su vida adoptando una horrible, estúpida y pésima decisión.

—¿Quién dice que sea culpa suya? —pregunté.

—Nadie —contestó—. Y todos, implícitamente. Si pierdes a un hijo en un accidente o a causa de una enfermedad, todo el mundo siente lástima por ti. Si pierdes a un hijo porque se suicida, la gente te mira como si fueras el peor padre del mundo.

—¿Cómo reaccionó Barnett al suicidio?

—No sabría decirle, nunca hablamos de ello. —Apretó los ojos y volvió a abrirlos—. Hizo que incineraran a Lara, ni siquiera tuvo la decencia de celebrar unas exequias. No hubo entierro, ni misa. Me engañó, el muy bastardo. ¿No pueden decirme de qué es sospechoso? ¿Tiene algo que ver con las drogas?

—¿Barnett consumía drogas? —intervino Milo.

—Ambos fumaban hierba. Puede que por eso Lara no pudiera quedarse embarazada, ¿no se supone que eso te daña los ovarios o algo por el estilo?

—¿Cómo sabe que consumían drogas?

—Conozco los síntomas, detective. Lara era una porrera en el instituto. Nunca vi indicios de que lo dejara.

—Las malas compañías —comenté.

—Una panda de niños malcriados —afirmó—. Conduciendo por ahí los BMW de sus padres, poniendo esa música a toda pastilla y actuando como si fueran un gueto. Ninguno de mis otros dos hijos pasó por esas tonterías.

—Usted se imagina que Lara siguió consumiendo después de casarse.

—Sé que lo hacía. Las pocas veces que visité su apartamento, las pocas

veces que me dejaron entrar, todo estaba manga por hombro y se podía oler.

—¿Alguna vez consumieron algo más fuerte que marihuana? —preguntó Milo.

—No me sorprendería. —Balquin lo miró—. Así que se trata de drogas. ¿Está Barnett trapicheando?

—¿Usted sabe si alguna vez ha vendido drogas?

—No, pero trato de ser lógica. ¿Los drogadictos no se convierten en traficantes para costearse el hábito? Y todas esas armas que tiene, a Lara nunca la educamos con eso, como mucho, en casa guardábamos una pistola de aire comprimido. De repente, compraron rifles, pistolas, cosas horribles. Los guardaban al aire libre, en una vitrina de madera, de la misma forma que la gente sofisticada exhibe libros. Si no estás metido en algo turbio, ¿para qué necesitas todas esas armas?

—¿Se lo preguntó alguna vez?

—Se lo comenté a Lara. Me dijo que me metiera en mis asuntos.

Busqué estanterías en la habitación de la entrada. No había nada, salvo paneles de roble tratado y laqueado y fotos en la pared del fondo.

—Lara utilizó una de sus armas para suicidarse —comentó—. Espero que esté contento. —Y apretó los puños—. Si es un traficante, espero que lo pillen y lo encarcelen de por vida. Porque lo último que necesitaba mi hija era otra mala influencia.

Se dio toquecitos en un incisivo con una uña, se llevó el vaso a la boca y bebió despacio pero sin parar. Se terminó el segundo vaso sin pestañear.

—¿Hay alguna cosa más que le gustaría contarnos, señora? —preguntó Milo.

—No debería decir esto, pero... ¡qué demonios!, ella no está y tampoco Kristal, y necesito concentrarme en reconstruir mi propia vida. —Tensó de nuevo la cara y mantuvo tanto la tensión que incluso los músculos retocados de barbilla y mejillas cedieron.

—Siempre me he preguntado si las drogas tuvieron algo que ver con que Lara perdiera de vista a Kristal. Ella insistió en que solo fue un segundo, la tienda estaba abarrotada, giró la cabeza y ya no estaba. Pero ¿las drogas no ralentizan los reflejos?

Milo descruzó las piernas. Sacó su libreta pero no escribió nada.

—Es algo horroroso que decir sobre tu propia hija —confesó Nina Balquin—> pero ¿cómo si no podría explicarse? He criado a tres hijos, de pequeño Mark era un terremoto, siempre estaba de un lado a otro, no había forma de que se estuviera quieto. Pero nunca lo perdí. ¡Cómo se puede perder a un hijo!

Su voz se elevó hasta casi alcanzar el grado de chillido. Se dejó caer de golpe, se masajeó la sien izquierda.

—Maldita cefalea en racimos... lo último que quisiera hacer es echar la culpa a mi hija, pero objetivamente... puede que por eso Lara se sintiera lo suficientemente culpable como para hacer lo que... ¡ah, suéltalo, Nina! ¡Puede que ese sea el motivo de que se suicidara!

Sus dos manos empezaron a temblar bruscamente. Se sentó encima de ellas, cerró los ojos. Un lamento agudo consiguió abrirse camino aun a pesar de mantener la boca cerrada.

—Sabemos que esto es difícil, señora. Le agradecemos su sinceridad —afirmó Milo.

Nina Balquin abrió los ojos. Su mirada estaba ausente.

—La introspección puede ser muy puta —comentó ella.

Mientras Milo le daba las gracias, me acerqué a la pared del fondo y miré las fotos. Una pareja de unos treinta años con dos niños menores de diez; el hijo contable y su familia. Una mujer parecida a Lara Malley, con toga y birrete. Con una cara más gordita que la de Lara y pelo pelirrojo ensortijado debajo del birrete. La hermana Sandy.

No había fotos de Lara, pero debajo de sus hermanos, había una foto de Kristal colgada, de ocho por trece, con un marco barato. Una foto de bebé, tenía menos de un año por la forma en que necesitaba apoyo para sentarse. Con un vestido de vaquera rosa y un sombrero a juego. Los potros salvajes y cactus de fondo, y la pequeña luna sobre la llanura, habían sido pintados con aerógrafo. Probablemente, se tratara de una de esas tiendas de fotos para niños. La típica de los centros comerciales.

Una bebé sonriente, gordito y de mofletes rojos. Sus grandes ojos marrones cautivaron la atención de la cámara. Barbilla húmeda; babas por la

salida de los dientes.

—Conseguí esa foto cuando me los encontré y le compré un regalo de Navidad a Kristal —explicó Nina Balquin—. Tenían un montón. Tuve que pedir esa.

La dejamos de pie en el umbral de la puerta, con un nuevo vaso en la mano.

Mientras nos alejábamos en coche, Milo murmuró:

—A veces, mi loca familia no parece tan mala.

—Mamá odia a Barnett pero nunca ha pensado que pudiera haber matado a Lara —comenté.

—Esa mujer es tan frágil que pensaba que en cualquier momento íbamos a tener que recoger sus pedazos. Me pregunto cómo lo sobrellevará si descubrimos que Barnett es un tipo todavía peor de lo que ella se pensaba.

Escogió las calles adyacentes a la autopista, cogió el bulevar Van Nuys norte y escapó con Beverly Glen. Mientras atravesábamos el cañón, dijo:

—Igualito que el barrio de los Malley, ¿eh? Salvo por las casas de cientos de miles de dólares, las pistas de tenis, los coches extranjeros, la mayor cantidad de espacios verdes y la ausencia de aparcamientos para caravanas.

—La combinación perfecta —dije.

—¿Hay alguna cosa que haya dicho Balquin que sirva para echar luz sobre el perfil psicológico de Malley?

—Si es una fuente fiable, él aisló a Lara de su familia, era muy reservado sobre sus raíces y consumía drogas. Sabemos que la parte de acumular armas es cierta. Añade la forma en que reaccionó frente a nosotros y hay potencial para cosas desagradables.

—¿Los tipos que aíslan a sus mujeres no abusan también de ellas?

—Es un factor de riesgo —contesté—. Si la actitud básica ante la vida de Malley era nosotros frente al mundo entero, puede que el asesinato de Kristal reforzara eso.

El mundo es un lugar horrible y peligroso, así que hay que ir armado y estar alerta.

—Y contraatacar. Lo que me interesa es la sospecha de Nina de que Lara fue negligente por culpa de las drogas. Eso es algo muy difícil de admitir cuando se trata de tu propio hijo. Da igual cuánta terapia hagas.

—Hay motivos para que Barnett culpara a Lara. Aunque él también sea un porrero.

—Lara era la madre —dije—. Siempre se culpa a las madres. Después de que Troy y Rand fueran a la cárcel, Lara y Barnett empezaron a examinar sus propias vidas. Tenemos una pareja que tenía problemas para concebir. Por fin consiguen tener un hijo y se lo arrebatan de la peor forma posible. Eso sí es estrés de pareja. Puede que la tensión alcanzara niveles insostenibles y que se dijeran lo que no debían. Una historia de aislamiento, drogas y abuso podría haberle añadido más odio. Puede que Lara dejara de soportar el abuso.

—Se puso demasiado firme con el vaquero. —Apuntó la mano en forma de pistola al parabrisas—. *Caput*.

—*Caput*, sin duda.

CAPÍTULO 19

Durante la mayor parte del trayecto de vuelta a la ciudad, Milo se abrió paso entre la burocracia del Departamento de Policía de Los Ángeles para conseguir el expediente completo sobre el suicidio de Lara Malley.

Dejé que mi mente volara, acabó en algunos sitios interesantes.

Paró enfrente de mi casa.

—Gracias. Sigue. A algún sitio.

—¿Tienes ganas de más especulaciones?

—¿Qué?

—Nina Balquin sospecha que Malley estaba implicado en el tráfico de drogas. Si eso es cierto, probablemente conociera a gente desagradable. El tipo de gente que sería capaz de hacer cosas desde el otro lado de los barrotes.

Se giró y me miró.

—El asesinato de Troy Turner. ¿De dónde salió?

—Asociación libre.

—El asesinato de Turner se describió como un asunto de bandas. Atacó a un Vato Loco.

—Y puede que incluso sucediera de esta forma —repuse.

—¿Por qué no sería correcto, Alex?

—¿Por qué un chaval de trece años permaneció colgado en una sala de mantenimiento sangrando durante una hora antes de que nadie se diera cuenta?

—Porque la AJC es un auténtico caos.

—Está bien —dije.

Empujó el respaldo del asiento con brusquedad y estiró las piernas.

—¿Malley encargó el asesinato de Troy un mes después de que empezara su condena pero esperó ocho años para hacerse cargo de Rand?

—Eso es discutible —afirmé.

—Sí que lo es.

—Puedo darte una explicación pero sería mera conjetura.

—¿A diferencia de pura especulación?

—Malley suplicaba venganza inmediata por la muerte de su hija. Percibió a Troy Turner como el asesino principal, así que Troy lo pagó rápido. Después de esa satisfacción, la furia de Malley amainó. Es posible que ni siquiera hubiera decidido que Rand se merecía un castigo final. Pero los dos se juntaron y algo salió mal.

—¿Malley se carga enseguida a su mujer pero le da a Rand un respiro de ocho años?

—Si culpaba a Lara de la muerte de Kristal, eso era un nivel de furia totalmente distinto.

—¿Solo asesinas a la persona que amas? No sé, Alex. Es un cambio muy brusco.

—La propia madre de Lara sigue enfadada con ella. Había una foto de Kristal en su casa, pero no de Lara. Ponte en el lugar de Barnett. Todos esos años de infertilidad y lo fastidia todo.

—Supongo —dijo.

—También habría una razón práctica para no cargarse a Rand inmediatamente después que a Troy. Que ambos chavales murieran tan seguidos podría inducir a pensar en la venganza. Lara era diferente, no había motivo alguno para suponer que su muerte se debiera a algo distinto al suicidio.

—Sue no sospechó. Y ella era una poli inteligente. Puede que...

—Si Malley mató a Lara y consiguió engañar al juez de instrucción y a la policía, eso implica premeditación y alevosía. Lo que concuerda con la capacidad para retrasar la gratificación. Así es la vida de Malley; ascética. Puede que meditara el destino de Rand durante años y decidiera comprobar la calidad de la expiación de Rand.

—Si suspendes, mueres —dijo—. Revólver del treinta y ocho. Es un

revólver de vaquero... aun así, ocho años son demasiado tiempo para esperar.

—Puede que los ocho años estuvieran interrumpidos por un contacto periódico, una ampliación del periodo de prueba para Rand.

—¿Malley visitó a Rand en la cárcel? ¿Pasó tiempo cara a cara con el rufián que mató a su niña?

—Visitas en persona, cartas o llamadas —comenté—. Ya lo has visto antes, víctimas y agresores poniéndose en contacto después del fallo. Rand podría haber tomado la iniciativa. Quería deshacerse del sentimiento de culpabilidad y realizó el primer movimiento.

—¿Ves a Malley respondiendo a eso? No estamos hablando de don Sensible.

—Ocho años cambian a la gente. Y solo porque almacene armas no quiere decir que no esté haciendo daño.

—Eso suena a alegato de la defensa. —La emisora de la policía saltó. Extendió rápidamente la mano y la apagó—. Sería estúpido por mi parte no comprobar la lista de visitas de Rand. Lo cual, teniendo en cuenta que la AJC es un auténtico desastre, no va a ser fácil. Mientras que hago todo el papeleo intentaré averiguar todo lo que pueda sobre la muerte de Turner. Y no olvidemos la dicha de meter las narices en la vida personal de Barnett Malley.

—Siempre es un placer alegrarte el día.

—¡Eh! —repuso—. Es más de lo que tenía antes de que empezaras con la asociación libre.

Cinco mensajes en el contestador. Cuatro basura y uno de Allison, parecía feliz.

—¡Estoy libre! Mañana cojo el vuelo de las siete de mañana de JetBlue. Debería llegar a Long Beach a las diez y media.

La llamé al móvil:

—He recibido las buenas noticias.

—Hice que mi primo Wesley se sintiera culpable —dijo ella—. Puse en práctica mi doctorado. Llega esta noche de Boston. Ya tengo la maleta hecha y estoy lista para marcharme.

—¿Cómo se lo ha tomado la abuela?

—Hubo un lloriqueo discreto y elegante pero se está portando bien.

—Un vuelo a las siete de la mañana en Nueva York implica conducir de noche desde Connecticut.

—Me viene a recoger un coche a las tres y media —contestó—. ¿Eso te demuestra lo motivada que estoy? El día después de mi llegada tengo pacientes, pero si tienes tiempo mañana, podríamos divertirnos un poco.

—La diversión es buena —dije—. Te recogeré.

—Reservé un coche en Long Beach también.

—Cancela la reserva.

—¡Oh! —exclamó—. Chico duro.

A las nueve de la noche llamaron del servicio de recepción de llamadas. Acababa de zamparme un sándwich con una cerveza y estaba a punto de relajarme con unos periódicos.

—Es Clarice Daney, doctor —dijo la operadora.

—¿Cherish Daney?

—¿Perdón?

—Conozco una Cherish Daney.

—Ah, podría ser, es la letra de Loretta; sí, podría ser eso, doctor. ¿Quiere que le pida el número de teléfono o le paso la llamada? Dijo que no era una emergencia.

—Pásemela.

Me transfirió la llamada.

—Ay —dijo Cherish Daney—. Lo siento, estaba a punto de dejar un mensaje. No era necesario que interrumpieran su velada.

—No pasa nada. ¿Qué sucede?

—En realidad, estaba intentando ponerme en contacto con el teniente Sturgis, me han dicho que estaba fuera de la ciudad. Así que se me ocurrió llamarlo a usted. Espero que no haya problema.

¿Fuera de la ciudad?

—Está bien. ¿Qué ocurre, señora Daney?

—Después de que se marcharan, me di cuenta de que no tuve oportunidad de hablarles de Rand. Mi marido habló con ustedes pero hay algo que pensé

que debería añadir.

—Por favor.

—Está bien —dijo—. Probablemente no sea nada, pero pensé que deberían saber que Rand estuvo realmente alterado toda la semana. Más que alterado. Sumamente agitado.

—Su marido dijo que estaba asustado.

—¿Drew explicó por qué?

Recordé el proteccionismo de Daney. Decidí que ella era un adulto y que me preocupaba más su reacción.

—Dijo que Rand pensaba que alguien había estado merodeando por la noche cerca de su ventana. Por la mañana, Rand descubrió una camioneta oscura alejándose de la casa y, por algún motivo, eso le preocupaba.

—La camioneta oscura —repitió ella—. Drew me contó todo eso, pero me estoy refiriendo a algo distinto. Algo muy presente en la mente de Rand justo antes de que lo soltaran. En realidad empezó unas semanas antes. Quería que Rand se abriera a mí pero sabía que debía tomármelo con calma por todo por lo que había pasado.

—Abrirse a usted —comenté.

—No soy psicóloga, pero tengo un certificado en asesoramiento espiritual. Todas las señales no verbales estaban ahí, doctor. Falta de concentración, pérdida del apetito, insomnio y agitación generalizada. Lo achaqué a los nervios previos a la liberación, pero ahora me lo pregunto. Y empezó mucho antes de que Rand viniera a casa, así que no creo que tenga relación alguna con ser acechado por una camioneta.

—¿Puede contarme algo más al respecto? —pregunté.

—Como le he dicho, estuvo nervioso durante un tiempo. Pero cuando le recogimos en Camarillo, tenía un aspecto horrible. Pálido, tembloroso, realmente no parecía él mismo. Durante el trayecto a casa, paramos para echar gasolina, mi marido fue al servicio y Rand y yo estuvimos solos unos minutos. Para entonces, apenas podía estarse quieto. Le pregunté qué le pasaba, no contestó. Decidí insistir un poco y, finalmente, dijo que había algo de lo que quería hablar. Le pregunté que sobre qué, vaciló y, al final, me dijo que sobre lo que le había pasado a Kristal. Entonces empezó a llorar. Lo que le avergonzó muchísimo y empezó a reprimir las lágrimas y a esforzarse por

sonreír. Antes de que pudiera indagar, Drew estaba de vuelta con las bebidas y el tentempié y estaba convencida de que Rand no quería que dijera nada. Resolví investigar durante el fin de semana pero, por unas cosas o por otras, nunca era el momento adecuado. Ojalá lo hubiera hecho, doctor.

—Algo sobre lo que le pasó a Kristal —dije—. ¿Tiene alguna idea de qué era?

—Supuse que necesitaba desahogarse porque nunca había afrontado de verdad lo que había sucedido. Durante nuestras visitas, manifestó algo de arrepentimiento. Pero puede que entonces, con la libertad a la vista, se estuviera situando en algún sitio donde poder asumir un mayor grado de responsabilidad.

—¿Como, por ejemplo?

—Tomando conciencia de sus expiaciones. Puede que realizando gestos proactivos.

—No estoy seguro de seguirla.

—Lo sé —contestó—. Esto debe de sonarle a usted a galimatías. Y no estoy segura de comprenderlo yo misma. Supongo que no puedo evitar pensar que había algo que Rand quería contar y que nunca antes había dicho. Fuera lo que fuese, me estoy fustigando por no habérselo sacado.

—Parece que usted hizo por él más que cualquier otra persona en el mundo.

—Muy amable, doctor, pero la verdad es que con las demás niñas de acogida, que absorben gran parte de mi atención, debí haber sido más... asertiva.

—¿Está diciendo que el sentimiento de culpabilidad de Rand tuvo algo que ver con su asesinato?

—No sé lo que estoy diciendo. Para ser sincera, me siento bastante ridícula ahora mismo. Por haberlo molestado.

—No es molestia —repuse—. ¿Qué le contó Rand antes?

—Al principio, decía que no se acordaba de nada. Puede que incluso fuera cierto; ya sabe, represión. Incluso si no lo fuera, la psicodinámica sería la misma, ¿verdad, doctor? Simplemente, la gravedad de su pecado era demasiado peso para su alma, así que se encerró en sí mismo y formó sus defensas. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Claro que sí —contesté.

—Quiero decir, era todo lo que ese chico podía hacer para superar el día a día Alegan que es un centro juvenil, pero no es eso en absoluto.

—Había cicatrices antiguas en el cuerpo de Rand —comenté.

—Ya lo sé. —Se le entrecortó la voz—. Me informaron de todas y cada una de las agresiones pero nunca me permitieron visitarlo cuando estaba en la enfermería. Cuando llegamos a casa, se puso ropa nueva y eché la vieja a lavar. Cuando se quitó la camiseta, eché un vistazo rápido a su espalda. No debería de haberme impresionado, pero era espantoso.

—Hábleme de las agresiones.

—La peor fue cuando lo asaltaron unos pandilleros y lo apuñalaron varias veces sin motivo alguno. Rand no era un luchador, justo lo contrario. Pero eso no les detuvo.

—¿Cómo de grave fueron las heridas?

—Acabó en la enfermería durante más de un mes. En otra ocasión, lo asaltaron por detrás y le dieron un golpe en la cabeza mientras se daba una ducha. Estoy segura de que hubo otros incidentes de los que no quiso hablar. Era un chico grande y fuerte, así que se recuperó, físicamente. Después del apuñalamiento, me quejé al director pero fue una pérdida de tiempo. Los carceleros también pegan a los reclusos. ¿Sabe cómo se llaman a sí mismos? Asesores. No se lo creen ni ellos.

—Ese tipo de experiencias podrían volver asustadizo a cualquiera —añadí.

—Por supuesto que sí —reafirmó ella—. Pero Rand se adaptó, sus síntomas no empezaron hasta que su puesta en libertad se acercó. Era una persona increíble, doctor. Yo no sé si yo hubiera podido aguantar ocho años en aquel lugar sin volverme loca. Si hubiera podido guiarle mejor... Una de las cosas de trabajar con personas es que se te recuerda constantemente que solo Dios es perfecto.

—¿También visitó a Troy?

—Dos veces. No hubo mucho tiempo, ¿verdad?

—¿Troy manifestó culpa alguna vez?

Silencio.

—Troy nunca tuvo la oportunidad de madurar espiritualmente, doctor. Ese

chico no tuvo una oportunidad en este mundo. De todas formas, eso es lo que quería contarle. Si es relevante, no lo sé.

—Se lo contaré al detective Sturgis.

—Gracias... una cosa más, doctor Delaware.

—Dígame.

—Su informe sobre los chicos. Nunca tuve la oportunidad de decírselo por aquel entonces, pero pensé que hizo un excelente trabajo.

Rick Silverman contestó en casa de Milo.

—Iba a salir por la puerta, Alex. El Grandullón voló a Sacramento hace un par de horas.

—¿Dónde se aloja?

—En algún lugar de Stockton, cerca de una cárcel para menores. Tengo que irme, accidente de coche, múltiples traumatismos. Estoy fuera de servicio, pero el hospital necesita médicos extra.

—Vete.

—Me alegro de haber hablado contigo —afirmó—. Si hablas con él antes que yo, dile que voy a preparar Maui.

—¿Planes de vacaciones?

—En teoría.

CAPÍTULO 20

Diversión.

El cuerpo de una mujer acurrucado al lado del tuyo, inhalando su piel, su pelo.

Dibujando con la mano el contorno de sus huesos de la cadera, sus costillas, su hombro.

Me recosté en la cama y observé cómo Allison dormía. Asimilé el ritmo de su respiración y seguí el tenue rastro del rubor que atravesaba su pecho.

Salí de la cama, me puse unos pantalones cortos y una camiseta y me escapé.

Para cuando entró en la cocina con mi bata amarilla raída, yo ya había hecho café, había llamado para comprobar los mensajes que tenía y había pensado mucho en la llamada de Cherish Daney.

Rand quería hablar sobre Kristal. Lo mismo me había dicho a mí.

No, eso no es del todo cierto. Él habló entre dientes, yo planteé el tema y él aceptó.

Abrirle.

Allison masculló algo que podía haber sido «Hola». Andaba con paso vacilante y su pelo negro, suelto y despeinado, lucía precioso como solo puede Hacerlo el pelo realmente grueso. Pestañeó varias veces, luchó por

mantener los ojos abiertos, consiguió llegar al fregadero, abrió el grifo y se mojó la cara. Apretándose bien fuerte el cinturón de la bata, se secó la cara a golpecitos con un trozo de papel de cocina y sacudió la cabeza como un cachorrito.

Bostezó con la boca bien abierta. Y tapándosela con la mano con retraso dijo:

—Perdón.

Cuando la tomé en mis brazos, cayó con tanta fuerza que me pregunté si se había vuelto a quedar dormida. Con tacones, no es muy alta. Con los pies descalzos, apenas me llega al hombro. La besé en la parte superior de la cabeza. Me dio unas palmaditas en la espalda, un gesto curiosamente platónico.

La conduje a una silla, le serví una taza de café y le puse un plato con galletas de jengibre. Ella las había comprado hacía semanas. Estaban sin abrir. Me seguía diciendo a mi mismo que tenía que aprender a cocinar, pero cuando estoy solo como cualquier cosa fácil de preparar.

Se quedó mirando las galletas como si fueran alguna rareza exótica. Le coloqué una en los labios, la mordisqueó, masticó con esfuerzo y tragó de golpe.

Le acerqué el café y me sonrió atontada.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde.

—Ah... ¿Dónde has ido?

—No me he movido.

—¿No podías dormir?

—Me he echado una cabezadita.

—Me he desmayado como una borrachina —comentó ella—. Ni siquiera sé en qué zona horaria me encuentro...

Sus ojos se giraron hacia la taza.

—¿Más?

—Sí, gracias.

Media hora después, se había duchado, estaba maquillada, se había alisado el

pelo, que le caía por la espalda y se había puesto una camisa de lino blanco, unos pantalones de *sport* negros y botines con tacones demasiado finos para soportar a un chihuahua.

No había comido desde el té con la abuela la tarde anterior y se moría por unas proteínas. La elección fue fácil y de mutuo acuerdo: una churrasquería de Santa Monica que frecuentábamos cuando necesitábamos tranquilidad. Carne de vacuno madurada en seco, buen bar. También era el sitio donde nos encontramos por primera vez.

El aire exterior estaba a una temperatura atroz de veinticuatro grados y cogimos su Jaguar XJS negro porque es descapotable. Yo conduje y ella mantuvo los ojos cerrados durante todo el viaje, con una mano descansando sobre mi muslo.

Día glorioso. Me preguntaba qué tal tiempo hacía en Stockton.

Había ido allí una vez, hacía años, para realizar una evaluación que me había encargado el tribunal. Es un bonito pueblo agrícola al este de Sacramento, en el corazón de San Joaquin Valley, con un puerto fluvial. Tan tierra adentro y con esas extensiones de campo, tenía que hacer más calor.

A estas alturas, Milo debía de estar sudando, probablemente maldiciendo.

¿Pensando en Maui?

El caso que me había llevado a Stockton era un caso del Juzgado de Familia. Un taxista croata que se acababa de divorciar se había fugado con sus tres hijos, pero lo atraparon tres meses después fuera de Delano, intentando robar un supermercado de los que abren las veinticuatro horas utilizando a sus hijos como centinelas. Condenado a diez años, se estableció en la cárcel y solicitó la custodia compartida y visitas periódicas a la cárcel. El hecho de que la madre fuera una adicta a la metadona que había empezado a salir con moteros prófugos le había dado a la solicitud suficiente sustancia para darle un empujoncito a la maquinaria legal.

Hice todo lo posible para proteger a los niños. Un estúpido juez causó estragos con ese...

La mano de Allison abandonó mi rodilla para acariciarme la mejilla.

—¿En qué estás pensando?

Robin siempre odió que le contara cosas desagradables. A Allison le encanta. Lleva una pequeña pistola en el bolso, pero mi impulso es siempre

protegerla.

—¿Alex?

—¿Sí?

—No era una pregunta con segundas, cariño.

Estábamos a una manzana de distancia del restaurante. Empecé a hablar.

Hubo una breve interrupción mientras pedíamos chuletón para los dos y una botella de tinto francés.

Ella dijo:

—Parece que el señor y la señora Daney no se comunican muy bien.

—¿Por qué dices eso?

—El marido le esconde un secreto a la mujer y te cuenta lo del miedo de Rand a ser acechado, lo de la camioneta oscura. Todo lo cual parece bien fundado, Rand fue asesinado. Pero la señora Daney minimiza eso y te indica otra dirección.

—Ella realmente no me indicó ninguna dirección —repuse—. Principalmente me soltó un montón de jerga de psicólogos.

—Su sentimiento de culpabilidad por no conseguir que se abriera. ¿Utilizó realmente esas palabras?

Asentí.

—¿Es algún tipo de terapeuta?

Tiene alguna especie de certificado en asesoramiento espiritual.

—En el futuro, todo el mundo hará terapia, así que no habrá tiempo para que nadie reciba terapia. A lo mejor debería reconsiderar la medicina veterinaria.

—¿Considerarías esa opción después de conocer a Spike?

—Quieres a Spike como a un hermano. Admítelo.

—¿Los nombres Caín y Abel te suenan?

Ella se rió, sirvió más vino y se quedó pensativa.

—Es como si Rand fuera el proyecto de esta mujer y ella se imaginó que podía curarlo. Ahora que está muerto, se está atormentando a sí misma con la idea de que él escondía un secreto oscuro y profundo que debería haberse sacado a la luz. Lo que puede resultar cierto, a ti te insinuó lo mismo. La gran

pregunta es, ¿su secreto está relacionado con su asesinato? No parece que la señora Daney tenga algo relevante que decir al respecto. Ella está preocupada fundamentalmente por su propio sentimiento de culpabilidad.

—Entonces, ¿para qué intentaría ponerse en contacto con Milo?

—Para sentir que ha cumplido con su deber cívico. —Jugó con sus dedos—. Por otra parte, Rand te llamó por algo y unas horas después estaba muerto. Llegó la comida.

—¿No tienes ni idea sobre qué quería hablar Rand? —preguntó Allison.

—Acabó diciendo que era una buena persona. Pensé que buscaba algún tipo de absolución.

—Tiene sentido, no somos tan distintos de un cura.

—Lo que no entiendo —dije— es por qué me pidió ayuda a mí. Mi papel en el caso fue mínimo.

—Puede que no para él, Alex. O puede que simplemente quisiera arreglar las cosas con todos los implicados en el caso. Lo que incluiría, sin lugar a dudas, al padre de Kristal. Que, por casualidad, conduce una camioneta negra.

—Lo que nos lleva de nuevo a Barnett —observé.

—¿Qué sabes sobre este tipo?

—La madre de Lara está segura de que Lara y él se drogaban y sospecha que Barnett podría haber vendido droga. También dice que Barnett aisló a Lara, lo que me llevó a pensar en abuso. Vive alejado de la civilización y almacena armas.

—Parece un encanto.

—La madre de Lara también se preguntó en voz alta si Lara podría haber estado colocada cuando perdió a Kristal.

—Perderla —repitió—. Eso suena a traspapelar las llaves.

Nos acabamos el postre y el café, nos llevó un buen rato metabolizar. Allison peleó por la cuenta, ganó al final. Se le encendieron las mejillas de arrebol.

Me alegro de que hayas vuelto —le dije—. Aunque no me dejes pagar.

—Estoy contenta de haber vuelto... algo me preocupa, Alex. Puedo entender que el que Lara se colocara fuera un problema para su marido. Pero ¿por qué preocuparía eso a Rand o incluso por qué lo sabría?

No tenía respuesta para eso.

Ella jugueteó con mi manga.

—¿Te estoy aburriendo? Lo siento, has despertado mi curiosidad.

—En absoluto. Continúa.

—En teoría, esto era un crimen al azar, ¿no? Los chicos no conocían a Kristal de antes del secuestro.

—Dijeron que por casualidad vieron a Kristal dando vueltas por ahí sola. ¿Por qué?

—Resulta raro —contestó—. Una niña pequeña en un centro comercial, todos aquellos compradores. Cabría pensar que no llegaría muy lejos antes de que alguien interviniera.

—Ventas después de Navidad —completé—. Todo el mundo había salido de rebajas. Puede que nadie se diera cuenta porque no hubo un forcejeo evidente, l'ara un observador fortuito podría parecer un par de adolescentes cuidando de su hermana pequeña.

—Supongo —dijo ella.

—¿Qué te preocupa?

—Kristal tenía dos años, ¿verdad?

—Le faltaba un mes.

—Esa es la época de mayor ansiedad por separación. ¿Por qué no hubo forcejeo?

—Algunos niños son más confiados que otros —repuse.

—Y algunos niños descuidados y que han sufrido abusos no demuestran ansiedad alguna ante extraños. ¿Hubo algún indicio de abuso infantil?

—La autopsia no reveló ninguna rotura o cicatriz antigua y el cuerpo estaba bien alimentado. Me imagino que las afirmaciones de Nina sobre drogas y aislamiento son ciertas, pudo haber habido algún nivel de descuido.

—¿A qué distancia vivían los Malley del centro comercial?

—Aproximadamente a un kilómetro.

—Así que probablemente Lara comprara allí con frecuencia.

—Lo hacía.

—¿A qué distancia se encontraban del complejo de viviendas?

—Aproximadamente a la misma distancia. ¿Estás pensando que los chavales conocían a Kristal a pesar de que dijeran que no?

—Salían por los recreativos, podrían haber tenido la oportunidad de verla. Puede que se hubieran fijado antes en los problemas de Lara para mantener la atención, incluso puede que hubieran hablado con Kristal cuando ella dejaba de vigilarla. Eso hubiera facilitado que se la llevaran.

—Premeditación —dije—. ¿Los chicos planearon todo de antemano y mintieron al respecto porque eso habría hecho que parecieran peores? ¿Crees que eso era lo que atormentaba a Rand?

—O justo lo contrario, Alex. Rand te dijo que era una buena persona. Estaba intentando minimizar su culpa y ¿qué mejor forma de hacerlo que echándole la culpa de todo a otros? Troy, por ejemplo. Pero también Lara porque Rand había visto cómo la dejaba deambular por ahí antes. Está claro que es algo que Lara nunca admitiría, pero podría haberla atormentado, y haber contribuido a su depresión y a su suicidio. Barnett había olvidado todo eso; hasta que Rand lo volvió a sacar. ¡Vaya con los detonantes!

Mi digestión se detuvo y la carne se asentó en mi intestino.

—Rand no era inteligente, supongo que pudo haber interpretado mal las señales, con lo torpe que era. Tienes una gran capacidad de inventiva.

—Solo estoy pensando en voz alta, mi vida. Igual que tú.

—Somos una pareja divertida —comenté.

—Sí que lo somos, Alex. Todo el mundo puede hablar de tonterías.

CAPÍTULO 21

—Hacía un calor impropio de esta época —comentó Milo—. A diferencia de la recepción que tuve en Chaderjian. —Sus enormes espaldas se curvaron al meter la cabeza en la nevera.

Había vuelto de Stockton hacía una hora, había conducido directamente a mi casa y me había anunciado que la aerolínea había intentado matarlo de hambre. Una rebanada de pan y un bote de mantequilla de cacahuete ya estaban listos en la barra. Se bebió medio cartón de leche sin preocuparse por utilizar un vaso.

—Te quedan pocas provisiones —comentó con la voz amortiguada por el envase—. La falta de gelatina, mermelada, confitura o algo por el estilo es inexcusable.

—¿Quieres patatas fritas o unas magdalenas en el almuerzo del cole, hijo?

—Um... —Rebuscó, se enderezó y se masajeó la región sacroilíaca con una palma—. Esto tendrá que valer. —Su enorme mano ocultaba lo que fuera que llevara a la barra. Lo colocó al lado del pan.

Un envase de cartón de yogur de melocotón. Algo que Allison había llevado a casa... tenía que haberlo hecho hacía semanas.

—Podría estar malo —dije.

—Yo también. —Levantando la tapa, olisqueó, frunció el ceño y quitó con la cuchara pegotes brillantes y beis que tiró al fregadero y limpió con un chorro de agua del grifo que salpicó su corbata.

Volvió a olisquear.

—La mermelada del fondo aún está bien. —Una cucharada de sustancia

pegajosa naranja aterrizó en una rebanada de pan. Untó mantequilla de cacahuete en otra rebanada y pegó las dos mitades juntas. Dobló el sandwich para hacerlo doble y se lo comió de pie.

—*Bon appétit.*

—Nada de francés, hoy no tengo paciencia, *mon ami.*

—¿No han cooperado los de la AJC? —pregunté.

—Uno podría pensar —explicó— que el director y todos los demás tipos de la cárcel serían agradables con los policías, dado que ambos estamos comprometidos con la seguridad pública. —Se limpió la boca—. Pero estaría equivocado. Nuestro trabajo consiste en meter en la cárcel a tipos malos, ellos siempre tienen exceso de población, recogen cubos de mierda cagada delante de sus narices y todo tipo de humillaciones. Así que su objetivo es sacar a los sinvergüenzas. Me hicieron sentir como un virus, Alex.

—¿Nada de asesoramiento? —pregunté.

—¿Qué?

—Así es como llaman a los carceleros de la AJC. Asesores.

Se rió.

—Flotaba en el aire una sensación de demencia, Alex. Numerosos silencios, sin malinterpretar la tensión. Más tarde, leyendo el periódico local, descubrí que hay todo tipo de rumores sobre una investigación de todo el sistema de la AJC por parte de la legislatura. Demasiados pupilos muertos. Y encima, su registro es peor que el del Departamento. Pero no todo estaba perdido... ¿tienes más yogur?

—*Mi nevera es tu nevera.*

—¿Ahora en español? Pide trabajo en Naciones Unidas.

—Vaya con los sinvergüenzas.

Creó un segundo mejunje utilizando miel como la fuente de azúcar, y se lo comió a un ritmo más comedido.

Cuatro mordiscos y se sentó.

—Di lo que quieras, pero a veces la gula compensa —dijo—. No había comido nada desde la noche anterior, el antro en el que me alojé no tenía servicio de habitaciones y para cuando llegué, me sentía muy miserable. El primer sitio que descubrí era un bar grill a dos manzanas de la cárcel. El camarero calentó en el microondas un plato de costillas de cerdo y empezamos

a hablar. Resulta que solía trabajar como cocinero de la cárcel y lo dejó hacía siete años.

—Un año después de la muerte de Troy.

—Diez meses para ser más precisos. Se acordaba perfectamente del asesinato de Troy. Estaba allí cuando sacaron el cuerpo. Un par de asesores lo sacaron por la cocina hasta un área de carga y descarga. No se molestaron si quiera en taparlo, simplemente pusieron al chaval encima de un tablero y utilizaron correas para evitar que se cayera en la sopa. El camarero dijo que Troy no parecía mucho más grande que un pavo desplumado y que tenía más o menos el mismo color.

Se acercó a la nevera dando grandes zancadas, sacó una cerveza, la abrió y se recostó.

—El camarero tenía buen ojo para los detalles —comento.

—También ayudó que no quedara nada de afecto entre él y la cárcel. Afirma que lo despidieron sin motivo alguno. Su otro recuerdo nítido es que hubo un sospechoso principal del asesinato. No un Vato Loco, un chaval navajero por cuenta propia llamado Néstor Almeida. Los Vatos Locos y las otras pandillas lo utilizaban a él y a chicos como él cuando no querían llamar la atención. ¿Y a que no sabes qué? Esta joyita salió hace unos meses y su última dirección conocida está aquí mismo, en Los Ángeles, en Westlake District.

—¿Almeida trabajó alguna vez para un cliente que no fuera pandillero?

—¿Como Barnett Malley? ¿Quién sabe? Hasta donde sé, Malley nunca lo visitó. Ídem para Rand. Todo lo que Troy recibió fueron tres visitas, una de su madre y dos de Drew y Cherish Daney. No se llevó un registro de llamadas telefónicas.

—¿Por qué estaba Néstor Almeida en Chaderjian? —pregunté.

—Con dieciséis años, apuñaló hasta la muerte a otros dos chavales en el parque MacArthur. Cumplió seis años por homicidio involuntario y salió.

—¿Dos niños muertos es homicidio involuntario?

—Lo es cuando ellos mismos también llevan navajas y sus filos son tan malos como el del chaval que los mató. El abogado de oficio de Néstor alegó defensa propia y consiguió una reducción de la pena.

—Y Néstor se puso de inmediato por su cuenta en la cárcel —afirmé.

—¿Qué más? El camarero comentó que Néstor era un chico muy malo. Tenía genio y todo el mundo decía que estaba loco. Supongo que eso encaja con la forma en que Troy fue asesinado.

—¿Néstor tenía algún vínculo con las drogas?

—Heroína.

—Si Malley estaba vendiendo, podrían haberse conocido.

Se dirigió lentamente a la nevera, sacó el cartón de leche y se lo acabó.

—¿Vas a ir a Westlake pronto? —pregunté.

—Estaba pensando en ir ahora. Néstor consiguió un trabajo en un restaurante de Alvarado. ¿No es un pensamiento bonito? Manos manchadas de sangre rellenan tus chimichangas.

Un turista en Los Ángeles que introdujera Westlake en el GPS podría equivocarse.

Está Westlake Village, en el límite oeste de Valley, que es una ciudad dormitorio totalmente abierta de parques industriales minuciosos, centros comerciales de lujo, casas de tejados crema encaramadas con gracia en colinas repletas de robles, y enormes ranchos de caballos. La gente con dinero y escaso interés por los placeres urbanos se muda a Westlake Village para alejarse de la delincuencia, los atascos, la niebla tóxica y las personas que no son como ellos.

Todo eso abunda en el Westlake District.

Situado justo al oeste del centro y con el nombre de la composición de agua artificial creada a partir de la ciénaga que un día fue el parque MacArthur, Westlake tiene una densidad de población de una capital del tercer mundo. Alvarado es la calle principal y está abarrotada de bares, salas de baile, agencias de cambio de cheques, tiendas de descuento y restaurantes de comida rápida. Todavía se conservan algunos de los otrora magníficos edificios de apartamentos levantados en los años veinte, esparcidos entre las horribles construcciones de la posguerra, que expulsaron historia y arquitectura, y destruyeron la identidad de Westlake como un destino de viviendas de alquiler elevado. Algunas de las estructuras se han dividido varias veces hasta transformarse en casas de huéspedes estilo residencia de

estudiantes. Las estadísticas oficiales sobre residencia no sirvieron de explicación.

Durante un par de décadas desde de su nacimiento, el parque fue un lugar bonito al que ir los domingos. A continuación, se volvió tan seguro como Afganistán, plagado de drogadictos y traficantes, especialistas en coerción y pedófilos, y personas de mirada perdida hablando con Dios. El bulevar Wilshire divide en dos el espacio verde y un túnel conecta ambas mitades. Atravesar el conducto gris y lleno de grafitos solía constituir una amenaza para la vida. En la actualidad, los murales han cubierto la fanfarronería pandillera y los que pueblan el barrio, principalmente hispanos pobres, hacen picnic cerca de la orilla del agua los domingos después de misa y esperan lo mejor.

Milo había cogido la calle Seis desde su inicio en San Vicente. Giró a la izquierda y condujo hacia el sur, en dirección a Alvarado. La calle estaba abarrotada, como siempre, los cruces estaban llenos de peatones, algunos de ellos resueltos, otros sin rumbo. Mejor estar fuera y respirar aire mugriento que sentarse solo en la fétida habitación que compartes con ocho extraños.

El coche de incógnito avanzaba muy lentamente por el tráfico. Los carteles estaban en español y en la acera se vendían mercancías rebajadas. Pequeños hombres de piel color canela, que habían hecho un trato con la muerte para cruzar la frontera, exponían bolsas de plástico de fruta y ramos de claveles teñidos de colores no naturales. Detrás de nosotros se encontraba el parque.

—¿Estamos sumergidos en una nube tóxica? —preguntó Milo.

—Es que no ha llovido mucho últimamente... —repuse.

—Vaya, mira eso. —Ladeó su cabeza hacia la ventanilla del copiloto.

Me giré pero no vi nada fuera de lo normal.

—¿Qué?

—Acaban de cerrar un trato de heroína enfrente de ese estudio de fotografía. Los maleantes ni siquiera se preocupan de esconderlo; está bien, ya estamos aquí. —Nos detuvimos en la zona roja. Una cola de personas daba la vuelta a la ventana de pedidos de Taquería Grande. El edificio era de estuco azul y las esquinas desconchadas, blancas. Una ampliación le hubiera dado el tamaño de un garaje monoplaza.

—Me gustaría ver la Taquería Pequeña —dijo Milo. Se ajustó la funda de pistola tipo arnés, se puso la chaqueta y salió.

Hicimos la cola. El olor a cerdo, maíz y cebolla salía despedido por la ventana y llegaba al bordillo de la acera. Los precios estaban bien, las porciones eran generosas. Los clientes pagaban con billetes de dólar sucios y monedas, y contaban con cuidado las vueltas. Dos personas trabajan en el sitio, un chico joven con las freidoras y una mujer baja, redonda y de mediana edad trataba con el público.

El cocinero de las freidoras tenía unos veinte años, estaba delgado y tenía barbilla afilada. Llevaba un pañuelo azul en la cabeza. Lo que se le veía de polo estaba cortado al ras y tenía tatuajes por los brazos. A su alrededor, todo estaba salpicado de grasa. No había tapas y podía ver cómo le saltaba en los brazos y la cara. Tenía que doler. Trabajaba a un ritmo constante y permanecía inexpresivo.

El cliente que llevábamos delante recogió sus tamales con arroz y *agua de tamarindo* y nos acercamos. La mujer redonda llevaba el pelo recogido. El maquillaje que se había puesto aquella mañana estaba luchando contra el sudor. Su lápiz estaba listo sin levantar la cabeza.

—¿Qué?

—Señora —dijo Milo y le enseñó su identificación.

Tardó en esbozar una sonrisa.

—¿Sí, señor?

—Estoy buscando a Néstor Almedeira.

La sonrisa desapareció de inmediato, como una anémona de mar en cuanto se la toca. Negó con la cabeza.

Milo miró al chaval de pañuelo.

—¿Ese no es él?

La mujer se echó a un lado y miró el volumen de Milo. Algunos clientes se habían puesto a la cola detrás de nosotros pero ahora se estaban marchando.

—Carlos.

—¿Podemos ver la identificación de Carlos, por favor?

—No tiene carné de conducir.

—Echaré un vistazo a cualquier cosa que tenga.

Giró sobre sus talones y le gritó algo en español. El chico del pañuelo se tensó, alejó su mano de la freidora y miró la puerta de atrás.

—Dígale que si no es Néstor, no habrá ningún problema. De ningún tipo —

dijo Milo.

La mujer gritó más alto y el joven chaval se quedó petrificado. Ella recorrió el metro do distancia con tres pasos agitados, habló, gesticuló y estiró su mano. El joven sacó del bolsillo un trozo de papel amarillo.

La mujer lo cogió y se lo entregó a Milo. Un justificante de Western Union que verificaba que Carlos Miguel Bermúdez había transferido noventa y cinco dólares con cincuenta y tres céntimos a una oficina de transferencia de dinero de Mascota, México. El día de la transacción fue ayer.

—¿Es todo lo que tiene? —preguntó Milo.

—Él no es Néstor —aseveró la mujer.

—¿Néstor está despedido?

—No, no. —Los ojos de la mujer endurecieron alrededor de los párpados—. Néstor murió.

—¿Cuándo? —interpeló Milo.

—Hace cuatro semanas —respondió la señora—. Creo.

—¿Cree?

—Néstor no venía mucho por aquí cuando estaba vivo.

—¿Cómo descubrió que estaba muerto?

—Su hermana me lo contó. Le di el trabajo a él porque ella me cae bien, es una buena chica.

—¿Cómo murió Néstor?

—Ella no dijo.

—¿Cuánto tiempo trabajó aquí Néstor oficialmente?

Ella frunció el ceño.

—Puede que un mes.

—Mala atención, ¿eh?

—Mala actitud. —Otro vistazo detrás de nosotros. No había clientes—. ¿No quieren comer?

Milo le devolvió el papel amarillo y ella se lo guardó en el delantal. Carlos, el cocinero, seguía por ahí, con aspecto nervioso.

—No gracias —contestó Milo. Sonrió. Carlos se mordió el labio—. ¿Cuál es el nombre de la hermana de Néstor, señora?

—Anita.

—¿Dónde vive?

—Ella trabaja en el *dentista*, a tres manzanas.

—¿Sabe el nombre del dentista?

—Chino —dijo ella—. Edificio negro. ¿Quiere algo de beber?

Milo pidió un refresco de limón y cuando ella intentó obsequiarle, él dejó un billete de cinco en el mostrador y la hizo sonreír.

Para cuando estábamos de vuelta en el coche de incógnito, la cola de la comida se había reanudado.

CAPÍTULO 22

Los doctores Chang, Kim, Mendoza y Quinones ejercían en un edificio de una planta revestido con brillantes baldosas de cerámica de color negro. Había grafiti blanco en la parte inferior de la fachada, como si se hubiera producido una guerra de comida con pasta. El letrero de encima de la puerta decía: «Facilidad de pago. Indoloro. Se acepta seguro estatal».

Dentro había una sala de espera llena de personas con dolores. Milo desfiló delante de ellos y dio unos golpecitos en la ventana de la recepción. Cuando se abrió, preguntó por Anita Almedeira.

La recepcionista asiática se bajó las gafas.

—La única Anita que conozco es Anita Moss.

—Entonces, me gustaría hablar con ella.

—Está ocupada pero iré a ver.

La sala de espera olía a gaulteria, ropa rancia y limpiador de alfombras. Las revistas de la estantería de pared estaban en español y coreano.

Una mujer pálida, de veintimuchos, acudió a la mesa de recepción. Tenía pelo largo, liso y negro, cara redonda y facciones suaves y tranquilas. La falda de nailon rosa de su uniforme realzaba su figura esbelta. En su credencial ponía: «A. Moss, Higienista dental registrada». Al sonreír, dejaba ver unos preciosos dientes blancos; el trabajo tenía sus ventajas.

—Soy Anita, ¿puedo ayudarles?

Milo le enseñó la placa.

—¿Es usted la hermana de Néstor Almedeira, señora?

La boca de Anita Moss se cerró. Cuando volvió a hablar lo hizo casi

susurrando.

—¿Los han encontrado?

—¿A quién, señora?

—A los que mataron a Néstor.

—No, lo siento —contestó Milo—. Se trata de otra cosa.

La cara de Anita Moss se tensó.

—¿Sobre algo que hizo Néstor?

—Es posible, señora.

Ella miró hacia la sala de espera.

—Estoy bastante ocupada.

—No llevará mucho tiempo, señora Moss.

Ella abrió la puerta, pasó y se acercó a un hombre mayor, vestido con ropa de trabajo, que tenía la mandíbula hundida y la mirada puesta en los resultados de las carreras.

—¿Señor Ramírez? Estaré con usted en un minuto, ¿de acuerdo?

El hombre asintió y volvió a las apuestas.

—Vamos —dijo Anita Moss, cruzando rápidamente la habitación. Para cuando Milo y yo llegamos a la salida, ella ya había salido del edificio.

Zapateaba en la acera y jugaba con el pelo. Milo le ofreció sentarse en el coche de incógnito.

—Es justo lo que necesito —repuso ella—. Que alguien me vea en un coche de la policía.

—Pensaba que aquí estaríamos camuflados —afirmó Milo.

Anita Moss empezó a sonreír y cambió de idea.

—Vayamos a la vuelta de la esquina. Usted conduce un poco, yo le alcanzo y me siento en el coche.

El coche había acumulado calor y Milo bajó las ventanillas. Estábamos aparcados en una calle lateral de apartamentos baratos, Anita Moss estaba sentada tesa en la parte trasera. Pasaron por allí unas mujeres con niños y un par de perros extraviados que zigzagueaban de un rastro a otro.

—Sé que esto es difícil señora... —comenzó a decir Milo.

—No se preocupe por mí —observó Moss—. Pregunte lo que necesite.

—¿Cuándo fue asesinado su hermano?

—Hace cuatro semanas. Me llamó un detective y eso es todo lo que sé al respecto. Pensé que lo estaban investigando.

—¿Dónde sucedió?

—En el parque Lafayette, a altas horas de la noche. El detective dijo que Néstor estaba comprando heroína y alguien le disparó y se llevó su dinero.

—¿Se acuerda del nombre del detective que le llamó?

—Krug —contestó—. Detective Krug, nunca me dijo su nombre de pila. Tuve la impresión de que no iba a dedicarle mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Simplemente por cómo sonaba. Me imaginé que sería por el tipo de persona que era Néstor. —Se puso recta y se quedó mirando al espejo retrovisor interior.

—Néstor era drogadicto —comentó Milo.

—Desde los trece años —afirmó Moss—. No tomaba siempre heroína, pero siempre tenía algún tipo de adicción.

—¿Qué más aparte de heroína?

—Cuando era pequeño esnifaba pintura y pegamento. Después, marihuana, pastillas, PCP, cualquier cosa. Él es el pequeño de la familia y yo soy la mayor. No estábamos unidos. Me crié aquí pero ya no vivo aquí.

—¿En Westlake?

Ella asintió.

—Fui a la universidad pública Cal State LA donde conocí a mi marido. Él es estudiante de cuarto curso de odontología en la universidad. Vivimos en Westwood. El doctor Park es uno de los profesores de Jim. Yo nos mantengo mientras Jim acaba.

—Néstor salió de la AJC hace tres meses —comentó Milo—. ¿Dónde vivía?

—Al principio con mi madre y, después, no lo sé —contestó Anita Moss—. Como le he mencionado, no estábamos unidos. No solo Néstor y yo. Sino Néstor con toda la familia. Mis otros dos hermanos son buenos chicos. Ninguno comprendimos por qué Néstor hizo las cosas que hizo.

—Un niño difícil —añadí.

—Desde el primer día. No dormía, no se sentaba recto, siempre

destruyendo cosas. Trataba mal a nuestro perro. —Se enjugó las lágrimas—. No debería estar hablando así sobre él, era mi hermano. Pero torturó a mi madre, no literalmente, pero le amargó la vida. Hace dos meses sufrió un derrame cerebral y todavía sigue bastante mal.

—Lo siento mucho.

Ella frunció el ceño.

—No puedo evitar pensar que el hecho de que Néstor viviera con ella contribuyó a ello. En el pasado, ella tuvo problemas de presión arterial alta, todos le dijimos a Néstor que no se pasara con ella, que no la estresara. No se le podía decir nada. Mamá no era una ingenua. Sabía en qué andaba metido Néstor y eso realmente la apenaba.

—Drogas.

—Y todo lo conlleva ese estilo de vida. Fuera toda la noche, dormir todo el día. Una semana podía estar trabajando en un túnel de lavado y, después, ser despedido. Desaparecía sin decir nada, después, aparecía por casa de mamá con muchísimo dinero. Mi madre era una persona religiosa, tenía un grave problema con el dinero que uno no se explicaría.

Ella tiró de su placa de identificación.

—Una vez amenazó a mi marido.

—¿Cuándo sucedió eso? —pregunté.

—Puede que una semana después de que saliera. Se presentó en nuestra casa, bien entrada la noche, y nos exigió que lo dejáramos quedarse a dormir allí. Jim le ofreció dinero pero no le iba a dejar entrar. Néstor se enfadó y agarró a Jim por la camiseta, realmente molestó a Jim. Me dijo que él se arrepentiría. A continuación, escupió a Jim y se marchó.

—¿Llamó a la policía?

—Yo quería, pero Jim no. Pensó que Néstor se calmaría. Jim no se altera fácilmente, nada lo perturba.

—¿Néstor se calmó?

—No nos volvió a molestar y una semana después apareció por la oficina y me suplicó que lo perdonara. Decía que estaba limpio, que esta vez iba en serio, que necesitaba un trabajo de verdad. Conozco a una mujer que lleva un puesto de comida por aquí y le pregunté si le daría una oportunidad. Ella aceptó pero él la fastidió.

—¿Cómo?

—Mala actitud, mala atención. Ahora, ni siquiera voy allí a comer.

—Ser la hermana de Néstor era un reto —comenté.

Ella exhaló y se quitó una pestaña.

—¿Por qué me preguntan todo esto ahora?

—¿Tiene alguna idea —preguntó Milo— de dónde estaba viviendo Néstor justo antes de morir y de con quién salía?

—Ni idea —contestó Moss—. Poco después de salir, se compró ropa nueva chula. Supuse que habría vendido drogas. Unas semanas después, estaba viviendo de nuevo con mamá y la ropa elegante ya no estaba.

—Estamos investigando algo que Néstor podría haber hecho cuando estaba encerrado. Puede que hablara sobre ello.

Silencio.

—¿Señora?

—Ah —exclamó Anita Moss—. Eso.

Se apoyó en el respaldo del asiento. Se pasó la mano por los ojos.

—Intenté hacer algo al respecto.

—¿Sobre qué, señora?

—Se refiere al niño blanco pequeño, ¿no? El chico que mató a la niña pequeña.

—Troy Turner —afirmó Milo.

Los hombros de Anita Moss se tensaron. Golpeó el asiento con la mano derecha cerrada en un puño.

—¿Ahora están aquí?

—¿Qué quiere decir, señora?

—Justo después de que Néstor me lo contara, intenté contárselo a las autoridades. Pero nadie me hizo caso.

—¿Qué autoridades?

—Primero, Chaderjian. Les llamé y solicité hablar con la persona encargada de resolver los crímenes cometidos en la cárcel. Hablé con algún terapeuta, consejero o qué sé yo. Me escuchó y me dijo que volvería a ponerse en contacto conmigo pero nunca lo hizo. Así que llamé a la policía, a la

estación Ramparts porque Néstor vivía allí. Me dijeron que era la jurisdicción de Chaderjian.

Sus ojos centellearon.

—Lo siento, señora —lamentó Milo.

—Llamé porque Néstor daba miedo. Estaba viviendo con mamá, no quería que hiciese ninguna locura.

Sus ojos estaban húmedos.

—Era difícil chivarme de él. Era mi hermano, pero tenía que pensar en mamá. Nadie se preocupó de esto por aquel entonces y, ahora que Néstor está muerto, están ustedes aquí. Parece una pérdida de tiempo.

—¿Qué es lo que le contó Néstor exactamente?

—Que era un asesino a sueldo en Chaderjian. Que le pagaban por herir o matar personas y que había matado a un montón de chicos en la cárcel.

—¿Cuándo le contó esto?

—Poco después de que saliera; un par de días después. Era el cumpleaños de mi hermano Antonio y estábamos en casa de mi madre, intentando celebrar una cena familiar, mis hermanos y sus respectivas familias, Jim y yo. Mamá no se encontraba bien, realmente no tenía buen aspecto, pero preparó una cena estupenda. Néstor apareció más tarde, con tequila caro y una docena de puros cubanos. Insistió en que todos los chicos debían salir fuera y fumar. Jim no fuma, así que se negó, pero mis hermanos sí salieron a la terraza. Poco después, mi hermano mayor Willy entró y dijo que a Néstor se le estaba soltando la lengua sobre todo tipo de locuras, cosas violentas y que no quería que mamá las escuchara, y que yo debería tranquilizar a Néstor.

Ella frunció el ceño.

—Usted manejaba a Néstor mejor que nadie —comenté.

—Yo era la única que estaba dispuesta a enfrentarle y él nunca se puso hostil conmigo. A lo mejor se debía a que yo era chica y yo era buena con él incluso cuando era un niño salvaje.

—Así que salió a hablar con Néstor.

Él se estaba fumando un puro gigantesco, haciendo muchísimo humo apestoso. Le dije que echara el humo hacia otro lado y, a continuación, le dije que dejara de decir estupideces. Él me contestó: «No estoy diciendo estupideces, Anita, estoy contando la verdad». Entonces esbozó esa sonrisa

rara y dijo: «Colgar a tíos y dejar que se desangren es imitar a Jesús, ¿verdad? Eso es lo que hice, Anita, no tenía uñas, pero até a un tipo, le corté y le hice sangrar».

»Me puso enferma. Le dije que se callara, que me estaba asqueando, que si no se comportaba tendría que marcharse. Siguió hablando de lo que había hecho, como si fuera muy importante para él hablar sobre ello. Siguió con el tema de Jesucristo, dijo que él era como Judas, que había obtenido veinte piezas de plata para hacer el trabajo. Entonces dijo: “Pero él no tenía nada de Jesús, era el diablo metido en el cuerpo de un niño pequeño blanco, así que hice algo bueno”. Le pregunté de qué estaba hablando y me contó que aquel chico que había colgado era un niño pequeño blanco que había matado a otro niño pequeño blanco. Acto seguido, se sacó algo del pantalón y me lo enseñó. Era una tarjeta de identificación de Chaderjian, como la de Néstor, pero con la foto de otro chico.

—Troy Turner.

—Ese era el nombre de la tarjeta. Le dije que eso se podía obtener en cualquier parte. Néstor se volvió loco y se puso a gritar: «¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice! Colgué al chico y le hice sangrar, búscalo en tu ordenador, listilla, tiene que haber algo seguro».

Un temblor recorrió la garganta de Anita Moss de arriba abajo.

—Me dieron ganas de vomitar. Mamá había preparado una magnífica cena, la comida estaba riquísima, y sentía cómo se me subía todo. Le arranqué a Néstor el puro de la boca y lo aplasté con mi pie. A continuación le dije que se callara, que lo decía en serio y volví dentro. Néstor se marchó y no volvió, lo que estaba bien para todo el mundo. Esa noche, intentado conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en la foto de ese niño en la tarjeta. Parecía tan pequeño. A pesar de que Néstor siempre estaba fanfarroneando y mintiendo, aquella vez me dejó helada por los detalles.

—¿Qué detalles? —preguntó Milo.

—Él insistía en contar cómo lo hizo. Cómo había seguido a ese niño durante días. «Le cacé como a un conejo». Se aprendió la rutina de Troy Turner y, finalmente, lo acorraló en una sala de mantenimiento del gimnasio.

Su cara se desmoronó.

—Hablar de ello ahora me pone enferma. Néstor me dijo que le golpeó en

la cara para someterlo. Entonces, él... —Tragó saliva de nuevo—. Aquella noche, después de que Jim se quedara dormido, me levanté de la cama, fui al ordenador e introduje el nombre de Troy Turner. Encontré un breve artículo en el *Times* y otro más largo en un periódico cercano a Chaderjian. Lo que ambos narraban coincidía con lo que me había contado Néstor. Puede que Néstor no lo hiciera, puede que oyera la historia y que obtuviera la identificación en alguna parte.

—Conociendo a Néstor, usted cree que pudo hacerlo —comenté.

—¡Estaba orgulloso!

—Néstor dijo que le habían pagado por matar a otros niños —intervino Milo—. ¿Mencionó algún otro nombre?

Negó con la cabeza.

—Troy Turner era el único sobre el que quería hablar. Como si hubiera sido un gran logro para él.

—¿Porque Troy era famoso? —pregunté.

Asintió.

—Él dijo eso. «El chaval pensaba que era duro de roer y yo me lo cargué».

—¿Dijo cuánto le habían pagado? Anita negó con la cabeza. Bajó la vista.

—Llegué a odiar a Néstor, pero hablar de él así...

—¿Néstor habló alguna vez sobre la persona que le había pagado, señora? Ella se mantuvo cabizbaja y habló bajito:

—Lo único que dijo es que era un hombre blanco y que el motivo era que había matado a una niña pequeña.

—¿Le facilitó algún detalle sobre ese hombre blanco? —insistió Milo.

—No, solo eso. Le conté lo mismo a ese asesor. Cuando no me devolvió la llamada, llamé a la policía. A nadie le importaba.

Contrajo los labios. Movié la cabeza de atrás a delante.

—Ese niño —dijo—. Esa foto. Parecía tan pequeño.

CAPÍTULO 23

Milo y yo nos sentamos en una mesa del fondo de una cafetería de Vermont, justo al norte de Wilshire, y nos bebimos unas Coca-Colas mientras esperábamos al detective Philip Krug de Ramparts. Krug estaba en el coche cuando lo localizamos y agradeció la oportunidad de tener compañía a la hora de la comida.

El escenario lo escogió él: un sitio grande, luminoso, medio vacío con mesas de vinilo morado, ventanas de espejo y perfil exterior de una nave espacial de juguete.

Llegó veinte minutos tarde y empleé el tiempo para plantear las cuestiones que Allison había mencionado.

—El tema de la premeditación es interesante —concedió Milo—, pero no sé adónde nos lleva. El hecho de que Rand quisiera sentirse menos culpable culpando a Lara podría ser importante. Si lo intentó con Malley. ¿Qué opinas de la fanfarronería de Néstor?

—Parece auténtica. Conocía todos los detalles —repuse.

—Estaba pensando en el hombre blanco que lo contrató.

—Venganza. Cuadra.

Miró su Timex.

—Troy también fanfarroneó cuando lo interrogué en la cárcel —comenté—. Dijo que tenía planes para ser rico.

—¿Piensas que también fantaseaba con convertirse en un asesino a sueldo?

—No lo veo planeando su entrada en la Liga Ivy. Puede que viera a Kristal como unas prácticas.

—Malditos salvajes. ¿Qué hacer con ellos?

Phil Krug era un hombre compacto, de unos cuarenta, de pelo fino y pelirrojo y un bigote de hilo de cobre tan tupido que sobresalía más que su nariz aplastada. Llevaba un traje gris con una camisa azul marino y una corbata azul pálido. La camarera lo conocía y le preguntó: «¿Lo de siempre?» antes de que le diera tiempo a sentarse.

Krug asintió y se desabrochó la chaqueta del traje.

—Encantado de conocerlos. Díganle a Elise qué quieren tomar.

Pedimos hamburguesas. La camarera dijo:

—Phil pide la suya con queso azul.

—Eso es lo de siempre —intervino Krug.

—Claro —dijo Milo.

No estar de acuerdo parecía políticamente incorrecto.

—Ídem —añadí.

Ente mordisco y mordisco de carne picada con queso fundido en un bollo de pan mediocre, Krug comentaba lo poco que había descubierto sobre el asesinato de Néstor Almedeira. Agresor desconocido, cero pistas y polvos de heroína en la mugre cercana al cuerpo.

Un único disparo en la cabeza, de proximidad, orificio de entrada y salida en la sien, el juez de instrucción supuso que se trataba de un treinta y ocho, no se encontró ni la bala ni el casquillo, así que el asesino o lo recogió o utilizó un revólver.

Miré de reojo a Milo. Inexpresivo.

—El parque Lafayette —dijo.

Krug se limpió el queso del bigote.

—Déjeme que le cuente algo sobre el parque Lafayette. Hace un par de meses, me llamaron para servir como miembro del jurado en un caso civil, las vistas se celebran en el palacio de justicia de la avenida Commonwealth, que está justo al lado del parque. Sabía que no iba a poder participar pero tenía que presentarme, esperar y hacer todas esas cosas de buen ciudadano. Llega el descanso de la comida y el secretario lee la declaración que tiene preparada en la que le explica a los miembros del jurado dónde comer. Entones, inicia un

discurso sobre nunca ir al parque Lafayette, ni siquiera durante el día. Estamos hablando de un juzgado, a unos metros de distancia, abarrotado de agentes de seguridad, y te aconsejan que no pongas un pie dentro.

—Pues sí que es peligroso —comenté.

—Desde luego lo fue para nuestro amigo Néstor —afirmó Krug—. Así qué, ¿qué conexión tiene con West LA?

Milo le contó lo de los asesinatos de Rand Duchay y Troy Turner, pero no mencionó el suicidio de Lara Malley y las similitudes entre los disparos.

—Me acuerdo de aquello, secuestraron a una niña pequeña —comentó Krug—. Deprimente, me alegro de que no me tocara. Así que puede que Néstor fuera el asesino a sueldo de Turner, ¿eh?

—Le dijo que lo era a su hermana.

—Nunca me comentó eso.

—Se lo comunicó a la AJC justo después de que Néstor fanfarroneara al respecto, nadie se interesó en ello, llamó a Ramparts, y pasó lo mismo.

—Probablemente hablara con algún funcionario —dijo Krug—. No siempre se da con el más competente... los idiotas hacen eso. Fanfarronean. ¿Cuántos ha solucionado así? Muchos, ¿no?

—Muchos —afirmó Milo.

—Así que, ¿en qué está pensando? ¿Alguien buscaba venganza y mató al otro asesino de niños? ¿Con todos esos años por en medio? ¿Cuántos años han pasado, diez?

—Ocho —corrigió Milo.

—Mucho tiempo —comentó Krug.

—Es un problema, Phil, pero no tenemos otras pistas.

—He estado imaginándome a Néstor como vuestro punto básico de conexión con las drogas. Los agentes de policía lo describieron como un oportunista de mal carácter, estaba haciéndose el parque Lafayette, MacArthur y las calles.

—¿Usuario oportunista?

Krug imitó a un tirador.

—Bingo. Sus brazos y piernas estaban llenos de marcas y tenía droga en la sangre. Ya saben lo que sucede cuando llegan a ese punto. Solo venden para asegurarse su dosis.

Milo asintió.

—¿Cuánta heroína encontraron en su cuerpo?

—No me acuerdo de la cantidad exacta —repuso Krug—, pero era suficiente para que volara bien alto. Me imagino que al estar puesto le resultaba más fácil matar. Llevaba un cuchillo encima, pero nunca lo sacó del bolsillo.

—¿El asesino lo contrata y después lo mata? —reflexionó Milo.

—O Néstor actuó por cuenta propia y topó con la mala suerte. Si yo fuera a por un tipo como Néstor, es así como lo haría. Y un tipo como Néstor seguro que tenía enemigos.

—Mal carácter.

—El peor —dijo Krug—, pero nunca llevamos a cabo una búsqueda callejera específica sobre las personas a las que había jodido.

—¿Dónde vivía? —preguntó Milo.

—En un cuchitril de Shatto, pagado semanalmente. Podrían ir allí, pero no encontrarían nada. Todas las pertenencias de Néstor cabían en una caja y no había nada interesante. Puede que el juez de instrucción todavía la tenga, pero ya conocen los problemas de almacenamiento en la cripta. Supongo que se habrá tirado.

—La hermana de Néstor nos contó que le enseñó la tarjeta de identificación de Turner.

—No estaba entre sus pertenencias.

—¿Qué había?

—Ropa, agujas, cucharas y prendas cutres.

—¿Reclamó algo alguien que estuviera en su lecho de muerte?

—Bromea, ¿no? —preguntó Krug—. Estamos hablando de transeúntes y de un funcionario que se hace el tonto.

Krug le dio otro mordisco a la hamburguesa.

—Excelente, ¿verdad? Una cosa para la que son útiles los franceses es el queso... A pesar de cualquier alarde que Néstor haya podido hacer en el pasado, sus días de pavoneo se han terminado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía *post mortem* de un rostro de mejillas hundidas. Pelo enmarañado, tez cetrina y ojos vidriosos con bolsas grises en la parte inferior. El vello facial desigual parecía una erupción

cutánea grisácea.

Al igual que su hermana, Néstor Almedeira tenía la cara redonda. La mala vida había eliminado cualquier otro parecido con ella.

Le hice un gesto para que me pasara la foto y poder verla más de cerca. Néstor había sido el pequeño de la casa, pero parecía diez años mayor que Anita. El fotógrafo de la morgue había inclinado su cabeza para facilitar la visión de la herida de entrada. Si en izquierda, orificio negro y rojo rubí, con forma estrellada, rodeado de piel lacerada, y enmarcado por un tatuaje de partículas de pólvora.

—¿Estaba sentado cuando lo dispararon? —preguntó Milo.

—Justo en un banco del parque —contestó Krug—. ¿Su asesino de niños también estaba sentado?

—Puede que en un coche. ¿Hay alguna novedad en el caso, Phil?

—Usted está en ello —dijo Krug, terminándose la hamburguesa y limpiándose la boca—. Por favor, manténgame informado de cualquier novedad. Estaría bien cerrar este caso, aunque a nadie le importe.

—Nada de conmoción familiar —comentó Milo.

—Ha conocido a la hermana. Piensa que Néstor era escoria. La familia no dio ningún paso para reclamar el cuerpo, la oficina del juez de instrucción tuvo que andar persiguiéndolos hasta que, al final, uno de los hermanos pagó al depósito de cadáveres para que se encargara de ello.

Krug hizo un gesto con la mano y la camarera trajo la cuenta y la depositó en el centro de la mesa. Le llevó un rato limpiarse el bigote, sacó un mondadientes de acero del bolsillo de la camisa y se lo pasó por la línea de las encías.

—Bueno —él sonrió.

Milo cogió la cuenta.

—Me han alegrado el día —afirmó Krug y salió a paso lento.

Cuando la camarera se acercó a recoger el dinero, Milo dijo:

—Tomaremos café.

Ella miró la cuenta terminada con aire de desaprobación.

—Tendré que volver a hacerla.

Milo le dio un fajo de billetes.

—Quédeselo. —Ella hojeó el dinero y le guiñó un ojo.

—La casa invita.

Mientras ella volvía a la barra, él dijo:

—Si Malley es el hombre blanco que pagó a Néstor para que se cargara a Troy Turner, Néstor era un obstáculo que había que eliminar. Por otra parte, Néstor era un bocazas y durante todos esos años en la AJC nunca entregó a Malley.

—Porque quería salir —repuse—. Pero una vez fuera, y colocado, sus inhibiciones desaparecieron. Alardeó delante de Anita, así que hay muchas posibilidades de que hablara con otras personas. El problema es que probablemente se tratara de personas a quienes no les importaba.

—Otros drogadictos y fracasados —añadió—. Para ellos, él sería simplemente otro idiota con la lengua suelta. A Anita le importaba e intentó informar a la policía, pero nadie le hizo caso.

Milo se chupó el labio superior.

—Otro momento de orgullo para el Departamento... La escena del crimen de Néstor se parece muchísimo a la de Rand. Y a la de Lara. Bueno, eso convierte a Malley en sospechoso de la semana.

—También hay otra muerte por causas no naturales en la que debería pensar. Jane Hannabee fue asesinada unos meses después que Troy. Cuando la interrogué, predijo la muerte de Troy. Dijo que su mala reputación le convertiría en un atractivo blanco. Por lo que dijo Anita, es así exactamente como le veía Néstor.

—¿Crees que Hannabee descubrió quién había pagado para matar a Troy?

—O se la cargaron por venganza porque ella engendró a Troy —comenté.

—Tú destrozas mi familia, yo destrozó la tuya. Tío, eso es despiadado.

—También lo es disparar a tu propia esposa seis meses después de haber perdido a su único hijo y hacer que pareciera un suicidio.

Arrugó la frente.

—A Hannabee no le dispararon.

—A Troy tampoco —repuse—. Porque Troy estaba entre rejas y con todos los problemas de la AJC, no dejan pasar armas de fuego. Disparar a alguien en un campamento de sin techo, en mitad de la noche, sería posible pero muy imprudente. El asesinato de Hannabee fue tan sigiloso que los descubrieron horas después. La sacaron del saco, la acuchillaron, la volvieron a meter en él

y la envolvieron en plástico de nuevo.

—Quieres decir que la firma no le importa a Malley.

—No actúa movido por un impulso estructurado porque su objetivo no es la satisfacción sexual. Su objetivo es hacer una limpieza. Cueste lo que cueste.

—Alex, si Malley se ha cargado de verdad a toda esta gente, es un asesino en serie. Supongo que la abuela de Rand ha sido la afortunada que ha sufrido una muerte natural.

Llegó el café. La camarera colocó la taza de Milo con extremada precaución, se inclinó y enseñó un triángulo de pecho lleno de pecas. El escote dejaba a la vista las arrugas. Se quedó quieta un segundo antes de incorporarse.

—¿Alguna cosa más? —preguntó con voz cantarina.

—No, estamos bien, Elise.

—Muy amable —dijo ella.

—Eso dicen.

Volvimos a West LA, cogimos de nuevo la Seis. Milo disminuyó la velocidad para echar un vistazo al parque Lafayette. Árboles, césped, bancos, algunos hombres sentados y una pareja de ellos dando un paseo. El palacio de justicia de la avenida Commonwealth se erigía imponente. Quién iba a pensar que tanta amenaza pudiera residir en un espacio vacío y verde.

—Cualquier persona que se dirigiera a los campamentos donde vive Malley, desde cualquier punto de Soledad, sería identificada con facilidad. No hay ningún sitio donde esconderse en la carretera, así que olvidémonos de poner vigilancia. Tampoco es que la vigilancia fuera a contarme gran cosa. No parece que Malley fuera a salir de bares y a charlar con amigos de los bajos fondos.

Se frotó la cara y realizó un brusco cambio de carril que provocó bocinazos frenéticos.

—Vale, vale —refunfuñó.

El Toyota que iba pitando se colocó rápidamente delante de nosotros. En el parachoques trasero llevaba una pegatina en la que se leía: «La guerra no es la solución».

—¡Acabé con la esclavitud en América y con los nazis en Alemania! —
bramó.

—Si Malley sigue metido en el tráfico de drogas, puede que salga del campamento periódicamente.

—A menos que lo vigile, ¿cómo demonios voy a descubrirlo?

—Puede que su jefa sepa más de sus idas y venidas de lo que nos contó.

—¿Bunny la doble? ¿Crees que hay más que una mera relación laboral? Presentí que había algo personal entre ellos.

—Puede. Ella dijo algo importante al afirmar que no vigilaba a Malley. Lo que fue una respuesta a una pregunta que no realizaste.

—¿La señorita puso muchos reparos? —preguntó—. Si ella es el objeto de deseo de Barnett, interrogarla solo va a alertarla. Voy a llamar al juez de instrucción, le voy a preguntar por las pertenencias de Néstor y voy a inspeccionar su tugurio de Shatto a pesar de lo que diga Krug. Anita tenía razón sobre Krug. No le importa una mierda. También conozco a un agente ile Ramparts que a lo mejor puede remitirme a algún yonqui callejero, y puede que tenga suerte y descubra que Néstor chismorreara con alguien más. Será mejor que investiguemos también la muerte de Jane Hannabee. Diversión a lo grande, ¿eh?

—¿Puedes encargarte de algún problema más?

—Lo que no me mata me hace más fuerte.

—Si la ira de Malley se extiende a todo aquel que, según él, ha estado del lado ile los chicos, y asesinar a Rand ha reavivado su furia, los Daney podrían estar en peligro. Si Malley se encontraba fuera de la ventana de Rand aquella noche, también podría haberlos espiado.

Se quedó pensando en ello.

—Sí, deberíamos avisarlos, pero es delicado. ¿Qué pasaría si fueran a casa de Malley e intentaran solucionar las cosas charlando? Sobre la espiritualidad y el positivismo de la bondad humana y todo eso. Si estamos en lo cierto sobre lo que le pasó a Rand, una charla sentida con el vaquero Barnett no sería una buena receta de longevidad.

—Adviérteles de que no tengan contacto con él —comenté.

—¿Crees que puedo competir con Dios?

—Buen punto —añadí—. Cherish, en concreto, puede intentar arreglar las

cosas hablando. Se cree que es una terapeuta.

—Dios bendiga a sus mercenarios. Alex, ¿te gusta la religión de la felicidad? ¿Bienaventuranza inherente al espíritu humano, el perdón eterno, la certeza de una vida después de la muerte donde las cosas son luminosas y etéreas?

—Todo el mundo necesita consuelo.

Se rió con rabia.

—Dame la religión de antaño, hermano. Y no estoy hablando de himnos conmovedores, ni de balbuceos en otros idiomas. Mi niñez fueron monjas que me pegaban en las manos desnudas y curas alimentados por la culpa, las llamas ilei infierno y el sacrificio de sangre.

—El sacrificio de sangre vende películas —observé.

—Vende civilizaciones enteras.

—¿Optimismo para los débiles?

—Oye, está fenomenal si tú te lo tragas —dijo—. Fe ciega.

Después de dejarme en mi casa, Milo asomó la cabeza por la ventanilla del copiloto.

—¿Te ha deprimido mi firme negatividad? Porque hay algo que puedes hacer por mí mientras estoy hasta el cuello con todo lo de Néstor.

—Claro.

—¿Qué te parece si adviertes tú a los Daney? Sé psicológicamente sensible y no digas nada si presientes que van a hacer alguna estupidez. Y ya que vamos a andar con advertencias, ¿qué hacemos con los abogados de los chavales? Vaya con el lado oscuro de Malley. ¿Recuerdas sus nombres?

—Sydney Weider, la de Troy y; Lauritz Montez, el de Rand.

—Te has acordado sin problemas. El caso te dejó huella.

—Hasta que Rand llamó, pensaba que lo había olvidado todo.

—¡Vaya con el optimismo, colega! De todas formas, si quieres, puedes chismorrear también con ellos. Odio hablar con abogados.

CAPÍTULO 24

El lunes llamé a casa de los Daney. Nadie contestò, así que pasé a Sydney Weider y Lauritz Montez.

Weider ya no ejercía como abogado de oficio y no encontré ninguna casa ni ninguna oficina registrada a su nombre. Lauritz Montez seguía trabajando como abogado de oficio, pero se había trasladado a la afueras, a la oficina de Heverly Hills.

Contestó a su propia extensión, de la misma forma que lo hubiera hecho años atrás. Esta vez, mi nombre provocó silencio. Cuando le pregunté que si se había enterado de lo de Rand, dijo:

—Ah... usted es el psicólogo. No, ¿qué pasa con él?

—Ha sido asesinado.

—Joder —dijo—. ¿Cuándo?

—Hace nueve días.

Su voz se fue apagando a medida que la cautela típica de los abogados se fue imponiendo.

—No me ha llamado simplemente para comunicármelo.

—Me gustaría hablar con usted. ¿Podríamos vernos?

—¿Sobre qué?

—Sería mejor en persona —añadí.

—Ya veo... ¿cuándo tenía pensado?

—Cuanto antes, mejor.

Está bien... ¿Qué hora es?, las cuatro y media, tengo papeleo pero tengo que comer. ¿Sabe dónde está el Bagel Bin de Little Santa Monica?

—Lo encontraré

—Estoy seguro. A las cinco en punto.

Era un local *new age gourmet*: vitrinas de pescado ahumado y carne con las correspondientes ensaladas, pero la decoración de acero inoxidable y vinilo le daba un toque a sala de autopsias. Puede que aquello fuera honesto; muchas criaturas habían muerto para alimentar a la multitud de comensales que acudía en busca de una cena temprana.

Llegué a la hora, pero Lauritz Montez ya estaba pidiendo en la barra. Me quedé atrás y dejé que acabara.

Ahora, su pelo era gris, pero seguía llevándolo largo y recogido en una cola de caballo. El mismo bigote encerado atravesaba su huesuda cara; la pelusa de la barbilla había desaparecido. Llevaba un traje de lino arrugado color crema, una camisa abotonada rosa y una pajarita verde botella. Unos zapatos oxford bicolor de ante verde aceituna y cuero marrón adornaban sus estrechos pies. El pie izquierdo zapateaba rápidamente el suelo.

Pagó, cogió el justificante del pedido, se giró y saludó con la cabeza.

—No ha cambiado nada —comentó, indicándome con un gesto que me sentara en la única mesa libre.

—Usted tampoco.

—Gracias por mentir.

Nos sentamos y empezó a colocar el salero, el pimentero y el azucarero en un pequeño y ceñido triángulo.

—Hice algunas averiguaciones y descubrí que lo de Rand es un caso de West LA, pero nadie suelta prenda. Debe de tener conexión directa con la policía.

—Asesoró en el caso.

—¿Quién es el detective?

—Milo Sturgis.

—No lo conozco. —Estudió mi cara—. Sigue siendo un secuaz de la acusación, ¿eh? ¿Cuánto tiempo estuvo Rand en libertad antes de que lo mataran?

—Tres días.

—Por Dios. ¿Cómo sucedió?

—Le dispararon en la cabeza y lo tiraron cerca de la 405 Norte en Bel Air.

—Parece una ejecución.

—Sí.

—¿Alguna prueba física? —preguntó.

—Tendría que preguntarle al detective Sturgis.

—Tan discreto como siempre. ¿Qué quiere de mí?

Un chaval con gorro de papel y delantal le trajo el pedido. *Bagel* de pan integral de centeno partido por la mitad con salmón al horno, acompañado con ensalada de col y alubias en salsa de tomate y una taza de té servida en un recipiente de poliestireno.

—No hay verdaderos sospechosos —comenté—, pero existe una hipótesis. Hablando de discreción...

—Sí, sí, por supuesto. ¿Así que trabaja jornada completa para el otro bando?

—¿El otro bando?

—El de los justos que se sientan al otro lado de la sala. ¿Es usted un experto interno de la acusación o trabaja como autónomo?

—Asesorero de forma esporádica.

—Cuenta con las herramientas freudianas necesarias y está dispuesto a viajar. —Colocó los cubiertos perfectamente paralelos al plato. Sacó un sobre de azúcar del azucarero y estiró una esquina doblada antes de ponerlo de nuevo en su sitio—. ¿Cuál es la hipótesis?

—Están investigando al padre de Kristal Malley —contesté.

—Ese tipo. Siempre pensé que me odiaba. ¿De verdad cree que está tan loco?

—No sabría decirle.

—¿Su trabajo no consiste en determinar si alguien está loco?

—No conozco a Malley lo suficiente como para emitir un diagnóstico —repuse—. Nunca nos presentaron durante la evaluación y nunca he hablado con él desde entonces. ¿Y usted?

Se acarició el bigote.

—La única vez que lo vi en persona fue cuando se pronunció la sentencia.

—Pero cree que lo odiaba.

—No lo creo, lo sé. Ese día, en el juzgado, estaba en el estrado haciendo mi trabajo, cuando me giré hacia la mesa de la defensa y lo sorprendí

mirándome con odio. Lo ignoré, pero tuve todo el rato esa sensación clavada en la espalda. Esperé a que el fiscal empezara a cotorrear para darme la vuelta, imaginándome que Malley ya no me estaría mirando, pero su mirada seguía puesta en mí. Déjeme decirle una cosa, si las miradas matasen, yo estaría muerto.

—Tiene armas de verdad —dije.

—Yo también —repuso Lauritz. Le dio un capirotazo a la pajarita—. ¿Sorprendido?

—¿Debería estarlo?

—Soy un subversivo de gran corazón. —El levantamiento del bigote era el único indicio de que había sonreído—. Pero mientras que la ley me permita tener armas, lo haré.

—¿Defensa propia?

—Mi padre era militar y la única cosa que hacíamos juntos era disparar a animales indefensos. —Se masajeó la ceja izquierda—. En realidad, era lo suficientemente bueno como para clasificarme para el equipo de mi universidad.

—¿Lo han amenazado alguna vez por su trabajo? —pregunté.

—Nada explícito, pero es un trabajo arriesgado, así que me mantengo alerta. —Sacó otro sobre de azúcar, estiró los bordes y se lo pasó de una mano a otra.

»La ley genera orden —añadió—. Y una cantidad inmensa de desorden. Dejé de engañarme hace mucho tiempo. Formo parte del sistema, así que por las noches echo la cerradura triple de todas las puertas.

—¿Alguna vez Malley llegó a hacer algo más que mirarlo con odio?

—No, pero era una mirada penetrante. De auténtica furia. No lo culpaba. Su hija estaba muerta, el sistema estaba configurado nosotros frente a ellos, y yo era uno de ellos. No me asustó y no estoy asustado ahora. ¿Por qué debería estarlo? Ha pasado todo este tiempo y nunca ha hecho el más mínimo intento de contactar conmigo. ¿La policía realmente piensa que mató a Rand?

—Solo es...

—Lo sé, una hipótesis. —Limpió los granos de sal de la parte superior del salero—. Me imagino que también sabrá que Troy Turner fue asesinado.

Asentí.

—¿Piensa que hay alguna conexión? —preguntó.

—Troy fue asesinado un mes después de que empezara su condena — comenté.

—Y este asesinato sucede ocho años después. Sí, si yo fuera Malley y quisiera vengarme, lo haría rápido. Es algo en lo que pensé cuando me enteré de la muerte de Turner. Me preocupé por Rand, llamé al director de la cárcel y solicité una vista especial. El muy estúpido dijo que lo estudiaría. Definitivamente me estaba vacilando.

—¿Cuándo llamó estaba pensando en Barnett Malley?

—Quizás —contestó—. Pero en líneas generales, estaba pensando que Rand podría ser un buen trofeo para que algún sociópata lleno de testosterona se forjara una reputación. —Miró hacia abajo, a la comida, pero no la tocó—. De todas formas, agradezco la advertencia, pero si perdiera los estribos pensando que todos los familiares de las víctimas iban a ir a por mí, habría perdido la cabeza.

Extendió sus manos con las palmas hacia arriba, firmes.

—Ve, no tengo ansiedad.

Simplemente, organizaba de forma compulsiva los artículos de encima de la mesa.

—Ahora trabaja en Beverly Hills —comenté—. Debe de haber otro tipo de delincuentes.

—En Beverly Hills hay algo más que ladrones de tiendas famosos. Llevamos un montón de casos de delitos graves de West Hollywood, así que no, no me estoy relajando en el cumplimiento de mis obligaciones.

—No quería insinuar que lo estuviera haciendo.

Estuvo un buen rato montando el sándwich de salmón y queso crema. Cogió las alcaparras una a una y las incrustó en la parte exterior del pan de centeno. Examinando su obra maestra, cerró el sándwich pero no empezó a comer.

—¿Cuánto contacto tuvo con Rand después de que lo encerraran? — pregunté.

—Lo llamé un par de veces —contestó Montez—. Después, seguí adelante. ¿Por qué?

—Me llamó el día que lo asesinaron, me dijo que quería hablar de Kristal

pero no me facilitó ningún detalle por teléfono. Quedamos, yo aparecí, pero él no lo hizo. Unas horas después, lo encontraron... muerto. ¿Tiene alguna idea de qué podría estar rondándole por la cabeza?

Jugó con el sándwich en el plato, empujándolo con el pulgar hasta se quedó quieto. Cuando levantó la mirada, tenía la mandíbula apretada.

—Esto no va realmente de prevenirme, ¿verdad? Sino de sacarme información.

—De ambas —repuse.

—Vale.

—No soy su enemigo, señor Montez.

—Soy abogado —afirmó—. En mi mundo, todos son el enemigo.

—De acuerdo, pero esta vez estamos en el mismo bando.

—¿Qué es...?

—Conseguir algo de justicia para Rand.

—¿Encerrando a su asesino?

—¿Ese no sería un buen comienzo? —planteé.

—En su mundo —contestó.

—¿En el suyo no?

—¿Quiere saber algo? —preguntó—. Si la policía encuentra a quienquiera que haya asesinado a Rand y la oficina del turno de oficio acepta el caso, estaría encantado de llevarlo.

—¿Incluso si el asesino resultara ser Barnett Malley?

—Si Malley me aceptara, haría todo lo posible por mantener su culo fuera de la cárcel.

—Muy imparcial —observé.

—Las técnicas de supervivencia van más allá de las armas —comentó Montez.

—Cuando representó a Rand, ¿sintió que estuviera ocultando algo?

—Todo. No se comunicaba conmigo, se hacía el mudo, sin importar cuántas veces le repitiera que estaba de su lado. Podría haber sido frustrante pero el guión ya estaba escrito. Nunca tuve oportunidad de llevar a mi propio psiquiatra debido al acuerdo sobre la declaración de culpabilidad. Por supuesto que me hubiera gustado saber qué rondaba por la cabeza de ese chico. Lo que no pude saber por su informe. Fue una obra maestra de la

omisión. Lo único que dijo es que era estúpido.

—No era brillante —dije—, pero estaban pasando mil cosas por su cabeza. Pensé que sentía remordimiento y así lo hice constar. Dudo que a su experto se le hubiera ocurrido alguna profunda abstracción.

—¿Simplemente un niño tonto? ¿Una mala semilla?

No dije nada.

—Sí, yo también noté remordimientos —opinó—. A diferencia de su *compadre*. Ese era una joya. Maldito hijo de puta, si Rand no se hubiera mezclado con él, su vida podría haber sido totalmente distinta.

—Troy fue el principal asesino —comenté—. Pero Rand admitió haber pegado a Kristal.

—Rand era un seguidor tonto y pasivo que salía con un pequeño y despiadado sociópata. En un juicio, hubiera hecho hincapié en el aspecto de seguidor. Pero como le he dicho, nada hubiera importado.

—El guión.

—Exacto.

—¿Quién lo escribió?

—El sistema —repuso—. Uno no asesina a una preciosa niña blanca y se va de rositas. —Pasó la mano por encima del cuchillo de la mantequilla. Ajustó el ángulo del mango—. Weider decía que quería montar un equipo de defensa. Era tan ingenuo que me lo creí. Eso dice algo del sistema, ¿no cree? Un año después de haber salido de la facultad de derecho, Rand me tenía como su ejército unipersonal. —Levantó un dedo—. Justicia para todos.

—¿Por qué cambió ella de opinión?

—Porque lo único que quería era sonsacarme información. Cuando estuviéramos en el juzgado, se produciría un giro inesperado y ella culparía de todo a mi cliente. Sus consideraciones preliminares hacían énfasis en el tamaño y la fortaleza de Rand, tenía toda esa información científica de expertos que demostraba que era más probable que los sociópatas con bajo cociente intelectual se volvieran violentos. Si hubiera llegado a juicio, Turner hubiera sido transformado en un débil inocentón físicamente intimidado por Rand. De todas formas, nos ahorramos todo eso. El caso se cerró rápido.

—No para los Malley —dije.

Me enseñó la palma de la mano.

—No lo veo así. Y si Barnett Malley no lo entiende, estoy preparado para él. Me alegro de haberlo visto de nuevo, doctor.

Me levanté y le pregunté si sabía dónde podría encontrar a Sydney Weider.

—¿Va también a prevenirla?

—Y a sacarle información.

Montez sacó un par de gafas de sol, sostuvo los cristales boca arriba y los utilizó de espejo. Uno de los extremos de la pajarita estaba más caído que el otro. Frunció el ceño y la puso recta.

—Probablemente pueda encontrarla —dijo— en las canchas de tenis, en el campo de golf o tomándose un cosmopolitan en la terraza del club de campo.

—¿Qué club de campo?

—Estaba hablando metafóricamente. No tengo ni idea de si es miembro de algún club de campo, pero no me sorprendería. Sydney era rica por aquel entonces, así que probablemente sea más rica ahora.

—¿Niña rica jugando a los abogados? —pregunté.

—Muy perspicaz. Usted debe de ser psicólogo. La primera vez que conocías a Sydney, ella se aseguraba de hacerte saber de dónde venía. Balanceando su bolso de Gucci, dejando caer todos los demás datos relevantes en un monólogo trepidante. Como si fueras un estudiante y ella te estuviera impartiendo introducción a Sydney.

—¿Hablaba sobre su dinero?

—Sobre su papaíto, el mandamás de la industria cinematográfica; su marido, el jefezo cinematográfico y sobre todas esas fiestas de la industria a las que estaba obligada a asistir. Sobre los hijos en Harvard-Westlake, la casa en Brentwood, la casa para los fines de semana en Malibú, el Beemer y el Porsche cada dos días. —Hizo con la mano un gesto como si fuera a vomitar.

—¿Cuándo dejó de ser abogado de oficio? —pregunté.

—A decir verdad, poco después de que se cerrara el caso Malley.

—¿Cómo de poco después?

—Puede que un mes, no lo sé.

—¿Cree que tuvo algo que ver con el caso?

—Puede que indirectamente. Su nombre apareció en los periódicos y poco después obtuvo una suculenta oferta para el ejercicio privado de la profesión de Stavros Menas.

—Despacho penalista para los arrogantes —comenté.

—Exacto. Lo que hace Menas es más bien relaciones públicas en vez de defensa penal. Lo que lo convierte en el tío perfecto de Los Ángeles. Alterna entre un Bentley y un Aston Martin.

—¿Sigue trabajando para él? No tiene oficina registrada.

—Eso es porque nunca trabajó para él —contestó—. Lo que a mí me llegó es que cambió de idea y se retiró a una vida de ocio.

—¿Por qué?

Bajó la vista al plato de comida.

—No sabría decirle.

—¿Se quemó?

—Sydney no podía sentir tan profundamente como para quemarse. Es posible que simplemente se aburriera. Con todo su dinero, no había motivo alguno para que soportara toda la mierda. La primera vez que escuché que lo había dejado, pensé que iba a conseguir un trato para hacer una película del caso. Pero no sucedió.

—¿Pensó eso porque su marido es un ejecutivo de la industria del cine?

—Porque ella es así. Manipuladora, egoísta. Ella podría volar a Aspen en un *jet* privado y pasar allí el fin de semana, volver al trabajo el lunes vestida con un traje de Chanel e intentar sonar convincente al hablar de luchar por conseguir justicia para un tipo de Compton. A la hora de la comida, soltaría los nombres de las personas que se sentaron a su lado en The Palm. —Rió—. Me gustaría pensar que no es realmente feliz, pero probablemente lo sea.

—¿Escuchó algún rumor específico sobre un trato para hacer una película?
—pregunté.

—Lo que sí sé es que luchó por conseguir el caso.

—¿Cómo?

—Insinuándose al jefe. La oficina del turno de oficio funciona así: quienquiera que esté el primero de la lista se lleva el siguiente cliente. A no ser que el jefe escoja a dedo a alguien para un caso específico. Sé de buena tinta que Sydney no era la primera de la lista para ocuparse del caso de Troy Turner porque el tipo que lo era me comentó que le habían pasado por encima. No se quejaba, no tenía estómago para sandeces mediáticas. Lo que dijo exactamente fue: «La muy arpía me hizo un favor».

—¿Estaba cualificada?

Montez chasqueó los dientes.

—Me gustaría decir que no, pero sí, era lo suficientemente lista. Por aquel entonces, tenía tres o cuatro años de experiencia a sus espaldas y su relación de casos perdidos y ganados era tan buena como la de cualquiera.

—¿Tres o cuatro años desde que acabó la facultad? —pregunté—. La recuerdo mayor.

—Era mayor. Tras aprobar el examen de colegiación se casó, ejerció de madre y esperó a que los niños fueran mayores. —Se limpió la boca y dobló la servilleta—. Cuando la vea, dele recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Estaba bromeando.

Llamé a la oficina de Milo desde el coche. Estaba fuera y pregunté por el detective Binchy.

—Hola, doctor Delaware —dijo Sean.

—¿Podría conseguirme una dirección que no figura en la guía telefónica?

—No lo sé, doctor, va en contra del reglamento.

—Milo me pidió que hablara con esta persona, así que en cierto sentido soy un sustituto de policía.

—Un sustituto... está bien. Supongo. No va a disparar a nadie, ¿verdad?

—No, a menos que me toquen las narices.

Silencio.

—Ja —dijo—. Está bien, espere un momento.

Lauritz Montez, al despotricar sobre el estilo de vida de Sydney Weider, había mencionado casas en Brentwood y Malibú, pero puede que eso también fuera metafórico. O ella había desafiado las expectativas que tenía Lauritz de que ella se hubiera hecho más rica y ahora tenía menos posibles.

Su residencia registrada era una casa de rancho de una sola planta, más bien pequeña, en La Cumbre del Mar, en el extremo oeste de Pacific Palisades. Una calle soleada refrescada por las corrientes del Pacífico, y unas vistas al mar de siete cifras pero, en ningún caso, palaciegas. El astillado revestimiento exterior de secuoya estropeaba la fachada de estuco blanco.

Palmas de Sagú medio muertas y helechos mustios configuraban un césped plano salpicado de maleza. Un tupido y viejo fresno alpino llenaba el césped de restos grises. El camino de la entrada estaba ocupado por un Nissan Pathfinder gris abollado, manchado con cagadas de gaviota.

De camino a la puerta, pude oler el Pacífico y escuchar el suave susurro de las olas. Llamé a la puerta con los nudillos y toqué el timbre un par de veces, pero nadie contestó. Al otro lado de la calle, una mujer joven abrió la puerta y se me quedó mirando. Cuando me volví hacia ella, volvió dentro.

Esperé un rato más, saqué una tarjeta de visita, escribí en la parte de atrás pidiendo a Sydney Weider que me llamara y la introduje en la ranura para cartas. Cuando volvía al coche, ella subía la manzana andando.

Llevaba un pantalón de chándal verde, zapatillas de deporte blancas y gafas oscuras, caminaba tan estirada que su cadera dibujaba un ángulo muy raro. Llevaba el pelo corto y había dejado que se volviera blanco. Seguía estando delgada pero su cuerpo parecía fofa, ágil y desgarrado.

Salí al corredor cubierto que había delante de la casa. Me vio y se detuvo en seco.

Saludé con la mano.

No reaccionó.

Avancé hacia ella y sonreí. Ella colocó los brazos delante del pecho adoptando una lamentable e inútil postura defensiva. Como alguien que hubiera visto demasiadas películas de artes marciales.

—Señora Weider...

—¿Qué quiere? —Su voz de abogado había desaparecido y emitía un sonido estridente cargado de miedo.

—Alex Delaware. Trabajé en el caso Malley...

—¿Quién es usted?

Le repetí mi nombre.

Se acercó. Sus labios vibraron y su barbilla tembló.

—¡Lárguese!

—¿Podríamos hablar un minuto? Rand Duchay ha sido asesinado. Estoy trabajando en el caso con la policía y si pudiera dedicarme...

—¿Un minuto sobre qué? —disparó.

—Sobre quién habría podido asesinar a Rand. Le dispararon...

—¿Cómo iba a saberlo? —chilló.

—Señora Weider —dije—, no quiero alarmarla, pero su vida podría correr peligro.

Soltó un zarpazo al aire con una mano. La otra estaba apretada contra la ijada.

—¿De qué habla? ¿De qué demonios habla?

—Puede que...

—¡Lárguese! ¡Lárguese de una maldita vez! —gritó moviendo frenéticamente la cabeza, como liberándola del ruido.

—Señora Weider...

Su quedó boquiabierta. No hubo ningún sonido durante un segundo, a continuación, se puso a chillar.

Una gaviota cantaba armoniosamente. La misma vecina de la acera de enfrente se asomó.

Sydney Weider chilló más fuerte.

Me marché.

CAPÍTULO 25

Durante el trayecto de vuelta a casa, no me pude quitar de la cabeza la mirada angustiada de Sydney Weider.

Fui a mi despacho y jugué al Search Engine Poker. Obtuve treinta resultados para Sydney Weider, pero solo uno estaba relacionado con su trabajo en El pueblo contra Turner y Duchay. Un párrafo en la revista *Western Legal Journal*, fechado un mes antes de la audiencia final, especulaba sobre las ramificaciones de la justicia de menores.

Habían citado a Weider prediciendo que iba a haber «consecuencias trascendentales». No aparecían las sabias palabras de Lauritz Montez. O se había negado a realizar comentarios, o nadie le había preguntado su opinión.

Las restantes menciones se realizaron años antes del nombramiento de Weider en la oficina del turno de oficio. Un obituario para el padre de Weider lo describía como Gunnar Weider, productor de películas de terror de bajo presupuesto y, más tarde, de series de televisión. Sydney figuraba como su único superviviente y como la mujer de Martin Boestling, agente de cine de la CAA.

El *Times* solía dedicar una página a eventos sociales antes de que se impusiera lo políticamente correcto. Me registré en los archivos y encontré una noticia, de hacía veintiocho años, sobre las nupcias Weider-Boestling. El hotel Beverly Hills, Sydney tenía veintitrés años, su novio, dos años más. Gran boda, numerosas celebridades presentes.

Teclé el nombre de Boestling. Unos años después de haberse casado con Sydney, dejó la CAA por la ICM y, después, la ICM por la William Morris.

Después de eso, ocupó un cargo de gestión comercial en Miramax, donde permaneció hasta un año antes del asesinato Malley, ya que dimitió para poner en marcha su propia productora: MBP Ltd.

Según el comunicado de prensa de *Variety*, el objetivo de la nueva empresa eran «películas de calidad de presupuesto razonable». Los únicos créditos MBP que pude encontrar fueron las tres películas baratas realizadas para televisión, incluida una nueva versión de una comedia que ya había sido mala en su primera versión.

Lauritz Montez había hablado de un guión. ¿Había existido uno de verdad y Boestling se había puesto por su cuenta para difundirlo?

En mi opinión, el caso Malley no tenía nada que ofrecer cinematográficamente hablando: no había final feliz, ni redención, ni desarrollo de personajes. Pero ¿qué sabía yo?

Tal vez hubiera funcionado como una mala película por cable. Busqué un poco más. Hasta donde yo sabía, nadie, Martin Boestling inclusive, había realizado el proyecto.

Los otros resultados eran menciones a Sydney y Martin como recaudadores de fondos para causas bastante predecibles: Liga para la Conservación de las Montañas de Santa Monica, Salvemos la Bahía, Centro del Bienestar para la Mujer, Iniciativa Ciudadana para el Control de las Armas, y Asociación del Zoo de Los Ángeles.

La única foto que encontré presentaba a la pareja en un centro benéfico llamado Centro del Bienestar para la Mujer. Weider tenía el mismo aspecto que recordaba de hacía ocho años: acicalada, rubia y vestida de alta costura. Martin Boestling era moreno, fornido y estaba echado hacia adelante como un perro de presa.

Ella siempre había sido una pretenciosa pero, ahora, su comportamiento frío y deliberado había dejado paso a patrones de habla maníacos y miedo atormentado. De los *jets* privados y el combo Porsche-Beemer había pasado a un Nissan lleno de cagadas de pájaros.

¿Que hubiera un único coche en la entrada quería decir que Boestling estaba fuera trabajando? ¿O Weider vivía sola?

Llamé por teléfono a Binchy. Ahora, él estaba fuera, pero Milo estaba dentro.

Le relaté la charla con Montez, la bienvenida que me había dado Weider, su casa, su coche.

—Parece una mujer infeliz —comentó.

—Es una mujer nerviosa que puse más nerviosa. Le di un susto de muerte.

—A lo mejor no quiere que le recuerden nada de su vida anterior. Volverte más pobre puede hacerte eso. No es que esté en la miseria, aun así vive en Palisades.

—¿Puedes averiguar si ella y Boestling se separaron? —pregunté.

—¿Por qué?

—Por lo de volverse más pobre. Y tuve la sensación de que vivía sola.

—¿Y?

—Su reacción fue extraña.

—Espera. —Desapareció y volvió varios minutos después.

»Sí, están divorciados. La demanda se presentó hace siete años y concluyó tres años después. Esa es toda la información que puedo obtener sin necesidad de conducir hasta el centro. Tres años de tediosa e interminable lucha legal no pudieron ser divertidos y a lo mejor no consiguió lo que quería. Mira, escucha esto: estuve en el tugurio de Néstor en Shatto. Hay todas las cucarachas que quieras. Como dijo Krug, nadie recuerda siquiera que Néstor haya existido. Después de pincharlo, el conserje dijo que a lo mejor Néstor salía a veces con otro yonqui llamado Spanky, pero que no tenía ni idea de cuál era el auténtico nombre de Spanky. Varón blanco, de entre veinticinco y cuarenta y cinco años, alto, pelo negro y bigote. Tal vez.

—¿Tal vez?

—El pelo podría haber sido rubio oscuro o incluso rojizo, o marrón castaño. El bigote podría haber sido una barba. El conserje mide aproximadamente un metro cincuenta y siete, así que me imagino que cualquiera podría parecerle alto. A las ocho de la mañana, su aliento apestaba a alcohol, así que yo no me fiaría mucho de lo que dice. No he encontrado las pertenencias de Néstor por ningún sitio. He preguntado por ahí sobre Krug y tiene reputación de tío vago. Estoy seguro de que nunca se molestó en registrar los tesoros de Néstor, lo que le ha facilitado tiempo suficiente a los otros yonquis de la casa para saquear su kit de drogas y cualquier otra cosa que pensarán que se podría utilizar o vender. Probablemente el resto lo tiraran.

—Incluida la identificación de la cárcel de Troy Turner —afirmé—. Eso no tenía valor en la calle. O puede que Néstor la llevara encima y el asesino se la quedara como recuerdo.

—Si el motivo fue silenciar a Néstor, eso es muy probable. ¿No estaría bien que pudiera conseguir una orden para la cabaña del vaquero Barnett y que esa maldita cosa estuviera guardada en un cajón? Siguiendo asunto: Jane Hannabee. La central no puede encontrar el expediente de su asesinato, uno de los detectives que trabajaron en el caso está muerto y el otro se mudó a Portland, Oregon. Estoy esperando a que me devuelva la llamada. Conseguí localizar el informe del juez de instrucción sobre Hannabee, se supone que me lo enviarán por fax de un momento a otro. Por último pero no menos importante, he investigado los antecedentes penales de la antigua doble de cine, Bunny MacIntyre. Es una ciudadana de bien, posee el campamento desde hace veinticuatro años. De todas formas, esa es mi vida. ¿Sugerencias?

—Sin dramatismo, yo seguiría a Sydney Weider.

—¿Volvemos a ella? ¿Por qué tanta importancia?

—Tendrías que haber estado allí —contesté—. La forma en que pasó de mostrarse precavida a estar presa del pánico. Además, buscó que le asignaran el caso hace ocho años y Monte/, expresó medio en broma la sospecha de que ella y Boestling querían hacer una película del caso. Sé que nada de eso está relacionado, pero ella hizo saltar mi radar.

—Si quieres hablar con el ex, por mí no hay ningún problema. ¿Qué pasa con los Daney? ¿Cómo reaccionaron cuando los previniste?

—No estaban en casa.

—Vale —dijo—. Hagamos lo siguiente: tú lo intentas de nuevo con los Daney y... ah, está entrando el fax del juez de instrucción sobre Hannabee... parecen muchas páginas, déjame que les eche un vistazo, si encuentro algo interesante te llamo.

Hice dos intentos más en la residencia de los Daney. El teléfono siguió sonando.

No tenían contestador. Teniendo en cuenta todos los niños de acogida de los que se ocupaban, eso parecía extraño.

A las seis menos cuarto llamé a Allison a su oficina.

—Un paciente más y estoy libre —dijo—. ¿Quieres hacer algo diferente?

- ¿Cómo qué?
—¿Qué te parece ir a la bolera?
—No sabía que supieras jugar a los bolos.
—No sé —contestó—. Por eso es diferente.

Condujimos hasta Culver City Champion Lanes. El sitio era oscuro y estaba mal iluminado, vibraba al ritmo de música *dance* y estaba abarrotado de jóvenes y engominados tipos esmirriados que parecían los marginados de un programa de televisión. Muchas risas, bebida y palmaditas en el culo, bolas de unos cinco kilos rodando por las pistas y algunos tiros con repiqueteo.

Todas las pistas estaban ocupadas.

—Es la noche del estudio —comentó el encargado de mediana edad que tenía bolsas debajo de los ojos—. Metro Pictures tiene un acuerdo con nosotros. Le dan un pequeño extra a sus esclavos una vez al mes. Nosotros sacamos muchísimo con las bebidas alcohólicas. —Miró el bar de cócteles situado en el extremo norte de la bolera.

—¿Quiénes son los esclavos? —preguntó Allison.

—Mensajeros, recaderos, ayudantes de dirección, ayudantes de ayudantes de dirección. —Se sonrió—. La industria.

—¿Cuánto tiempo dura? —preguntó.

—Otra hora más.

—¿Quieres esperar? —le pregunté a Allison.

—Claro —contestó—. Probemos esa máquina en la que intentas pescar premios chulos.

Me gasté cinco dólares moviendo una endeble garra robótica por entre una pila de muñecos de veinte céntimos, intentando enganchar un tesoro en vano. Por fin, conseguí atrapar con la pinza el brazo de una especie de diminuto trol de lana rosa con sonrisa dispéptica.

—Qué mono —afirmó Allison. Lo guardó en el bolso y posó sus labios sobre los míos. A continuación, entramos en el bar y cogimos una mesa del fondo. Paredes de fieltro rojo y moqueta mohosa tan fina que podía notar el cemento de debajo. A esta distancia de las pistas, la música tecnopop se había quedado reducida a un latido de corazón. Allison pidió un sándwich de atún y

un *gin tonic* y yo una cerveza.

—¿Qué fechorías has estado haciendo? —preguntó Allison.

La puse al día.

—No me puedo quitar de la cabeza el intervalo de ocho años —comentó—. A ver qué te parece esto: ¿y si el hecho de que Rand fuera puesto en libertad desencadenó algo en Malley? ¿Consume anfetaminas o coca?

—No lo sé.

—Si lo hace, eso podría cebar aún más su furia. Él estaría al tanto de la liberación de Rand, ¿no?

—Con al menos treinta días de antelación —contesté—. ¿Así que el estrés vital provocó que lo hiciera?

—Es algo que sucede constantemente en pacientes con problemas de abuso de sustancias. Luchan contra los impulsos y los malos hábitos, y están bien. Entonces, les sucede algo que los hace recaer.

El asesinato como un mal hábito. En ocasiones se reducía a eso.

CAPÍTULO 26

Lunes por la noche, dormí en casa de Allison. El martes tenía seis pacientes así que me marché justo antes de las ocho. Mientras conducía de vuelta a casa volví a llamar a casa de los Daney. Seguía sin haber respuesta.

¿Vacaciones familiares con niños de acogida? La educación en casa hacía que su programación fuera flexible, así que tal vez.

¿O se había topado con algo no recreativo?

Atravesé Brentwood en dirección hacia Bel Air, giré en Sunset para coger Beverly Glen. Cruzando la calle que lleva a mi casa, seguí conduciendo hacia el norte, en dirección a Valley.

La calle Galton estaba tranquila, un hombre regaba el césped, un par de críos se perseguían el uno al otro y los pájaros revoloteaban. El ruido de la autopista era un carraspeo crónico y distante. Me detuve en un *stop* a media manzana de la propiedad de los Daney. La puerta de secuoya estaba cerrada y la verja solo dejaba ver un pico del tejado.

Me acordé de lo atestada que estaba la propiedad con tres edificios. No había sitio para aparcar, cualquier vehículo tendría que estar aparcado en la calle. El Jeep blanco de Drew Daney no estaba a la vista. No tenía ni idea de qué coche tenía Cherish.

Acerqué el Seville, busqué una camioneta negra o cualquier otra cosa que pareciera fuera de lugar. Una ranchera oscura estaba aparcada un par de casas más arriba.

¿Negra? No, azul oscura. Más larga que la camioneta de Barnett Malley, con un asiento extra, ruedas de cincuenta centímetros y llantas de cromo.

Muchas camionetas en Valley.

Estacioné en un *stop* a tres metros de la puerta, estaba a punto de apagar el motor cuando arrancó un coche pequeño beis en la acera de enfrente y pasó a toda velocidad con tanto brío como era posible con cuatro cilindros.

Toyota Corolla, con numerosas abolladuras y marcas, y unos cuantos parches de chapa Bondo en las puertas. Logré ver al conductor durante una fracción de segundo.

Mujer rubia de pelo largo, con ambas manos en el volante. La mirada de Cherish Daney era feroz.

Condujo hasta la esquina, se detuvo parcialmente, giró a la derecha y aceleró.

Me llevaba algo de ventaja, pero cuatro cilindros no serían mucho problema.

El tráfico de la mañana era ligero y la alcancé rápidamente, apresurándose hacia el oeste en Vanowen. Con una caravana lenta de tapadera, no aparté la vista del parachoques hundido del pequeño coche según se acercaba a la autopista Ventura dirección este.

Su coche traqueteó al acceder a la vía de acceso, perdió velocidad al subir y ralentizó. Adelanté a la caravana, conduje hasta el final de la vía y esperé a que terminara de subir el montículo. Si me hubiera visto un policía, hubiera tenido que dar algunas explicaciones.

Pero no había policías a la vista. Había muy poca gente. Por fin el Corolla desapareció de mi vista y salí disparado detrás.

Cherish Daney se metió con nerviosismo en el carril lento, y viró un poco brusco para cambiarse al carril del centro. Una mano en la oreja, hablaba por el móvil. Iba casi a ciento veinte kilómetros por hora; mantuvo esa velocidad de camino a North Hollywood, pasado Burbank y hacia Glendale, donde tomó la salida de el bulevar Brand.

Puede que solo se tratara de una salida de compras al centro comercial Galleria y que estuviera siendo un insensato.

No, el centro comercial no estaba abierto tan temprano. La mirada que había visto en su cara dejaba claro que no estaba pensando en artículos de ocasión.

Me mantuve dos vehículos por detrás del Corolla por Brand y conduje hacia el sur.

Pasamos el centro comercial Galleria. Un kilómetro, dos kilómetros, tres kilómetros.

De repente, sin señalización alguna, Cherish Daney giró las ruedas del Corolla con brusquedad y se topó con el aparcamiento de una cafetería con techo de gravilla llamada Patty's Place. Una pancarta en la ventana prometía: «Desayunos. Especialidad: ¡los mejores huevos rancheros de la ciudad! — Debajo de eso—: Sumérjase en nuestra cafetera siempre llena. Nuestras tortitas están deliciosas».

A pesar de toda esa tentación culinaria, Glendale se mantenía escéptica; solo había otros tres vehículos en el soleado y amplio aparcamiento.

Dos coches compactos. Una ranchera negra.

Cherish aparcó al lado de la ranchera. Antes de que ella saliera, Barnett Malley ya estaba a su lado. Él llevaba el mismo conjunto que el día de la cabaña, junto con un sombrero de cuero de ala ancha. Su pelo gris amarillento asomaba por el cuello. Tenía los dedos enganchados en el cinturón e hizo una reverencia con sus largas piernas.

Un vaquero al más puro estilo John Wayne.

Cherish Daney era totalmente una mujer de ciudad: top amarillo ajustado, pantalones negros y sandalias negras de tacón alto. Su pelo rubio platino, suelto en el coche, ahora iba recogido en un moño.

Los dos se acercaron el uno al otro, parecía que iban a tocarse pero se detuvieron a muy corta distancia. Sin mediar palabra, se dirigieron al restaurante al unísono. Cuando Malley mantuvo abierta la puerta para Cherish, ella entró sin vacilar.

Estaba acostumbrada.

Estuvieron allí una hora escasa y cuando salieron él la cogía por el codo. Mi punto de mira diagonal me ofrecía una clara visión de Patty's Place, pero

estaba muy lejos para distinguir las expresiones faciales.

Barnett Malley le abrió la puerta del coche a Cherish y esperó a que ella se acomodara detrás del volante antes de entrar en la ranchera negra. Ella se alejó conduciendo, siguió en dirección sur por Brand y él la siguió poco después. Yo era el tercero de la caravana, a una manzana de distancia.

Condujeron hasta un Best Western cerca del bulevar Chevy Chase. A través de la fachada de vidrio del motel, encima de las dos plantas de habitaciones, se divisaba una brillante piscina.

Barnett Malley entró y Cherish Daney esperó en el coche. Pasaron siete minutos antes de que ella saliera del Corolla, echara un vistazo a su alrededor y se atusara el cabello. El Seville era uno de tantos coches en el aparcamiento del motel y, esta vez, estaba lo suficientemente cerca como para captar detalles.

Cara tensa. Se chupó los labios varias veces. Mirando el reloj, se volvió a acariciar el pelo, se estiró el top y se pasó un dedo por el labio inferior. Inspeccionó el dedo y se lo limpió contra una pernera del pantalón. A continuación, miró el coche, respiró hondo, echó los hombros hacia atrás y caminó resueltamente hacia la entrada del motel.

¿Estaría pensando en los pecados de la carne? ¿O el concepto había perdido todo su valor?

Ella reapareció sola cuarenta y cinco minutos después. Seguía tensa, ligeramente encorvada, igual que la primera vez que la conocí. Llevaba los brazos pegados al cuerpo. Se acercó a paso ligero al Corolla, dio marcha atrás y se alejó a toda velocidad.

Dejé que se marchara y esperé.

Malley apareció nueve minutos después. Llevaba el sombrero en la mano, caminaba de forma relajada y se estaba fumando un puro largo y fino.

Le seguí hasta la 134 Oeste. Unos kilómetros después, se cambió a la 5 Norte; cuando cogimos la Cal 14 unos treinta kilómetros más tarde, reduje la velocidad y dejé un par de camiones de dieciocho ruedas entre nosotros. Iba a unos ciento cuarenta kilómetros por hora y los siguientes cuarenta kilómetros pasaron volando. Cuando él tomó la salida Crown Valley yo seguí

conduciendo, cogí la siguiente salida, tomé la autopista y volví a Los Ángeles.

Como bien había dicho Milo: «Este es su territorio, no hay donde esconderse».

Llegué a casa a la una de la tarde. Mis llamadas desde el móvil a casa de Milo habían sido recogidas por el contestador. No estaba en la oficina.

Allison tenía trabajo durante un par de horas más. El plan era juntarnos a las cinco y puede que ver una película. Le di de comer al pez, intenté relajarme y llamé de nuevo.

—Hola —contestó Milo.

—Malley sí sale de casa —solté—. Lo único que necesita es un poco de motivación.

Le conté lo que había presenciado.

—Esto lo cambia todo —dijo.

CAPÍTULO 27

A las dos de la tarde, Milo entró a grandes zancadas por la puerta que había dejado abierta. Cogió un cartón de zumo de naranja y dijo:

—Necesito aire fresco. —Salimos al estanque.

—Estaba intentando relajarme —comentó—. Para poder disfrutar de los pequeños detalles. Rick tenía el día libre, así que hemos ido a pasear a Franklin Canyon, después, hemos almorzado algo temprano en Urth Café. Toda esa gente guapa, y yo, para hacer contraste. —Se tocó la tripa—. Gofres integrales; le quita la gracia a ponerse las botas.

Se llevó el cartón de zumo a la boca.

—Siento haberte estropeado la diversión —lamenté.

—¿Qué diversión? A Rick lo llamaron para que suturara a un niño que se había caído de un árbol y yo estuve todo el rato pensando en el caso e intentando aparentar que estaba sosegado. —Eché comida para peces en el agua y farfulló—: Ven con el tío Milo. —La carpa se zambulló y salpicó—. Es agradable sentirse apreciado.

Dio un trago largo hasta que el zumo se acabó, se arrodilló y cogió unas hojas de la convalaria que bordea las piedras del estanque. Las redujo a ceniza entre sus dedos antes de sentarse.

—Malley y Cherish haciendo cosas sucias. La clásica debilidad humana.

—Encaja con lo que dijo Allison de que los Daney no tienen buena comunicación. Con el escepticismo de Cherish acerca de la camioneta oscura, listaba intentando restarle importancia a Barnett como sospechoso.

—Desviando la atención de su novio —añadió—. ¿Cómo crees que los

dos acabaron juntos?

—Tiene que ser por algo relacionado con Kristal.

—Estaban en bandos contrarios.

—El amor es misterioso —afirmé.

—¿Qué dices, que se cruzaron por el pasillo y se gustaron de inmediato?

Por lo que sabemos, Malley despreciaba a todos los del equipo de la defensa.

—Por lo visto, a todos menos a Cherish.

Se rascó la nariz.

—¿Crees que esto empezó hace ocho años?

—Nuevo no es —repose—. Estaban a gusto el uno con el otro.

—La buenaza de Cherish, mujer devota. Mientras, el vaquero la mima en cualquier sórdido motel.

—En realidad era un sitio muy bonito —dije—. Calificación: sobresaliente, piscina...

—Sí, sí y camas de agua que rebotan al ritmo de la pasión ilegítima. ¿Qué les pasa a los religiosos, Alex?

—Hay muchísima gente religiosa decente que hace buenas obras. Algunas personas se sienten atraídas por la religión porque luchan contra impulsos prohibidos.

—Y otras lo ven como una forma de hacer dinero. ¿Cuánto paga el condado por hacerse cargo de niños de acogida?

—Solía ser quinientos o seiscientos al mes por tutelado.

—No es una forma de hacerse rico —comentó.

—Quinientos por ocho niños son cuatro mil al mes —añadí—. Que no es ninguna miseria para alguien que ha ahorcado los hábitos. Sobre todo, si se complementa con otros ingresos.

—Los otros trabajos de Daney. ¿Cómo los llama? Obras caritativas. Va corriendo de una iglesia a otra mientras que su mujercita se encarga del motel-escuela.

—Además, puede que estén recibiendo honorarios adicionales. No soy un experto en cuestiones de asistencia social, pero podría haber una prestación por enseñar en casa. O dinero extra por ocuparse de niños con trastorno por déficit de atención con hiperactividad.

—Así que se podrían estar forrando. —Se frotó la mandíbula pensativo—.

Vale, hay una conexión amorosa entre Cherish y Malley. ¿Qué nos dice eso sobre los asesinatos si es que nos dice algo?

—Lo único que se me ocurre es que Troy tuvo tres visitas antes de que lo asesinaran. Una de su madre y dos de los Daney. En teoría, Cherish podría haber contactado con Néstor Almedeira.

Dejó en el suelo la bolsa de comida para peces. Se desabrochó un botón de la camisa, metió la mano debajo de ella y se masajeó el pecho.

—¿Estás bien? —pregunté.

Se giró hacia mí.

—¿La reverenda rubia haciendo de emisaria de Malley para disponer el asesinato? ¿Ella se hace pasar por el soporte espiritual de una niña de trece años y le tiende una trampa a él para que lo rajen como a un cerdo? Por Dios, eso la convertiría en un monstruo de primera.

—Es algo hipotético. Es tan lógico como suponer que Barnett conocía a Néstor del tráfico de drogas.

—Y Cherish solo es la típica adúltera. —Se masajeó de nuevo el pecho.

—¿Te pica? —pregunté.

—Me estoy aplicando un masaje cardíaco. Si Cherish y Malley no empezaron a salir durante los seis meses que se tardó en condenar a los chavales, ¿cuándo tuvieron la oportunidad de hacerlo?

—Solían vivir muy cerca el uno del otro.

—¿Qué? ¿Un encuentro fortuito en el supermercado? ¿Una mirada a Cherish y Barnett se transforma de padre enfurecido en amante?

Me encogí de hombros.

—Está bien, dejemos eso a un lado y pensemos en el siguiente cuerpo: Lara. Eso podría seguir siendo lo que teorizamos: Malley la culpaba de lo de Kristal, su matrimonio se estaba desmoronando. Pero aparece una nueva novia e incrementa la motivación. Me pregunto si Lara tenía algún tipo de seguro de vida.

—Si lo tenía, Malley no lo utilizó para darse la vida padre.

Apuntó algo rápidamente en el bloc. Recogió la bolsa y echó más comida para peces.

—La nueva novia no tendría que ser Cherish —observé.

—¿Barnett es un donjuán?

—Se le veía muy desenvuelto al salir del motel y notaste que había química entre él y Bunny MacIntyre. Por otra parte, Cherish parecía muy tensa.

—El vaquero es un casanova —dijo—. Claro, por qué no. El comentario socarrón de MacIntyre sobre no prestar atención a sus idas y venidas fue algo gratuito. Ya viste el *camping*. ¿Conduce su camioneta a través de los árboles y ella no se entera? Siguiente cadáver: Hannabee. Aunque todavía no estoy convencido de que forme parte de esto. ¿Que Cherish se lo estuviera montando con Barnett provocó eso de alguna manera?

—Los Daney prestaron apoyo a Jane durante el juicio. Cherish podría haber sabido dónde dormía Jane por las noches.

—La intermediaria, de nuevo. Está bien, supongamos que Cherish es socia fundadora del club de las Chicas Malas. ¿Eso qué tiene ver con el caso por el que la ciudad me está pagando para que investigue?

—Pues que apunta en otra dirección —afirmé—. Si Cherish está implicada, Drew estaba diciendo la verdad sobre lo de que Rand oyera ruidos bajo su ventana y viera una camioneta negra. Barnett Malley fue a por Rand porque Rand sabía algo sobre el asesinato de Kristal que lo amenazaba. Algo que Rand le contó a Cherish porque confiaba en ella.

—Y ella va y se chiva a su novio. ¿Qué podría saber Rand, ocho años después, que constituyera una amenaza para Barnett?

—La respuesta obvia es que Barnett tuvo algo que ver con la muerte de su hija.

—Los chicos pegaron y asfixiaron a Kristal, nadie discute eso. ¿Por qué Barnett iba a tener algo que ver con eso?

—No lo sé. —Los dos nos quedamos sentados mirando al pez que había metido en el estanque porque pensé que me ayudaría a relajarme. De vez en cuando lo hace.

—Incluso si hubiera algo de eso —dijo Milo—, por qué ocho años después. ¿De qué estamos hablando? ¿De uno de esos recuerdos recuperados?

—O de un hombre joven entendiendo algo que lo ha tenido confundido durante años. A Rand se le podría haber ocurrido mucho antes de su liberación, pero ¿a quién iba a contárselo? El personal de la cárcel era indiferente, ni siquiera terminaron de enseñarle a leer. Su único confidente era Cherish. Pero depositó su confianza en quien no debía.

—Una vez fuera, pensó en alguien más —dijo—. En un tipo con un doctorado que había sido justo, objetivo y de buen corazón.

Me miró.

—El encuentro al que nunca asistió. Puede que ese fuera el motivo de que lo mataran.

Entramos en casa, abrimos un par de cervezas y nos sentamos en la mesa de la cocina.

Milo se terminó la botella de cerveza y la puso a un lado.

—A ver cómo de inquietante te parece esto, Alex: ¿Y si Cherish y Malley no se conocieron en el juicio? ¿Y si ya se lo estaban montando antes del asesinato de Kristal? Ella quería casarse con él y necesitaba deshacerse de la competencia. Como en su familia actual. Así que ella misma encontró a un pequeño asesino que contratar y empezó con el vástago.

—¿Cherish pagó a Troy para que asesinara a Kristal?

—Ella conocía a Troy de antes. Está metida en la psicología, se puso a buscar a un pequeño psicópata de mirada fría y encontró uno. Troy te dijo que iba a ser rico. Cherish le tomó el pelo prometiéndole que lo sacaría pronto y que todos sus sueños se verían realizados. En vez de eso, hizo que lo asesinaran. Seis meses después, fase dos: Lara es eliminada.

—Lara fue asesinada con la pistola de Barnett —comenté.

—Así que o Barnett lo hizo él mismo o Cherish, al ser su chica, tuvo oportunidad de sobra para coger el treinta y ocho de la colección. Yo apostaría a que ambos están involucrados. ¿Recuerdas lo molesta que estaba Nina Balquin porque Barnett incineró a Lara en vez de celebrar un entierro? ¿Por qué tanta prisa a menos que escondas algo? Y si Barnett secuestró a Rand, él tendría que haber sabido qué estaba pasando.

—El único problema es —repuse— que hay ocho años de diferencia y que Cherish y Barnett no están casados. ¿Por qué pasarían por todo eso para tener un lío ilícito?

—Eh —dijo—, las relaciones son complicadas. La pasión se enfrió, o lo que sea.

—No lo suficiente como para detener los encuentros en los moteles.

—Está bien, descubrieron que era más divertido montárselo a escondidas que formalizarlo. O Cherish no quiere renunciar a todo ese dinero del condado ni a los ingresos del pluriempleo de Drew. El divorcio normalmente perjudica a la mujer, ¿no? Mira a Weider. Cherish conserva la casa, los niños, la imagen de feligresa pentecostal y la diversión extra.

—Podría ser —comenté—. Desde luego encaja con la conjetura de Allison de la premeditación. Troy recibió el dinero y llevó a Rand como refuerzo. Rand no estaba metido en ello desde el principio, pero de alguna forma lo averiguó.

Se frotó la cara con fuerza.

—De todas formas, es difícil echarle la culpa a Barnett de lo de Kristal. Tenemos a un tipo que esperó años para ser padre. Llegó incluso a pedir dinero prestado para un tratamiento de fertilidad.

—Nina Balquin sospecha que el dinero nunca se utilizó para el tratamiento.

—Barnett y Lara debieron de hacer algo, Alex. Tuvieron una niña. Si Cherish es la señora Hitler, me la puedo imaginar intentando eliminar al bebé de la otra chimpancé. Pero ¿que Barnett asesinara a su propia hija por ella?

Escuché la pregunta pero mi cerebro estaba en otra parte. Su mención de Nina Balquin me hizo retroceder a su casa. La pared del fondo.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¿Qué?

—La foto de bebé de Kristal. Sus ojos. Grandes y marrones. Barnett tiene los ojos azules igual que Lara. Recuerdo haberla visto en el juzgado, tenía unos enormes ojos azul grisáceo, que se pasó todo el tiempo limpiando porque no paraba de llorar. Dos padres con ojos marrones pueden tener un hijo con ojos claros, pero lo contrario solo es remotamente posible, a través de mutación espontánea.

—¿Kristal no era hija del vaquero?

Lara se quedó embarazada seis años después de haber pedido prestado el dinero.

—Lara se buscó otro tipo de tratamiento de fertilidad. —Su sonrisa era maliciosa—. Ambos tonteando por ahí, pero Lara dejó pruebas y Barnett no pudo soportarlo.

—Barnett dominó y aisló a Lara —comenté—. Otro motivo para que ella buscara el amor en otra parte. Cualquier marido se enfurecería si su mujer fuera a tener el hijo de otro hombre, pero alguien como Barnett, antisocial, con mal carácter y fanático de las armas, tendría especial tendencia a reaccionar de forma violenta. Castigó a Lara dos veces. La primera, al eliminar el fruto de su infidelidad, y cuando vio que eso no sació su apetito, se deshizo de ella. Y si él necesitara motivación, Cherish estaba ahí para animarlo.

—Conversación de alcoba —dijo—. «Tengo una solución, cariño». Sí, tiene sentido, ¿no crees?

—Sí, tiene sentido, pero es repugnante.

—Pero ¿cómo lo descubrió Rand? —preguntó.

—Debió haber recordado algo de la época del asesinato —contesté—. Ver a Cherish y a Troy juntos poco antes del secuestro. O ver a Cherish y a Barnett juntos. Por lo que sabemos, uno de los dos fue al centro comercial aquel día para asegurarse de que todo iba según lo planeado. O la implicación de Barnett fue más directa. Lara dijo que solo se había dado la vuelta durante un minuto antes de que Kristal desapareciera. ¿Y si a Kristal la atrajo alguien que ella conocía y en quien confiaba?

—Ven con papá —dijo—. Entonces papá se la entregó a Troy y a Rand. Por Dios... ¿y Rand descubrió todo esto de forma espontánea, tras años entre rejas?

—Rand sabía que estaba entre rejas porque había formado parte de algo terrible. El aislamiento y la maduración lo llevaron a razonar. Empezó a evaluar su parte de culpa. Para intentar sentirse una buena persona. Barnett y Cherish no tenían motivos para preocuparse por él porque no había participado en todo el complot. Hasta que empezó a hablar con Cherish. Troy, por su parte, era una amenaza inmediata y lo eliminaron rápidamente.

—¿Cómo se llama el seminario en el que estudió?

—Fulton.

—¿Sabes dónde está?

Negué con la cabeza.

—Según Cherish, Troy está enterrado allí. Ella convenció al deán para que donara terreno.

—¡Vaya! Estoy seguro de que lo hizo. —Se rió y chasqueó los nudillos.

—Por otra parte —dije.

—¿Qué?

—Todo esto es un gran castillo de naipes, lo único que sabemos a ciencia cierta es que Cherish se acuesta con Barnett Malley.

Se le endureció el gesto.

—Pues averiguaremos más cosas. En eso consiste la vida, ¿no? En ampliar horizontes.

CAPÍTULO 28

Acompañé a Milo al coche.

—¿Kristal fue incinerada o enterrada?

—Estás pensando en el ADN.

—Si alguna vez consigues una muestra de Barnett, eso resolvería el misterio de la paternidad.

—Déjame contarte una cosa sobre el ADN en el mundo real. Solíamos enviar cosas al laboratorio criminalístico del *sheriff*, pero tienen trabajo acumulado hasta el siglo que viene y no consiguen que el condado pague lo último en equipamiento, así que a veces tienen que enviar cosas fuera. El Departamento acaba de contratar Orchid Cellmark, en Nueva Jersey, pero es un juego de prioridades: primero los homicidios sexuales, después las violaciones, a continuación, los delitos contra menores. Lo más pronto que consigues los resultados es de dos a cuatro meses. Y eso después de que unos chupatintas aprueben tu solicitud. En este caso, si Kristal fue enterrada, necesito una orden de exhumación, que podría tardar más, incluso más que el análisis de ADN, en especial, sin el consentimiento del progenitor superviviente. Ir por ese camino también implicaría dejar que Malley supiera que está bajo sospecha.

—Era solo una idea —dije.

—Por otro lado, quizás el juez de instrucción conservase algo de la autopsia de Kristal, y podría enviarlo a Cellmark... Iré directamente al sepulcro, a ver si pueden encontrar algo. Adiós.

Entré de nuevo en casa para instruirme sobre el reembolso de los niños de acogida en el condado de Los Ángeles y para informarme más sobre el seminario Fulton.

La primera tarea fue fácil. Llamé a Olivia Brickerman a casa, profesora del departamento de Trabajos Sociales de la imponente universidad situada al otro lado de la ciudad, curtida veterana de la batalla campal que es el sistema de Servicios Sociales de California y viuda de un genio del ajedrez. De aspecto retaco y pelo crespo, es lo suficientemente mayor como para ser mi madre y una de las personas más inteligentes que conozco.

—Solo llamas cuando quieres algo —dijo.

—Soy un mal hijo.

Se rió y emitió una especie de jadeo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Como si te importara.

—Por supuesto...

—Me mantengo en pie, querido. Lo que es buena señal dadas las circunstancias. Bueno, ¿cómo te va con la doctora Blancanieves?

—¿Allison?

—¿Esa preciosidad de chica de piel de porcelana, pelo negro y voz suave? La analogía es obvia. ¿Estoy pasándome de la raya?

—Allison está bien.

—¿Y Robin?

—Robin está en Seattle —contesté.

—Eso no responde a mi pregunta.

—La última vez que hablé con ella estaba bien, Olivia.

—¿Y eso es todo? —preguntó.

No contesté.

—Soy una chismosa sin remedio, Alex. Me merezco un tirón de orejas. Seattle, ¿eh? El Genio y yo solíamos ir allí. Antes de los ordenadores y el café. El Genio remaba muy bien, solíamos salir por el lago Washington... ¿Robin sigue con el chico de la voz?

—Sí.

—El señor Tra La La —dijo—. Vino con él hace unos meses para tomar el

brunch del domingo. A diferencia de otros que no encuentran tiempo.

—Allison y yo te llevamos a cenar al Bel Air.

—No protestes. Lo que quiero decir es que no me gusta.

—A Robin sí.

—Es demasiado callado —prosiguió—. Distante, si quieres mi opinión. Aunque nadie me la haya pedido.

—Siempre estoy abierto a tu sabiduría, Olivia.

—¡Ja! Bueno, ¿qué necesitas saber?

—¿Cómo de bien paga el estado por la acogida de menores?

—Esperaba un reto mayor, querido. En primer lugar, el estado asigna bajo mandato la acogida y establece los honorarios básicos, pero son los condados los que distribuyen los fondos. Los condados también tienen facultad para suplementar al estado. Siempre han intentado ajustar el presupuesto. Las tasas varían, pero no mucho. ¿De qué condado se trata?

—Los Ángeles.

—La otra cosa que necesitas saber es que, oficialmente, no se paga a los padres de acogida. Se asigna un importe estipulado por niño y la persona adulta a cargo de la tutela se encarga de desembolsarlo.

—Lo que quiere decir que se paga a los padres de acogida —afirmé.

—Exacto. El importe básico varía en función de la edad del niño. De cuatrocientos veinticinco al mes a quinientos noventa y siete. Los niños mayores reciben más.

—Yo hubiera dicho lo contrario —comenté—. Los bebés necesitan más cuidados.

—Y estarías pensando con lógica, querido. Pero estamos hablando del gobierno. No cabe duda de que algún contador fijó una fórmula basada en los kilos de carne.

—¿Qué grupo de edad obtiene el máximo?

—El de más de quince años. De los doce a los catorce obtienen quinientos cuarenta y seis y así hasta llegar a los bebés que reciben cuatrocientos veinticinco. Lo que no da para mucha leche en polvo ni para muchos pañales. Con bastante frecuencia, son los familiares los que acogen al niño y realizan la solicitud como tutor por parentesco. ¿Ese es el caso del que hablamos?

—No, estos no son familiares —contesté—. ¿Se puede complementar el

importe básico?

—Los pupilos con necesidades especiales obtienen dinero extra. Ahora mismo, el máximo es ciento setenta al mes. Eso se consigue a través del programa de Servicios Infantiles, pero puedes explotar otras administraciones si sabes hacer bien el papeleo. El sistema está lleno de santurriones.

—¿Los niños con trastorno por déficit de atención con hiperactividad se consideran con necesidades especiales?

—Desde luego. Es una discapacidad reconocida. ¿Merece la pena que te pregunte por qué quieres saber todo esto?

—Hay varias personas que están bajo sospecha —repuse—. Milo quiere saber si se están haciendo ricos a costa del sistema.

—El bueno de Milo. ¿Ha perdido peso?

—Puede que un poco.

—Es decir, no. Bueno, yo tampoco. ¿Sabes lo que le digo a la gente de constitución delgada? Largo. Bueno, si quieres puedes darme los nombres de los sospechosos y cuando vuelva a la oficina los procesaré con el ordenador.

—Drew, probablemente Andrew, y Cherish Daney. —Le deletreé el apellido y le di las gracias.

—¿Cherish de «adorar»?

—Exacto.

—¿Salvo que puede que adore demasiado el dinero?

—Es posible.

—¿Alguna cosa más que quieras contarme?

—¿Cuántos niños de acogida puede tutelar una única familia?

—Seis.

—Estas personas tienen ocho.

—Entonces se están portando mal. No es probable que alguien se entere. Hay escasez de lo que el estado considera hogares decentes y hay muy pocos asistentes sociales que se detengan en los detalles. Si no sucede algo horrible, nadie presta atención.

—¿De qué consta un hogar decente? —pregunté.

—De dos padres, si fueran de clase media sería estupendo pero no es necesario. Sin antecedentes criminales. Óptimamente, uno trabajaría fuera pero el otro se quedaría en casa para supervisar.

—Los Daney cumplen los requisitos a la perfección —afirmé—. ¿El estado paga por enseñar desde casa?

—Lo mismo de antes: depende de cómo rellenes los formularios. Hay ayudas económicas para ropa, prestaciones adicionales para ropa y todo tipo de ayudas extra para asistencia sanitaria que pueden explotarse. ¿Qué sucede, querido? ¿Otra de esas estafas?

—Es complicado, Olivia.

—Contigo siempre lo es —suspiró.

El seminario Fulton ofrecía un título, un m̀aster en divinidad. Según su sitio web, el programa de la escuela hacía énfasis en «los aspectos bíblicos, pastorales y de servicio social de la formación evangélica profesional». Los estudiantes podían escoger de entre una amplia gama de «especializaciones intelectuales», entre las que figuraban, liderazgo cristiano, promoción evangélica y supervisión de programa.

Varios párrafos estaban dedicados a los fundamentos filosóficos de la escuela: Dios es perfección, la fe en Jesús desplaza cualquier acción, los seres humanos son depravados hasta que son salvados, y el culto y la misa son elementos esenciales para arreglar un mundo que necesita desesperadamente ser reparado.

El campus se asentaba sobre aproximadamente una hectárea de terreno montañoso en el extremo norte de Glendale. A unos quince minutos en coche del motel de Chevy Chase.

Me recorrí páginas enteras de fotos. Pequeños grupos de estudiantes sonrientes y aspecto muy cuidado, césped y el mismo edificio de los sesenta con fachada de vidrio en todas las fotos. En ninguna parte se mencionaba que hubiera un cementerio en el campus.

El profesorado estaba compuesto por siete pastores. El deán era el reverendo doctor Crandall Wascomb, doctor en teología, filosofía y derecho. En la foto, Crandall aparentaba unos sesenta, tenía cara alargada, cejas altas y abovedadas, pelo blanco plateado que cubría la parte superior de sus orejas y ojos con arrugas a los lados del mismo tono que su chaqueta azul pálido.

Marqué su extensión. La voz grabada de una mujer me dijo que el doctor

Wascomb no se encontraba en la oficina pero que le importaba de verdad lo que tuviera que contarle. «Por favor, deje un mensaje detallado de cualquier extensión y diga su nombre y su número de teléfono al menos una vez. Muchas gracias. Que Dios le bendiga y que pase un buen día».

Mi mensaje no daba muchos detalles pero sí dejé caer mi afiliación con la policía. Había muchas posibilidades de que hubiera hecho que sonara más oficial de lo que era en realidad, pero la formación del doctor Wascomb le había preparado para pequeños pecados.

Repetí mi nombre y mi número de teléfono y colgué meditando sobre la depravación humana.

Justo después de la nueve de la noche, el doctor Crandall Wascomb me llamó mientras estaba fuera de casa con Allison. La teleoperadora me dijo: «Es un hombre muy agradable» y, a continuación, me facilitó su número de teléfono. Diferente al de la oficina. Eran casi las once pero llamé de todas formas y una mujer de voz tenue contestó.

—¿Puedo hablar con el doctor Wascomb, por favor?

—¿De parte de quién?

—Del doctor Delaware. Soy psicólogo.

—Un momento.

Segundos más tarde, Wascomb se puso al teléfono y me saludó como si fuéramos viejos amigos. Su voz alegre de tenor inducía a imaginarse a un hombre más joven.

—¿He entendido bien si digo que usted es psicólogo de la policía?

—Asesoró a la policía, doctor Wascomb.

—Entiendo. ¿Se trata de Baylord Patterman?

—¿Disculpe?

Breve pausa.

—Da igual —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Siento molestarle tan tarde, doctor, pero me gustaría hablar con usted sobre una antigua alumna de Fulton.

—Alumna. Una mujer.

—Cherish Daney.

Pausa.

—¿Cherish está bien?

—Hasta ahora.

—Así que no es víctima de algo terrible —afirmó con alivio.

—No. ¿Existe algún motivo para que usted pudiera pensar eso?

—En líneas generales, la policía no es portadora de buenas noticias. ¿Por qué se preocupa por Cherish?

—Me han pedido que investigue su pasado...

—¿En qué contexto?

—Es un poco complicado, doctor Wascomb.

—Bien —repuso—. Decididamente no puedo hablar con usted por teléfono sobre algo complicado.

—¿Podemos vernos en persona?

—Para hablar sobre Cherish.

—Sí.

—Debo decirle que solo tengo cosas buenas que decir sobre Cherish. Ella era uno de nuestros mejores estudiantes. No puedo imaginarme por qué la policía querría informarse sobre su pasado.

—¿Por qué no terminó sus estudios? —pregunté. *¿Y quién es Baylord Patterman?*

—Tal vez —dijo Wascomb— debamos quedar.

—Si quiere, puedo pasarme por su oficina.

—Mi horario de oficina está muy apretado —repuso—. Déjeme que hojeé mi libro... parece que tengo un hueco mañana. A la una de la tarde, mi hora habitual de la comida.

—Me parece bien, doctor Wascomb.

—No me importaría salir del campus —comentó—. Pero tiene que ser algún sitio cerca, solo tengo cuarenta y cinco minutos...

—Conozco un sitio —espeté—. Ligeramente al sur de donde se encuentra, en Brand. Patty's Place.

—Patty's Place... hace años que no voy por ahí. Hace años, cuando estuvimos reformando la escuela, me reunía a veces allí con los alumnos; ¿sabía eso, señor?

—No —contesté—. Simplemente me gustan las tortitas.

«Baylord Patterman» dio cinco resultados en Google. Un abogado de Burbank que había sido detenido hacía un año por dirigir una red de fraudes a los seguros simulando accidentes de tráfico. El tinglado se descubrió cuando una pequeña colisión entre coches en Riverside Drive ocasionó un desastre relacionado con un airbag que mató a una niña de cinco años. Patterman y los conductores que había contratado, un par de quiroprácticos sinvergüenzas y un variado personal de oficina fueron acusados de homicidio con vehículo. La mayoría fue condenada por delitos de guante blanco. Patterman terminó con una condena por homicidio involuntario, lo expulsaron del colegio y lo condenaron a cinco años en una cárcel estatal.

La conexión con el seminario Fulton aparecía en dos de los resultados: Patterman era hijo de uno de los consejeros fundadores de la universidad y seguía siendo un donante para la causa. Se citaba que el doctor Crandall Wascomb «no conocía y se sentía consternado» por el lado oscuro de su benefactor.

Si era sincero, me daba pena. Todos esos años promocionando la virtud y se iba a sentir decepcionado de nuevo.

CAPÍTULO 29

Una semana de cafetería en cafetería.

Patty's Place olía a mantequilla y huevos, a carne en la parrilla, a masa de tortitas y a la brisa de agua y jabón que acompañaba a una joven y alegre camarera latina, con el nombre de Heather en la etiqueta de identificación, que dijo:

—Siéntese donde quiera.

El restaurante estaba medio lleno con concentrados comensales en edad de jubilación. Grandes raciones, vasos altos y grasa en la barbilla. Al carajo los talibanes de la comida. Mi presencia hizo caer la media de edad unos diez años. Cogí una mesa desde donde veía la entrada y Heather, la alegre, me trajo una taza de café peligrosamente caliente que no desmerecía la etiqueta que llevaba.

El doctor Crandall Wascomb apareció a la una y siete minutos, tirando del nudo de la corbata y arreglándose el pelo blanco. Era bajito, muy delgado, llevaba gafas de montura negra demasiado anchas para su cara afilada. Llevaba un abrigo informal de espiga marrón, camisa blanca, pantalones marrón claro y mocasines canela. Su corbata azul brillante sobresalía como la vela de un barco.

Cuando sus ojos me encontraron, saludé discretamente. Se acercó, me dio la mano y se sentó.

Llevaba el pelo más corto y ralo que en la foto oficial. Su suave cabeza estaba enmarcada por líneas paralelas. Le echaba unos setenta o así. Encajaba a la perfección con la clientela.

—Gracias por quedar conmigo, doctor Wascomb.

—Faltaría más —respondió—. ¿Tiene alguna idea preconcebida sobre los cristianos evangélicos, doctor Delaware?

—Cuando juzgo a la gente lo hago por su comportamiento, no por sus creencias.

—Bien hecho. —Sus ojos permanecieron inmóviles. Más azules que en la foto. O puede que absorbieran parte de la intensidad de la corbata—. Doy por sentado que ha investigado el caso Baylord Patterman.

—Sí.

—No voy a pedir disculpas, pero se lo explicaré. El padre de Baylord era un excelente hombre, fue él quien nos ayudó a empezar. Eso fue hace treinta y dos años. Yo venía de Oklahoma City, trabajé en el negocio del suministro petrolífero antes de volver a la universidad. Quería dejar huella. Gifford Patterman era uno de esos hombres singulares, rico, afectuoso y de corazón abierto. Fui lo suficientemente inocente como para creer que su hijo sería igual.

Apareció Heather, bloc de notas en mano.

—Hace mucho tiempo que no vengo por aquí —dijo Wascomb—. ¿Las tortitas siguen estando deliciosas?

—Están impresionantes, señor.

—Entonces, eso es lo que tomaré.

—¿Una ración completa o media ración?

—Completa, con mantequilla, sirope, mermelada, todos los extras. —Wascomb enseñó una dentadura postiza color crema—. No hay nada como tomar el desayuno en la comida para que el día parezca joven.

—¿Algo para beber, señor?

—Una infusión caliente; manzanilla si tienen.

—¿Y usted, señor?

—Yo también probaré las tortitas.

—Buena elección —dijo Heather—. Les va a encantar nuestra comida.

Wascomb no la vio marchar. Tenía la mirada puesta en su servilleta.

—Baylord Patterman —observé— le falló.

—Le falló a Fulton. La investigación sobre sus actividades nos dejó mal parados porque éramos el mayor beneficiario de su lucro ilegal. Puede

imaginarse la reacción de algunos de los otros donantes de peso.

—Salir corriendo.

—Estampida —afirmó Wascomb—. Dolió. Somos una universidad pequeña que funciona con un presupuesto bajísimo. Yo digo que somos el seminario que hace más con menos. El único motivo por el que somos capaces de sobrevivir es porque el terreno sobre el que se asienta la universidad y los costes de mantenimiento están casi cubiertos por el testamento de una buena mujer cristiana. La abuela de Baylord Patterman.

Llegó su infusión. Juntó las manos, inclinó la cabeza y pronunció una bendición antes de dar un sorbo.

—Lamento sus problemas —comenté.

—Gracias. Nos estamos manteniendo a flote. Motivo por el que decidí reunirme con usted aquí, en vez de en la universidad. Sencillamente, no puedo permitirme más mala publicidad.

—No tengo intención de dársela.

Me estudió por encima de su manzanilla.

—Gracias. Voy a hablar con usted abiertamente porque soy una persona abierta. Y, sinceramente, ya no hay privacidad alguna. No en la era de los ordenadores. Pero eso no quiere decir que pueda hablar con libertad sobre una antigua alumna sin el permiso de dicha alumna. No sin un buen motivo.

Con la taza entre las manos, se echó para atrás en su asiento.

—¿Cuál sería un buen motivo? —pregunté.

—¿Por qué no me cuenta detrás de qué anda?

—Yo también tengo limitado lo que puedo decir, doctor Wascomb. Hay ciertos detalles que la policía se guarda para sí misma.

—¿Así que se trata de un caso de homicidio? —Sonrió al verme sorprendido—. Me tomé la libertad de investigar acerca de usted, doctor Delaware. Su asesoramiento a la policía parece centrarse en los asesinatos. Eso me impactó. No puedo imaginarme a Cherish involucrada en nada relacionado con la delincuencia, y menos aún con asesinatos. Es una persona dulce. Como le dije, uno de nuestros mejores estudiantes.

—Pero no terminó los estudios.

—Eso —respondió— fue de lo más desventurado. Pero no tuvo nada que ver con ella.

Esperé.

Wascomb miró hacia el mostrador. Heather estaba por ahí, hablando con el cajero.

—¿Doctor? —dije.

—La desgracia de Cherish fue un tanto parecida a la mía —comentó Wascomb—. Con respecto a Baylord Patterman.

—¿Tuvo algo que ver con el escándalo de los accidentes?

—No, estaba hablando análogamente. La biblia realiza constantes llamamientos contra las malas compañías. Cherish y yo no prestamos atención a dichas advertencias, pero yo era el profesor y ella era la alumna, así que supongo que parte del error recae en mí.

—Se culpó a Cherish de algo que hizo un amigo.

—Cherish se encontraba en una posición incómoda sin tener culpa de nada.

Heather trajo la comida.

—¡Aquí está!

Wascomb le sonrió.

—Huele fenomenal, querida.

Ella levantó la ceja izquierda.

—¡Que aproveche!

Pronunció una bendición y, a continuación, cortó la pila de tortitas en dos hasta llegar al plato. Giró el plato y volvió a cortar y, después, lo repitió una vez más hasta dejar el montón de tortitas dividido en ocho partes. A Lauritz Montez le gustaría.

Montez y Wascomb habían decidido asistir a los pecadores. Me imagino que no se les puede echar en cara que persigan la ilusión de un mundo disciplinado.

Wascomb comía con tanto placer que me daba pena interrumpirlo. Me puse a comer lo mío hasta que, al final, dije:

—¿Quién era la mala compañía de Cherish?

Dejó el tenedor en la mesa.

—¿Esto es absolutamente necesario para su investigación?

—No puedo contestarle a eso hasta que me lo cuente, doctor.

—Agradezco su sinceridad. —Se limpió la boca, se quitó las gafas y se

tocó las sienes con los dedos—. No fue un amigo. Su marido.

—Drew Daney.

Asintió despacio.

—¿Cómo la metería él a ella en un problema? —pregunté.

—Oh —dijo Wascomb, como si el recuerdo le cansara—. Tuve mis reservas acerca de él en el primer momento. Somos una universidad pequeña que siempre anda corta de presupuesto, necesitamos ser selectivos con las personas que aceptamos. Nuestro estudiante típico es un licenciado con honores de una respetable universidad de teología, educado en la tradición evangélica. Cherish encajaba con el perfil. Se licenció primera de la clase en Viola Mercer College, Rochester, Nueva York.

—¿Y Drew?

—Drew decía que había asistido a una universidad muy seria de Virginia. En realidad, abandonó el instituto. Hasta ahí llegó su formación.

—Mintió en la solicitud.

—Falsificó los expedientes. —Wascomb suspiró. Alejó el plato, se había comido un tercio—. No hay duda de que piensa que soy un simplón. O un descuidado. Sin ánimo de sonar muy a la defensiva, me gustaría enfatizar que eso fue una anomalía. La gran mayoría de nuestros licenciados están por ahí fuera haciendo el trabajo del Señor de una forma ejemplar.

—Drew debió ser muy bueno para engañarle.

Sonrió.

—Eso es muy amable, señor. Sí, decía las cosas adecuadas y parecía muy instruido en la Historia Sagrada. Resulta que su experiencia religiosa se había limitado a trabajar como orientador en diversos campamentos cristianos de verano.

—Aprendió la jerga —dije.

—Exacto.

—¿Cuándo salió todo a la luz?

—Hace siete años y medio.

Gran memoria. Seis meses después del asesinato de Kristal Malley.

—¿Qué sucedió que hizo que usted investigara su pasado? —pregunté.

—Había alguien más investigando su pasado —dijo Wascomb—. Un hombre muy enfadado que decía que Drew estaba cometiendo adulterio con su

mujer. —Hizo una mueca de dolor—. Una acusación que resultó ser cierta.

—Cuéntemelo.

Negó con la cabeza. Apartó de sí el plato.

—Aquí nos metemos en cuestiones de respeto. Por la gente inocente involucrada...

—Medio año antes de que usted descubriera lo de Drew, él y Cherish estuvieron implicados en un caso de asesinato como parte de su trabajo de servicio comunitario para Fulton. Asesoraron a un niño que había matado a una niña de dos años. Estoy seguro de que se acuerda de eso, doctor Wascomb.

Pestañeó dos veces, empezó a hablar y se detuvo.

—¿Señor?

—Esa pobre niña. —Su voz se había quedado ronca—. ¿Hay algo más sobre eso? ¿Después de todo este tiempo?

—Uno de los chavales que asesinó a Kristal Malley ha sido asesinado a su vez.

Wascomb hizo otra mueca de dolor.

—¡Dios mío! Entonces, supongo que tengo que ser franco. —Chasqueó su dentadura postiza—. Drew cometió adulterio con uno de los abogados del caso. Una abogada de la defensa.

—Sydney Weider.

Asintió.

—Fue su marido el que irrumpió en mi oficina con informes médicos, despotricando sobre la universidad, sobre mi incompetencia, sobre cómo había podido formar a una persona como esa, que si yo era un hipócrita, que todos los fanáticos de la biblia eran unos hipócritas.

Apartó la vista de mí.

—Me temo que he perdido el apetito.

—Lo siento —dije. Pero no lo lamentaba tanto como para dejarlo—. Estamos hablando de Martin Boestling. Productor de cine.

—Un hombre muy escandaloso. Por aquel entonces pensé que era un maleducado. Pero tras considerarlo... —Después de que se me pasara el susto—. Pensé en lo que había soportado y sentí compasión por él. Lo llamé, intenté disculparme. Fue cortés a este respecto.

—Lo que había soportado —dije—. Más que adulterio.

Se me quedó mirando.

—Usted ha dicho que Boestling llevó informes médicos. ¿Como análisis?

Asintió despacio con la cabeza.

—Suyos y de su mujer.

—¿Había sido infectado con algo? ¿Sida?

—No tan malo —comentó Wascomb—, pero lo suficientemente malo. Gonorrea. Su mujer se la había pegado a él y Boestling afirmaba que Drew se la había pegado a ella.

Wascomb sacudió la cabeza.

—La implicación, por supuesto, era promiscuidad. Así que examiné más detenidamente a Drew, me enteré de sus mentiras y lo expulsé. No hemos tenido contacto desde entonces.

—Y Cherish se fue con él —comenté—. ¿Porque era una esposa sumisa?

—Porque estaba avergonzada. Como le he dicho, somos una comunidad pequeña. —juguetó con el tenedor—. ¿Cómo está Cherish ahora? ¿Siguen juntos?

—Sí.

—¿Se ha arrepentido Drew?

—No sabría decirle.

—Siempre he deseado que encontrara la paz... y ahora está usted aquí haciéndome preguntas sobre ella.

—Puede que no sea nada, señor.

—¿Ella... sigue siendo una mujer íntegra, doctor Delaware? ¿Ola influencia de Drew ha contaminado su alma?

Si supiera.

—Por lo que sé —dije—, sigue haciendo buenas obras.

—¿Y él? ¿En qué anda metido?

—En lo mismo.

Sus ojos me miraron con dureza.

—Una lección para usted, señor Delaware. Juzgar el comportamiento no es siempre suficiente. Lo que importa es lo que hay debajo de las apariencias.

—¿Cómo evalúa eso, señor?

—Usted no lo hace —repuso—. Nosotros no lo hacemos.

Se puso en pie para marcharse.

—Dios lo hace.

—Una pregunta más, doctor Wascomb. Cherish me contó que Troy Turner estaba enterrado en el terreno de la universidad.

Colocó una mano en la mesa, como si necesitara un punto de apoyo.

—Eso no es del todo cierto.

—¿Qué quiere decir?

—Cherish me lo pidió; me suplicó. Tenemos un pequeño cementerio en San Bernardino. Para el personal docente e indigentes recomendados por donantes y otras personas de confianza. Lo consideramos un servicio a la comunidad.

—Cherish era una persona de confianza.

—Todavía lo sigue siendo, doctor Delaware, salvo que usted me diga algo que sugiera lo contrario.

No dije nada.

—Ofrecerle terreno sagrado a ese chico fue compasión por el pecador — dijo—. Tras considerarlo, pensé que sería lo apropiado. Le hicimos un funeral al chico.

—¿Quién asistió?

—Cherish, mi mujer y yo.

—Drew no fue.

—Drew también —añadió—. Quería dirigir el funeral. Decidí hacerlo yo mismo.

—¿Y la madre de Troy?

—No —contestó Wascomb—. Cherish dijo que había intentado ponerse en contacto con la mujer pero que fue incapaz. Recuerdo el día. Finales de primavera, buen tiempo y aire limpio. Ataúd pequeño, apenas hizo ruido al bajarlo. —Dejó dinero encima de la mesa.

—Pago yo —dije.

—Ni hablar.

—A medias, entonces.

—Está bien —me sonrió.

—Lamento si esto le ha disgustado, doctor Wascomb.

—No, no, está realizando un importante trabajo. —Se giró para marcharse,

se detuvo. Tocó mi hombro—. El chaval hizo algo horrible, doctor Delaware, pero nunca lo adivinaría mirando ese ataúd.

CAPÍTULO 30

Heather se acercó y miró la comida que Wascomb se había dejado en el plato.

—¿Quiere que se lo ponga para llevar?

—No, gracias.

Siguió con la mirada cómo Wascomb salía lentamente.

—Apenas ha comido. ¿Se encuentra bien?

—Sí, está bien.

—¿Es su padre?

—No —contesté. Le entregué el dinero de la cuenta más diez dólares de propina—. Quédese con el cambio. —Esbozó una gran sonrisa.

—¿Estuvo trabajando ayer?

—¿Aquí? —preguntó—. Creo que sí. Sí, ayer estuve aquí.

—¿Tiene dos trabajos?

—Tres. Aquí, en KFC a partir de las cinco y, después, los jueves y los viernes por la noche trabajo de niñera para una médico de urgencias de Glendale Memorial.

—Qué agenda tan apretada.

—Eso dice mi padre. No deja de chincharme para que deje alguno de los trabajos y me divierta un poco. —Sacó la lengua fuera—. Estoy ahorrando para la escuela de moda.

—Bien hecho —comenté—. Ayer por la mañana, sobre las nueve, ¿se fijó en una pareja que vino a desayunar? Ella tiene pelo largo y rubio; él es alto y llevaba un sombrero de vaquero.

—Ellos —dijo—. Claro. Los atendí yo. Me acuerdo de él porque me

recordaba aun actor que le gustaba mucho a mi padre. Peter... Peter no sé qué.

—¿Fonda?

—Exacto. Hay una película muy antigua que mi padre no deja de ver una y otra vez. Aparece Jack Nicholson pero mucho más joven y delgado.

—*Easy Rider*.

—Ajá. Jack, junto con otro tipo y junto con este otro, Peter, son unos moteros *hippies*. —Soltó una risa tonta—. Peter tiene cierto atractivo si te gustan los *hippies* de estilo retro. A eso me recordaba el tipo del sombrero.

—A retro.

—Perdido en los sesenta. Le colgaba el cabello por la espalda y la camisa tenía automáticos. Lo que me dio una idea para un vestido. Estilo vaquero punki.

—Original.

—Gracias. ¿Por qué pregunta por ellos?

—Trabajo con la policía.

Se le abrieron los ojos.

—¿Es policía?

—Asesor.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Han hecho algo malo?

—Simplemente son personas que nos interesan.

—¿Como testigos?

—Algo así. ¿Hay algo que recuerde sobre ellos?

—En realidad, no. No hablaron mucho.

—¿Entre sí?

—Entre sí o conmigo. Yo soy muy habladora, como puede ver. Siempre hablo con los clientes, les hace sentir que te interesas por ellos y hace que dejen buenas propinas. No funcionó con ellos, simplemente estuvieron sentados, como si se hubieran peleado.

—¿Comieron algo?

—Pidieron, pero solo comió él. Huevos con beicon. Ella pidió un bollo de repostería y un vaso de leche, pero no lo tocó; como ese señor mayor con el que estaba. Pensé que eran mucho de propinas y acerté. Un diez por ciento de propina, a la antigua usanza. Pagó ella.

—¿Escuchó alguna conversación?

—Que yo sepa, no hubo ninguna conversación.

—¿Habían estado aquí antes?

—Una vez —dijo—. La semana pasada. Lauren los atendió. Era la hora de la cena y yo estaba terminando mi turno.

—¿Qué día de la semana pasada?

—Veamos. —Apretó un dedo contra el labio inferior—. Lauren trabaja los martes, jueves y viernes. No era viernes porque libro los viernes; no era martes porque llamó el martes diciendo que estaba enferma porque su novio tenía entradas para el concierto de Jason Mraz. —Se detuvo para coger aire—. Tuvo que ser jueves.

—¿Sobre qué hora?

Sobre las cinco. ¡Vaya! ¿Así que esto es una investigación?

—Ajá.

—¿Puede contarme qué han hecho?

—Lo siento, Heather.

—Guay, lo entiendo.

—Así que solo han venido dos veces.

—Que yo sepa.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Tres años, de forma intermitente.

—¿Cómo se comportaron el jueves?

—Del mismo modo. Por eso lo recuerdo. Lauren dijo que no hablaron, simplemente estuvieron sentados. Él comió, ella no.

—Diez por ciento de propina.

—Ocho por ciento, en realidad. —Hizo una mueca—. Supongo que se debe a mis encantos.

Le di las gracias y le di otros diez dólares de propina.

—¡Vaya, no tiene por qué! —dijo, pero no hizo ningún ademán de devolverme el dinero—. Si quiere, puedo estar atenta y si vuelven de nuevo lo llamo.

—Se lo iba a pedir ahora mismo. —Le facilité una de mis tarjetas.

—Psicólogo —leyó—. ¿Delincuentes locos tipo Hannibal Lecter?

—No es siempre tan emocionante.

—Mi hermana fue a un psicólogo. Estaba bastante fastidiada, tenía

amistades muy malas.

—¿Lo ayudó?

—No mucho. Pero por lo menos se fue de casa y no tengo que soportar un montón de gritos.

—Supongo que eso puede considerarse un éxito parcial —comenté.

—Sí —contestó distraídamente. Mientras volvía lentamente a la caja, la vi que contaba de nuevo el dinero.

Volví a la 134 Oeste y cuando el tráfico disminuyó, comprobé si tenía mensajes.

Uno de Olivia Brickerman. Salí de la autopista por Laurel Canyon, conduje hasta el bulevar Ventura, encontré un sitio al otro lado de la calle enfrente de un motel para adultos y llamé a su oficina.

—Tus señores Daney son muy buenos con el papeleo —dijo—. Amasan unos siete mil al mes con la acogida. Han estado acogiendo a niños desde hace más de siete años, no han hecho ni el más mínimo esfuerzo por esconder el hecho de que superan el límite por dos pupilos. Lo que me indica que son unos veteranos que saben que el sistema no funciona bien. La señora Daney también ha solicitado que la certifiquen como pedagoga terapeuta, lo que la facultaría para recibir dinero extra. En líneas generales, eso requiere algún tipo de credencial académica pero ha habido una relajación de las normas debido a la escasez de proveedores. ¿Te sirve de algo?

—Mucho. ¿Cómo de mal funciona el sistema?

—Los genios de la legislatura estatal acaban de rechazar una solicitud para más trabajadores sociales y los condados ya andan muy escasos de personal. Es decir, que nadie comprueba nada. Un par de cosas más sobre los Daney: siempre acogen a adolescentes con problemas de aprendizaje. Lo que encontré realmente interesante es que todos sus pupilos han sido niñas. Lo que es inusual porque no escasean los niños en el sistema.

—¿Los guardadores pueden seleccionar el sexo y la edad? —pregunté.

—Supuestamente tiene que haber un consentimiento mutuo entre la agencia y el guardador. Siempre prevalece el interés del menor.

—Así que puedes pedir una niña.

—Alex —dijo ella—, ahora mismo, si eres blanco, de clase media y no tienes antecedentes penales, puedes pedir casi cualquier cosa y obtenerla.

Le di las gracias y le pedí una lista de los pupilos de los Daney.

—Todo lo que he podido encontrar corresponde a estos últimos años — comentó ella—. Te lo enviaré por fax tan pronto como salga. Dale recuerdos a Allison. Espero no haber sido demasiado impertinente con lo de Blancanieves.

—En absoluto —dije—. La brillantez tiene sus privilegios.

—Me halagas, querido.

El único Martin Boestling que encontré en la guía de teléfonos era un comerciante de dulces de la avenida Fairfax. Era poco probable, pero era un sencillo trayecto por Laurel Canyon.

The Nut House resultó ser una tienda con doble escaparate a una manzana al norte del complejo Farmer's Market-Grove. El cartel que advertía: «Aparcamiento en la parte de atrás» cumplió su promesa y encontré hueco al lado de una furgoneta verde con el nombre, dirección y sitio web de la tienda debajo de un enorme anacardo que parecía una larva sin ojos. Una puerta mosquitera cerrada cubría una ventanilla de reparto abierta. Llamé al timbre y salió una mujer gruesa, de unos sesenta, con un pañuelo en la cabeza. Quitó el pestillo y volvió sobre sus pasos, sin mediar palabra, hacia la parte delantera de la tienda.

La tienda consistía en una única habitación enorme bordeada de botes de caramelos, café, té, alimentos secos de los colores del arco iris, trocitos de gelatina igual de chillones y frutos secos. Como mínimo, una docena de variedades de almendras. Un cartel anunciaba: «No tenemos cacahuets. Los alérgicos pueden estar tranquilos».

Los compradores, todo mujeres, paseaban por los pasillos y metían los productos en bolsitas verdes que sacaban de los dispensadores colocados en la parte superior. El hombre del delantal verde de la caja tenía cincuenta y tantos años, estaba cargado de espaldas, era achaparrado y tenía pelo oscuro y ondulado. Su cara parecía como si se hubiera peleado con la pared y hubiera perdido. Tenía manos gruesas y desproporcionadas y bromeaba con facilidad con dos mujeres que estaban pagando. En la foto que había encontrado en

internet, llevaba esmoquin y estaba hombro con hombro con Sydney Weider. Ella había cambiado muchísimo, Martin Boestling no.

Metí almendras ahumadas en una bolsa, esperé a que la tienda se quedara tranquila y me acerqué.

Boestling registró la venta.

—Le gustarán, una familia india de Oregon hace el ahumado ella misma.

—Estupendo —dije mientras pagaba—. ¿Señor Boestling?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué?

—Estoy buscando a un Martin Boestling que solía producir películas.

Pasó las almendras a una bolsa de papel, la deslizó por el mostrador y empezó a girarse.

Le enseñé mi identificación de la policía.

—¿Psiquiatra de la policía? —comentó—. ¿De qué va todo esto?

—Asesorero...

—Y ahora está en The Nut House, que quiere decir la casa de los frutos secos o de los locos. ¡Qué oportuno! —Su mirada se dirigió a la mujer que estaba detrás de mí haciendo cola—. Siguiente.

Me aparté y esperé a que pagara.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted en lo que respecta a las compras? —preguntó Martin Boestling.

—Se trata de Sydney Weider —dije—. Y de Drew Daney.

Sus enormes manos se convirtieron en varas de carne.

—¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Unos minutos de su tiempo, señor Boestling.

—¿Por qué?

—Daney es el objeto de una investigación.

Silencio.

—Podría ser grave —añadí.

—Quiere trapos sucios.

—Si tiene alguno.

Llamó con la mano a la mujer del pañuelo en la cabeza.

—Magda, hazte cargo. Un viejo amigo acaba de entrar.

Subimos por Fairfax, encontramos un banco de autobus vacío y nos sentamos. Martin Boestling había olvidado quitarse el delantal. O puede que no.

—Sydney era una arpía de no te menees —dijo Martin—, él era un cabrón, fin de la historia.

—Sé lo de la gonorrea.

—¿También sabe cómo la tengo de grande?

—Si es relevante, probablemente pueda averiguarlo.

Hizo una mueca.

—Usted pensaría que sería relevante, el tamaño importa y todo eso. Me casé con Sydney porque era inteligente, rica, guapa y le gustaba follar. Resultó que me estaba haciendo quedar en ridículo desde el primer día que nos comprometimos.

—Promiscua.

—Si hubiera mostrado algo de comedimiento, podría llamarla promiscua. El día de la boda se folló a uno de mis supuestos amigos. —Empezó a contar con los dedos—. El chico de la piscina, el profesor de tenis, el tipo de la pecera, un montón de abogados con los que trabajaba. Fue solamente más tarde, después del divorcio, cuando la gente empezó a venir a mí y a contármelo, simpatía fingida en su mirada. «Lo siento, Marty, no queríamos causar problemas». Nunca pude demostrarlo pero estoy seguro de que también se folló a algunos de sus clientes. ¿Sabe la clase de clientes con la que trabajaba?

—Indigentes.

—Asesinos, ladrones, sinvergüenzas. Piense en esto: ella se pasaba numerosas horas en la oficina para abrirse de piernas con cualquier tirado, mientras yo trabajaba duro para darle el estilo de vida al que ella se había acostumbrado. Yo odiaba la industria, pero lo seguía intentando porque quería impresionarla desesperadamente. ¿Sabe dónde nos conocimos?

—¿Dónde?

—¿Su investigación no se remonta a tanto? Nos conocimos en el club de campo Palisades Vista, al que pertenecía su familia, y yo me estaba pagando la universidad trabajando como chico de las toallas. Rociando a los ricos con agua embotellada mientras se tostaban vuelta a vuelta. Debí haberme imaginado cómo sería cuando Sydney dejó a su novio rico en el comedor para

poder montárselo conmigo en una cabaña. Estuvimos saliendo intermitentemente durante un tiempo, hasta que me licencié y encontré un trabajo en la sala de correo de CAA y la convencí para que se casara conmigo.

—¿Fue idea de ella que se metiera en la industria del cine? —pregunté.

—Yo me licencié en inglés, que es casi tan útil como tener un segundo apéndice. Parecía interesante y se me daba bien. Principalmente lo hice por Sydney. Estaba loco por ella.

Tiró del delantal.

—Su padre me consiguió la entrevista para la sala de correo, pero me gané el derecho a quedarme. Trabajé como un esclavo y tuve que soportar insultos de la peor calaña que uno podría conocer. Produje más que todos los militantes de la Ivy League que lo hacían por diversión, ascendí rápido, ganaba mucho dinero cuando Sydney terminó la carrera. En lo que respecta a la universidad, ella siempre fue inteligente, se licenció *summa cum laude*, se tomó un respiro para tener a los niños y, entonces, todos nos mudamos a Berkeley para que ella pudiera asistir a la universidad Boalt Law School. Yo me quedé en el centro de Los Ángeles y volaba los fines de semana para estar con ella y con los niños. Lo tenía muy sistematizado, el vuelo del viernes a las cuatro de la tarde a Oakland para evitar la niebla y la vuelta el domingo a última hora. Los chicos salieron bien, después de todo. Los dos la odian. El matrimonio no tardó mucho en empezar a deteriorarse; estábamos aburridos el uno del otro. Pero el matrimonio de los demás no parecía ir mucho mejor, así que no le di ninguna importancia.

—Hasta que llegaron los análisis —intervine.

—Los análisis llegaron después. Lo que hizo que todo saltara por los aires fue que la pillé acostándose con Daney. En mi casa, en mi cama, con mi albornoz y mis zapatillas en la silla. —Se rió—. Cliché total. Tenía una reunión en Fox TV sobre un guión. La imbécil que estaba a cargo abrevió porque había oído que mi segmento demográfico de audiencia estaba mal. Lo que quiere decir que mis proyectos estaban dirigidos a personas con un cociente intelectual superior al de una patata. Yo esperaba que la reunión fuera más larga, acudí con el escritor, pobre idiota. Así que salí de allí en diez minutos, estaba de mal humor y decidí volver a casa, darme un chapuzón y tomar un baño ruso en la sauna nueva que acababa de instalar. Cuando llegué a

casa, escuché gemidos procedentes de la planta de arriba y fui a la *suite* principal; por cuya remodelación acababa de pagar una fortuna. Déjeme decirle, nuestra casa de Brentwood era de lo más vanguardista. La puerta estaba abierta de par en par y Sydney y ese don nadie estaban haciendo las aspas del molino.

Había subido el tono de voz lo suficiente como para que los viandantes se enteraran. Se alisó el delantal y chasqueó los nudillos.

—Grité. Sydney abrió los ojos y, a continuación, volvió a cerrarlos y siguió dándole. Me precipité hacia ellos, empecé a golpear a Daney en la espalda y el cuello, él quería parar, pero ella lo tenía enganchado con una pierna. Lo aporreé en la espalda, en la cabeza, en cualquier parte donde pudiera propinarle un puñetazo; él forcejeó intentando liberarse, pero Sydney seguía sin dejarle escapar. Por fin ella se corrió, lo apartó de un empujón y el bastardo de él cogió su ropa y salió corriendo como si le ardiera el culo.

Se rió hasta que se le humedecieron los ojos.

Ahora puedo reírme de aquello. Incluso sentir lástima por ese idiota.

Sonreí.

—Don Reacción Contenida —dijo—. Debe ser un público fantástico. De cualquier modo, esa es la historia.

—¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo llevaban haciéndolo?

—No, porque nunca hablamos de ello. Sydney se encerró en el cuarto de baño, se dio una ducha y cuando salió yo estaba preparado para pelear. Ella pasó delante de mí tan campante, se metió en el coche y se marchó. Estuvo fuera toda la noche, afortunadamente los chicos estaban en el colegio. Me quedé allí sentado como un pasmarote, esperando a que llegara, al final me cogí una habitación en el hotel Bel Air. Unos días después, me empezó a salir pus de la polla. Pero la jodí a base de bien. ¿Sabe cómo?

—Con algo financiero.

—Con el acuerdo prematrimonial. El cual presentó su padre por su bien. El acuerdo consistía en que ella tenía que conservar todos los activos con los que iba al matrimonio. El único problema para Sydney era que su padre había realizado unas inversiones malísimas y había vaciado su fondo fiduciario. Sus propios activos eran cero, lo que dejaba los activos comunes. Lo que resultó ser menos de lo que cualquiera de los dos pensábamos porque vivíamos muy

por encima de nuestras posibilidades. Para mí no era un gran problema, mi padre trabajaba para ganarse la vida; el negocio de los frutos secos. Solía despreciarlo por no ser glamuroso, hasta que aprendí sobre la industria.

—Sydney tuvo problemas para sobrellevarlo —comenté.

—Sydney era una zorra malcriada que se había hecho abogada por el estatus y para sentirse realizada. Después de romper, intentó conseguir un trabajo como abogada privada, pero no le salió bien. Mientras tanto, los abogados saqueaban lo que quedaba. Su madre por fin murió y le dejó lo suficiente como para comprarse una casa en Palisades, junto con una pequeña asignación mensual. La zona está bien, pero es un vertedero y ella no lo mantiene. Siempre fue hiperactiva, ahora dicen que es una maniaca total.

Me miró en busca de confirmación.

—¿Qué pasó con su trabajo de abogada privada? —pregunté.

—Ah, eso —dijo Boestling sonriendo—. Por desgracia, su jefe recibió una copia de esos malditos análisis. Al igual que cualquier otro bufete de defensa criminal serio de la ciudad. Ahora bien, ¿quién haría algo tan vengativo? —Bostezó.

—Y usted informó en el seminario de Daney lo correspondiente a él.

—Pensé que estaba haciendo el trabajo del Señor. Gracias por los recuerdos, doctor. Es hora de volver a la vida real.

—Ha dicho que Daney debería haberle dado las gracias.

—Exacto, debería haberlo hecho. Le conseguía Sydney y a él entrevistas con gente importante.

—¿Para hacer una película?

—No, para hacer chorizos, claro que para hacer una película. Un largometraje, no una película para televisión. Sydney dejó bien claro eso, su actitud siempre fue que yo hacía televisión, así que estaba en la parte inferior de la cadena alimenticia. Su proyecto iba a estar compuesto de estrellas y de un elevado presupuesto de producción. Los dos pensaban que tenían la mejor historia jamás contada. Pero ¿a quién acudieron cuando necesitaron referencias?

—¿La historia era el asesinato de Kristal Malley? —pregunté.

—Sí —contestó Boestling—. Dos niños matan a otro niño y acaban en la cárcel. No es precisamente *Titanic*.

—¿De quién fue la idea?

—No lo sé con certeza, pero apuesto a que Daney era el típico imbécil iluso y contagió a Sydney. —Se rió por lo bajo—. Junto con otras cosas.

—¿Sabe a ciencia cierta que él le contagió la gonorrea?

—O cualquiera de las otras cinco mil pollas que montó. Él es a quien vi, así que es a quien pongo cara, por decirlo de alguna manera. —Se encogió de hombros—. Por lo que sé, fue el abogado del otro chaval, un tipo latino.

—Lauritz Montez —dije—. ¿También se acostó con él?

—Sin duda.

—¿Cómo lo...?

—Cuando Sydney empezó con el caso, no dejaba de despotricar sobre Montez. Estúpido, sin experiencia, una rémora que iba a arrastrarla con él. Después, transcurridas un par de semanas, empezó a tener reuniones con él que acababan tarde. Numerosas reuniones que acababan tarde. Preparaban una defensa común. Me lo tragué hasta que la pillé con el cerdo ese de Daney y por fin dejé de ser el estúpido más grande del planeta. La única defensa conjunta que había era cuando Montez metía de nuevo su polla en sus pantalones.

No dije nada.

—Otro paseo más por los senderos de la memoria —dijo Boestling—. Ahora si me...

—¿Sydney dijo alguna cosa inusual sobre el caso Malley?

—¿Se trata de eso? ¿Después de tantos años? —preguntó—. ¿De qué es sospechoso Daney?

—No puedo darle detalles. Lo siento.

—Conversación de una única dirección.

—Por desgracia.

—Bueno, por desgracia para usted, lo único que me dijo Sydney es que su diente era un pequeño monstruo asesino y que no había forma alguna de que pudiera librarle de la cárcel. ¿La ha visto recientemente?

Intenté hablar con ella hace unos días. Se quedó muy alterada...

—Y se puso como loca con usted y empezó a gritar, ¿verdad?

—Sí.

—La buena de Sydney —dijo—. Su técnica consistía en perder los

papeles. En los juicios, se controlada mucho, pero fuera, si alguien intentaba discutir con ella, ella arremetía con unos estrepitosos chillidos. A mí, a los niños, a sus padres. —Negó con la cabeza—. Es increíble lo que soporté. Mi segunda esposa era otra historia. Apacible, no podía ser más dulce. Pero era un muermo. Con el tiempo, encontraré la combinación perfecta.

Se levantó y se dirigió de vuelta a su tienda. Caminé con él, intenté conseguir más detalles sobre la película.

—Nunca vi un guión. Nunca me impliqué directamente. No olvide que yo era un simple tipo de televisión.

—Fue lo suficientemente bueno como para fijar reuniones —añadí.

—Exacto. —Se rascó la barbilla—. Por aquel entonces hice todo tipo de tonterías. Tenía un pequeño problema con las drogas que nublaba mi juicio. Para empezar, estoy hablando con usted porque mi guía espiritual dice que tengo que ser sincero con el mundo.

Lo mismo que había dicho Nina Balquin. ¿Cuánto de lo que pasaba hoy en día por honestidad era expiación?

—Se lo agradezco —repuse.

—Lo hago por mí mismo —dijo Boestling—. Debí haber sido mucho más egoísta cuando importaba.

Conduje hasta Beverly Hills y pillé a Lauritz Montez saliendo del edificio de los juzgados de Burton y Civic Center. Le colgaba del hombro derecho un maletín de doble compartimento mientras se dirigía al aparcamiento de atrás.

—Señor Montez.

Levantó una ceja pero no cambió el ritmo. Lo alcancé.

—¿Y ahora qué?

—Una fuente fiable afirma que usted y Sydney tuvieron más que una relación laboral.

—¿Y de quién se trata?

—No puedo decírselo.

No hubo respuesta.

—Hábleme de las ambiciones cinematográficas de Sydney —dije.

—¿Por qué iba a saber algo de eso?

—Extraño —observé—. No me ha preguntado de qué película hablo.

Entramos en el aparcamiento y él caminó hacia un Corvette gris con diez años de antigüedad.

—Se está poniendo pesado.

—El juez Laskin se jubiló pero tiene amigos. Estoy seguro de que el poder judicial y el colegio de abogados estarían encantados de saber cómo se comportó usted mismo durante un caso importante.

—¿Me está amenazando?

—¡Dios me libre! —exclamé—. Por otra parte, ¿preferiría formar parte de la fiscalía de Compton durante los próximos veinte años?

—Es usted una auténtica joya —afirmó manteniendo un tono de voz bajo—. Apuesto a que la Policía de Los Ángeles no sabe lo que está haciendo.

Saqué mi móvil.

—Utilice la tecla de marcación rápida número cinco. —Lo que le hubiera comunicado con mi dentista.

No lo cogió. Un policía de Beverly Hills pasó por delante de nosotros en un Suburban recién salido del horno. Un agente, toda esa masa en vacío. El ahorro de gasolina no significaba mucho en Beverly Hills 90210.

Me guardé el móvil en el bolsillo.

—¿Qué es lo que realmente quiere? —preguntó Montez temblándole la voz en las dos últimas palabras.

—Que me cuente todo lo que sepa sobre la película y cualquier otra cosa que pueda decirme sobre Sydney y los Daney.

Se echó hacia atrás y se colocó entre el morro aplastado del Corvette y la pared del aparcamiento.

—Los Daney —dijo sonriendo con frialdad—. Siempre pensé que eran los típicos hipócritas fanáticos de Jesucristo, y estaba en lo cierto.

—Cierto, ¿cómo?

—Daney se lo montaba con Sydney como quería.

—¿Cómo lo descubrió?

—La vi haciéndole una mamada en su coche. En el aparcamiento, de noche. Le pregunté al respecto al día siguiente y ella me gritó que me fuera a la mierda y que no me metiera en su vida.

—¿En qué aparcamiento?

—En el de la cárcel del condado.

El mismo sitio donde había ofrecido su BMW azul celeste para la entrevista con Jane Hannabee.

—Comportamiento de alto riesgo —comenté.

—En eso consistía la emoción para Sydney.

—Así que Daney incumplió el octavo mandamiento —dije—. ¿Qué es lo que hacía que su mujer fuera una hipócrita?

—Venga, hombre —dijo Montez—. Tenía que saberlo. Sydney y Daney echaban polvos todo el tiempo, ¿cómo podría no saberlo? —Movié los labios como si fuera a escupir, se limpié la boca con el dorso de la mano—. Me caía Horda. Una cabeza hueca que no dejaba de soltar psicología barata. La única persona por la que se preocupaba era Troy, ni siquiera conseguí que hablara con Rand. Si realmente te importa, tiendes la mano a todo el mundo.

—¿Por qué quería implicarla?

—Referencias.

—¿Por qué favoreció a Troy?

—Ambos lo hicieron. Porque lo conocían de antes —repuso—. Él era uno de sus proyectos de buenas obras de Ciudad 415. Lo que demuestra lo eficaces que eran.

—Rand no era un proyecto.

—Rand nunca se metió en grandes problemas hasta que conoció a Troy, así que nunca pudo beneficiarse de sus sabios consejos. No es que eso hubiera servido para cambiar algo, como le he dicho.

—El guión.

—Si no cree que hay un guión para todo, no se merece ese doctorado.

—¿Qué paso con el guión original?

—¿La película de Sydney? ¿Qué cree? Nada de nada. Esto es Los Ángeles.

—¿Cuál era la trama?

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿Nunca lo leyó?

—Qué va, era alto secreto. Ni siquiera sé si había un guión. —Sacó un mando y quitó la alarma del Corvette. Esquivándome abrió la puerta.

—¿Qué ponía en él?

No contestó.

—Como quiera —afirmé y abrí mi móvil.

—Lo único que vi fue un resumen, ¿vale? —confesó—. Sydney lo llamaba «El tratamiento». Lo conocía porque, un día, buscando cerillas, me lo encontré encima de su mesa. —Sonrisa diminuta—. Me gusta fumar después de hacerlo.

—¿Usted y ella se lo montaron en la oficina?

—Esas mesas baratas del estado son buenas para algo.

—¿Qué decía «El tratamiento»?

—Los nombres eran distintos, pero básicamente era la historia de Kristal Malley. Salvo por la historia de ella, los niños había sido manipulados por el padre de la niña para que la mataran.

—¿Cuál era el móvil?

—No lo decía, estamos hablando de un par de párrafos. Sydney volvió del retrete, me pilló leyendo, me lo arrebató de las manos e hizo lo de los chillidos. Dije: «Interesante historia, a lo mejor podemos utilizarla de verdad». Perdió el control y me pateó el culo. Literalmente, me dio un puntapié. —Se frotó el culo—. Llevaba zapatos de punta, me dolió una barbaridad.

—Así que «El tratamiento» fue escrito antes de que se cerrara el caso.

—Antes de que se dictara sentencia formalmente, pero todo el mundo sabía cómo iba a terminar.

—¿De quién fue la idea del trato?

—Sydney lo propuso, Laskin aceptó. Ella mintió y le dijo que yo estaba de acuerdo. Terminé aceptándolo de todas formas porque pensé que era lo mejor que podía hacer por Rand.

—Hacer que los chicos empezaran su condena y divertirse con el otro abogado defensor —comenté.

—No fue así —repuso—. Aquella noche, en su mesa, fue después de que termináramos la mayor parte de nuestro trabajo. Fue entonces cuando Sydney y yo empezamos realmente a montárnoslo. Antes de eso, solo hacíamos tonterías. Lo mantuvimos fuera de la oficina.

—¿Moteles?

—No es asunto suyo.

—¿En su coche?

—Si quiere ser un capullo que hace juicios a la ligera, adelante. Divertirse

no constituye delito alguno.

—Divertido hasta que empezó a propinarle puntapiés.

—Ella estaba demente —afirmó—, pero déjeme decirle, tenía sus talentos.

CAPÍTULO 31

—Ninfómana —dijo Milo—. Por utilizar un término clásico.

Exhaló el humo del puro. El aire estaba tan viciado que aquello parecía un soplo de aire fresco.

—No es que sienta nostalgia por los términos clásicos. Tuve que sufrirlos.

—Hoy en día, «homosexual» es de uso común —comenté.

—También lo es «negro» si eres el rapero Snoop Dogg. Pero intenta decírselo a cualquier tipo de Main con la Diecinueve y verás qué risa.

Los aros de humo ascendían, serpenteaban y se desvanecían. Estábamos a dos manzanas de la estación, caminábamos despacio, ensimismados en nuestros pensamientos, rompiendo el silencio de sopetón.

—Así que todo el mundo se lo montaba con todo el mundo —comentó Milo—. En sentido literal y figurado. ¿Crees que el argumento de Weider en el que Malley carga con toda la culpa es pura ficción? ¿O ella y Daney descubrieron algo hace ocho años? Como, por ejemplo, que Malley no era el padre de Kristal.

O que Troy le dijera a Weider que Malley lo había metido en eso.

—Montez le sugirió a Weider, de broma, utilizarlo como táctica para desviar la atención y ella perdió los papeles. Puede que eso no fuera exactamente lo que ella entendiera por mantener en secreto su brillante idea.

—Ella tiene pruebas exculpatorias pero las oculta porque su principal objetivo no es defender a Troy, sino cerrar un trato para una película deprimente. Como lo que pasa por moral en Hollywood.

—Si Weider hubiera necesitado racionalizar, lo hubiera hecho —dije—.

Malley movió los hilos, pero los chavales fueron los que en realidad cometieron el asesinato e iban a ser condenados por un largo periodo de tiempo, pasara lo que pasase. Le dijo eso a Martin Boestling. Habría aconsejado a Troy que se mantuviera callado, que ella lo sacaría rápidamente de la cárcel y que se haría rico. Eso explicaría su fantasía sobre volverse rico.

—Troy era un pequeño y espabilado matón ¿Crees que se lo tragaría?

—También era un chaval de trece años sin futuro —dije—. A diario acuden chavales en masa a Hollywood creyendo en los ricos y famosos. Aun así, como era un crío, no se podía confiar en su paciencia eternamente. Puede que, después de todo, la muerte de Troy no fuera cosa de Malley.

Mordió el puro. El humo cambiante formó un halo irregular. Se limpió un trocito de tabaco de la lengua, escupió y frunció el ceño.

—Weider era abogada de oficio; ella hubiera sabido cómo contactar con un tipo como Néstor Almedeira.

—Igual que Daney —comenté—. Al trabajar con jóvenes desfavorecidos. Tanto él como Cherish visitaban a Troy.

—¿Daney era el tipo blanco del que hablaba Néstor, no Malley? ¡Por Dios! —resopló—. Sí, es factible como que Cherish sea Jacqueline la Destripadora. Sobre todo porque no tengo pruebas reales de ninguna de las dos teorías.

Tiró el puro, lo apagó contra la acera, esperó a que la colilla se enfriara y la recogió.

—Qué ciudadano tan cívico —observé.

—Ya hay bastante mierda en esta ciudad. Bueno, ¿y cómo encajaría el asesinato de Rand en la teoría Weider-Drew?

—Igual que con la teoría Cherish-Barnett. Rand nunca estuvo en el ajo, así que se le permitía vivir. Pero de alguna forma descubrió la verdad que se escondía detrás de la muerte de Kristal y se convirtió a sí mismo en un objetivo.

—La verdad que sería la venganza de Malley, porque no era el padre de Kristal.

—Eso parece una constante —dije—. ¿Ha habido algún avance con el ADN?

—Cumplimenté una solicitud y estoy a la espera de recibir noticias de los

peces gordos. Aún quiero saber cómo y cuándo Cherish empezó a acostarse con Barnett. Pero puede que ahora sepamos el por qué: venganza contra Drew por ir ligando por ahí.

—Tiene sentido. La camarera de Patty's dijo que Cherish y Barnett solo habían estado allí una vez antes y ella lleva años trabajando ahí. Cherish escogió Patty's porque lo conocía de la época del seminario; Wascomb solía reunirse allí con los estudiantes. Pero ambos podrían tener otros escondites.

—Su principal escondite era el motel. Voy a pasarme por ahí y a ver qué me cuenta el recepcionista.

—Otra posibilidad —aventuré— es que Cherish entregara a Rand a Drew, no a Barnett.

—Ella está engañando a Drew. ¿Por qué confiaría en él?

—Ella no tendría que confiar en él sino, simplemente, mencionar que Rand parecía realmente nervioso, que estaba soltando indirectas sobre Troy. Porque ella sospechaba que Drew tuvo algo que ver con la muerte de Troy y si ella consiguiera que él eliminase a Rand, le ahorraría el problema a Barnett.

—Novia sumisa actuando como mujer sumisa —comentó—. Eso es manipulación llevada a su máxima expresión. Wascomb decía que era una mujer espiritual.

—Wascomb no conoce las sutilezas del cinismo.

Sacó otro puro y, sin quitarle el envoltorio de plástico, lo hizo girar con destreza entre los dedos. Un truco muy original; no lo había visto nunca antes.

—Hay otra manipulación en la que pensar —añadí—. La historia de Drew sobre la camioneta negra fue el motivo por el que empezamos a fijarnos detenidamente en Barnett Malley. Pero teniendo en cuenta lo que hemos descubierto sobre él, tenemos que considerar que nos estaba manipulando.

—No tenía miedo de Malley, simplemente quería ponerlo en nuestro punto de mira.

—Por desgracia para Drew, eso nos llevó a investigarlo más de cerca.

—Tres chavales muertos —dijo—. Puede que dos equipos de asesinos.

Giramos en una esquina.

—Alex, estoy pensando que debo tomarme más en serio que Jane Hannabee sea un asesinato relacionado. Si Troy le contó a su madre lo de la película y ella quiso sacar tajada, eso la hubiera convertido en un problema

para Sydney y Drew.

—Una drogadicta sin blanca —comenté—; sin lugar a dudas hubiera querido sacar tajada.

—Dijimos que, al ser su asesora espiritual, Cherish podría haber sabido dónde dormía Jane, pero podríamos decir lo mismo de Drew. —Se metió las manos en los bolsillos—. Esto se está extendiendo como un cáncer. ¿Llegaste a descubrir cuánta leche estaban sacando los Daney de la vaca del condado?

—Siete mil al mes.

—No está mal para un par de tristes almas expulsadas del seminario.

—Una parte es ilegal —aclaré—. Olivia dijo que nadie cumple las normas, pero puede ser un hilo de donde tirar si es necesario. Le pedí que me enviara por fax el nombre de todos los niños que han acogido. Drew tiene antecedentes de falsificación de documentos. Puede que también haya sido un chico malo en otros aspectos.

—Bien pensado. ¿Y qué hacemos con doña Calentón Weider? ¿Crees que debería enfrentarme a ella?

—Boestling y Montez dijeron que la forma en que explotó conmigo es su forma habitual de afrontar el conflicto. Todo lo que tienes sobre ella son rumores de adulterio y ya no ejerce la abogacía, así que cualquier amenaza para expulsarla del colegio de abogados sería inútil.

—Aun así podría avergonzarla.

—Después de la forma en que Boestling la humilló, no creo que le quede mucha autoestima por amenazar.

—Mejor aún —repuso—. Atacarla cuando está en un momento bajo.

—Podrías intentarlo.

—Pero tú no lo harías.

—No ahora —contesté—. Le sacarías poco partido.

—Entonces, ¿quién es mi objetivo?

—No quién —repuse—, sino qué. El papeleo.

Lo acompañé al aparcamiento situado al otro lado de la calle de la comisaría, allí recuperó su coche de incógnito y me siguió hasta casa. Me adelantó en el bulevar Westwood y llegó el primero.

El fax de Olivia esperaba en la máquina. Una página de nombres, números de la seguridad social, fechas de nacimiento y periodos de acogida.

Doce niñas, entre los catorce y los dieciséis años. Ocho vivían aún con los Daney. Un nombre nos resultó familiar: «Quezada, Valerie». La niña inquieta y resentida que Cherish había torturado con las matemáticas. Cherish había ido con ella paso a paso; la esencia de la paciencia. Momentos después, Cherish se echó a llorar al hablar de Rand...

La lista cubría únicamente un periodo de veinticinco meses. La nota escrita a mano por Olivia en la parte superior de la hoja decía: «Esto es todo lo que me he podido remontar. El sistema de archivo de los genios es un desastre. Puede que no tenga remedio».

—Empecemos a contrastar los nombres de las cuatro que ya no viven con ellos —afirmó Milo.

—¿Con qué?

—Con el peor escenario posible para empezar. —Llamó a la oficina del juez de instrucción, pidió hablar con Dave y prosiguió—. No, hoy no, pero estoy seguro de que lo haré. Y, la próxima vez, consígueme una mascarilla mejor, estoy acostumbrado a la descomposición pero... sí, no hay nada como los daños que pueda ocasionar el agua. Escucha Dave, necesito que revises el registro... sí, lo sé, mi voz te alegra el día.

Cinco minutos después nos devolvió la llamada el médico forense David O'Reilly: ninguno de los cuatro nombres figuraba en la lista por muerte no natural de la oficina. Milo llamó al registro Hall of Records, lo marearon de un lado para otro antes de dar con el registro del condado y la lista de muertes no naturales.

Colgó.

—Parece que todas siguen vivas. Nuestra pequeña dosis de felicidad del día.

Pensé que podían haber muerto fuera del condado de Los Ángeles y dije:

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Alguna idea?

—Podrías intentar localizarlas, ver si tienen algo que decir sobre los Daney. Me centraré en estas dos que todavía son menores. Puede que la vida mejorara para ellas y ya no necesiten ser acogidas. Por otra parte...

—Me gusta eso —dijo—. Pesimismo constructivo.

Olivia nos facilitó un contacto en el servicio de comunicaciones de emergencia D. C. S. y para las tres de la tarde ya teníamos la información.

Leticia Maryanne Hollings, diecisiete años, seguía estando bajo tutela estatal y vivía con una tutora por parentesco; una tía en Temecula. Nadie contestó al teléfono y Milo lo guardó para volver a llamarla en el futuro.

Wilfreda Lee Ramos, dieciséis, ya no figuraba en la lista de niños acogidos. Su última persona de contacto conocida era su hermano de veinticinco años, George Ramos.

Su número venía en la guía pero no figuraba ninguna dirección. Ciudad de residencia: LA, California. Ocupación: estudiante. El número 825 hizo que la universidad fuera una apuesta segura.

Lo intenté. Inactivo. Una llamada a la secretaría de la universidad reveló que había dos George Ramos matriculados. Uno de ellos era un estudiante de primer año de dieciocho años y el otro, de veintiséis, era estudiante de primero de derecho. Y eso es todo lo que pude averiguar.

Milo se puso al teléfono y utilizó sus credenciales, pero no pudo sacarle nada más a la de secretaría. Lo mismo en la secretaría de la facultad de derecho.

Condujimos hasta el campus, aparcamos en el extremo norte y fuimos caminando hasta la facultad, donde Milo bromeó con una amable secretaria de pelo blanco que dijo:

—Usted acaba de llamar. Por desgracia, la respuesta es la misma. Normativa sobre protección de datos.

—Señora, lo único que queremos es hablar con el señor Ramos.

—Señora. Como en una película del oeste —dijo, sonriendo—. Estoy segura de que es cierto, teniente, pero no olvide dónde estamos. ¿Puede imaginarse cuántas de estas personas estarían encantadas de presentar una demanda por violación de la intimidad?

—Buena puntualización —afirmó—. ¿Ayudaría si le dijéramos que el señor Ramos no está en apuros pero que puede que su hermana sí? Estoy seguro de que le gustaría saberlo, señora.

—Lo siento. Ojalá pudiera ayudarlo.

Él dejó caer los hombros. Deliberadamente, despacio, como suele hacer cuando lucha por no perder la paciencia. Gran sonrisa. Se retiró el pelo negro de la frente y apretó su cuerpo contra el mostrador. La secretaria se echó hacia atrás instintivamente.

—¿Dónde están ahora mismo los estudiantes de primer año?

—Deberían haber salido de... clase de jurisprudencia. Puede que estén en el césped.

—¿De cuántos estamos hablando?

—Trescientos siete.

—Varón hispano —comentó Milo—. ¿Han aumentado el número de admitidos de minorías o eso reduciría la búsqueda?

—En realidad no tiene aspecto hispano —dijo la secretaria.

Milo la miró fijamente. Ella se ruborizó, se inclinó hacia delante y susurró:

—Si alguien fuera muy alto, se le vería con facilidad.

Milo le devolvió una sonrisa.

—¿Estamos hablando de baloncesto?

—Puede que un defensa.

George Ramos daba zancadas largas y lentas por el césped de forma rara pero resuelta. Como un ave zancuda, una garceta, abriéndose paso por una ciénaga. Yo calculaba que tendría unos dos metros de altura. Pálido y con poco pelo, llevaba una pila de libros y un portátil. El poco pelo que le quedaba era castaño, fino y le salía por encima de las orejas. Llevaba un jersey azul con cuello de pico encima de una camiseta blanca, unos pantalones caqui ajustados y unos zapatos marrones. Unas gafas de diminutos cristales reposaban sobre su nariz aguileña. Ben Franklin de joven estirado en el potro.

Cuando nos pusimos delante de él, parpadeó un par de veces e intentó esquivarnos. Cuando Milo espetó «¿Señor Ramos?», se detuvo en seco.

—¿Sí?

Le enseñó la placa.

—¿Tiene un momento para hablar de su hermana, Wilfreda?

Detrás de los cristales, los ojos marrones de Ramos se endurecieron. Sus nudillos sobresalieron y emblanquecieron.

—¿Habla en serio?

—Sí, señor.

Ramos habló para sí.

—¿Señor?

—Mi hermana está muerta.

—Lo lamento, señor.

—¿Qué demonios les ha traído a mí?

—Estamos investigando sobre varios niños de acogida y...

—Lee se suicidó hace tres meses —dijo Ramos—. Así es como la llamaba todo el mundo, Lee. Si la hubieran conocido, sabrían que odiaba Wilfreda.

Milo permaneció en silencio.

—Tenía dieciséis años —prosiguió Ramos.

—Lo sé, señor —afirmó Milo. Era raro que contemplara a alguien. No le gustaba hacerlo.

—¿Qué clase de padres llamarían a su hijo Wilfreda? —apuntó Ramos.

Encontramos un banco para los tres en el lado oeste del césped.

—¿Qué quieren saber? —preguntó George Ramos.

—Las experiencias de Lee como niña de acogida.

—Qué, ¿un escándalo?

—Puede que algo así.

—Sus experiencias —repitió Ramos—. Para Lee, la acogida era mucho más fácil que estar en casa. Su padre, mi padrastro, es un fascista. Esos pastores con los que vivía no la controlaban en absoluto. A medida para alguien como Lee.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Milo.

—Lee ya era rebelde desde el bombo, hacía lo que quería, fuera lo que fuese. Se quedó embarazada cuando estaba en acogida, abortó. La oficina del juez de instrucción nos lo contó después de que le realizaran la autopsia. Los pastores tenían buenos argumentos para defenderse, pero tengo la sensación de que ellos recaudaron el dinero y dejaron que Lee se desbocara.

—¿Qué oficina del juez de instrucción le contó eso?

—La del condado de Santa Bárbara. Lee vivía en Isla Vista con varios yonquis cuando ella... —Ramos se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Esto fue justo después de la acogida —comentó Milo.

Ramos asintió.

—El fascista finalmente le permitió volver a casa con la condición de que cumpliera todas sus normas. Estuvo en casa dos días antes de escaparse. El fascista dijo que ella debía vivir con las consecuencias de su propio comportamiento y mi madre siempre ha estado dominada por él. Así que nadie salió a buscar a Lee. Descubrimos dónde se había estado alojando después de su muerte. Era un sitio de Isla Vista donde dormir temporalmente y donde vivían diez chavales como animales.

—El fascista no es su padre pero usted y Lee tienen el mismo apellido —comenté.

—No, no es cierto. Su apellido es Monahan. Cuando él se hartó tanto de ella que la puso bajo tutela estatal, quemó la ropa de ella, no la dejó entrar en casa y le dijo que ya no era su hija. Ella le mandó a la mierda y empezó a llamarse ti sí misma Ramos.

—Vaya encanto —dijo Milo.

Una auténtica joya —repuso Ramos haciendo crujir sus nudillos—. Ella me llamó desde Isla Vista, quería que le cambiara el apellido legalmente. Le dije que no podía hacerlo porque era una menor y me colgó.

—Ramos figura en los documentos del estado —observó Milo.

Ramos se rió.

—El estado no sabe hacer la o con un canuto. Hay muy poco del sistema que no haya que cambiar.

—¿Por eso estudia derecho? —planteó Milo.

Ramos se le quedó mirando con cara de no comprender.

—Bromea, ¿no?

Milo sonrió.

—Claro, me estoy dejando la piel para pasarme toda la vida atrapado en una burocracia sin sentido por un sueldo de mierda —dijo Ramos. Se rió—. Cuando acabe, me voy a dedicar a empresas.

Estuvimos hablando con él durante otro cuarto de hora. Acabé hablando yo casi todo el tiempo porque el tema había pasado a mi campo.

Wilfreda Lee Monahan-Ramos había presentado graves problemas de aprendizaje y tenía un historial de mal comportamiento desde que su hermano tenía uso de razón. El padre de George Ramos había fallecido cuando él tenía cinco años y unos años después su madre se casó con un antiguo marine que pensaba que criar hijos era una variante de un campo de entrenamiento militar.

En el caso de Lee, la adolescencia había sido sinónimo de promiscuidad, drogas y cambios de humor tan fuertes que apostarían cualquier cosa a que se debían a algo más que al abuso de estupefacientes. A los catorce, ya había realizado dos intentos de suicidio; sobredosis que pedían ayuda a gritos. A continuación, probó terapias sin mucho éxito, y se sucedió un torrente de recriminaciones en casa. Cuando su padre la pilló teniendo relaciones sexuales con un chico en su dormitorio, la echó de casa.

George Ramos no tenía conocimiento de ningún problema digno de mencionar durante los seis meses que pasó bajo la tutela de los Daney pero admitió, con la mirada gacha, que nunca había ido a visitarla.

Lee Ramos abandonó la tutela un mes antes de cumplir los dieciséis. El día de su cumpleaños, a media noche, ella se quedó en casa mientras que sus compañeros salieron de fiesta. Poco después, se cortó las muñecas con un cúter oxidado, se tumbó en una alfombra raída y se desangró lentamente hasta morir.

CAPÍTULO 32

Hablar de su hermana había dejado a George Ramos pálido y destrozado.

Milo se disculpó por la intrusión. Ramos dijo:

—Solo hace su trabajo. —Y se quedó mirando fijamente al césped.

—¿Tuvo algún tipo de contacto con los Daney? —pregunté.

—Los llamé una vez después de que Lee falleciera. No me pregunten por qué. Puede que pensara que les importaba.

—¿No fue así?

—Hablé con la mujer; Charity, Chastity o algo por el estilo.

—Cherish.

—Eso es —afirmó—. Perdió el control, sollozó, estuvo muy cerca de ponerse histérica. Puede que sea un cínico pero pensé que era un poco exagerado.

—¿Cree que estaba actuando? —preguntó Milo.

—Solo tuvieron a Lee durante unos meses y obviamente no hicieron un buen trabajo.

—¿Le dijo eso?

—No —contestó Ramos—. No lo hice; no estaba de humor para hablar.

—¿Cherish hizo algo que le hiciera pensar que estaba fingiendo su dolor?

—No, pero quién sabe —manifestó Ramos—. ¿Quién sabe nada de nada?

—¿Habló en alguna ocasión con el marido?

—No, solo con ella. —Ramos se puso en pie y recogió los libros y el portátil.

—¿Lee le insinuó alguna vez lo del embarazo?

La cara alargada de Ramos se puso triste.

—¿No lo pillan? No hablábamos.

Dejó los libros colgando, estrechó el portátil contra su pecho y se marchó caminando como un pájaro. Otros estudiantes de derecho seguían saliendo en tropel, algunos charlando en pequeños grupos, y otros pocos solitarios preocupados por forjar su camino.

Milo se levantó y se estiró.

—Me acaba de crujir todo.

—No he oído nada.

—Así que los Daney acogen a demasiados pupilos y no los supervisan.

Encaja con una relajación moral.

—Exacto.

—¿Estás listo para marcharnos?

Permanecí en el banco.

—¿Alex?

—¿Y si? —pregunté.

Se volvió a sentar.

Un grupo de estudiantes pasó por delante de nosotros. Cuando se marcharon dijo:

—¿Qué maléfica idea se le ha ocurrido a esa cabecita tuya?

—George Ramos da por sentado que Lee se quedó embarazada en la calle.

Pudo haber sucedido en casa. Literalmente.

—¿Daney?

—Era el único varón de la casa. Lo que, bien pensado, parece un harén.

Todas esas adolescentes procedentes de entornos problemáticos. Puede que haya un motivo por el que los Daney pidan pupilas femeninas.

—Dios mío.

—Sabemos que Daney es un fraude y un adúltero, y acabamos de levantar sospechas sobre su implicación en un asesinato. Fecundar a una menor bajo su tutela no parece una idea tan descabellada. Él se aseguraría de poner fin al embarazo, lo que encaja con el aborto de Lee Ramos. También podría explicar su suicidio. Estamos hablando de una chica realmente conflictiva que mantenía

una relación hostil con su padre. Ella podría estar buscando un sustituto compasivo. El estado le encontró uno, pero si él la traicionó y a continuación hizo que ella se deshiciera de las pruebas, entonces, eso hubiera sido traumático.

—Incesto con un padre sustituto.

—Precisamente el tipo de violación que podría haber conducido a una grave depresión.

—A rajarse los brazos el día de su cumpleaños —comentó—. Si fue suicidio.

—¿Piensas que no lo fue?

—Estoy dejando volar mi imaginación.

Llamó a la oficina del juez de instrucción de Santa Bárbara, habló con el patólogo que había realizado la autopsia de Lee Ramos, estuvo escuchando durante un buen rato y colgó meneando la cabeza.

—Parece que no hay la más mínima duda de que fuera un suicidio. Cerró la puerta de la habitación desde dentro, puso música y la única ventana que había estaba sellada con pintura. No había indicios de lucha, ni heridas defensivas, solo había cortes longitudinales profundos en sus brazos; fue un intento de verdad. Antes de eso, se liquidó una pinta de Southern Comfort y se tragó un bote de Valium. Si la cuchilla no hubiera acabado con ella, el fármaco lo hubiera hecho. Los chavales con los que vivía dijeron que había estado realmente deprimida durante las últimas semanas. Intentaron que saliera de marcha con ellos para celebrar su cumpleaños, Lee se rajó en el último momento y puso como excusa que no se encontraba bien.

Cerré los ojos. Una chica que nunca conocería.

—Suicidio el día del cumpleaños —comenté—. Incapaz de hacer frente a otro año más.

Milo apoyó todo su peso en el respaldo del banco, me enseñó la parte de atrás de su cabeza y cruzó los brazos alrededor del pecho. Una brisa despeinó los árboles que estaban a nuestras espaldas. El césped reaccionó unos segundos después.

—Siempre tenía algo de efectivo, así que sus compañeros sospechaban

que estaba metida en la prostitución. Dieciséis años. Las cosas no se vuelven así de la noche a la mañana, ¿no crees?

Antes de que pudiera contestar, se puso de pie y se alejó golpeándose el muslo con la libreta. No había nada grácil en su andar.

Un oso al acecho. Definitivamente un oso.

Lo seguí, sin tener muy claro qué era yo.

Volvimos al coche y patrullamos por la periferia este del campus.

—Daney sabe cómo manipular el sistema en beneficio propio. Me pregunto si sacó el dinero para el aborto de su propio bolsillo —comentéMilo ralentizó.

—¿El bastardo deja embarazada a una pupila y le pasa la factura al estado? Se ha estado librando de todo lo demás, claro, ¿por qué no?

—Esto es algo que podríamos probar con hechos —afirmé.

—Oficialmente —dijo Olivia—, los expedientes son confidenciales, así que no estoy segura de que pudierais utilizarlos en un tribunal.

—Veamos si hay algo que utilizar —dije.

—Tu llamada, querido. Podría llevar un tiempo.

—Siempre merece la pena esperarte.

—Sí, claro —repuso—. Mi encanto femenino.

Mi móvil sonó mientras subíamos por Glen, a un par de kilómetros de mi casa. «Un tiempo» habían sido cinco minutos.

—Nada con Ramos —dijo Olivia—, pero el aborto de Wilfreda Lee Monahan lo han pagado los contribuyentes. La clínica donde se lo practicaron está en North Hollywood. Se trata del Centro del Bienestar para la Mujer.

Citó una dirección en el edificio seis mil de Whitsett. A poca distancia de la casa de los Daney, otra parte más de la estrecha red.

—¿Lo acompañó un adulto? —pregunté.

—Eso no figuraría ahí. El Tribunal Supremo del Estado vetó el consentimiento parental en 1998.

—¿Aún a pesar de estar en acogida?

—Aún a pesar de eso. De hecho, al estar ya metida en la lista oficial, la facturación debió de ser pan comido, simplemente había que añadir otro ingrediente a la mezcla. Códigos, en plural. Parece que también la sometieron a un examen físico ginecológico completo, recibió información sobre planificación familiar y también sobre el sida.

—Concienzudo —comenté.

—Parece que hemos topado con un caradura de primera.

—No sabes cuánto, Liv. ¿Me harías el favor de buscar otro nombre? Leticia Maryanne Hollings, diecisiete años.

—Otro más —dijo—. Así que se trata de algo peor que un caradura.

El aborto de Leticia Hollings había tenido lugar un mes antes que el de Lee Monahan. Había una factura igual con todo incluido.

La misma clínica.

No me podía quitar de la cabeza el Centro del Bienestar para la Mujer y no sabía por qué. Le pedí a Olivia que también contrastara los nombres de las dos chicas que habían dejado a los Daney y habían alcanzado la mayoría de edad.

Una de ellas, una joven llamada Beth Scoggins, de diecinueve años, también había abortado ahí; hacía dos años, cuando estaba en acogida.

—Esto se está poniendo muy feo.

Le conté a Milo lo de Scoggins. Sus ojos echaban chispas y podía oír el chirriar de sus dientes mientras me arrebató el teléfono. Por la forma dulce y suave en que le dio las gracias a Olivia, nunca te lo hubieras imaginado.

Paramos frente de mi casa y salí corriendo delante de él hacia mi oficina.

Treinta y ocho resultados para Centro del Bienestar para la Mujer. La mayor parte de las citas hacían referencia a programas legítimos en hospitales importantes. Tres de ellos encajaban con la clínica de North Hollywood.

El primero explicaba mi *déjà vu*.

Me lo había encontrado antes, buscando Sydney Weider. Recaudación de fondos, hacía ocho años. Weider y Martin Boestling figuraban entre los donantes. Foto de publicidad tomada en tiempos mejores.

Las otras dos citas estaban fechadas dos años después, también se trataba

de fiestas para financiar los «programas compasivos y benéficos» de la clínica. No se mencionaba a Weider ni a Boestling; por aquel entonces habían roto y habían perdido mucho estatus social.

Lo que sí ofrecían los dos resultados era una lista del personal profesional de Centro del Bienestar para la Mujer.

Ordenada por orden alfabético. Un nombre resaltaba como con luces de neón, apretujado entre médicos, doctores, quiroprácticos, asesores, terapeutas de arte y especialistas en masajes.

«Drew Daney, División Ministerial, Asesor pastoral»

.
El gruñido que escuché detrás de mí me puso el vello de punta.

—«Trabajo con varias organizaciones benéficas» —citó Milo—. Seguro que sí, tío. Eres un jodido cliente habitual que va de santo.

—Puede que reciba comisiones —comenté—. Un porcentaje sobre el total de la facturación. Un incentivo extra para dejarlas embarazadas y hacerlas abortar después.

—¿Extra?

—Algo como eso nunca es solo por dinero.

Fuimos a la cocina e hicimos café.

—Como poco, este tipo está abusando de jovencitas —afirmó Milo—. Si ha hecho todo lo que se nos ha pasado por la cabeza, es un escabroso canalla. El problema es que no puedo hacer ni lo más mínimo porque oficialmente no puedo tener acceso a los historiales médicos de las chicas. Incluso con los historiales no hay pruebas de que Daney fuera responsable de los embarazos.

—Como psicólogo, tengo obligación de informar sobre los abusos —dije—. La regla de las pruebas no aplica.

—¿Qué nivel de pruebas necesitas para informar al respecto?

—La ley dice sospecha de abuso. Lo que eso significa no está claro. Siempre que he intentado que me lo aclararan, el consejo médico, mi abogado, la asociación estatal de psicólogos, nunca lo he conseguido. Conozco colegas que han tenido problemas por informar y otros que se han visto perjudicados por no hacerlo.

—La ley es una mierda —expresó Milo pasando del café y yendo a la nevera a por una cerveza—. Hay algo que no entiendo, Alex. Incluso por las comisiones, que Daney vaya dejando embarazadas a todas esas chicas es peligroso. Sería más fácil que tomaran la píldora o que él se pusiera un condón, en vez de arriesgarse a que se lo cuenten a alguien.

—No lo han hecho todavía —repuse—. O puede que lo hicieran pero que nadie las escuchara.

—Pobrecita Lee.

Asentí.

—Incluso si Daney no hubiera matado a nadie más, si fuera el padre del niño, sería responsable, en cierta medida, de la muerte de ella.

Abrió la cerveza pero no bebió.

—Entonces, ¿cómo lo averiguo?

—A ver qué te parece esto: yo podría intentar hablar con Leticia Hollings y Beth Scoggins. Venderlo como una investigación general sobre la acogida. Si mencionan o insinúan que se han aprovechado de ellas, tendré la obligación de notificarlo a la policía.

—¿A algún policía en particular?

—Si es necesario, tú.

Sonrió sin energía.

—Alex, el problema es que si te diriges a ellas como sustituto de policía, el tema de la confidencialidad se interpondrá en la investigación criminal.

—No necesariamente —repuse—. Empecé como asesor de la policía pero me desvié a una investigación independiente.

—Pensaba que eso era una tapadera.

—Podría ser real.

Miró hacia arriba.

—¿Cómo es eso?

—Me enteré del suicidio de Lee Ramos trabajando contigo y sentí curiosidad a nivel intelectual.

—¿Curiosidad sobre qué?

—Sobre la relación entre la acogida y el suicidio. Los artículos que publiqué hace años sobre estrés y abusos harían que pareciera lógico.

—¿Sigues investigando?

—Llevo mucho tiempo sin hacerlo, pero soy catedrático y los catedráticos podemos hacer lo que queramos.

—¿Cuándo te ascendieron?

—El año pasado.

—Nunca me dijiste nada.

—No es nada del otro mundo —comenté—. Es un nombramiento clínico. En resumidas cuentas, de vez en cuando me piden que supervise a un estudiante en prácticas o a un estudiante de posgrado, que participe en una comisión especial o que exponga una propuesta de investigación.

—¿Te pagan por eso?

—No —contesté—. Es mi forma de devolver lo recibido. —Hice una aureola con mis manos y la sostuve encima de mi cabeza.

—Vaya tío —exclamó—. Pareces demasiado joven para ese cargo.

Su teléfono pitó.

—Sturgis. Ah, hola... sí, cuánto tiempo... ¿en serio? Eso es genial. Un millón de gracias. Te debo una.

Sonrisa de oreja a oreja. Hacía mucho tiempo que no lo veía así.

—Era Nancy Martino, enfermera diplomada de la oficina del juez de instrucción. Encontró muestras de tejido de la autopsia de Kristal Malley almacenadas en un refrigerador. Secciones del riñón y del estómago. Algunas parecen deterioradas pero puede que haya suficiente para realizar un análisis. Están a la espera de que les diga algo.

—Enhorabuena —lo felicité.

—A ver si sirve de algo. —Su sonrisa había desaparecido.

—¿Ahora qué?

—¿Para qué sirve lo del ADN, Alex? Para confirmar lo que ya sabemos por el color de los ojos: que el vaquero no era el padre de Kristal. Pero no va a ayudarme a que pille a Malley por lo de Rand. O a que pille a Daney por cualquier cosa que haya hecho.

Tamborileó un ritmo calipso contra la botella.

—Dos tipos malos, cero pruebas. La vida es maravillosa.

—Por lo menos hay dos tipos malos.

—Qué reconfortante —exclamó—. Debes de ser terapeuta.

CAPÍTULO 33

Apunté en un papel el teléfono de Leticia Hollings en Temecula y Milo consiguió la última dirección conocida de Elisabeth Mia Scoggins de la División de Vehículos Motorizados de Santa Monica; coincidía con los datos de la guía de teléfonos para una tal Scoggins, E.

Tiró la botella de cerveza y se marchó.

Beth Scoggins vivía en un apartamento en la calle Veinte, cerca de Pico. Una zona de alquileres de bajo precio de la ciudad de playa, pero la idea de que había conseguido algún tipo de independencia era alentadora.

Eran las siete y cuarto de la tarde. La oficina de Allison se encontraba en Montana, la zona norte de Santa Monica de viviendas de alquiler elevado. Sabía que tenía pacientes hasta las nueve pero su descanso habitual para cenar era a las ocho. Si pudiera reunirme con Beth Scoggins, tal vez tendría tiempo para pasarme por ahí más tarde...

Don Santurrón.

Una mujer joven contestó el teléfono, con aire cauteloso.

—¿Señora Scoggins?

—Soy Beth.

Le dije mi nombre y mi profesión, y le pregunté que si querría hablar de sus experiencias como pupila.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

El pánico en su voz me hizo querer recular. Pero eso la hubiera asustado

más.

—Estoy investigando...

—¿Se trata... se trata de algún tipo de timo?

—No, soy psicólogo de verdad...

—¿Qué investigación? ¿De qué habla?

—Lamento si...

—¿Qué investigación?

—Las tensiones de la acogida.

Silencio.

—Asesoro a la policía y una joven que había sido cuidada por la misma gente que le cuidó a usted ha sido hallada...

—¿Cuidada? ¿Es lo que acaba de decir? ¿Cuidada? ¿Cómo se llama?

Le dije mi nombre.

Chirridos; lo estaba anotando.

—Señora Scogg...

—No debería haberme llamado. Esto está mal.

Clic.

Me quedé sentado sintiéndome fatal. Ahora tenía muchísimo tiempo para pasarme por la oficina de Allison, pero no estaba de humor para socializar. Me metí en mi cuenta electrónica de la facultad de medicina, realicé una búsqueda a través de Ovid sobre el suicidio y la acogida, no encontré estudios objetivos, solo sugerencias de que los niños que se habían sacado de sus hogares corrían el riesgo de sufrir todo tipo de problemas.

Pero... gracias, ámbito académico.

Pensé en volver a llamar a Beth Scoggins. No veía ninguna forma de no empeorar la situación. Tal vez mañana. O pasado mañana. Darle tiempo para que reconsidere...

Hacia las ocho empezaba a sentir la necesidad de comer algo. No era hambre, sino como una obligación de mantener mi nivel de azúcar. Puede que fuera útil para alguien.

Cuando estaba intentando decidir entre sopa enlatada y atún, me llamó Robin.

El sonido de su voz me puso los pelos de punta.

—Hola —dije. Elocuente.

—¿Te interrumpo?

—No, en absoluto.

—Está bien —dijo—. No hay una forma fácil de decirte esto, Alex, pero pensaba que era lo correcto. Spike no está muy bien.

—¿Cuál es el problema?

—La edad. Tiene artritis en las patas traseras; ¿te acuerdas de que la izquierda siempre estuvo un poco displásica? Ahora está realmente débil. Además, su función tiroidea está baja y sus fuerzas flaquean, he tenido que echarle un colirio en los ojos y prácticamente ha perdido la totalidad de su visión nocturna. Las demás pruebas están bien, salvo una ligera dilatación del corazón. El veterinario dice que es comprensible dada su edad. Para un bulldog francés, es un perro muy viejo.

La última vez que vi a Spike, había saltado aproximadamente un metro de alto con sus casi doce kilos y había aterrizado sin problemas.

—Pobrecillo.

—No es el mismo perro que tienes grabado en la memoria, Alex. Se pasa la mayor parte del tiempo tumbado y se ha vuelto bastante pasivo. Con todo el mundo, incluso con los hombres que no conoce.

—Vaya cambio.

—Simplemente pensé que debías saberlo. Está recibiendo buenos cuidados, pero... No hay peros. Eso es todo. Pensé que debías saberlo.

—Te lo agradezco —añadí—. Me alegro de que hayas encontrado un buen veterinario por ahí.

—Estoy hablando del doctor Rich.

—¿Has vuelto a Los Ángeles?

—Llevo —repuso— un mes.

—¿Es permanente?

—Puede... No quiero hablar de eso. Sinceramente, no puedo decirte cuánto tiempo le queda a Spike. Esto me parece mejor que llamarte un día con la mala noticia y no haberte preparado.

—Gracias —dije—. En serio.

—Si lo deseas, puedes venir a verlo. O puedo llevártelo algún día. —

Pausa—. Si a Allison no le importa.

—A Allison no le importaría.

—No, es un encanto.

—¿Cómo te va? —pregunté.

—No muy bien. —Hizo una breve pausa—. Tim y yo hemos terminado.

—Lo siento.

—Es lo mejor —contestó—. Pero esto no es sobre eso, de verdad, es sobre Spike, así que si quieres verlo...

—Me gustaría si crees que podría servirle de algo. La última vez que le hice una visita estaba muy contento de tenerte para él solo.

—Eso fue hace siglos, Alex. En realidad, no es el mismo perro. Y en el fondo te quiere. Creo que competir contigo por mi atención le dio un motivo para levantarse todos los días. El reto de otro macho alfa.

—Eso y la comida —dije.

—Ojalá siguiera poniéndose morado. Ahora tengo que azuzarlo... Lo gracioso es que nunca prestó mucha atención a Tim de ninguna forma... no había hostilidad, simplemente lo ignoraba. De todas formas...

—Iré pronto —comenté—. ¿Dónde vives?

—En el mismo lugar —contestó—. En el sentido físico. Adiós, Alex. Que te vaya bien.

Con el pito pito gorgorito salió la sopa enlatada. *Noodles* y pollo. La decisión no debería haberme llevado quince minutos. Estaba abriendo la lata cuando sonó el teléfono.

—Hola, soy yo. Tengo un problema —espetó Allison.

—¿Ocupada? Estaba pensando que podíamos vernos, pero mañana está bien.

—Tenemos que vernos —repuso—. Ahora. Ese es el problema.

Estaba en su sala de espera veinte minutos después. El sitio estaba vacío y ligeramente iluminado. Pulsé el botón rojo situado al lado de la placa que decía «Doctora Gwynn» y salió.

No hubo abrazo, ni beso, ni sonrisa; y sabía por qué. Llevaba el pelo recogido y apenas le quedaba maquillaje. Me hizo pasar a la pequeña habitación de al lado, que normalmente estaba ocupada por su asistente.

Sentada en el borde de la mesa retorció una pulsera de oro.

—Ella dice que está preparada.

—Tu paciente —dije—. Todavía no puedo creérmelo.

—Créetelo —afirmó—. Cinco meses de terapia.

—¿Puedes contarme cómo llegó a ti?

—Puedo contártelo todo —respondió—. Me ha dado carta blanca. Pero no lo voy a hacer porque en su estado actual no puede considerarse que tome decisiones cien por cien acertadas.

—Lo siento, Al...

—Me la remitió uno de los consejeros voluntarios de Holy Grace Tabernacle. Ella había estado buscando terapia, tomó varias decisiones equivocadas, al final, encontró a alguien que tuvo el buen juicio de remitirla fuera. Es una chica fuerte y aparentemente le ha estado yendo bien. Un estudio de investigación diría que muy bien porque no toma drogas y tiene un trabajo remunerado; trabaja en Gap. Tiene una tartana de hace quince años que normalmente funciona y comparte un apartamento de una habitación con otras tres chicas.

—¿La tratas sin cobrar?

—No hay tal cosa como gratis —repuso—. No vendo falsas ilusiones.

Allison trabajaba como voluntaria una vez a la semana en un hospicio. Era uno de los pocos terapeutas atareados de Westside que atendía pacientes con grandes descuentos.

Supongo que eso hizo que la presencia de Beth Scoggins fuera algo más que una coincidencia.

—Me pasé los tres primeros meses intentando ganarme su confianza. A continuación, empezamos a abordar los problemas. La historia de abandono era evidentemente crucial pero ella oponía resistencia. Tampoco hablaba de la acogida, aparte de decir que no había sido divertida. Me había vuelto más directa las últimas semanas pero ha sido un proceso larguísimo. Su próxima cita no era hasta dentro de cuatro días, pero hace una hora me realizó una llamada de emergencia. Estaba agitada, lloraba, nunca la había oído así,

siempre se había portado de forma comedida. Cuando por fin la calmé, me dijo que alguien que decía ser psicólogo la había llamado, cuando menos se lo esperaba. Un proyecto de investigación sobre la acogida. Estaba confundida y asustada, no sabía qué pensar. Entonces me dijo el nombre de la persona que lo había llamado.

Cruzó las piernas.

—Superó los límites de velocidad para llegar hasta aquí, Alex. Empezó a descargar antes de sentarse.

—Qué desastre. Lo siento, Al...

—En general, puede que resulte algo positivo. —Sus ojos se toparon con los míos. Azules, fríos, directos—. ¿Realmente estás realizando una investigación?

—Algo por el estilo.

—¿Del estilo de las cosas de Milo?

Asentí.

—Eso es lo que me temía —comentó ella—. ¿Consideraste que el engaño era absolutamente necesario?

Le conté lo que habíamos llegado a sospechar sobre Drew Daney. El embarazo de Lee Ramos, el aborto y el suicidio. El camino de mentiras y traiciones que me había conducido a Beth Scoggins.

—Estoy segura de que eso hizo que pareciera necesario —comentó—. Ahora mismo tengo en la oficina a una jovencita de diecinueve años extremadamente vulnerable. ¿Estás listo?

—¿Crees que eso es buena idea?

—Diste por sentado que era una buena idea antes de saber que era mi paciente.

—Allison...

—No abordemos eso ahora, Alex. Ella está esperando y tengo a otro paciente dentro de cuarenta minutos. Aunque pensara que no es una buena idea, en este momento, no puedo disuadirla. Abriste una especie de caja de Pandora y es una joven muy persistente. Hasta el punto de la obsesión, en ocasiones. No he intentado anular eso porque en esta etapa de su vida la persistencia puede ser adaptativa.

Se bajó de la mesa.

—¿Listo?

—¿Alguna directriz? —pregunté.

—Muchas —repuso—. Pero nada que tenga que explicarte.

Beth Scoggins estaba sentada rígidamente en una de las butacas blancas mullidas de Allison. Cuando entré, se estremeció y, a continuación, se me quedó mirando fijamente. Allison hizo las presentaciones y yo extendí mi mano.

Las manos de Beth eran estrechas, pecosas y frías. Uñas mordidas. Un padrastro me rozó la piel al retirar la mano.

—Gracias por reunirse conmigo —afirmé.

Se encogió de hombros. Llevaba el pelo recogido con una pinza. Arrugas de preocupación tensaban su estrecha boca. Ojos grandes y marrones. Analíticos.

Dependiente de Gap, pero esa noche no estaba haciendo uso del descuento de empleada. Su conjunto azul marino parecía *vintage*. Llevaba una talla demasiado grande. Unas medias grises recubrían unas piernas flacuchas. Zapatos planos azules de punta cuadrada, bolso de plástico azul en el suelo a su lado. Un collar de perlas de bisutería descansaba sobre su pecho.

Iba vestida como una mujer de mediana edad, al estilo retro.

Allison se sentó detrás de su mesa y yo me senté en la otra silla blanca. Los cojines estaban calientes y olían a Allison. Estaba aproximadamente a un metro de Beth Scoggins.

—Siento haberle colgado —comentó.

—Soy yo quien debería disculparse.

—Puede que me haya hecho un favor. —Miró a Allison—. La doctora Gwynn me ha contado que trabaja con la policía.

—Sí.

—¿Así que lo que me dijo sobre la investigación no es verdad?

—Puede que estudie el tema general de la acogida pero, ahora mismo, me estoy centrando en determinados padres de acogida. Cherish y Drew Daney.

—Drew Daney abusó de mí —afirmó.

Miré a Allison. Los ojos de Allison estaban puestos en Beth. Me trajo a la

memoria mis días de interno. Hablar con pacientes mientras era evaluado por un supervisor detrás de un espejo unidireccional.

—Empezó siendo muy amable y moral —comentó Beth—. Pensé que había encontrado a alguien honesto.

Sus ojos se volvieron negros. A continuación volvieron a enfocar y se giraron hacia Allison.

—¿Debería remontarme al principio?

—Lo que creas oportuno, Beth.

Beth respiró hondo y cuadró los hombros.

—Mi padre abandonó a mi madre cuando tenía dieciocho meses, es una especie de techador pero no sé mucho sobre él y no tengo hermanos. Mi madre se mudó de Texas a Willits, al norte, entonces me abandonó para criar unos caballos en Kentucky cuando tenía ocho años. Tengo graves problemas de aprendizaje. Siempre nos peleábamos por el colegio y por todo lo demás. Siempre me decía que era una niña difícil de criar y cuando se mudó pensé que era por mi culpa.

Presionó una rodilla contra otra, pomos plateados brillantes en nailon gris.

—Siempre le gustaron los caballos. A mi madre. Le gustaban más que yo y no es un decir. Solía pensar que era porque le causé problemas. Ahora sé que era una vaga y que solo quería un animal que fuera fácil de entrenar.

CAPÍTULO 34

Beth Scoggins dejó de hablar y se quedó mirando al techo.

—¿Cariño? —dijo Allison.

Beth bajó la cabeza y con un zapato de dio al bolso que estaba en el suelo. Respiró hondo. Su historia de abandono continuó con voz suave y apagada.

La cuidó su abuela materna enviudada, que se ganaba la vida con una tienda de artículos de segunda mano. Pasó por el colegio sin aprender mucho. Descubrió a los chicos, las drogas, el alcohol y el absentismo escolar con doce años; para cuando cumplió los trece, se escapaba de casa de forma reincidente.

—La abuela se enfadaba conmigo pero siempre me dejaba volver. La policía dijo que podía declararme incorregible pero ella pensó que tenía que ser una persona responsable.

Si ella hubiera sido mi paciente, yo habría sugerido que su abuela se preocupaba por ella.

Esto no era terapia.

¿Qué era?

—La última vez, me escapé hasta Louisville. Cogí el autobús, hice autoestop y, al final, la encontré después de una semana. A mi madre. Llevaba el pelo diferente, estaba delgada, se había casado con otro mozo de cuadra y había tenido otra hija, una niña pequeña muy mona llamada Amanda. No se parecía en nada a mí. Mi madre estaba como asustada porque me había presentado. No podía creerse cuánto había crecido. Me dijo que me podía quedar. Me quedé unos días, pero no me gustan los caballos y no había nada

que yo pudiera hacer, así que volví. La abuela enfermó del hígado debido a la bebida y murió. Metieron todos los trastos de la tienda en cajas y se los llevaron. Algunas personas del estado quisieron hablar conmigo pero me largué.

Se volvió a quedar callada.

Una historia muy distinta a la de Troy y Rand. Ellos habían matado a una niña. Esta joven mujer estaba luchando para salir adelante. Iba muy bien hasta que un extraño la llamó por teléfono.

—Lo estás haciendo muy bien, Beth —comentó Allison.

Las manos pecosas de Beth se agarraron a la tela de la falda.

—Subí a Oregon, después, volví a Willits. Unos me dijeron que iban a bajar a Los Ángeles. Para asistir a un concierto en Anaheim Pond, me dijeron que me conseguirían una entrada. No lo hicieron, pero estaba aquí así que me quedé. En Hollywood. Conocí a otra gente.

Parpadeó varias veces.

—Acabé en un refugio de Glendale, dirigido por un colegio religioso. Me asignaron a la señora Daney y era amable, su pelo me recordaba al de mi madre. Me dijo que podía dejar el refugio y mudarme con ella, tenía otras chicas, todo el mundo era guay, lo único era que no podía consumir drogas. Me mudé y estaba bien, salvo que se rezaba mucho y que la mayor parte de las otras chicas eran mexicanas. La señora Daney enseñaba en casa a todo el mundo, tenía todos esos libros y programas de estudio. Tenía diecisiete, odiaba el colegio. La señora Daney me dijo que debería hacer algo, así que terminé siendo la ayudante del señor Daney. Eso quería decir que tenía que ir con él a todas partes y ayudarlo.

—¿Qué tipo de lugares? —pregunté.

—Programas deportivos, iglesias, campamentos religiosos. Conducía de un lado para otro y hacía trabajitos.

—¿Trabajos religiosos?

—En ocasiones dirigía oraciones o bendecía —contestó—. La mayor parte del tiempo era como un orientador de campamento o un preparador. O enseñaba la Biblia. Lo hacía porque necesitaba el dinero.

—¿Te dijo eso?

—Dijo que después de haber renunciado a una carrera como pastor, no

ganaba mucho dinero como para dedicarse a un único trabajo. Decía que todo el dinero de la acogida se gastaba en los niños. Nos daban de comer bastante bien y siempre teníamos ropa limpia, aunque la mayor parte de las cosas era ropa barata. Llevaba un mes como su ayudante cuando empezó a abusar de mí.

Se quedó mirando la alfombra.

—Puedes parar cuando quieras —comentó Allison.

Beth se mordió el labio inferior.

—Creo que lo que hizo fue echar algo en mi Seven Up, rofinol o algo por el estilo.

—¿Te drogó? —pregunté.

—Estoy bastante segura. Estábamos en el coche, volvíamos a casa de un campamento, era tarde y dijo que tenía hambre. Paramos en un Burger King y compró una hamburguesa de queso para él y dos Seven Up. Después de beberme el mío, empecé a sentirme adormilada. Cuando me desperté, estábamos aparcados en otro lugar, en la misma carretera, realmente oscuro. Ahora me encontraba en la parte trasera del coche y él estaba a mi lado, no llevaba puestos mis pantalones y por el olor sabía que lo habíamos hecho.

Se inclinó hacia delante como con dolor. Aspiró dos veces.

—Después de aquello, empezamos a hacerlo con bastante regularidad. Nunca preguntaba, simplemente paraba el coche y me llevaba al asiento de atrás. Me cogía la mano, me abría la puerta, me hablaba con amabilidad y nunca me hacía daño. Siempre era muy rápido, como si no fuera nada. A veces me decía gracias. No es como si... quiero decir... no sentía mucho por aquella época.

Se le humedecieron los extremos de los ojos.

—Supongo que pensé que se preocupaba por mí porque a veces preguntaba si me encontraba bien, si había estado bien o si podía hacer algo para mejorarlo.

Tocó las cuentas del collar.

—Le mentía y le decía que había estado fenomenal. Unos meses después de que empezáramos se me retrasó el periodo. Cuando se lo conté fue cuando empezó a comportarse de forma extraña.

Las dos manos llenas de tela dejaban su falda por encima de las rodillas. La estiró rápidamente. Se dio golpecitos en los ojos con los dedos.

—¿Extraño en qué sentido? —pregunté.

—Como si en parte estuviera contento y en parte estuviera asustado.

—Contento por...

—Por haberme dejado embarazada. Como si él fuera... Nunca dijo: «Genial, estás embarazada», pero había algo... la forma en que me miraba. Como si él... ¿doctora Gwynn?

—¿Orgulloso de sí mismo? —completó Allison.

—Sí, orgulloso de sí mismo. Como: «Mira lo que he hecho».

—Pero también estaba la parte de enfado.

—Exacto, doctora Gee. Como: «Mira lo que has hecho, estúpida». Lo llamaba «el problema». «Es tu problema, Beth, pero te voy a ayudar a solucionarlo». Le dije que a lo mejor era simplemente un retraso, que me había pasado antes. —Sus ojos se posaron en el suelo—. Lo que no le dije es que ya me había quedado embarazada antes, hacía años, pero que había perdido al bebé; no era realmente un bebé, solo era un pequeño pegote de sangre, lo vi en el váter. Esto fue en Portland, la gente con la que salía me llevó a una clínica gratuita. Me rasparon y me dolió como una especie de calambres. No quería volver a pasar por todo eso hasta estar segura. No me escuchó.

—Te pidió que solucionaras tu problema —comentó Allison.

—Me dijo: «No podemos permitirnos esperar, Bethy». Así es cómo me llamaba, Bethy, lo odiaba pero no quise dañar sus sentimientos.

Se giró hacia Allison:

—Estúpido, ¿verdad?

—En absoluto, Beth. Te manipuló para que pensaras que era amable.

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas.

—Sí, exacto. Incluso cuando hablaba de solucionar mi problema era paciente. Pero no me dejaba llevarle la contraria. Me ponía un dedo en los labios cuando intentaba decirle que esperásemos. Porque no quería que me rasparan de nuevo. De todos modos, al día siguiente, le dijo a la señora Daney que íbamos a una noche de deportes a algún sitio lejano. En Thousand Oaks, creo. En lugar de eso, fuimos a este sitio, a una clínica, que estaba cerca de la casa. Era de noche y el sitio parecía cerrado pero la doctora nos dijo que pasáramos. Me llevó a una habitación y aborté realmente rápido.

—¿Recuerdas el nombre de la doctora? —pregunté.

—Nunca lo dijo. Tenía acento. Baja, pelo negro, como... no gorda pero... fuerte, ¿sabe lo que digo? Tendría problemas para llevar vaqueros ajustados, necesitaría pantalones sueltos. No había nadie con ella pero se movía realmente rápido, todo sucedió muy deprisa. Después, Drew tenía hambre y fuimos a comprar donuts. Tuve unos calambres pero no fueron tan malos. Unos días después de eso, dejó de llevarme a las asociaciones benéficas y cogió a otra chica para que fuera su ayudante. Una nueva, solo llevaba un par de días. Supongo que me puse celosa. Con certeza, estaba aburrida, le quité algo de dinero de su cartera y me marché a Fresno. Conocí a gente nueva. ¿Doctora Gee? Tengo sed.

Se bebió dos vasos de agua.

—Gracias, ha sido refrescante. —Se dirigió hacia mí—. Puede hacerme preguntas si lo desea.

—¿Recuerdas el nombre de la otra chica que pasó a ser la nueva ayudante del señor Daney?

—Miranda. No conozco su apellido. Era más joven que yo, tal vez dieciséis. Mexicana, como dije, la mayor parte de las chicas eran mexicanas. Pensaba que era imponente, pero solo era una engreída; tenía carácter. Cuando se convirtió en su ayudante, se comportaba como «aquí estoy yo».

Se giró y miró a Allison.

—Tal vez debí advertirle, doctora Gee. Contarle en qué consistía lo de ser ayudante. Pero aunque solo llevaba unos días allí, era mala conmigo y pensé que si ella era imponente, podría apañárselas sola.

—Tenías un montón de cosas a las que enfrentarte. No era tu responsabilidad proteger a nadie más —comentó Allison.

—Supongo... además, como mencionabas antes, realmente no pensaba que fuera abuso. Pensaba que era...

—Atención.

Beth me miró.

—No tenía sentimientos por aquel entonces, parecía atención.

Sus ojos derramaron unas lágrimas y se giró hacia Allison.

—Doctora Gee, ¿qué comentaste la semana pasada? ¿Todo el mundo busca a alguien a quien unirse? Supongo que de eso se trataba.

Allison bordeó su mesa y se puso al lado de Beth. Beth extendió su mano y Allison se la cogió.

—Estoy bien. De verdad... señor, doctor, puede hacerme preguntas.

—¿Estás segura? —planteé.

—Sí.

Allison acarició el brazo de Beth y volvió a su sitio.

—¿Sabes si la señora Daney sabía lo que estaba haciendo el señor Daney? —pregunté.

—No lo sé. La mentía constantemente. Sobre tonterías, como si le divertiera engañarla.

—¿Qué clase de tonterías?

—Comprar donuts y golosinas y esconderlos en el Jeep. Decía: «A Cherish no le gusta que me gaste el dinero en comida basura, pero no se lo diremos, ¿vale?». Entonces, me guiñaba un ojo. Como si fuera parte... del ardid, podríamos decir. Pero entonces, no compartía los donuts, ni las golosinas. Decía: «Tienes que conservar esa magnífica figura, Bethy».

Se rió.

—Como si fuera una supermodelo. La señora Daney era la estricta. Imponía normas, hacía que las niñas se aprendieran las lecciones. Podía ser un poco mandona. Me imaginé que no se divertía mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba encerrada en casa, cocinaba, limpiaba, mientras que él visitaba todas esas organizaciones benéficas. Me decía: «A Cherish no le gusta divertirse». Entonces, se ponía: «Me siento tan afortunado de tenerte, Bethy, porque eres tan guapa, tan joven, con esa magnífica figura y sabes divertirte». Entonces salía con algún comentario religioso.

—¿Hablabas de religión?

—Como un sermón en una iglesia. Del tipo: «La diversión no es un pecado, Bethy. Dios creó un mundo precioso y si no lo disfrutamos, ese es el pecado, Bethy» —sonrió—. Eso sucedía justo antes de que me desabrochara los pantalones. Es como si tuviera que... convencerse a sí mismo de que lo que estaba haciendo estaba en armonía con Dios.

Agitó una mano con impaciencia.

—Proseguía con estas largas y estúpidas charlas sobre Dios y la diversión. Sobre el hecho de que Dios no era un Dios de la venganza como en el *Antiguo Testamento*. Básicamente, Dios era este tipo estupendo que quería que todo el mundo se divirtiera.

El Creador como un animal fiestero. A Hollywood le encantaría.

Beth Scoggins emitió una risa desigual.

—Como si tuviera que convencerse a sí mismo de que era una buena persona. Entonces me quedé embarazada y pasó a: «Tienes un problema». Creo que disfruté.

—¿Con qué?

—Con hacerme abortar. A la ida estaba muy callado, pero cuando terminó estaba de buen humor. Vayamos a comprar donuts. Como si todo aquello fuera divertido.

Le pregunté si se acordaba del nombre de la clínica donde abortó.

—Algo del bienestar...

—¿Centro del Bienestar para la Mujer?

—Sí, exacto. Había un montón de carteles sobre sida, sexo seguro y tomar decisiones inteligentes.

—¿La doctora hizo algo más aparte del aborto?

—¿Como qué?

—Análisis de sangre, una revisión general.

—No, nada. Como le he dicho, fue realmente rápida. Antes, algo para el dolor, después, raspar, raspar, se acabó, aquí tienes midol por si te empieza a doler.

Se estremeció.

—Era espeluznante, no había nadie, la mayor parte del edificio estaba a oscuras. Y estaba sola. Drew me llevó con la doctora y se marchó. Estaba aparcado fuera cuando salí.

—¿Volviste para realizar un seguimiento?

—Ah, no —contestó—. Me tomé el midol, eso es todo. Drew me ofreció otras pastillas, creo que era demerol. No me las tomé. Llevaba bastante tiempo

limpia y sobria desde que me llevaron al refugio.

Salvo por el rofinol para poner todo en marcha.

—Beth, ¿sabes si abusó de otras chicas aparte de Miranda y de ti?

—Nunca vi a nadie, pero probablemente. Porque él... no había nerviosismo. Era algo a lo que estaba acostumbrado, ¿entiende? Y solo había chicas en la casa. ¿Por qué lo están investigando?

Me volví hacia Allison. Ella dijo:

—Está bien.

—Una chica que tuvo en acogida se suicidó.

La mirada de Beth permaneció firme.

—¿Cómo?

—Se cortó las muñecas.

—Eso es terrible —comentó—. Debió de doler.

Le pregunté si había alguna otra cosa más que quisiera saber.

—No.

Le volví a dar las gracias, me levanté y le di la mano. No estaba más caliente.

—Volveré en un segundo, cariño —le dijo Allison y me acompañó a la salida. Eran casi las nueve y los transeúntes paseaban por la avenida Monatan.

—En lo que a mí me respecta —comentó—, no tengo obligación de dar parte porque tiene diecinueve. Él es un monstruo pero ese no es mi problema ahora mismo. Puede que ella cambie de idea pero, mientras tanto, te ruego que no la mezcles en ninguna investigación policial.

—Sin objeción.

Me tocó la mano. Tenía los labios secos.

—Tengo que volver. Luego hablamos.

—Puedo volver cuando hayas terminado.

—No —repuso—. Estoy hecha polvo y todavía me quedan dos pacientes. Mañana también lo tengo bastante ocupado. Te llamo.

Me incliné para besarla.

Me soltó la mano y me ofreció la mejilla.

CAPÍTULO 35

De vuelta en mi oficina, encontré los resultados que había impreso sobre el Centro del Bienestar para la Mujer.

El único médico a tiempo completo era la directora médica, Marta A. Demchuk, doctora en medicina.

Cuatro resultados sobre ella. El más antiguo, de hacía cinco años, constituía una lista estatal de médicos con certificación médica que se enfrentaban a acciones legales o a censura ética. El cargo contra Demchuk era fraude en la facturación.

Hace cinco años, pero seguía ejerciendo. Nadie contestaba en casa de Milo, pero lo localicé en el móvil.

—¿Fuera de la ciudad, grandullón?

—Si la ciudad es Van Nuys —repuso—. Acabo de terminar de hablar con una pequeña y asquerosa doctora acerca de los detalles de su práctica ginecológica.

—¿Marta Demchuk?

Silencio.

—¡Qué diablos! Si estabas escondido en una esquina no te he visto.

Le conté la historia de Beth Scoggins.

—¿Paciente de Allison? —comentó—. Cuestión de karma.

—Por desgracia, no estará disponible para la investigación.

—¿Por qué?

—Allison la está protegiendo.

—Tal vez podrías...

—No puedo.

Silencio.

—Está bien.

—¿Cómo has llegado a Demchuk? —pregunté.

—Cuanto más pensaba en esa clínica, másapestaba. Daney lleva a menores a abortar allí, probablemente las facturas estén manipuladas y él figura en la junta directiva con un título falso en teología. Realicé la misma búsqueda que tú, descubrí quién era el jefe y que la habían acusado de fraude. Investigué un poco más en el pasado, me enteré de que es ucraniana, tuvo que realizar tres veces el examen para licenciarse antes de aprobar. Así que ahora me estaba imaginando algún chanchullo ruso y he llamado a un tipo que conozco en el colegio médico. Por lo que sé, el aborto siempre ha sido cosa de Demchuk, empezó a practicarlo nada más obtener la licencia. Primero en otras clínicas, también dirigidas por ucranianos, después, hace nueve años se montó su propio sitio.

—Centro del Bienestar para la Mujer.

—El principal bienestar es el suyo —dijo—. Atiende principalmente a través del seguro estatal de asistencia sanitaria para personas de pocos recursos, tiene un gran volumen, se está forrando.

—Afirma ser una organización sin ánimo de lucro. Todos esos patrocinadores...

—Lo que quiere decir eso es que Demchuk lo registró como una organización sin ánimo de lucro y se puso a ella como empleada. Se embolsa un buen salario y la clínica nunca maneja dinero negro. Lo que la metió en problemas hace seis años fue llevar una facturación descuidada que originó alguna facturación duplicada. Ella alegó error administrativo, ignorancia de lo que su personal estaba haciendo, le suspendieron los privilegios de la facturación del seguro estatal durante sesenta días.

—Un pequeño azote —dije—. ¿Los amigos adecuados?

—Su marido es un importante abogado especializado en temas de inmigración, contribuye a causas políticas.

—De ahí las recaudaciones de fondos.

—De ahí. Fui a verla hace una hora. Se está embolsando siete cifras pero la decoración es genérica.

—Probablemente eso salga del bolsillo de los contribuyentes —comenté—. ¿La encontraste trabajando hasta tarde?

—Las luces estaban encendidas y el Mercedes de Demchuk era el único vehículo del aparcamiento. Hubiera entrado si no me hubiera dado cuenta de que había otro vehículo aparcado en esa manzana. Un Jeep blanco.

—¿Daney estaba allí?

—Justo allí. Estaba relajado en el asiento delantero, comiendo algo y, por la forma en que movía la cabeza, escuchando música. Di unas vueltas alrededor y aparqué a media manzana de allí. Veinte minutos después, Demchuk sale con una niña que se tambalea un poco. Daney sale del Jeep, rodea a la niña con el brazo, la conduce hasta el coche y se marchan. La reconocí. La niña que Cherish estaba intentando enseñar matemáticas.

—Valerie Quezada. Dieciséis años, con trastorno por déficit de atención con hiperactividad.

—Salta a la vista que le gustan jóvenes y vulnerables. La cosa es que su lenguaje corporal indicaba que a ella también le gustaba. Recostó su cabeza sobre su hombro. Antes de entrar en el Jeep, ella le besó la mano. Y todo esto justo después de haber abortado.

—Beth Scoggins dijo que se comportaba de forma dulce, atenta y aduladora. Hasta que se quedó embarazada, entonces, se puso severo y terminó con ella.

—Bueno, todavía no ha terminado con Valerie. Quiero decir que si encontrara la forma de hablar con ella, ella se callaría como una tumba. Y encima me dices que Scoggins no va a cooperar. Estoy atado.

—Beth me contó que una chica llamada Miranda fue su sucesora. ¿Hay algún nombre parecido en la lista de niñas acogidas?

—Lo comprobaré mañana —repuso—. ¿Así que Allison no se ha quedado impresionada por la magnitud de los delitos de ese canalla?

—Allison tiene que pensar en la salud mental de Beth Scoggins a corto plazo —afirmé—. Además, ahora mismo, no tengo mucha influencia sobre ella.

—¿Por qué no?

—Me vio con otros ojos y no le gustó.

—¿De qué hablas?

—Mentiras.

—¿Una mujer que todavía piensa que los hombres no mienten? —dijo—. Creía que le encantaban las historias policiales.

—Hasta que se acercó demasiado —repuse.

—¿De verdad crees que es una pérdida de tiempo intentar hablar con ella de nuevo? ¿Tal vez en un par de días?

—A ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Con el tiempo, puede que Beth decida hacerlo público.

—Con el tiempo, Daney va a preñar a más niñas.

No respondí.

—Está bien —dijo—. De todas formas, después de que Daney se marchara, Demchuk se quedó fuera y se encendió un cigarrillo. Abrigo blanco. Daba caladas al cigarrillo. Decidí arriesgarme, la abordé en la oscuridad, le enseñé la placa, la asusté, se le cayó el cigarrillo y se llenó el abrigo de ceniza. Pero se repuso muy rápido, se volvió reservada, me dijo que no tenía nada que decir y volvió dentro. La seguí, se puso a ladrar sobre las libertades civiles, me lanzó amenazas sin sentido, adopté una postura afectada y acabamos llegando a un entendimiento. Porque tampoco le preocupa Daney. Dice que es un tipo codicioso.

—¿Recibe comisiones? ¿Ella lo admitió?

—Ella afirma *nyet*, eso nunca formó parte del plan, simplemente se trataba de una situación mutuamente conveniente. Todo empezó cuando ella puso el nombre de él en el comité consultivo a petición de Sydney Weider. Algo relacionado con que Weider quería que él tuviera algo de credibilidad para una película. Poco después de eso, empezó a llevar a las niñas.

—¿Demchuk sospechó alguna vez que él era algo más que un padre de acogida preocupado?

—Ella lo negó pero, venga ya, todos esos abortos...

—¿Todos?

—El acuerdo al que llegamos es que cuando trinque a Daney procure hacer todo lo posible por mantener el nombre de Demchuk fuera de todo eso. A cambio, tiene que documentar todos los embarazos de las pupilas de Daney a los que ha puesto fin y colaborar con toda la información que se le solicite. Lo tenía todo allí en el ordenador y me lo imprimió. Nueve niñas en ocho años.

—Dios mío —exclamé.

—Como dijiste, el harén de menores de Drew. Este tipo es más que malvado.

—Tiene la mejor fuente de víctimas bajo su propio techo. Chicas abandonadas, con autoestima baja y problemas de aprendizaje y, probablemente, ya hayan tenido alguna actividad sexual. Las fecunda deliberadamente, se deleita destruyendo el feto. Y los contribuyentes lo pagan todo.

—Sin meternos en el debate de cuándo empieza la vida, Alex, básicamente es un asesino en serie prenatal, ¿no? ¿Cuál es la emoción?

Pensé en ello.

—Crear y destruir. Jugar a ser Dios.

—Nueve chicas —comentó—. Y ninguna de ellas se ha quejado.

—Es dulce; seductor, no coercitivo. Lo ata todo con la cuestión de la intimidad paternal. Cuando cambia de chica, ellas piensan que es culpa suya. Beth admitió sentirse celosa. Lo afrontó escapándose.

—Esa casa suya —dijo—, casa principal, garaje reformado y ¿ese edificio raro de ladrillos de cemento? Demasiadas edificaciones para tan poca gente. Estaba imaginándome que podrían ser dormitorios comunales para las niñas. Pero quién sabe lo que sucede allí dentro. No hay forma de que Cherish no lo supiera, ¿verdad?

—Beth dice que a Drew le encanta engañar a Cherish. Desde cosas tontas como comer donuts a escondidas, a dejarla con el trabajo tedioso y él echarse a la carretera con sus ayudantes.

—Está bien —afirmó—, puede que eso funcionara durante algún tiempo pero, al final, se enteró.

—Y empezó a acostarse con Barnett Malley.

—Su propia clase de pecado.

—¿Cómo llegó a mezclarse la codicia de Malley con Demchuk?

—Durante un tiempo había estado insinuando que quería su parte del pastel. Demchuk le prestaba dinero para distraerlo; pequeñas cantidades que nunca devolvía, ella calcula que unos tres o cuatro mil en total. Aunque, últimamente, se había vuelto más agresivo. Llegaba y pedía su parte directamente. Insistía en que él era su mejor fuente de clientes e insinuaba que

podría acudir a otra parte. Demchuk no es la clase de personas a las que le guste compartir. Y el momento escogido por Daney no podría ser peor porque Demchuk está lista para jubilarse, quiere vender la clínica. Ella pensaba que podría sobornarlo con un simple pago. Le comenté que vender la clínica sería difícil cuando todas las cosas malas sobre Daney salieran a la luz. Hice que sonara más inminente de lo que es en realidad. Demchuk intentó mantenerse en calma pero puedo decir que la dejé en estado de *shock*. Por eso estaba deseando entregarlo. Al igual que el feto abortado de Valerie Quezada.

—¿Los guarda?

—No, los tira a la basura de la parte de atrás, lo que constituye una violación del código de salud. Hice que lo recuperara y que lo pusiera en hielo seco, a continuación, lo llevé a la oficina del juez de instrucción para que lo almacenaran con las muestras de tejido de Kristal Malley, que es donde me encuentro ahora, respirando el aroma de la descomposición y bebiendo café del condado. Aún no sé nada de mi solicitud de ADN, pero ahora parece que tendré que enviar un nuevo paquete a Cellmark. Obtendremos el ADN de Daney del feto, tengo un regalito para la Unidad de Delitos Sexuales en Menores de Edad que acaban de poner en marcha en el centro.

—¿Vas a involucrarlos?

—Aún no —repuso—. No hasta que tenga más cerca a Daney por asesinato. Pero el tema de la pedofilia podría tener como resultado una buena condena.

—¿Durante cuánto tiempo puedes ocultarlo?

—Ocho niñas durmiendo en la calle Galton me quitan el sueño, pero no puedo arriesgarme a estropear las cosas haciendo movimientos sin tener pruebas. El primer punto que hay que tratar es conseguir ADN de Daney. ¿Alguna sugerencia sobre cómo abordarlo?

—Concierta una cita, manipula su ego. Has aceptado sus sospechas sobre Barnett Malley, pero Malley sigue siendo un hombre misterioso; pregúntale si tiene otras sugerencias.

—Esa parte es cierta. Seguimos investigando sobre Malley y no conseguimos averiguar nada de nada. Está bien, un cara a cara con el Dinámico Drew. ¿Y después qué? ¿Intentar robarle el cepillo de dientes para obtener la muestra?

—Esa es la parte fácil —observé—. Le gustan los donuts.

CAPÍTULO 36

A la mañana siguiente llovía y las temperaturas habían caído a unos diez grados. Por fin, Los Ángeles se preparaba para el invierno. Cuando Milo metió el coche de incógnito en el aparcamiento del Dipsy Donut a las diez de la mañana, el cielo estaba cerrado y el bulevar Vanowen olía a colada húmeda.

Drew Daney estaba allí, bebiendo café en la misma mesa de aluminio. En el mismo sitio donde se había sentado la primera vez; un hombre de costumbres.

Llevaba puesto un chaquetón de pana marrón, sus caderas descansaban sobre un periódico que había extendido para empapar la humedad del banco. Cuando nos vio, sonrió y saludó con la mano.

Sonrisa cálida. Extendía su barba plateada sin afeitarse. Sus ojos se fruncieron.

Era la cara de la maldad. Podía haber valido como modelo para un catálogo de herramientas.

Milo le estrechó la mano como si fueran viejos amigos.

—Buenos días. ¿No tiene hambre?

Daney le guiñó un ojo.

—Les estaba esperando.

—¿Qué tal si pillo un surtido?

—Suenan bien, teniente.

Milo se marchó y me senté enfrente de Malley. El trabajo que me había tocado era averiguar pistas no verbales y cualquier otra indicación

psicológica que pudiera descifrar.

Así es como lo veo, Alex, manipula su ego. Haz que se sienta de igual a igual... aunque no tengas parangón.

Vi cómo desaparecían los dientes de Daney al transformar su sonrisa en una boca cerrada.

—Gracias por reunirse con nosotros avisando con tan poco tiempo de antelación.

—Oiga, cualquier cosa que pueda ayudar. —Debajo del chaquetón llevaba un polo amarillo impecable, ajustado en la parte del fornido pecho. Musculatura bien desarrollada. Su cutis resplandecía y su mirada parecía tranquila.

Imagen de vitalidad; en ocasiones, con demasiada frecuencia, sucedían cosas buenas a la gente mala.

—¿Cómo le va a su esposa? —pregunté.

La pregunta le hizo pestañear.

—¿En relación con qué?

—Con la muerte de Rand. Parecía muy afectada.

—Naturalmente que lo estaba —afirmó—. Todos lo estamos. Es un proceso de duelo.

—¿Las niñas de acogida están afectadas?

—Por supuesto. Rand no estuvo con nosotros mucho tiempo, pero fue una presencia. Ya sabe cómo es.

—¿Afrontar la muerte?

—Eso y los niños en general —añadió—. Las etapas de crecimiento por las que pasan.

—¿Cuál es el rango de edad de sus pupilas?

—Todas son adolescentes.

—Vaya reto.

—Ya lo creo.

—¿Lo eligieron así?

—Somos masoquistas —afirmó riéndose—. En serio, mucha gente no quiere los problemas que acarrearán los adolescentes, así que Cherish y yo decidimos que ahí sería donde íbamos a centrar nuestros esfuerzos. —Se encogió de hombros como un niño—. De todas formas, a veces me lo planteo.

Puedo sentir demencia temporal.

—Me lo creo.

Miró hacia la tienda de donuts. Estaba hasta arriba de gente, como la primera vez.

—Rand acababa de pasar por la adolescencia —comenté—. Eso también podría haber sido un problema para las niñas.

—Claro —contestó rápidamente, pero sus ojos me indicaban que no me estaba haciendo caso.

—Similitud percibida —proseguí—. Hay un montón de información sobre cómo se relaciona con la empatía.

—¿Si podía pasarle a él, podía pasarme a mí? —comentó—. Claro, tiene sentido. Pero a lo que me estaba refiriendo era a los grandes problemas a los que se enfrentan. Sentido de identidad, autonomía. Y, por supuesto, creen que son inmortales. —Sonrisa irónica—. Hacíamos lo mismo a su edad, ¿no? Todas esas cosas que escondíamos a nuestros padres.

Forcé mi propia sonrisa. Intentando no pensar en lo que este tipo le hacía a la autonomía de las jovencitas.

Un chaval de trece años desangrándose en una sala de mantenimiento de una cárcel.

—Gracias a Dios que mis padres nunca se enteraron de algunas de las cosas que hice —comenté.

—¿Era un rebelde? —preguntó acercándose, embrujándome con esa mirada afectuosa de ojos oscuros, como si fuera la persona más importante sobre la faz de la tierra.

Sus dientes reaparecieron.

Carisma. Los psicópatas más habilidosos saben cómo utilizarlo con los ojos cerrados. En ocasiones, los más listos llegan a lo más alto. Aunque, al final, con frecuencia, se compensa el histrionismo superficial con la holgazanería y la dejadez.

Mantener relaciones sexuales con la mujer de otro en su cama marital.

Escribir y comercializar un guión redactado con alfileres, con la esperanza de que te convierta en un millonario de la noche a la mañana.

Fecundar a menores por entretenimiento y pasarle al estado las facturas de sus abortos.

Por todas sus artes manipuladoras, Daney se encontraba a kilómetros de distancia de donde quería estar, del estilo de vida que había soñado después de liarse con Sydney Weider: Brentwood, Aspen, *jets* privados y fantasías sobre la alfombra roja. Todas esas exclusivas conversaciones de alcoba revolucionándole el cerebro.

¡Mírame, mírame, mírame!

Ocho años después, en vez de todo eso, era un tipo de mediana edad que iba de un lado para otro cantando canciones de campamento y gorroneándole dinero a la doctora Marta Demchuk.

Un movimiento estúpido; Demchuk era fuerte y el embrujo meloso de Daney solo funcionaba con las víctimas más vulnerables.

Flexionó su robusta muñeca y se pasó la mano por su espeso y ondulado cabello.

—Nunca fui lo suficientemente rebelde como para meterme en problemas graves, pero tuve mis momentos.

—Apuesto a que sí.

—¿Y usted?

Dudó un instante.

—Qué va, fui un buen chaval. Puede que demasiado bueno.

—¿Chico de coro?

—Me criaron pensando que diversión era sinónimo de buenas obras.

—¿El hijo de un predicador?

—Bingo... —Un pensamiento ensombreció su cara.

Entonces, una sombra más grande, osezna, cubrió la mesa de aluminio.

Daney se giró para comprobar que era Milo el que se acercaba por detrás, sosteniendo una grasienta caja de cartón.

—Se les ha terminado el aceite.

—Huele que alimenta, detective.

Milo le dejó coger primero.

Uno relleno de mermelada. Igual que la otra vez.

Mientras masticaba con auténtico placer, me dije a mí mismo que tenía que detener el análisis, que puede que simplemente le gustaran los donuts rellenos

de mermelada.

Se limpió la barba, dio otro mordisco.

—¿No son los mejores?

—Placeres ocultos, reverendo —sentenció Milo y engulló un bocado del bollo.

Yo me puse a comer una danesa de manzana. Los coches salían y entraban del aparcamiento. El aire se volvió más cálido. Una bandada de palomas vino volando desde Vanowen y empezó a explorar los restos. Milo les echó una miga y se abalanzaron como buitres.

—Ya ha hecho su buena obra del día —comentó Daney.

Nos echamos a reír.

Simplemente éramos un grupo de hombres atiborrándose de comida basura, un día húmedo de Valley.

—¿Se le ha ocurrido alguna idea, reverendo? —preguntó Milo.

Drew Daney escaneó la caja de donuts, cogió uno rosa con virutas de chocolate.

—¿No han sido capaces de averiguar nada de nada sobre Malley?

—Ojalá. El tipo parece un fantasma.

—Supongo que cuadra —observó Daney.

—¿Con qué?

—Si tuviera un historial de comportamiento antisocial, querría borrar sus huellas.

—Bueno —dijo Milo—, si hay huellas graves las descubriremos.

—Parece muy seguro de sí mismo, teniente.

—Normalmente llegamos al fondo de la cuestión. Es solo cuestión de tiempo; pásame esa cosa de chocolate.

La caja estaba al alcance de Milo pero Daney se la acercó para complacerlo.

—En fin —dijo—, después de que me llamara anoche, me pasé un rato pensando en por qué Malley se volvería tan violento después de todos estos años. Lo único que se me ocurre es que Rand se convirtiera en algún tipo de amenaza para él. O que Malley percibiera a Rand de esa forma. Ahora bien, eso querría decir que ambos tenían contacto de alguna forma, así que miré la factura de teléfono para comprobar si Rand había realizado alguna llamada

por teléfono durante el fin de semana. No lo hizo. Así que a menos que hablara con Malley desde la cárcel o utilizara una cabina pública, no sé qué decirle.

—¿Cuál es la cabina más cercana a su casa? —preguntó Milo.

Los ojos de Daney se desviaron hacia la izquierda.

—¿Pueden rastrear sus llamadas?

—Claro.

—Bien —dijo Daney—, creo que hay una a unas manzanas en esa dirección —afirmó señalando hacia el este—. Nunca me he fijado. Hoy en día, con los móviles, ¿quién usa cabinas públicas?

—La gente sin dinero —replicó Milo.

—Um... supongo.

—A mí me parece que el dónde no tiene importancia —intervine—. Lo que nos interesa es el qué. Qué le dijo Rand a Malley.

Daney dejó el donut rosa en la mesa.

—Eso ha sido pura especulación por mi parte. Porque me han pedido que especulara. Por lo que sé, Malley simplemente enloqueció cuando se enteró de que Rand salía de la cárcel. Las viejas heridas se abrieron.

—O heridas que nunca se curaron —añadió Milo—. La forma en la que lo miró en aquella ferretería.

—Cierto —corroboró Daney—. Aquello fue bastante intenso. Aun así...

—¿Alguna señal de la furgoneta oscura?

Daney negó con la cabeza.

—Pero paso fuera mucho tiempo.

Milo apartó la vista, con aire distraído. Daney se le quedó mirando y, a continuación, volvió a su donut rosa pero no comió.

Dejé que el silencio creciera durante un rato y dije:

—Pongamos por caso que Rand le dijo algo a Malley que le hizo estallar. ¿Qué podría ser?

—Um... —dijo Malley—, supongo que no sería algo malintencionado. Y no veo a Rand poniéndose agresivo. En el fondo era un buen chico.

Esperó la reacción de Milo. Nada.

—Lo único que se me ocurre —prosiguió—, es que hubiera algún tipo de malentendido.

—¿Como por ejemplo? —planteó Milo.

—No estoy seguro de lo que quiero decir —repuso Daney—. Como he dicho, todo esto son suposiciones.

—Entendido —afirmó Milo—. Pero inténtelo, porque no tenemos nada más.

—Está bien —dijo Daney—, cuando llevamos a Rand a casa, estaba claramente preocupado, como ya les he dicho. La única explicación que se me ocurre es que siguiera teniendo sentimientos de culpabilidad. Tal vez intentó cerrar aquel capítulo reuniéndose con Malley cara a cara para pedirle perdón.

—O Malley acosó a Rand y le exigió que se disculpara —añadí yo.

—Claro. Eso también.

—Esto tiene más sentido para mí, reverendo —comentó Milo—. Malley sigue a Rand cuando sale de su casa para ir a la obra, consigue que suba a la ranchera, ya sea haciéndole creer que es de fiar, ya sea a punta de pistola. Entonces, algo; podría ser una disculpa exigida por Malley o cualquier otra cosa; sale mal. ¿Qué piensa, doctor?

—Tiene sentido —afirmé.

—Las aptitudes verbales de Rand eran deficitarias, detective —añadió Daney—. Puedo imaginármelo diciendo la cosa equivocada, formulando algo de tal forma que avivara la ira de Malley. Quiero decir, ¿no es así como se desencadenan la mayor parte de los asesinatos?

—¿Con un malentendido?

—Dos tipos en un bar —dijo Daney—. Una discusión que se les va de las manos. ¿No constituye eso la mayor parte del trabajo policial?

—Por supuesto —respondió Milo.

Daney le dio un mordisco al donut rosa. Se comió la mitad y lo dejó encima de la mesa.

—Hay algo más. Es algo poco probable, pero mientras especulemos...

—¿Y qué es eso?

Daney vaciló.

—¿Señor?

—Esto se remonta tiempo atrás, detective. A las vistas de los muchachos. Invertía mucho tiempo en el caso porque la defensa me pidió que estuviera allí de apoyo. Cherish y yo asistimos a todo y pude ver las pruebas.

—¿Algo de las pruebas no cuadraba? —preguntó Milo.

—No, no. No tiene nada que ver con eso. Lo que quiero decir es que en mi campo aprendes a observar. A la gente, sus reacciones. Algo parecido a lo que hace usted, doctor.

Asentí.

—Me siento un poco incómodo comentado esto —aclaró Daney—. No es algo que quisiera firmar y realmente no estaría nada cómodo figurando como la fuente. Pero si pudieran confirmarlo de otra forma...

Dejó de hablar. Se rascó la barba. Negó con la cabeza.

—Lamento hablar sin decir nada, pero es...

Sacó un poco la mandíbula, negó con la cabeza.

—No sé, puede que no sea buena idea.

—Estamos muy perdidos, reverendo —comentó Milo—. Cualquier cosa que pueda decirnos será de utilidad. Y si es algo que pueda confirmar por otras vías, le prometo que lo haré.

—Está bien —concedió Daney—. En primer lugar, quiero decir que nunca planteé esto porque los chicos cometieron el asesinato. Lo que no quiere decir que no pensara que merecían compasión. Pero todo el mundo había sufrido lo suficiente ya y, simplemente, no tenía sentido.

Se estiró a por otro donut. Escogió al azar y sacó uno de manzana. Con el pastel en la mano, vio cómo caían copos de masa encima de la mesa.

—El color de los ojos —comentó apenas perceptiblemente—. La pequeña Kristal tenía ojos marrones. Nunca me hubiera fijado, pero en el paquete de pruebas había fotografías de la pobre niña. Tanto viva como muerta. No fui capaz de ver las fotos de la autopsia. Las demás fotos eran fotos de bebé, la acusación iba a utilizarlas para generar simpatía, enfatizando lo pequeña y mona que era... bueno, esto es irrelevante. El hecho es que vi aquellas fotos pero, por aquel entonces, el hecho de que los ojos de Kristal fueran marrones no tenía mucha importancia. Hasta que me di cuenta de que tanto Lara como Barnett tenía ojos claros. Los de ella eran azules o verdes, no estoy seguro. Los de él eran azules, sin duda alguna. No soy un experto en genética, pero sé la suficiente ciencia como para saber que los ojos marrones son dominantes y que los padres de ojos claros normalmente no pueden tener hijos con ojos oscuros. Tuve mis sospechas pero, como he dicho, no había motivos para abrir aquella caja de Pandora, ¿a quién beneficiaría? Pero anoche, después de que

llamara y de que me pidiera que pensara seriamente en el caso, me metí en internet para confirmar y es improbable, por no decir imposible, que dos padres de ojos azules tengan una hija de ojos marrones.

Había hilado rápidamente el discurso y sus últimas palabras se habían convertido en un susurro, inaudible. Inhaló, exhaló y dejó el donut encima de la mesa.

—No quiero difamar a nadie, pero...

—Kristal no era hija de Malley —sentenció Milo—. ¡Vaya!

—Es la única conclusión lógica, teniente. Y esa podría ser la causa de la ira del señor Malley.

—Kristal tenía casi dos años —comentó Milo—. Podríamos pensar que Malley lo adivinó.

—A mí me pareció un ingenuo. Participaba en rodeos o algo así.

—¿Rodeos?

—Montaba, echaba el lazo o al menos eso es lo que oí —dijo Daney— de la defensa.

—Parece que la señora Weider investigó bien el pasado.

—Seguro. Era muy trabajadora y concienzuda. Me alegré de que le dieran el caso.

—¿Usted estaba implicado antes de que le dieran el caso a ella? —pregunté—. Creía que ella le involucró como persona de apoyo.

—En realidad, justo lo contrario —dijo Daney—. Yo la metí en el caso. No oficialmente, pero intervine.

—¿Cómo?

—Conocía a Troy de trabajar con él en la Ciudad 415. También conocía a la señora Weider de otro trabajo con menores que había realizado. Mi seminario tenía un programa, trabajar con adolescentes de las áreas pobres del centro, intentar que se involucraran en actividades de verano. En el transcurso, hice algunos contactos con la oficina del turno de oficio porque es ahí donde terminan muchos de nuestros chavales. Conocía a varios de los abogados de oficio, pero pensé que la señora Weider sería perfecta para los chicos. Porque ella era muy concienzuda. Le llamé y le pregunté que si podría ayudar. Ella repuso que había un sistema establecido pero que vería qué podía hacer.

—Como un favor hacia usted.

—En parte —repuso Daney—. Para ser sinceros, el caso la atrajo porque era notorio. Ella era muy ambiciosa.

—Y, después, ella le pidió que se quedara como apoyo —afirmó Milo.

—Exacto.

—¿Alguna vez le habló de lo del color de ojos?

—No, como he dicho, no veía el motivo.

Milo exhaló.

—Vaya... eso es una bomba, está bien. Gracias, reverendo.

—No me gusta contar chismes, pero...

—Así que piensa que Rand sabía que Kristal no era hija de Malley y se lo dijo a este último.

—No, no —repuso Daney—. No lo he llevado tan lejos.

—Pero podría haber sido así.

—No, sinceramente no lo creo, teniente. ¿Cómo iba a enterarse Rand?

—Igual que usted. Observando.

Daney negó con la cabeza.

—Rand no era tan observador. Pero incluso si él lo hubiera sabido, no tendría motivos para soltárselo en la cara a Malley.

—Entonces, ¿qué?

—Lo que quiero decir/y esto es totalmente extraoficial, es que puede que Barnett Malley no fuera totalmente una víctima.

Daney se estremeció, alejó lo que le quedaba de donut.

—Siento como si... me hubiera metido en un jardín y no estoy nada cómodo. Lo siento. —Se subió la manga y miró detenidamente la esfera negra del reloj deportivo. Milo colocó una mano sobre su brazo. Esbozó su sonrisa lobuna. Daney se puso tenso un instante. Relajó los hombros y nos lanzó una mirada de aflicción.

—Tengo ese sentimiento de desazón, como cuando uno va demasiado lejos, ¿entienden?

—Está diciendo —añadí— que Malley descubrió que Lara lo había engañado, acumuló una gran cantidad de rabia y decidió actuar en contra de Kristal.

—No quiero decir nada más —repuso Daney—. Porque estoy asustado y no me da vergüenza admitirlo.

—¿Asustado de Malley? —preguntó Milo.

—Mucha gente depende de mí, detective. Por eso no me lanzo en paracaídas, ni monto en moto, ni hago alpinismo.

—¿Echa de menos todo eso?

—Ya no —contestó Daney—. Tengo que irme...

—Es una perspectiva completamente nueva, Milo. —Miré a Daney—. ¿Malley conocía a Troy y a Rand antes del asesinato?

—Y yo qué sé —dijo Daney.

—Lara iba al centro comercial con frecuencia, igual que los chicos. Así que Barnett también habría tenido oportunidad de verlos. —Me giré hacia Milo—. Salían por los recreativos. Puede que a Malley también le gustaran los videojuegos. Al ser un ingenuo...

Ambos miramos a Daney.

—Es posible —dijo.

—¿Troy y Rand —planteó Milo— nunca mencionaron que conocían a Malley? ¿Después de que los arrestaran?

—Troy, sin duda alguna, no —aseguró Daney—. Yo no hablé mucho con Rand, era poco expresivo por aquel entonces. ¿Verdad, doctor?

—Sí —corroboré—. Pero siempre tuve la sensación de que ocultaba algo.

—A la defensiva —comentó—. Sí, yo también tuve la misma sensación.

—Frustrante.

—Intenté que se abriera —dijo Daney—, pero al no ser psicólogo, no quise meterme en terreno desconocido. Al fin y al cabo no importaba porque el caso se cerró óptimamente. O así lo creí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Milo.

—Mire lo que le ha pasado a Troy. Y a Rand.

—Entiendo a lo que se refiere, reverendo. Sobre lo de que Rand no es muy perspicaz. Pero si en realidad él supiera que Malley tenía algo de culpa, ¿lo ocultaría durante ocho años?

—Tal vez —afirmó Daney—. Estaba confundido. —Se levantó rápidamente—. Lo siento, esto se está complicando demasiado y no hay nada más que pueda decirles. Si al final les ayuda, estupendo. Pero, por favor, mantengan mi nombre fuera de todo esto.

Se pasó la mano por la camisa como quitándose la suciedad.

Milo se levantó y se volvió hacia él, utilizó su altura para sacar partido.

—Por supuesto, señor. Yo no perdería mucho sueño porque, para ser sinceros, no veo cómo podríamos utilizar todo esto.

Daney se le quedó mirando.

—Como ha dicho, es demasiado especulativo —añadió Milo.

Daney asintió.

—Buena suerte. —Se dio media vuelta y empezó a andar.

—Quiero decir que la única vez que podría ser relevante —dijo Milo—, sería si encontrásemos pruebas físicas sólidas sobre Malley y lo encerrásemos entre rejas. Entonces, le pediríamos que declarase.

Daney se detuvo. Esbozó una ligera sonrisa.

—Si eso sucediera, detective, estaría encantado de hacer lo que me corresponde.

CAPÍTULO 37

Milo se quedó mirando cómo se marchaba el Jeep blanco.

—Desearía que hubiera una ducha cerca.

Sacó una bolsa de pruebas de su maletín, se puso guantes, cerró la taza de café de Daney y la introdujo en la bolsa. En una segunda bolsa introdujo el donut rosa que estaba a medio comer.

—Se lo estaba zampando justo antes de que nos obsequiara con sus poco consistentes comentarios sobre el color de los ojos. Su apetito alcanzó el punto máximo porque estaba enardecido por el juego.

—Hacernos saber que el vaquero no era el padre de Kristal, creyendo que estaba siendo sutil.

—Era una emoción doble: se sitúa como héroe de la historia, dándote información vital, e incrementa la atención sobre Malley.

—Nos dice que Malley es antisocial, cubre sus huellas.

—Eso pudo haber sido algo más que una estrategia para desviar la atención —comenté—. Ha atribuido su propio comportamiento a Malley, de forma consciente o inconsciente.

—Ha tapado algunas de sus propias huellas.

—Las mentiras no empezaron con su solicitud para entrar en el seminario. La imagen que vende es la de un tipo divertido son un lado sensible y espiritual. Mientras pedías me contó que fue un niño bueno criado en la iglesia. Sería interesante saber cómo fue su niñez de verdad.

Guardó las bolsas en el maletín.

—Es hora de investigar más profundamente. Estaría bien que fuera más

productivo que mi búsqueda sobre Malley. No encuentro ninguna póliza de seguro a nombre de Lara o de Kristal, parece que el vaquero está utilizando su nombre y su número de la seguridad social de verdad, no tiene antecedentes penales y no posee ningún inmueble. Pude localizar su partida de nacimiento en Alamogordo, Nuevo México, pero la policía local no lo recuerda y ya no vive ningún Malley allí. Puede que se me escape algo, el Departamento no cuenta con los nuevos adelantos de la informática...

Cogió su móvil de la mesa, marcó un número y preguntó por Sue Kramer.

Dos segundos después:

—¿Nancy Drew? Soy Joe Hardy. Escucha, no sé cómo está tu agenda, pero... ¿en serio? Excelente... escucha, Sue, todas esas cosas que vosotros, los figuras privados, podéis hacer y yo no... todo eso de la alta tecnología... sí, exacto, necesito que un par de tíos lo investiguen... a él y también al asesor espiritual, Daney... Digamos que se ha vuelto interesante... Lo de siempre y cualquier otra cosa que se te ocurra... cuanto antes mejor, te pagaré de mi propio bolsillo... no, no, mándame una factura detallada... en serio, Sue... vale, está bien, pero mándame algo... Gracias, que tengas un buen día, que los vientos te sean propicios.

Al cortar dijo:

—Su vigilancia en Beverly Hills acaba de terminar. Vio a la viuda coreana entrar en el apartamento y encontró a la señora rezando en una especie de santuario, gritando cuánto quería a su marido y por qué se había tenido que suicidar. Así que lo del suicidio se sostiene y Sue empezará a investigar mañana, en cuanto vuelva de un pequeño descanso.

—Los vientos —comenté—. ¿Vela? —Me puse a pensar en su pequeña aventura como detective privado, durante una suspensión del Departamento de Policía de Los Ángeles. El incremento de ingresos. La enfermedad del aburrimiento. Cuando el Departamento lo readmitió, volvió a casa como un perro adiestrado.

—Va a navegar en su nuevo barco —contestó—. A surcar los siete mares.

—¿Echas de menos la investigación privada?

—¿La ausencia de papeleo y de rigidez paramilitar? ¿La oportunidad de ganar dinero de verdad? ¿Por qué diablos iba a echar eso de menos? —Se quedó mirando el móvil, lo apagó—. El comentario que hizo Daney sobre que

parecía muy seguro de mí mismo, ¿de qué se trataba?, ¿de una pulla?

—O de sonsacar información. O ambas —dije—. Claramente estaba intentando sonsacar información cuando desvió la conversación al tema de las cabinas de teléfono. Tu comentario sobre lo de ser capaz de rastrear las llamadas de las cabinas hizo que se le salieran los ojos de las órbitas.

—Sí, me percaté de eso.

—Rand me llamó desde una cabina, pero Daney no hubiera tenido forma de caberlo a menos que hubiera estado allí.

Sus ojos se entrecerraron hasta quedarse convertidos en dos pequeñas incisiones.

—Daney estaba con Rand el día que murió.

—O cerca de él y vio cómo Rand realizaba la llamada —comenté—. Lo que me lleva a pensar: ¿y si se inventó la historia de la ranchera negra para desviar la atención del hecho de que fue él, no Barnett, quien siguió a Rand? Cherish nos contó que él no estuvo en casa aquella tarde.

—Estuvo fuera realizando uno de sus trabajos temporales benéficos. —Se pasó el móvil de una mano a otra. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Se frotó la cara.

Al final, dijo:

—Daney se cargó a Rand, no Malley.

—El único motivo por el que nos centramos en Malley fue porque Daney nos llevó en esa dirección.

—Eso y que la suegra de Malley dijo que era un asqueroso traficante que tenía mano dura con Lara.

—Un asqueroso traficante sin antecedentes penales o alias conocidos, que utiliza su propio número de la seguridad social —añadí—. Que tiene sus armas legalmente registradas. En cierta medida, Nina Balquin fue un referente sobre la forma de ser de Malley. Ella no lo podía ver ni en pintura pero nunca sospechó que él fuera el asesino de Lara.

Introdujo su móvil en el bolsillo. Se quitó los guantes, cogió un pastel de almendras con forma de garra de oso y se puso a masticar, arrojando migas.

—Sigue pendiente el tema del color de los ojos. Malley tenía que saber que no era el padre de Kristal.

—Puede que Daney tenga razón sobre él y sea demasiado ingenuo para

adivinarlo. Pero aunque lo supiera, a menos que descubramos algo psicópata en su pasado, hay un largo trecho hasta matar a una niña de dos años.

—A diferencia de Daney, que sabemos a ciencia cierta que es un tipo muy malo.

Asentí.

—También es posible que Malley supiera lo de la paternidad de Kristal y no le importara.

Dejó encima el pastel de la mesa.

—¿El tipo no tiene problemas para criar al hijo de otro? Eso es un trecho de otro tipo.

—Los Malley tuvieron problemas de fertilidad durante años. Al final Lara se quedó embarazada, pero ¿y si el problema de la fertilidad se debiera a Barnett y él acabara aceptando la idea de un sustituto?

—¿Dejó que otro tío preñara a Lara?

—O Lara se acostó con alguien, se quedó embarazada y Barnett lo aceptó. Si las sospechas de Balquin sobre la droga son precisas, Lara y Barnett se podrían haber comportado de forma diferente. Promiscuidad, intercambio de parejas. C), simplemente, la infidelidad de toda la vida.

—¿Ella se queda embarazada en una orgía y Barnett le deja que se lo quede? Eso es muy tolerante, Alex.

—Probablemente tengas razón. Pero, en cualquier caso, ahora que sabemos la verdad sobre la personalidad de Daney, no podemos ignorar que él pudiera cargarse a Rand. No nos ha estado conduciendo a Malley por cumplir con sus deberes cívicos.

Le dio otro mordisco al pastel de almendras. Hizo una mueca y lo dejó a un lado.

Bebí café. Chapoteó en mi estómago. Cuando mis pensamientos se desarrollaron, me quemaron como un desatascador de desagües.

—Daney nos contó otro chisme que no debería conocer: que Malley participaba en rodeos. Afirma que Sydney Weider se lo contó y puede que así fuera. Pero me leí toda la documentación del juicio y en ningún lado se mencionaba. De hecho, sentí que Weider no prestaba ningún tipo de atención a los Malley. Daney está jugando con nosotros, Milo. Y está metiendo la pata, como suelen hacer los psicópatas, porque va de listillo.

—Daney se cargó a Rand —repitió, con la mirada perdida en el vacío—. Encaja a la perfección.

—Una cosa más: si los chavales conocían o no a Lara y a Barnett sigue siendo una pregunta sin resolver. Pero uno de los dos conocía seguro a Daney. Troy era un psicópata en ciernes. Daney es la versión adulta. Júntalos y no hay duda sobre quién movería los hilos.

—Daney hizo que Troy matara a Kristal.

—Y ahora te ayuda a solucionar el caso.

—Tío, mira que eres retorcido.

—Eso me han dicho.

—Supongo que es como esos pirómanos que vuelven a la escena y rescatan a gente —comentó—. O como una de esas madres con síndrome Munchausen que salen corriendo para reanimar a sus hijos.

—Encaja con el comportamiento de Daney —afirmé—. Me imagino que es importante para él. Aparentemente, es un hombre de fe, un incansable trabajador social con jóvenes, cuidador de adolescentes oprimidos. Mientras pedías, me soltó un montón de psicología barata, me dijo que él y Cherish acogían adolescentes porque nadie los quería. Si no lo conociera, me lo hubiera tragado. Mientras tanto, estafa al gobierno, seduce a menores y las fecunda intencionadamente, librándose de los abortos e intentando sacar tajada de los honorarios.

—Menuda joya... por lo menos, cuando tengamos la confirmación del ADN le tendremos por la violación de una menor, Valerie Quezada. —Sacudió la cabeza—. Otra entrevista y es nuestro nuevo Hitler. ¿Qué dice eso de la culpabilidad o inocencia de Cherish?

—No lo sé. Su relación es una gran incógnita.

—Daney es un ser despreciable —dijo—. Pero hablando de incógnitas, ¿por qué quería a Kristal muerta?

—Porque Kristal sobrevivió —contesté.

—¿Sobrevivir a qué?

—Simplemente sobrevivió. Daney tiene algún tipo de problema con que su progenie sobreviva y respire.

—¿Daney era el padre de Kristal? ¿De dónde has sacado eso?

—Otro trapo sucio. —Me toqué la frente—. Piénsalo: a Daney le encanta

jugar a ser Dios. Dar vida y destruirla. Sabemos que sus hazañas sexuales fueron más allá de sus pupilas adolescentes; Sydney Weider. ¿Por qué no habría otras mujeres casadas? ¿Por qué no jugar con ellas al juego del embarazo también? Tu puntualización sobre un asesino en serie prenatal era correcta. Y los asesinos en serie necesitan mayores cantidades de estímulo.

—De un feto a una víctima mayor —observó.

—Hay madres así —comenté—. Se quedan embarazadas una y otra vez pero no soportan la maternidad. También hay padres. ¿Cuántos casos se oyen en los que el novio o el padre zarandea demasiado fuerte al bebé? Siempre pensamos que es algo impulsivo, escaso control de la ira. Pero tal vez no sea así. Sucede seguro con los primates. Las madres de los chimpancés siempre defienden a sus crías de padres agresivos.

—Creo, destruyo... pero seducir a adolescentes vulnerables es otra cosa, Alex. Dejar embarazada a una mujer casada es un descuido enorme lo mires por donde lo mires.

—Un agujero en el condón o algún otro truco. Beth Scoggins cree que Daney la drogó. Puede que lo hiciera siempre. Y, en cierto sentido, las mujeres casadas serían un objetivo más fácil que las adolescentes. Porque convencerlas de abortar sería pan comido. Hasta que Daney se encontró con una mujer casada que se resistió. Porque ella ansiaba tener un hijo desde hacía mucho tiempo.

—Lara —afirmó.

—Daney tiene ojos marrones. Quiere que pensemos que es don Observador, pero no descubrió por casualidad el tema de la genética.

—Y ahora me lo suelta en la cara con esa falsa falta de importancia. Dios mío.

Me incliné y di unos golpecitos en su maletín.

—Mientras estés en el caso, te sugeriría otras pruebas de ADN.

Cogimos la 101 en dirección a la 5 Sur, rumbo a la salida de la calle Mission. Milo conducía demasiado rápido, parecía distraído.

—Si Malley es inocente, ¿por qué no quiere hablar conmigo?

—El sistema le falló, está quemado... Quién sabe. La propia lógica está a

su favor: si estuviera escondiendo algo, ¿querría convertirse en sospechoso?

—Supongo —dijo—. Pero todavía no me siento cómodo dejándolo de lado. Aunque se descubra que Daney es el padre de Kristal.

—Oye —repuse—> no se puede desperdiciar una mente abierta.

Se rió. Agarró el volante y aceleró un poco más, miró el maletín del asiento de atrás.

—De repente surgen todas estas posibilidades. Tengo que confesarte algo: si Daney hizo todo lo que crees que hizo, me he topado con un nivel de maldad que me asusta.

—Eres humano.

—Solo en días alternos. —Miró de nuevo al maletín. El coche de incógnito mantuvo la trayectoria—. En cualquier caso —dijo—, el móvil para el asesinato de Rand es el mismo, cubrir la verdad sobre Kristal. Pero aún queda el problema de cómo lo descubrió Rand. Y el hecho de que Kristal tenía casi dos años, tela con los abortos tardíos. Si Daney siente ese deseo psicópata de acabar con su propio esperma, ¿por qué esperó tanto?

—Tal vez estuvo insistiendo a Lara para que abortara. Ella se enfadó, se negó y rompió su relación. Daney tuvo que mantenerse al margen pero no aceptó perder. Siguió fantaseando. Confabulando. Encontró a un chaval de trece años a quien podía contratar para matar.

—Lara de compras en el centro comercial, los chicos en los recreativos.

—Otra posibilidad —añadí— es que la relación de Lara y Barnett se volviera cada vez más complicada y ella decidiera abandonarlo. Porque ella tenía sus propias fantasías.

—Enganchar al bueno de Drew.

—El tipo que lo conseguiría biológicamente. Pero presionar a Drew hubiera sido un error fatal.

—Manda matar al chico. Y se carga también a Lara.

—O lo de ella se trata realmente de un suicidio. Ella tuvo un presentimiento de por qué Kristal había sido asesinada, no pudo ir a la policía porque eso la hubiera implicado a ella. Su depresión se agravó y se suicidó.

—¿Disparo en la cabeza en el coche? —preguntó—. ¿Igual que Rand? A mí eso me suena a que ambos asesinatos fueron realizados por la misma persona.

—O quienquiera que matara a Rand imitó el suicidio de Lara.

Se dio con los nudillos en la sien, hizo un cambio brusco de carril y aceleró.

—Sin perjuicio de la personalidad de Daney, Malley es el que tenía las armas y fue una de ellas la que mató a Lara. Y también siente cierta atracción por las mujeres de otros.

Golpeó el salpicadero.

—A ver qué te parece esto para un guión: los Malley no eran los únicos que hacían intercambios de pareja. Conocieron a Drew y a Cherish en una fiesta de intercambio. Drew y Lara cogieron rumbos distintos, pero Malley y Cherish todavía siguen juntos.

Me quedé pensando en ello.

—Eso podría ayudar a explicar que Barnett aceptara el embarazo de Lara. Si fuera el producto de una escena de grupo, la amenaza estaría despersonalizada.

—Todo influye —dijo—. Sea como fuere, de ningún modo voy a tachar al vaquero de mi lista.

Aparcamos en el aparcamiento de la oficina del juez de instrucción y entramos en el edificio norte. Milo habló con Dave O'Reilly, un hombre delgado, de cara roja y pelo blanco, de intelecto agudo y perspicaz, y pidió las muestras de tejido de Kristal Malley y del feto abortado de Valerie Quezada.

—Acabas de traer lo de Quezada —comentó O'Reilly—. ¿Ha ocurrido algo?

—No quieres saberlo.

—Estoy seguro de que no. Está bien, llamaré abajo y haré que lo guarden en una bolsa de conservación y en una caja de poliestireno con etiqueta de riesgo biológico.

—Totalmente oficial —afirmó Milo—. Me gusta eso.

—A mi me gustan las morenas altas y delgadas, de grandes pechos naturales.

Volvimos al coche. Milo puso la caja en el maletero, junto con el maletín y arrancó el motor. De la parte trasera del edificio, salió una camioneta blanca

de la oficina del juez de instrucción y atravesó el aparcamiento antes de girar hacia Mission.

—¿Tú y Daney solos en una sala de interrogación?

—Yo y cualquier otra persona con la que deseara estar a solas en una sala de interrogación. —Enseñó los dientes—. ¿Crees que Daney decía la verdad sobre lo de conocer a Weider de antes del asesinato?

—¿Por qué iba a mentir?

—Por envanecerse, por dárse las de héroe otra vez —dijo—. Como si tuviera importantes contactos en la oficina del turno de oficio, como si hubiera planeado y organizado toda la defensa.

—Es bastante fácil de comprobar —añadí—. Y si estaba diciendo la verdad sobre lo de trabajar con adolescentes de las áreas pobres del centro, me interesaría un delincuente en particular, distinto a Troy.

—Néstor Almeida.

—Y el entregado abogado que defendió sus derechos.

No es tan fácil de comprobar.

Permanecimos sentados en el aparcamiento de la oficina del juez de instrucción y Milo llamó a la oficina del turno de oficio. Varias remisiones después, consiguió hablar con un supervisor. Fui testigo de cómo la amabilidad se transformaba en adulación y, a continuación, degeneraba en amenazas encubiertas. Colgó gruñendo.

—Lo único que quiero es lo que figuraría en un archivo judicial normal si Néstor no fuera un menor y el caso no estuviera cerrado. Al final podría obtenerlo si me paseo lo suficiente por el Hall of Records, pero eso llevaría tiempo. Bastardos obstruccionistas. Odian a los policías y todo lo que sea bueno y auténtico.

—Inténtalo con Lauritz Montez —propuse.

—¿Le gustan los polis?

—Es vulnerable y pusilánime.

La llamada a la oficina de Beverly Hills de Montez fue atendida por un contestador.

Cogí el teléfono, marqué 411 y pedí el número de teléfono de la clínica

odontológica del doctor Chang en Alvarado. No había nada más efectivo con el personal de un médico que tender un doctorado. Tenía a Anita Moss al otro lado del teléfono en cuestión de segundos.

—¿Cómo puedo ayudarle, doctor?

—Señora Moss, estuve con el detective Sturgis el otro día...

—¿Con él? ¿Usted no es policía?

—No, soy psicólogo. Asesoró a la policía...

—Lo siento, estoy ocupada...

—Solo una pregunta y la dejaré en paz. ¿Qué abogado defendió a Néstor del cargo de homicidio?

—¿Por qué?

—Podría ser importante. Lo descubriremos de todas formas, pero usted podría agilizar las cosas.

—Está bien, está bien. Una señora rubia —dijo—. Con un nombre gracioso; Sydney no sé qué.

—Sydney Weider.

—Presionó muchísimo a mi madre para que asistiera a la vista, a pesar de que mi madre no estaba bien de salud. Le ordenó que se sentara donde el juez pudiera verla y que llorara un montón. Le dijo a mi madre que tendría que subir al estrado cuando llegara el momento de que Néstor fuera condenado y mentir sobre lo buen hijo que era Néstor y, entonces, llorar otro tanto. Preparó a mi madre como si fuera tonta. Como si ella no se pasara ya todo el tiempo llorando.

—Preparó una defensa agresiva.

—Supongo —repuso—. Siempre pensé que lo hacía más por ella; por ganar, ¿sabe lo que digo? Si le hubiera preocupado mi madre, no le hubiera dado órdenes de aquella manera. De todas formas, no sirvió para nada. Néstor era culpable y llegaron a un acuerdo con el juez. Lo que a mí me pareció bien. No quería que mi madre llorara delante de desconocidos.

—¿Un hombre llamado Drew Daney estuvo implicado en el caso de Néstor?

—Me resulta familiar, pero...

—Un estudiante de teología y un trabajador social...

—Ah, sí, él. El tipo religioso —afirmó—. Unos meses antes de que Néstor

matara a ese traficante, lo enviaron a un programa de desintoxicación y el tipo religioso trabajaba allí. ¿Ha hecho algo malo? Porque eso me sorprendería.

—¿Por qué?

—Me caía bien. Parecía muy sincero con lo de querer ayudar a Néstor.

—Lo pone todo en su sitio, ¿no crees? —observó Milo, saliendo del aparcamiento.

—Daney visita a Troy en Stockton —dije—. Aprovecha la oportunidad para visitar a Néstor y le tiende una trampa a Troy.

—Mientras tanto, Rand está en Chino. ¿Crees que por eso Daney lo dejó en paz? ¿Por qué no tenía allí a ningún menor como asesino a sueldo?

—Más bien Rand no supuso ninguna amenaza. Hasta que lo fue.

Volvió a la autopista.

—¿Estás de humor para ejercer tu profesión?

—¿Con quién?

—Con una mujer loca.

CAPÍTULO 38

Sydney Weider abrió la puerta de la entrada principal con una camiseta blanca sucia, con el logo de un delfín saltando del club Surfside Country encima del pecho izquierdo, pantalones cortos de deporte grises y los pies descalzos. Más de cerca, su cara estaba pálida, enmarcada verticalmente por arrugas que empezaban en el extremo de los ojos y terminaban en las comisuras de sus labios. Tenía las piernas blancas, con varices, y los pies con padrastrós y mugrientos alrededor de los tobillos.

Abrió la boca en señal de sorpresa.

—Señora —dijo Milo enseñándole la placa.

Le cruzó la cara con una fuerte bofetada.

Al llevarla arrastras al coche de incógnito y esposarla, mientras ella bufaba y se retorció, al otro lado de la calle se oyó un pestillo y una mujer salió corriendo de una preciosa casa colonial de contraventanas negras.

La misma vecina que hacía unos días había visto a Weider gritándome.

—Ya estamos —murmuró Milo—. ¿Dónde está la maldita cámara de vídeo?

Weider se puso a bramar y lanzó su cabeza contra el brazo de Milo e intentó morderle. Él la sostuvo a una distancia prudente.

—Abre la puerta, Alex.

Mientras lo hacía, la mujer de enfrente aceleró el paso hacia nosotros.

Treinta y muchos, coleta rubia, buen cuerpo, pantalones negros ajustados

para bicicleta y una camiseta de tirantes verdemar. Sus facciones eran del estilo de las de Grace Kelly. Sydney Weider de joven, en tiempos mejores.

Parecía furiosa; un aplauso para la vigilancia del vecindario.

Cuando se acercó, Milo dijo:

—Señora...

—¡Bien hecho! —exclamó—. ¡Esa bruja grita a todos los niños y los aterroriza! ¡Nos amarga la vida a todos! ¿Qué ha hecho para que ustedes finalmente decidieran actuar?

Sydney Weider escupió en su dirección. El escupitajo aterrizó en la acera. La mujer dijo:

—Es usted repugnante, como siempre.

Antes de que Weider pudiera responder, Milo le presionó la cabeza hacia abajo, consiguió meterla en el coche y cerró la puerta. Tenía la cara sonrojada.

—¿Qué ha hecho? —repitió la mujer—. Ustedes me dijeron que no había nada que hacer...

—No puedo hablar de eso, señora. Ahora, si nos disculpa...

Pum, pum, pum, mientras Weider golpeaba la ventana.

La mujer de la coleta dijo:

—¿Ven? Está loca. Tengo una lista para ustedes. Denme un número de fax.

—¿Tantos problemas ha ocasionado? —pregunté.

—Todo el mundo se regocijará cuando se haya marchado. Haremos una fiesta en el vecindario. Si un niño toca su césped, sale y se pone a gritar como una loca. El mes pasado, lanzó un cuchillo de cocina a Poppy, y Poppy no es uno de esos sharpéis agresivos, no puede ser más bueno, pregunten a cualquiera, se lo confirmará. Corre por la calle, de un lado a otro, como si fuera un heraldo de la muerte; está loca, créanme, totalmente loca. Estoy segura de que todo el vecindario estaría encantado de facilitarles un informe, hacer una declaración o cualquier otra cosa.

—Se lo agradezco, señora —repuso, Milo.

—Adiós y hasta nunca —dijo la mujer mirando a través de la ventana. Sydney Weider estaba tumbada boca arriba con los pies en alza. Empezó a golpear de nuevo la ventana. Tenía los pies descalzos, pero golpeaba lo suficientemente fuerte como para que el cristal temblara.

—Deberían atarla de pies y manos —observó la mujer—, como en la serie

Cops.

Mientras nos alejábamos en coche, otras puertas se abrían pero nadie se asomaba.

Sydney Weider gritaba sin mediar palabra y reanudó el golpeteo en la ventana. Milo detuvo el coche, aparcó, sacó un juego de bridas del maletero y se defendió de las chirriantes fauces y los despiadados pies de Weider mientras intentaba atarle los tobillos. Salí y sujeté los talones de Weider. Otra divergencia más del ejercicio profesional aceptado del psicólogo.

Por último, consiguió tumbarla sobre su estómago y ceñir las bridas. Ella se retorció, echó espuma por la boca y se golpeó la cabeza contra la puerta mientras el coche arrancaba de nuevo. Diatriba llena de palabrotas; todos esos años en la facultad de derecho analizando y componiendo frases elegantes tirados a la basura.

Me dio lástima.

Cuando Milo llegó a Sunset, ella se quedó en silencio. Jadeos y, después, resoplidos inundaron el coche. Miré hacia atrás. Seguía tumbada sobre su estómago. Ojos cerrados, inerte.

Me imaginé que la llevaría a los calabozos de la comisaría de Westside, pero condujo dirección este a través de Palisades y giró hacia el parque Will Rogers State.

Una voz de niña pequeña de la parte de atrás dijo:

—Solía montar a caballo aquí.

—Enhorabuena —dijo Milo.

Segundos después:

—¿Qué he hecho para enfadarle tanto?

—¿Qué le parece asaltar a un agente de la policía?

—Ah... —dijo—. Lo siento, lo siento de verdad, no sé qué ha pasado, me asustó, pensé que mi marido le había enviado para torturarme, uno de esos agentes judiciales, una vez en Halloween me envió un agente judicial disfrazado de duende, abrí la puerta para lo de truco o trato y el duende me

lanzó los documentos judiciales y cuando yo se los lancé a él, me agarró por el brazo, eso fue una agresión en toda regla, créame, mucho peor que lo que hice, soy abogada, sé qué constituye agresión cuando lo veo, escuche, no quería pegarle de verdad, me estaba defendiendo, me asustó de verdad.

No paró para coger aire. La vecina había hablado de las carreras de Weider por todo el vecindario. La recordaba como una persona que hablaba muy rápido y Marty Boestling la había llamado maníaca.

El único maratón que había estaba en su cabeza.

—De verdad —prosiguió—. Sé lo que he hecho, lo veo perfectamente y lo siento mucho, mucho, mucho.

Estacionamos en el aparcamiento casi vacío que daba a los campos de polo.

—Ya no hay caballos, todo se va al garete en esta ciudad. Por favor —añadió Sydney—, simplemente quítame estas cosas, odio estar atada, lo odio de verdad.

Milo apagó el motor.

—Por favor, por favor, prometo comportarme adecuadamente.

—¿Por qué debería creerla, Sydney?

—Porque soy una persona sincera, sé que he actuado irracionalmente, pero ya se lo he explicado, se trata de mi ex, nunca para, nunca dejará de hacerme la vida imposible.

—¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo? —pregunté.

—Solo las cosas de los pies, por favor. Duele, doblan mis piernas de mala manera, estoy encogida, me cuesta respirar.

Milo salió del coche, le quitó las bridas, la sentó, con cuidado de mantenerse alejado de sus dientes.

Weider sonrió, se retiró el cabello, se vio guapa durante un patético segundo.

—Gracias, gracias, es un encanto, muchas gracias, ¿qué tal si también me quita las esposas?

Milo volvió al asiento delantero.

—Bueno, ¿cuánto tiempo lleva su ex atormentándola?

—Desde siempre, pero a lo que me refiero es desde el divorcio, desde

hace siete años, siete largos años de tortura incesante, después de que me lo quitara todo, me quitó todo lo que mi padre me dejó, mi padre era productor de cine, uno de los peces gordos de Hollywood, y ese bastardo sabía dónde se guardaba todo, me saqueó, me saqueó como si se tratara del peor disturbio de la historia de Los Ángeles, teníamos una casa, coches, muebles de Angelo Donghia, alfombras de Sarouk, de todo, a primera vista teníamos una vida estupenda...

—¿Cómo es que el señor Boestling se enfadó tanto?

—¿Usted que cree? Es judío —dijo Weider—. De los de ojo por ojo, de los que no te dejan en paz hasta que te han exprimido la última gota.

—¿De qué quiere vengarse?

—De que sea superior, de que sea... es complicado, nunca será feliz, está consumido. ¿Por qué? Por hacerme pagar y pagar y pagar por aquellas personas, es todo cuestión de dinero, me difama, le dice a todo el mundo que estoy loca, que soy maniacodepresiva, simplemente porque mi energía es superior a la suya, él nunca...

Se detuvo de forma abrupta.

—Usted. El psicólogo. Usted puede comprobar que estoy bien.

Sus ojos estaban encendidos de locura.

—Claro —repuse.

Los párpados de Milo vibraban. La marca que Weider le había dejado en la cara empezaba a desvanecerse.

Ella volvió a sonreír.

—Ahí lo tiene, usted entiende de ese tipo de cosas, dígaselo a este amable policía, que soy una abogada, una esposa, una madre que crió a dos magníficos chavales, no sabe qué trabajo les ofreció Microsoft, a ambos, pero no lo aceptaron porque tenían un *software* propio que desarrollar, ¿por qué iba a enriquecerse otro con sus logros?

—A pesar de todo eso, Marty Boestling es vengativo —comenté.

—Absurdamente vengativo, él es...

—Tal vez —interrumpió Milo—, encontrarla a usted con Drew Daney no fuera una experiencia muy agradable para él.

Weider se quedó boquiabierto. Se volvió a arrellanar en el asiento.

—Me está echando la culpa de su ineptitud, usted cree que si él hubiera

podido... espere, usted ha hablado con él, ¿es usted policía de verdad?, ¿o es usted un agente jud...?

—¡No! —gritó Milo—. Soy un teniente de la policía de Los Ángeles a quien no le importa una mierda su matrimonio ni su vida sexual. Me interesa hablar con usted de Drew Daney.

Weider se movió bruscamente, estiró los hombros hacia atrás y se quedó mirando el campo de polo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué clase de tío es?

—Que qué clase de tío es, es mierda, es la mierda que flota en un estanque, es los hongos de la mierda que flota en un estanque...

—¿Tuvieron una pelea de enamorados? —preguntó Milo.

—Ja. Jajaja. No había enamoramiento, ni amor, ni hacer el amor, era sexo puro y duro, sabe qué, no significó nada para mí, ninguno de ellos significó algo para mí.

—¿Quién?

—No finja que Marty no se lo ha contado, se lo ha contado, ¿también le contó que fue él quien lo empezó?, le gustaba verme con otros hombres, pero se convirtió en un problema cuando empecé a actuar por mi cuenta, es decir, cuando él no estaba mirando, ¿le contó eso?, ¿se lo contó?

—Como le he dicho, Sydney, su vida sexual no me int...

—Está bien, está bien, quiere hablar de Daney, para mí Daney solo era un órgano sexual masculino y no era gran cosa en la cama, ¿quiere que le cuente cosas sobre él?, pues le diré que es un perdedor y un mentiroso, se creía muy inteligente, pensaba que podía hacerme entrar en su juego.

—¿Qué juego era?

—Dígame usted, usted es teniente del Departamento de Policía de Los Ángeles, ¿por qué iba alguien a querer hacer algo tan estúpido?, ¿puede decírmelo?

—¿Qué era estúpido?

—Pinchar un condón con un alfiler, yo siempre utilizaba condones, siempre los compraba yo misma porque cuando los hombres piensan con la otra cabeza se convierten en unos retrasados y ni de coña iba a fastidiarla de esa forma, ni hablar, y no me gustaba la píldora, se supone que es buena para

el cutis pero a mí me lo estropeó, me provocó acné de adulto, y mi madre falleció de cáncer, así que quién necesita eso, siempre usaba gomitas. — Lentamente empezó a dibujar una gran sonrisa en su boca—. Con accesorios.

—¿Cómo se enteró de que Daney pinchó uno?

—Lo pillé, así es cómo lo descubrí, se escabullía al cuarto de baño — explicó ella—, pensó que me estaba poniendo las horteradas que compró en la tienda de disfraces Trashy Lingerie, todas esas estupideces cliché, como si me fuera a vestir de forma especial para él, ni de coña, así que yo ya había salido de mi cuarto de baño, él estaba en el de Marty, lo escuché haciendo cosas allí dentro, entré y lo pillé, le pregunté que qué demonios se creía que estaba haciendo, se inventó una historia malísima, me contó que estaba probando uno para comprobar lo resistente que era y ser muy cuidadoso, le di una bofetada...

Se detuvo.

—Se puso furiosa —añadió Milo.

—¿Usted no estaría furioso si alguien le hiciera eso a escondidas? — Weider se rió—. No es que lo absolviera, pero abrí uno nuevo, me aseguré de que estuviera bien, le obligué a ponérselo delante de mí y bromeé sobre si tenía que haber comprado una talla pequeña, créame, aquello ralentizó las cosas, a mí no me importó, fijé el ritmo, nunca me dejaba y me lo hice.

—¿Aquello puso fin a la relación? —preguntó Milo.

—¿Qué relación? Él era una herramienta, lo que puso fin a aquello fue que Marty fuera un perdedor, estropear una reunión de presentación, volviera a casa temprano y nos pillara, no es que Marty me importara, fue la forma en que Daney reaccionó, simplemente salió disparado con su, ya sabe, con el rabo escondido entre las piernas. —Meneó el cabello—. Mi lema es nada de peleles, ni de perdedores, ni de complicaciones.

—¿Cómo reaccionó Daney a que le pusiera fin?

—Me llamó, siguió llamándome, al final se dio por vencido.

—¿Por qué cree que pinchó el condón? —pregunté.

—Dígame usted, usted es el psicólogo —contestó Weider.

—¿Podría haber querido dejarla embarazada?

—No, porque no le gustaban los niños.

—¿Le dijo eso?

—Sí, más de una vez, me contó que su mujer quería pero no podía, él dijo que ni hablar, que no quería esa complicación.

—Confiaba en usted.

—Él hablaba de todo, no conseguía hacerle callar, en cualquier caso, ¿qué ha hecho?

—¿Nunca le pidió que le explicara por qué había intentado pinchar el condón?

—Ya se lo he dicho, me contó aquella estúpida historia y le di un pescozón, a mí me daba igual su historia, lo único que me importaba es que hiciera las cosas a mi manera. —Volvió a menear el cabello—. No creo que fuera una cuestión de embarazo en sí, sino de esperma.

—¿Perdone?

—E-S-P-E-R-M-A. Pensaba que su esperma era el elixir de los dioses, soltaba unos discursos larguísimos sobre su ya sabe qué y cómo era la varita mágica del futuro y se podrían crear ciudades, países, continentes con una cucharadita, se ponía así después de que tuviera sus gloriosos tres minutos, lo único que hacía después era saquear mi nevera y cotorrear.

—Esperma mágico —comentó Milo.

—Estaba obsesionado con eso, era una obsesión extraña, cómo es esa otra palabra; fijación, eso es jerga psicológica, exacto, así es cómo lo llaman los psicólogos, tener fijación.

Asentí.

—Daney tenía fijación con el esperma —afirmó Milo.

—¿Quiere saber lo que opino de Daney? Opino que era un egomaniaco que tenía fijación con su esperma, todo lo relacionado con él era tan tan importante que incluso empezó a pensar que era abogado, creía que podía decirme cómo tenía que llevar el caso, créanme, aquello no duró mucho, lo puse en su sitio.

—¿El caso Malley? —pregunté.

—Había visto demasiadas películas, tenía todas esas ideas, ideas de películas de televisión malas, como interrogar a los policías hasta dejarles agotados o echarle la culpa al padre de la niña para que hubiera duda razonable, le dije que se callara, que no era un capítulo de Perry Mason, que habían pillado a los pequeños bastardos con el cadáver, que habían admitido haberlo hecho y que conseguiría el mejor trato para ellos pero que iban a ser

encerrados y eso es lo que sucedió.

—Daney quería culpar a Barnett Malley.

—Me dijo que debería investigar el pasado de Malley y averiguar si Malley y la cuñada se llevaban bien y si había algún tipo de conflicto podría sugerir que Malley odiaba a la mujer y a la niña y contrató a esos dos pequeños bastardos para matar a la niña, le dije que estaba loco, que era la cosa más estúpida que había oído nunca, me respondió que no si Troy secundaba la versión, que podía hablar con él porque Troy confiaba en él y diría cualquier cosa que él le pidiera que dijera porque tenían un trato...

—¿Daney conocía tan bien a Troy?

—Lo conocía de haber trabajado como asesor, no me hagas reír, un trabajador social con jóvenes al que no le gustan los niños, siguió intentando convencerme de su estúpida historia, al final, lo amenacé con dejar de acostarme con él, le dije que era estúpido, que lo que me estaba pidiendo que hiciera era cohecho, perjurio, que los hechos estaban claros, que lo máximo a lo que podíamos aspirar era a circunstancias atenuantes, una infancia muy dura, abusos, negligencia, todo eso, que si descubría algún tipo de abuso, abuso real, que iría al maldito juez con ello pero que de lo contrario se mantuviera al margen... ¿Puede quitarme las esposas?

—¿Se va a portar bien? —preguntó Milo.

—¿No lo estoy haciendo?

—No ha tenido más remedio, Sydney.

—Incluso sin esposas, no tendría más remedio porque es tres veces más grande que yo, en sus brazos sería una niña pequeña.

Agitó el cabello.

—Una sola tontería y se las pongo de nuevo —amenazó Milo.

—Está bien, lo pillo, usted es el jefe, el hombre, el que manda.

Hizo otro viaje al asiento trasero.

—Ah —dijo Sydney Weider—, como dijo Joni Mitchell, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, ¿así que por qué todas esas preguntas sobre Daney?, ¿finalmente ha hecho algo realmente estúpido?

Milo dio la vuelta al coche, se volvió a meter dentro y se sentó a su lado.

—¿En comparación con una estupidez sin importancia?

—Exacto, siempre fue un estúpido sin importancia.

—¿Cómo lo conoció exactamente?

—En otro caso —contestó—. Otro pequeño psicópata, Daney me llamó y se ofreció a ayudar en todo lo que pudiera, pensé aceptarlo, tal vez él podría escribir una carta para el expediente del chico que sirviera para la imposición de la pena.

—Lo mismo que hizo con Troy —comenté.

—Así es cómo se funciona en la oficina del turno de oficio, el noventa y cinco por ciento de lo que hacíamos era procesar a personas culpables e intentar obtener el mejor trato...

—¿Recuerda el nombre del otro pequeño psicópata?

—Era un drogadicto latino, disparó a otros drogadictos en el centro, conseguí rebajar los cargos a homicidio, Néstor no sé qué... Almodovar, eso es, Néstor Almodovar.

Milo no la corrigió.

—¿Daney escribió una carta para Néstor?

—Una referencia básica sobre el carácter, Néstor era un buen chico, había tenido una infancia difícil, circunstancias atenuantes, bla, bla, bla.

—¿Y simplemente coincidió que Daney trabajaba en otro de sus casos?

—No, no, no —dijo Weider—. Daney me llamó, me pidió que defendiera a Troy, al principio no quise porque, créanme, estaba echando muchísimas horas, quién necesita más problemas, pero siguió insistiéndome, diciéndome que era la abogada de oficio más inteligente de la oficina, lo que resultó ser cierto y, a continuación, acepté, podría ser interesante.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Interesante —repitió Weider. A continuación, se me quedó mirando fijamente, en silencio, retorciendo la boca sin cesar, como intentando compensar la ausencia de sonidos.

—Interesante de notorio —comentó Milo—. De ver su nombre en los periódicos.

Weider se giró hacia él.

—¿Por qué no iba a coger alguno de los buenos casos a los que les dedicas numerosas horas y conseguir algo de cobertura?

—Y un contrato para producir una película —añadió Milo.

Weider repitió lo de abrir y cerrar la boca. Más jadeos, más movimientos

acrobáticos con la boca. Alejó su cabeza de Milo y se quedó mirando por la ventana.

—Eso sucedió cuando acabó el caso, no había nada ilegal en ello, pasa todo el tiempo.

—¿La película fue idea suya o de Daney?

—De él —respondió ella demasiado rápido—. Solía decir: «Mira a Marty, un auténtico perdedor, pero conduce un Mercedes y come en Studio Commissary. A pesar de haber tenido oportunidades, sigue sin poder producir nada mejor que chorradas de serie B para televisión».

—Daney pensó que podía hacerlo mej...

—Daney pensó que si él hubiera tenido las oportunidades de Marty, tendría un estudio.

—Delirios de grandeza —comentó Milo.

—Que no se lo impediría nadie de Hollywood —afirmó Weider—. Podría contar mil historias, de cualquier forma, sabía por qué se ponía a sí mismo por las nubes.

—¿Por qué?

Sonrisa engreída.

—Para ponerse cachondo, eso es lo que hacía cuando tenía problemas, se ponía a sí mismo por las nubes y criticaba a Marty, a eso se reduce todo para los hombres, a dejar al otro tío por los suelos.

—Aun así —repuse—, usted se tomó en serio la idea de la película.

—¿Qué quiere decir?

—¿Daney y usted no fijaron reuniones?

—Todo el mundo fija reuniones, si no programas reuniones, la industria se marchita, como él ya sabe qué de Daney cuando se ponía nervioso.

—Todo el mundo fija reuniones, pero usted también lo hizo.

—Sí, lo hice, me lo tomé tan en serio como cualquier otra cosa, por qué no, no tenía nada que perder, ¿tienen algo de beber?, tengo mucha sed.

—Lo siento, no —contestó Milo.

—Maldita sea, estoy sedienta, por eso odio... —Bajó la cabeza. Se quedó mirando sus piernas.

—¿Qué odia?

—Las píldoras, la droga, el veneno, me niego a tomar algo, a hacer

puñetas los estúpidos médicos, lo mejor para el estrés es la actividad, eliminar las toxinas, dicho esto, estoy empezando a sentirme realmente reclusa, ¿podríamos caminar un poco?, ¿dar un pequeño paseo?

—¿Quién fijaba las reuniones? —preguntó Milo.

—Lo hacía yo, Daney me acompañaba, pensaba que era...

—¿Marty no?

—Marty nos facilitó algunos nombres, gran ayuda, yo ya los conocía por mi padre, que tenía un tarjetero rotativo Rolodex por el que mataría, me decía: «No escuches nada de lo que te diga Marty, está loco...».

—¿Tiene una copia del acuerdo? —pregunté.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Eso no es un procedimiento rutinario?

—Sí, si a uno le importa —repuso—. Yo perdí el interés después de un par de reuniones, se podría deducir de las reacciones que no iba a ninguna parte, así es en la industria; o triunfas en el momento o no hay nada que hacer, fue un error estúpido, mi gran error.

—¿Cuál?

—Dejar que Daney lo escribiera, puso la misma mierda de siempre, la que quería que yo utilizara con Troy.

—Acusar a Barnett Malley —dije.

—Acusar a Barnett Malley pero llevándolo a un nivel absurdo, presentando a Malley como una especie de asesino en serie obsesionado con el poder, el control y las partes del cuerpo.

—Suenas un poco al propio Daney —comenté.

—Oiga —dijo alegremente—. Usted debe de ser una especie de psiquiatra.

CAPÍTULO 39

—Lo llevaré a casa, Sydney —dijo Milo.

—Sigo teniendo sed, ¿podríamos parar en algún sitio?

—Si pasamos por algún sitio, le compro una Coca-Cola.

—¿Qué le parece Joya Juice?, hay uno al lado de mi casa.

Al salir del parque, se quedó muda e inquieta.

—¿Cuál fue su impresión de Cherish Daney? —pregunté.

—Drew decía que era muy religiosa, que quería niños, un montón de niños, progenie era el término que utilizaba, pero no podía porque era estéril, suponía un problema.

—¿No tener niños?

—La adopción, finalmente aceptó que no podía tener sus propios hijos y decidió que quería adoptar, estaba realmente obsesionada con la adopción, hasta un niño de China, Bulgaria, Bolivia o algún sitio de esos, él no quería, no quería la responsabilidad, le pregunté que por qué no acogían niños, de esa forma ella podría jugar a las mamás, después, se marcharían, se quedaría libre y le pagarían.

—¿A Drew le gustó la idea de los niños de acogida?

—Le encantó, me dijo: «Brillante Syd, eres un genio», así es cómo me llamaba, Syd, sumamente irritante, era un auténtico pesado, no paraba de llamarme así, un auténtico perdedor, cuando lleguemos a Joya, me gustaría algo con piña, ¿vale?

Sydney guió hasta el sitio de zumos, justo al norte de Sunset, en Palisades Village. La dejó esposada y entró en el local.

Por todas partes había mujeres que se parecían a Weider. Ella se arrellanó y se tumbó en el asiento de atrás. Le pregunté sobre Barnett Malley, pero me dijo que no sabía nada sobre él.

—¿Ninguna impresión?

—¿Por qué iba tenerla si él era de la parte contraria?

—¿Las teorías de Daney nunca despertaron su curiosidad?

—Eso eran sandeces.

—¿Y qué dice sobre lo de que Malley montara en rodeos?

—¿De qué me está hablando?

Milo volvió con un vaso enorme y una pajita. Ella se sentó y dijo:

—Quítame las esposas, necesito cogerlo.

Él se inclinó hacia ella dentro del coche y le acercó la pajita a la boca. Ella dijo: «Venga ya», pero bebió con avidez, desinflando las mejillas. Cuando paró para coger aire, tenía una pizca de espuma en el labio inferior. Milo se lo limpió.

Ella lo miró con temor.

—Por favor, déjeme cogerlo.

—¿No va a causar más problemas?

—Se lo prometo, en serio.

—¿Va a evitar problemas con los vecinos?

Ella sonrió.

—¿Y eso qué le importa?, usted se encarga de temas importantes, le interesa Daney, obviamente ha hecho algo grave pero a mí ni me importa.

—¿No tiene curiosidad?

—No vivo en el pasado, el pasado es como un cadáver, no deja de pudrirse y de heder, ¿puedo darle otro sorbo, por favor? y ¿puede quitarme las malditas esposas?

—¿Usted y Drew ya no se hablan?

Risa bronca.

—Llevo siete años sin hablar con ese perdedor, ¿qué cree; que lo voy a llamar y le voy a contar que ustedes estuvieron aquí?, cuando las ranas críen pelo, si alguna vez intenta acercarse a mí, le cortaré usted ya sabe qué.

—Estoy seguro —dijo Milo. Le liberó las manos y le pasó el vaso. Ella dio un sorbo y se mantuvo dócil y en silencio durante el camino de vuelta a su casa.

Cuando llegamos, Milo la ayudó a salir del coche. Se quedó de pie mirando la puerta de entrada de su casa como si nunca la hubiera visto. Milo la cogió del codo y la acompañó por la entrada. A mitad de camino, él se quedó atrás. Ella se detuvo, cogió aire, sonrió enseñando los dientes y le dijo algo que le hizo sonreír. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Él se quedó mirando mientras ella se dirigía a la puerta, se quedó allí quieto hasta que cruzó el umbral de la puerta. Se dio la vuelta meneando la cabeza.

—¿Cuál ha sido la broma? —pregunté.

—La... Ah, eso. Me ha dicho: «Me está despidiendo como si fuera un pequeño pajarito que abandona el nido, pío, pío, pío». —Introdujo la llave en el contacto—. Me pilló con la guardia baja. Durante un segundo, me pareció una monada. —Frunció el ceño—. Ese beso. Necesito lavarme la cara.

Una manzana más tarde, dijo:

—Está completamente loca pero todo lo que nos ha contado encaja. ¿Qué opinas de la obsesión de Daney por el esperma?

—Forma parte de su obsesión por sí mismo. Lo que me interesa es que, desde el principio, Daney quería echarle la culpa a Malley. ¿Por qué será a menos que él conociera a Malley de antes del asesinato de Kristal y tuviera algún motivo para estar resentido con él? Le comenté lo de los rodeos a Weider y me miró como si estuviera loco. Así que Daney mintió cuando dijo que se enteró por ella. Conocía a Barnett hace ocho años o hizo averiguaciones.

—Puede que se conocieran del intercambio de parejas, como sugeriste.

—O de otra cosa más insulsa —comenté—. Ahora sabemos que tenemos

dos parejas con problemas de fertilidad.

—Una clínica —repuso—. ¿Se conocieron en una maldita clínica de fertilidad?

—Weider dijo que Cherish finalmente había abandonado la idea de tener sus propios hijos. Eso implica que intentó concebir durante algún tiempo. Eso tuvo que incluir tratamiento médico.

—Charlas en la sala de espera, la vieja historia de que la compañía en la miseria hace a esta más llevadera.

—Hasta que Drew y Lara llevaron la amistad un paso más allá —dije—. Los dos cónyuges que resulta que son fértiles. Es posible que ninguno de los dos supiera eso y que el embarazo de Lara los sorprendiera. Drew debió de pensar que ella abortaría por las repercusiones que tendría con Barnett. Pero ella se negó. Tener un hijo era más importante para ella que su matrimonio.

—De repente, los Malley iban a tener un hijo y los Daney no.

—Lo que le provocó a Cherish un completo torrente de frustración y angustia. Adivina con quién lo pagaría.

—Con Drew, exigiéndole más tratamientos de fertilidad.

—Lo que sería caro y un problema monumental para algo que Drew no quería desde el principio. O aceptó y no funcionó, o se negó. En cualquier caso, Cherish cambió su objetivo a la adopción. Se obsesionó con ello.

—El muy imbécil se cree que es el tipo más listo del mundo y, de repente, su vida se complica por culpa de un problema que ayudó a crear. Ofensa y daño.

—Así que decide eliminar el origen de la ofensa —comenté—. Transformó a Kristal en una lección para Cherish. «¿Ves la alegría que traen los niños, cariño?». Al mismo tiempo, podía dar rienda suelta a su fantasía sobre ser Dios y se liberó a sí mismo de cualquier tipo de exigencia futura por parte de Lara. Y mientras limpiaba la casa, ¿por qué no iba a conseguir un contrato para hacer una película?

Se encorvó, frunció el ceño y agarró el volante, tan relajado como un novato aprendiendo a conducir. Aire salado entraba por las ventanas abiertas del coche. Un barrio encantador. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Sydney Weider se derrumbe por dentro?

—Una limpieza de casa continua —dijo Milo—. Kristal, a continuación

Troy porque mató a Kristal y después Néstor porque se cargó a Troy. Y Lara porque o ella quería ir en serio con él, o ella se enteró de que él tuvo algo que ver con la muerte de Kristal.

—Jane Hannabee también porque Daney no podía estar seguro de que Troy no le hubiera contado nada a su madre.

—Y ahora Rand... ¿crees que Drew mató a alguno él mismo o todos fueron por encargo?

—Quienquiera que matara a Lara mató a Rand. Yo apostaría que Daney cometió esos dos. Y Hannabee podría haber sido de una forma o de otra.

—Seis cadáveres —sumó Milo—. Y hay algo que se me ha pasado mencionarte. Comprobé si había alguna Miranda en la lista de acogida de Daney. No había ningún nombre parecido.

—¿Por qué iba Daney a acoger a una pupila y no pasarle la factura al estado?

—Está claro.

—Ah —repuse.

—Ahora, ¿cómo diablos voy a probar algo de esto sin conexiones probatorias?

No tenía respuesta.

—Sí —refunfuñó—. Me temía que dijeras eso.

Me dejó en casa a la una y cuarenta de la tarde. Allison no me había llamado al móvil y no había mensajes en mi contestador.

En cinco minutos estaría entre pacientes. Miré el reloj, me puse una taza fría de café y la llamé a la oficina cuando la manecilla grande marcó las nueve.

—Hola —dijo ella—. Estoy en medio de algo, prometo llamarte en cuanto pueda.

—¿Una emergencia?

—Algo parecido.

—¿Las cosas van bien entre nosotros?

Silencio.

—Claro.

Eran las siete y media cuando recibí noticias tuyas.

—¿Emergencia resuelta?

—Esta mañana Beth Scoggins se metió en un cambiador del trabajo y se encerró. Pasó un buen rato hasta que alguien se dio cuenta. Cuando la encontraron, estaba sentada en el suelo, hecha un ovillo, chupándose el dedo gordo. No respondía y se había mojado los pantalones. El encargado llamó al 911 y la ambulancia la llevó a urgencias. Le hicieron un examen físico y toxicológico, a continuación, algunos psiquiatras residentes pusieron a prueba con ella sus dotes para realizar entrevistas. Al final, le hizo saber a alguien que yo era su terapeuta y el psiquiatra tratante me llamó. Cancelé los pacientes de por la tarde y fui allí, acabo de volver a la oficina.

—¿Cómo está?

—Sigue en regresión pero está empezando a hablar. Sobre cosas sobre las que nunca antes me había hablado.

—Más sobre Daney o...

—No puedo hablar de ello contigo, Alex.

—Claro —repuse—. Allison, si tuve algo que...

—Está claro que está sentada en una montaña de problemas, un volcán. Probablemente haya ido demasiado despacio, debería haber trabajado más para que se abriera.

Lo mismo que me dijo Cherish Daney sobre Rand, casi palabra por palabra.

Esto era diferente. Allison estaba formada. Cherish había estado jugando con fuego.

Fuera de su elemento.

O tal vez no.

Mi cabeza estaba llena de conjeturas.

—Estoy seguro de que lo has gestionado a la perfección —comenté. Aquello sonó falso.

—Da igual. Escucha, tengo que llamar a todos los pacientes cuyas citas he cancelado, volver a organizar la agenda, ampliar horario de trabajo y volver al hospital. Va a pasar tiempo antes de que podamos... socializar. Ni se te

ocurra sugerirle a Milo que algún día tendrá acceso a esta chica.

—No es un problema.

—Sé qué es lo que está en juego, Alex, pero esta vez estamos en bandos opuestos. Lo siento, pero así es cómo tiene que ser.

Tres horas después, estaba en la puerta de mi casa, con las llaves del coche en la mano. Llevaba el pelo recogido con un descuido que nunca antes había visto, tan negro como el cielo oscuro que había detrás de ella. Una de sus medias tenía una carrera desde la rodilla hasta la mitad de la pantorrilla, el esmalte de algunas de sus uñas estaba saltado y el pintalabios había desaparecido. Llevaba enganchada una identificación con foto a la solapa de su chaqueta de algodón negra. Privilegios temporales, departamento de Psiquiatría. Sus ojos, siempre hundidos, estaban cautivos en cuencas oscuras de cansancio.

—No quería estar distante —dijo—. Aunque todavía tengo problemas, grandes problemas, con el tema de la decepción.

—¿Has cenado ya?

—No tengo hambre.

—Entra.

Negó con la cabeza.

—Estoy demasiado cansada, Alex. Simplemente te quería decir eso.

—Entra de todas formas.

Su barbilla tembló.

—Estoy exhausta, Alex. No sería una buena compañía.

Le toqué el hombro. Pasó a mi lado esquivándome como si fuera un obstáculo. La seguí hasta la cocina, donde dejó las llaves y el bolso encima la mesa y se sentó con la mirada fija en el fregadero.

No quiso comer pero aceptó un té caliente. Le llevé una taza con unas tostadas.

—Persistente —dijo.

—Eso me han dicho. —Me senté en una silla enfrente de ella.

—Es ridículo —afirmó—. He tenido pacientes que han pasado por algo

peor que esto. Mucho peor. Creo que es una mezcla de tu implicación y de esta paciente en concreto, puede que se me haya ido de las manos la contratransferencia.

Se llevó la taza a los labios.

—Cuando te conocí, lo que haces... me ponía. Todo el aspecto policíaco, heroico; había alguien de mi profesión que hacía algo más que sentarse y escuchar. Nunca te he contado esto, pero he tenido mis propias fantasías de héroes. Probablemente por lo que me pasó. Supongo que he estado viviendo a través de ti. Además, eres un tipo sexi, no hay duda. He sido boba.

Lo que le pasó fue una agresión sexual a los diecisiete años. Y que evitara un intento de atraco y una violación en grupo años más tarde.

Miró su bolso y sabía que estaba pensando en su pequeña y brillante pistola.

—Lo que haces todavía me pone, pero esto ha sido un rudo despertar. Me estoy dando cuenta de que quizás haya aspectos de ello que no son saludables.

—Como la decepción. —Y sujetar los tobillos de una mujer para que un detective pueda atarla de pies y manos.

Sus ojos se volvieron negro azabache.

—La mentiste de plano, Alex. A una chica que no conoces, sin tener en cuenta los riesgos. Estoy segura de que la mayor parte del tiempo no es ningún problema, simplemente una montirija al servicio del cumplimiento de la ley y nadie sale dañado. Esta vez... puede que a largo plazo sea bueno para ella. Pero ahora...

Dejó la taza encima de la mesa.

—No dejo de repetirme que si estaba tan cerca del abismo, con el tiempo, se habría caído por el barranco. Puede que sea mi ego el que esté herido. Me pilló desprevenida...

Le acaricié la mano. No me devolvió la caricia.

—Decepción es un término correcto en el caso de Milo, entiendo la clase de personas con la que trata la policía. Pero tú y yo hicimos el mismo examen de licenciatura y ambos sabemos cuál es nuestro código ético.

Liberó su mano.

—¿Lo has considerado detenidamente, Alex?

—Sí.

—¿Y?

—No estoy seguro de que mi respuesta te vaya a gustar.

—Prueba.

—Cuando veo pacientes en un entorno terapéutico, las reglas son de aplicación. Cuando trabajo con Milo, las reglas son diferentes.

—Diferentes, ¿cómo?

—Nunca dañaría a alguien de forma intencionada, pero no hay promesa de confidencialidad.

—Ni de veracidad.

No contesté. No tenía sentido contarle el hombre que había matado unos años atrás. Clara defensa propia. A veces veía su cara en sueños. A veces me imaginaba el rostro de sus hijos no natos.

—No pretendo atacarte —dijo Allison.

—No me siento atacado. Es una discusión razonable. Tal vez deberíamos haberla tenido antes.

—Tal vez —afirmó—. Así que, básicamente, compartimentas. ¿Y eso no te agota?

—Lo tengo asumido.

—Porque a veces los malos tienen lo que se merecen.

—Eso ayuda. —Me esforcé muchísimo por mantener el tono uniforme. Por decir las cosas adecuadas, aunque sí me sentía atacado. Pensaba en los seis cadáveres, tal vez siete, no había una solución clara. Pensaba en Cherish Daney de una forma que no podía evitar.

—¿La decepción es una gran parte de lo que haces? —preguntó Allison.

—No —contesté—. Pero a veces pasa. Procuro evitar ser superficial pero racionalizo cuando tengo que hacerlo. Lamento lo que le sucedió a Beth y no voy a poner excusas. La única mentira que le conté fue que estaba investigando la acogida en general. No considero que eso sea la causa de su crisis.

—Abordar el tema precipitó su crisis, Alex. Es una chica extremadamente vulnerable que, en primer lugar, nunca debería haberse visto envuelta en una investigación policial.

—No había forma de saberlo.

—Exacto. Por eso nos enseñaron que había que ser discretos, tomarnos un tiempo y pensar las cosas con detenimiento. Y no hacer daño a nadie.

—Con frecuencia, los testigos son vulnerables —añadí.

Largo silencio.

—Así que todo esto te parece bien —comentó ella.

—¿Hubiera hablado directamente con Beth si hubiera sabido que iba a sufrir una descompensación psicológica? Por supuesto que no. ¿Hubiera adoptado otro enfoque como, por ejemplo, acercarme a ella a través de ti? Tenlo por sentado. Precisamente porque hay mucho en juego, más de lo que te he contado, y ella es una fuente potencial de información vital.

—¿Qué más está en juego?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó.

—No hay necesidad de que lo sepas.

—Estás enfadado, así que me estás pagando con la misma moneda.

—No estoy enfadado, quiero protegerte de las cosas malas. —*Igual que solía hacer con Robin.*

—Porque no logro comprender.

Pensaba que lo hacías. Pero es demasiado horrible.

—Simplemente no hay motivos para involucrarte, Allison.

—Ya estoy involucrada.

—Como terapeuta.

—¿Así que simplemente salgo corriendo, sigo con la terapia y mantengo mi nariz alejada de tus asuntos?

Eso simplificaría las cosas.

—Es uno de los peores casos en los que he trabajado, Ali. Ya te pasas todos los días sumergida en la miseria de otros. ¿Por qué querrías contaminarte más el alma?

—¿Y tú? ¿Qué pasa con tu alma?

—Está tal cual.

—No me creo que no te afecte.

Niños no natos...

No contesté.

—¿Tú puedes soportarlo, pero yo no? —preguntó.

—Yo no te pregunto sobre tus pacientes.

—Eso es diferente.

—Tal vez no.

—Está bien —repuso—. Así que ahora hay un nuevo tabú en nuestra relación. ¿Qué nos une? ¿El buen sexo?

Señalé hacia la tostada.

—Y la alta cocina.

Forzó una sonrisa. Se levantó, llevó la taza al fregadero, la vació y la fregó.

—Será mejor que me vaya.

—Quédate.

—¿Por qué?

Me puse detrás de ella, le rodeé la cintura con un brazo. Sentí cómo sus músculos abdominales se endurecieron al ponerse tensa. Me quitó la mano, se dio la vuelta y me miró.

—Puede que haya levantado algún tipo de muro entre nosotros. Tal vez mañana me levante pensando que soy una idiota de primera pero, ahora mismo, sigo sintiendo cómo arde en mi estómago una indignación más que justificada.

—La apuesta más alta es seis asesinatos, tal vez siete. Si incluyes la chica que sustituyó a Beth como ayudante de Daney. Parece que ha desaparecido y no figura en las listas de acogida.

Se apartó de mis brazos, se abrazó a sí misma contra la encimera y se quedó mirando por la ventana de la cocina.

—Más una niña de casi dos años —proseguí—. Dos adolescentes, tres mujeres y un joven con discapacidad mental. Y hasta la fecha, no tenemos forma de probar nada de eso.

Metió la cabeza en el fregadero, tuvo arcadas y vómito seco.

Intenté sujetarla mientras convulsionaba.

—Lo siento —gimoteó, retirándose. Se echó agua en la cara y se la secó con la manga. Cogió el bolso y las llaves y salió de la cocina.

La alcancé cuando abría la puerta delantera.

—Estás exhausta. Quédate. Yo dormiré en el sofá.

Tenía los labios cuarteados y las mejillas salpicadas de diminutos puntos de sangre. Petequias por el esfuerzo del vómito.

—Es una buena oferta. Eres un buen hombre.

—Me gustaría ser un buen hombre.

Apartó la vista.

—Necesito estar sola.

CAPÍTULO 40

Volví a la cocina, mastiqué la tostada que le había hecho a Allison y me puse a pensar en lo que acababa de suceder.

Probablemente mañana me encuentre fatal cuando me levante. Si llego a dormir algo. En ese momento, agradecía estar solo, reunido con todas las posibilidades que se me habían pasado por la cabeza.

Eran las once y cuarto. Me imaginé que Milo tampoco estaría durmiendo mucho. Y si se había quedado dormido, era una pena.

—¿Qué hora es? —espetó.

—Cherish Daney me contó que había intentado que Rand se abriera, que desearía haber sido más efectiva. Por su bien. Pero ¿y si ella tuviera otro motivo? ¿Y si ella hubiera descubierto lo que había hecho Drew y quisiera que Rand confesase ante la policía la implicación de Drew en el asesinato de Kristal?

Milo dejó salir un par de toses ásperas y se aclaró la garganta.

—Buenas noches a ti también. ¿De dónde ha salido todo eso?

—Todo el tiempo has dicho que Cherish tenía que saber algo. Tal vez ella tenía sus sospechas pero fue capaz de negarlas hasta que al final ella descubrió algo flagrante.

—¿Como qué?

—Trofeos. Alguien con la obsesión por el control como Daney podría guardar algunos perfectamente. Disfrutó confabulando a espaldas de Cherish,

un alijo escondido sería muy divertido. Pero la arrogancia conduce al descuido. A lo mejor tuvo un desliz y dejó algo para que ella lo encontrara. O todos esos viajes con ayudantes la hicieron sospechar y ella empezó a fisgonear por la casa. Si ella es cualquier cosa menos un monstruo, encontrar pruebas físicas de los crímenes de Daney debió de haberla horrorizado. Egoistamente, ella también estaría asustada: si la verdad llegara a conocerse algún día, estaba segura de que sería sospechosa de complicidad. Una forma de afrontar todo eso sería presentar ante la policía pruebas tuyas y pagar la fianza. Que Rand corroborara la implicación de Drew en el asesinato de Kristal sería un gran paso en esa dirección.

—¿Daney asesina y abusa sexualmente durante años y ella es la pequeña señora Sin Pruebas hasta ahora?

—Nada de lo que hemos descubierto hasta la fecha indica que ella haya hecho algo peor que superar el límite de niños acogidos. Beth Scoggins dijo que ella se pasaba el día cocinando, limpiando y enseñando. Yo apostaría a que se mantenía tan ocupada para no pensar.

—Por no hablar de los siete mil al mes.

—Para Drew es una cuestión de dinero —comenté—. Tal vez para ella también. Pero ella conduce un cacharro viejo y vive con sencillez. Además, ya viste cómo trabajaba con Valerie. Paciente, a pesar del resentimiento de Valerie.

—La sumisa *hausfrau* —dijo—. Mientras, Drew va por ahí haciendo lo del esperma... aún no estoy convencido de que ella sea trigo limpio pero, está bien, supongámoslo. Ella quiere que Rand delate a Drew, hace terapia con él y, después, ¿qué?

—Ella falla. El error más frecuente de los terapeutas no cualificados es ir demasiado deprisa y hablar demasiado. Añade la ansiedad de Cherish y ella podría haberse comportado de forma agresiva. Necesitaba que Rand viera que Drew había contratado a Troy para matar a Kristal. Con independencia de que lo hiciera.

—¿Ella intentó plantárselo en la cabeza?

—Todo empezó con las visitas a la cárcel. Haciendo insinuaciones, esperando avivar una chispa en la cabeza de Rand. Rand tenía una personalidad sumisa, impresionable, así que puede que realmente recordara

algo; ver a Drew hablando con Troy poco antes del asesinato, un comentario espontáneo de Troy sobre Drew. O él pensaba que Drew lo había hecho. Porque un cerebro adulto serían buenas noticias para él. Disminuiría su propia culpabilidad.

—«Soy una buena persona».

—Soy una buena persona porque Drew estaba detrás de todo esto, Troy fue su brazo ejecutor y yo estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Incluso Cherish pudo habérselo presentado a él de esta manera.

—Si se lo creyó, ¿por qué no habló?

—Ocho años en la cárcel, durante los cuales fue golpeado, apuñalado y abandonado a su suerte, le enseñaron a ser precavido. No obstante, la idea que Cherish plantó echó raíces y lo aterrorizó: iba a vivir bajo el mismo techo que el diablo que le había arruinado la vida. Por eso estaba tan ansioso cuando lo soltaron y fue a la casa de los Daney.

—Entonces, ¿por qué fue allí originariamente?

—No tenía parientes inmediatos. No tenía familia, ni recursos, ni la más remota idea de cómo era el mundo fuera de la cárcel. También tenía que tener cuidado para no levantar las sospechas de Drew con un súbito cambio de planes. Pero apostaría algo a que su intención era largarse de allí cuanto antes. En cuanto encontrara a alguien dispuesto a escucharlo.

—Tú.

—La impaciencia de Cherish podría haberle vuelto incluso más cauteloso. Lauritz Montez no le había defendido como es debido. Está claro que no vería ni a los abogados de oficio, ni a la policía con buenos ojos. Lo que me dejaba a mí.

—Modestia, modestia —comentó—. Así que le cuenta a los Daney una historia falsa, sale, de alguna forma consigue subir la colina y te llama desde Westwood.

—No creo que subiera la colina solo. No podía controlar su ansiedad y Drew entendió que algo iba mal. Drew estaba fuera de casa cuando Rand se marchó. Él podría estar cerca, vigilando a Rand. O llamó y Cherish le contó que Rand iba a ir a la obra. Eso alimentó las sospechas de Drew porque sabía que la obra estaba cerrada el domingo, salvo para limpiar. Fue en busca de Rand y lo recogió en el Jeep.

—¿Y lo llevó a la ciudad? ¿Por qué?

—Para aplacar los miedos de Rand —repuse—. Rand caminaba por ahí, arrastrando los pies, desorientado, en busca de una cabina de teléfono o simplemente para intentar aclarar sus ideas. Daney lo encuentra, todo son sonrisas, le dice que suba, que vayan a comer algo. Desprevenido, Rand se hubiera sentido obligado a aceptar, para no aparentar estar nervioso. Daney cruza la colina y desarma a Rand aún más con una conversación trivial. Le deja en la entrada de Westside Pavilion con algo de cambio y le dice que se lo pase bien, que le recogerá más tarde. Nadie del centro comercial recuerda a Rand, tal vez nunca entrara dentro. Era un chico lento, confundido, que había crecido entre rejas. Debió de haber sido como dejarle en Marte.

—¿Por qué Daney se tomaría tantas molestias? ¿Por qué no llevarlo a algún lugar apartado y asesinarlo?

—Daney tenía sus sospechas pero, por aquel entonces, no estaba seguro de que matar a Rand fuera necesario. Otra muerte relacionada con Kristal podría desencadenar toda una serie de acontecimientos que escaparían a su control. Que es exactamente lo que sucedió. Después de dejar a Rand, se quedó por ahí vigilando. Vio a Rand alejarse del centro comercial y dirigirse a una cabina de teléfono. Rand estaba nervioso cuando me llamó, leer su lenguaje corporal debió de haber sido fácil. Cuando Rand salió de la cabina, Drew fue detrás de su presa.

—Recogiéndolo de nuevo —añadió—. Esta vez debió de haber sido a punta de pistola, Rand no se hubiera ido con él voluntariamente.

—No podemos pasar por alto la astucia de Drew. Puedo imaginármelo perfectamente inventando cualquier historia; que Cherish se había puesto enferma de repente y tenían que llegar a casa de inmediato. Tal vez Rand imaginó que si no aparecía en el sitio de las *pizzas*, haría sonar algún tipo de alarma y alguien acudiría en su ayuda.

Si fue así me sobrestimó.

—Está bien —dijo Milo—, de una forma u otra vuelve al Jeep y Drew conduce hasta algún sitio apartado; el vertedero parece indicar que fueron hasta las estribaciones de Bel Air. Rand, al no conocer la ciudad, no se entera de que Drew se ha desviado. Drew encuentra un sitio y aparca. ¿Y entonces qué?

—Rand era grande y fuerte, así que Drew tenía que evitar el enfrentamiento físico, manteniendo la cordialidad. Se preparó abriendo la ventana del copiloto del Jeep. Se comportó de forma calmada, paterna, incluso espiritual. Probablemente Rand estuviera mirando al frente, asustado y confundido pero luchando por mantener la calma, cuando Drew le colocó la pistola en la sien y apretó el gatillo. Drew dispuso de mucho tiempo para limpiar el Jeep y buscar la bala. Entonces, al anochecer, volvió a Sunset, se dirigió a la vía de acceso, se aseguró de que nadie lo veía y tiró el cadáver. Probablemente lavara el coche al día siguiente. Pero aun así puede que haya alguna transferencia; sangre residuos de pólvora, diminutos fragmentos de hueso.

—Buena historia, Alex. Magnífica historia, tiene sentido. Pero las tramas inteligentes no sirven para obtener órdenes judiciales.

—Ya tienes base para una orden —repuse—. Las relaciones sexuales con una menor. Haz que se interese el equipo del centro encargado de los menores, que investiguen la casa, incluye el coche en el papeleo.

—Para eso necesito que el ADN pruebe lo que Daney le hizo a Valerie —observó—. O que alguna de las otras chicas declare.

—Lo viste en la clínica con Valerie.

—Lo vi esperar y recogerla. Es circunstancial, pero no determinante. ¿Algún avance con Beth Scoggins?

—No.

—Así sin más.

—Así sin más.

—¿Allison es inflexible?

—Dejémoslo en «Así sin más» —contesté.

Silencio.

—¿Alguna otra sugerencia?

—Aislar a Cherish y hablar con ella. No le menciones los asesinatos enseguida, cuéntale que sabes lo del aborto de Valerie y que sospechas que Drew era el padre. Probablemente esté deseando mencionar sus sospechas sobre los abusos o incluso llegar hasta el final y hablar sobre Kristal.

—Si está tan decidida a desahogarse, ¿por qué no acudió a la policía tras el asesinato de Rand?

—Al igual que Rand, vive bajo el mismo techo que Drew. Puede que le preocupe no tener pruebas suficientes para enviarlo a la cárcel.

—Tiene sentido —concedió—. Pero hemos pasado algo por alto: Cherish y Malley. Si él es su amante, ¿por qué no contárselo? Y si lo hizo, ¿por qué no cooperó conmigo? Sigue habiendo algo que no encaja, Alex. No estoy listo para poner a Barnett o a Cherish en la lista de los tipos buenos.

—Sabemos en qué lista se encuentra Drew y vive con ocho menores. Y está Miranda.

—Soy consciente de la urgencia.

—No quería decir que no lo fueras.

—Déjame que lo consulte con la almohada. Por decirlo de alguna manera. Por la mañana, le diré a Binchy que vigile la casa de los Daney desde muy temprano, no va a haber ni un ruido, la calle Galton es muy tranquila. Si Cherish se marcha primero, Sean la seguirá y me la traerá. Si Drew se marcha antes, Sean lo seguirá a él y yo le haré una pequeña visita a Cherish.

—Sea como fuera, avísame con lo que sea.

—Tenlo por seguro.

CAPÍTULO 41

El timbre de la puerta, seguido de un enérgico golpeteo, me despertó a las siete de la mañana. Mi atontado cerebro sabía lo que estaba pasando: Allison se había pasado por casa antes de ir al trabajo y quería que nos reconciliásemos.

Salí a trompicones de la cama, fui a la puerta en calzoncillos y abrí de golpe la puerta con una gran sonrisa.

Milo me estaba esperando, con una chaqueta verde desgastada, pantalones de pana gris, camisa amarilla y corbata marrón. En una mano llevaba una caja de Daffy Donuts, en la otra, dos cafés extra grandes del mismo sitio. Me miró con los ojos entrecerrados como si fuera un espécimen raro y desagradable.

—¿Venganza? —preguntó.

—¿Por qué?

—Por la llamada de anoche que me despertó.

—¿Eh?; ah, eso. No, estaba dormitando en la silla. Estuve levantado hasta las tres, trabajando en un montón de posibilidades.

Me pasó de largo. Lo dejé en la cocina y me fui a poner una bata. Cuando volví, la caja estaba abierta, dejando al descubierto un surtido de cosas fritas de intensos colores que desentonaban. Una zarpa de Milo rodeaba uno de los cafés. Se había comido ya gran parte de un enorme pastel de almendras con forma de garra de oso.

Lo mismo que había ingerido durante la segunda reunión con Drew Daney y se lo dije.

—Sí, estaba inspirado —comentó, escupiendo migajas—. Duro con la

grasa. —Me señaló el otro café—. Bebe y despierta, chaval.

—¿Daffy en vez de Dipsy?

—Es mi proveedor local, una organización independiente. Estoy aportando mi granito de arena a la empresa independiente.

Le di un sorbo al café, sabía a cobre y la va vajillas y, ligeramente, a algo parecido a café. Luchando contra la necesidad imperiosa de escupir dije:

—¿Has determinado alguna otra posibilidad?

—No, he decidido centrarme en la que me obsequiaste ayer: Cherish intentó hacer de psiquiatra, fue demasiado rápido, asustó a Rand y Drew se dio cuenta. —Se metió en la boca todo lo que le quedaba del pastel de almendras. Levantó los azucarados labios—. Estaba pensando que el ritmo de las terapias, todos esos meses de «ajá» y «lo escucho», era para seguir llenándose los bolsillos.

—Estaba aquí pensando que los policías no siempre sacrificaban sus páncreas por la sacarosa. —Bostecé—. ¿Vamos a ir a alguna parte esta mañana o hay más cosas de las que hablar?

—Saldremos cuando llame Sean.

—¿Cuándo será eso?

—Le dije que empezara a vigilar la casa a las siete y que nos informara cada hora. Termínate el café, lávate y vístete.

—Dos de tres no está mal —dije y dejé el café encima de la mesa.

Cuando volví, estaba repanchingado en el salón, con el móvil en la oreja, asintiendo y meneando la pierna izquierda de arriba a abajo.

—Gracias, estupendo, realmente estupendo. —Cerró el teléfono mientras se ponía en pie—. Todavía tienes cara de dormido.

—Tú no —repliqué—. ¿Qué te mantiene despierto?

—La remota posibilidad de que las cosas empiecen a encajar. Era Sue Kramer, Dios la bendiga. También ha madrugado y está siguiendo pistas en otras zonas horarias. Si yo fuera heterosexual me casaría con ella.

—Ya está casada.

—Qué quisquilloso eres. De todos modos, ha descubierto algo sobre nuestros dos chicos. Vámonos, te lo cuento en el coche.

Me pidió que condujera y nada más arrancar el Seville, su cabeza se le cayó sobre los hombros. Al coger Glen hacia Valley, empezó a roncar con ganas. En Mulholland, levantó la cabeza y se puso a hablar como si nada.

—El vaquero nació en Alamogordo, como te dije. Se mudó a Los Álamos cuando tenía diez años porque el rancho donde trabajaba su padre cerró y papá consiguió un curro de conserje en un laboratorio nuclear. La familia vivió allí diez años. Un hermano, una hermana mayor, casada y con hijos, es funcionaria de Cleveland. Después del instituto, Barnett trabajó un par de años como conductor de camiones, a continuación encontró trabajo en el Departamento de Policía de Santa Fe.

—¿Era policía?

—Estuvo patrullando dieciocho meses hasta que un par de quejas por uso indebido de la fuerza hicieron que él y el Departamento llegaran a un acuerdo.

—Lo dejó y no hubo cargos.

Asintió.

—Después de eso, estuvo varios años sin declarar ingresos y, según las averiguaciones de Sue, empezó a hacer trabajillos de peón. Se metió en todo el tema de los rodeos hace diez años, se mudó a California. Después de casarse, cambió de trabajo al mantenimiento de piscinas. Aparte de un temperamento explosivo con los sospechosos cuando tenía veintiún años, no hay nada sospechoso en su pasado. Lo que se ve a primera vista parece ser todo lo que hay: un solitario taciturno cuya vida no ha resultado ser tan estupenda.

—En contraposición a Daney.

—El motivo por el que era difícil rastrearlo es porque cambió su nombre. Su nombre de nacimiento es Moore Daney Andruson, es cinco años mayor que lo que dice su permiso de conducir. Creció en la Arkansas rural, es uno de siete hermanos y al menos tres de ellos han acabado en la cárcel por delitos violentos. Sus padres eran predicadores itinerantes que se movían por ambientes rústicos.

—La parte de criarse en una iglesia era cierta —comenté.

—Más bien criarse en carpas. Con reptiles. Su padre era uno de esos encantadores de serpientes de cascabel, se suponía que el éxtasis religioso

debía protegerlo del veneno. Hasta que no lo hizo.

—¿Cómo ha descubierto todo esto Sue?

—A pesar de ser un cabronazo, su cambio de nombre fue legal y Daney lleva declarando ingresos al IRS, de forma intermitente, desde los dieciocho años. Su historia como Moore D. Andruson tocó fondo hace doce años. Numerosas facturas impagadas, un par de quiebras.

—Me pregunto por qué se molestaría en declarar ingresos —comenté.

—No tenía mucha elección. Sus trabajos del principio eran como trabajador asalariado, tenía retenciones, seguridad social y todo eso. Ahora que factura al estado, se precisa de otro tipo de papeleo.

—¿De qué clase de trabajos estamos hablando?

—Adivina.

—Trabajador social con menores.

—Asesor de campamentos, asesor de drogadictos, profesor suplente, profesor de escuela los domingos, entrenador... siempre en pueblos pequeños. En sus solicitudes falseaba las notas y, al final, eso hizo que lo despidieran de tres trabajos distintos en tres pueblos distintos. Después de eso, probó los barrios residenciales de la periferia, condujo un autobús escolar de chicas de una academia pija de Richmond, Virginia.

—Qué sorpresa.

—Ahí es donde conoció a Cherish. Por aquel entonces, ya era Drew Daney. Ella era licenciada en teología y estaba enseñando a niños retrasados en otro colegio.

—No tiene acento del sur —observé—. Más reinvención. Los que lo empleaban descubrían sus falsas credenciales cuando ya había sido contratado. Lo que quiere decir que empezaban a desconfiar por cualquier otra cosa y se ponían a investigar sobre él.

—Sin duda, pero nadie facilita detalles. Sue ha tenido problemas incluso para que simplemente reconocieran que lo conocían.

—Lo que quiere decir que lavan los trapos sucios en casa. ¿Alguien denunció el chanchullo de las credenciales?

—Nadie, simplemente lo largaban.

—A su próxima víctima.

—Bueno, ¿qué más novedades hay? —dijo—. Consiguió que lo ficharan,

pero no por delitos que se registrarían en el Centro Nacional de Información Criminal o en cualquier otro archivo nacional. Exhibicionismo, cargo rebajado a infracción menor de entrada ilegal en propiedad ajena en Vivian, Luisiana; cheques sin fondos liquidados por reembolso, no fue a la cárcel, Keswick, Virginia; agresión sexual en Carrol County, Georgia. Aquel fue desestimado. El *sheriff* dijo que sabía que Andruson lo había hecho pero la niña del supuesto abuso tenía parálisis cerebral y apenas podía hablar. Se imaginaron que ella no sería un buen testigo y prefirieron ahorrarle el mal trago.

—Moraleja de la historia: ir a por los vulnerables.

—Le he pedido a Sue que averigüe todo lo que pueda sobre esa chica desaparecida, Miranda. Le facilité el número de teléfono de Olivia.

Del bolsillo de su chaqueta salía una música metálica. Ya no había más Beethoven, era una especie de ritmo latino. Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Siguió sonando mientras comprobaba el número desde el que lo llamaban. Había cambiado el tono. Pensaba que los chavales eran los que principalmente hacían eso.

—Sturgis... sí, hola. No, no tienen aparcamiento dentro de la propiedad. Estoy seguro, Sean. ¿Estás seguro de que no te has perdido nada? Está bien, eso complica definitivamente las cosas... Espero que no... sí, sí, comprueba todo eso, llegaremos en unos quince o veinte minutos, te llamo yo a menos de que te enteres de algo trascendental.

Clic.

—Sean lleva allí desde las seis cuarenta y cinco. Ni el Jeep de Daney, ni el Toyota de Cherish están a la vista. Tampoco la camioneta negra de Malley. La puerta del jardín está cerrada, así que no sabe si hay alguien en casa. Ni se ven ni se oyen niños, pero está a unos treinta metros de distancia. Le he dicho que apunte los números de las matrículas de cualquier coche que esté en la manzana y que los compruebe.

—Ambos se han ido, en coches diferentes —comenté.

—Tal vez hayan ido a por donuts. ¿Por qué no conduces un poquito más rápido?

Aceleré, atravesé el cañón, serpenteé por el tráfico matutino y, por fin, llegué a Vanowen justo después de las ocho. Milo volvió a coger el teléfono y le preguntó a Binchy acerca de las matrículas de los vehículos.

—No, sigue... no, no... espera, repítame esa... interesante. Está bien, quédate ahí hasta que lleguemos. *Muchas* gracias, chico.

—¿Ha surgido algo nuevo? —pregunté.

—Hay un Cadillac DeVille color crema aparcado justo enfrente de la casa —contestó—. ¿Ya qué no sabes quién paga las cuotas?

El reverendo doctor Crandall Wascomb parecía como si su fe hubiera sido puesta a prueba y no estuviera seguro de haberla superado.

Abrió la puerta del jardín unos segundos después de que Milo la aporreara y dio un paso atrás con cara de asombro.

—¿Doctor Delaware?

La placa de Milo hizo que sus hombros cayeran. No era consternación, sino alivio.

—La policía. Gracias a Dios. ¿También lo ha llamado Cherish?

—¿Cuándo lo llamó, señor? —preguntó Milo.

—Esta mañana muy temprano —contestó Wascomb—. Justo después de las seis.

Su pelo blanco ondeaba por encima de sus cejas y se había vestido de cualquier modo: una chaqueta de punto gruesa gris, mal abotonada y arrugada a la altura del pecho, camisa blanca con una de las puntas del cuello retorcida y corbata marrón anudada justo por encima del escote. Detrás de sus gafas de montura negra, su mirada era llorosa y vacilante.

—¿Qué quería, reverendo?

—Ella me dijo que necesitaba mi ayuda de inmediato. La señora Wascomb no está bien y tengo el teléfono en la entrada en vez de al lado de la cama para no despertarla. El ruido del teléfono me despertó, pero a esas horas di por sentado que era alguien que se había equivocado y no salí de la cama. Cuando volvió a sonar, lo cogí y era Cherish, se disculpó por molestarme. Me dijo que había pasado algo, me imploró que fuera a su casa tan pronto como me fuera posible. Intenté que me lo explicara. Me dijo que no había tiempo, que simplemente tenía que creerla, que si no había sido siempre una alumna fiel.

Wascomb parpadeó.

—Sí lo había sido.

—¿Estaba angustiada? —pregunté.

—Más bien... ansiosa, pero eficaz. Como si tuviera que hacer frente a un reto repentino y estuviera haciendo esfuerzos sobrehumanos para superarlo. Me pregunto si alguno de los niños o si Drew habrá enfermado. Le volví a preguntar que qué iba mal y me contestó que me lo contaría cuando llegara. Si es que iba. Le dije que iría y me fui a vestir. La señora Wascomb se había despertado, le dije que tenía uno de mis episodios de insomnio y que debería volver a dormirse. Le dije a la ama de llaves que la vigilara, me puse presentable y conduje hasta aquí.

Sus ojos empequeñecieron al viajar de Milo hacia mí.

—Cuando llegué, la puerta del jardín estaba abierta pero no había nadie en casa. La puerta delantera no estaba cerrada con llave, así que supuse que Cherish quería que entrara directamente. La casa estaba vacía. Eché un vistazo y volví a salir. Empecé a alarmarme cada vez más. Entonces, una jovencita salió de allí.

Ladeó su cabeza hacia los dos edificios anexos. Un garaje remodelado pintado de azul para que hiciera juego con la casa. Al otro lado, un cubo de cemento de apariencia extraña.

La puerta del cubo estaba entreabierta.

—La dejé abierta para que las chicas no se sintieran confinadas —comentó Wascomb—. Solo hay una ventana y tiene el cierre echado. Dos de ellas estaban en el otro edificio, el azul, pero las reuní a todas en un mismo sitio a la espera de que llegara ayuda.

—¿Ha llamado solicitando ayuda? —preguntó Milo.

—Estaba pensando a quién llamar cuando llegaron ustedes. No parece que haya ninguna crisis, aparte de que Cherish y Drew no están aquí. —Otra mirada al bloque de hormigón—. Ninguna parece saber qué está pasando, pero puede que ella no quisiera preocuparlas.

—Ninguna se refiere a las niñas.

—Sí, al rebaño.

—¿El rebaño?

—Así es cómo las llama Cherish en las instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—¡Qué pena! —lamentó Wascomb—. No sé por dónde me ando, todo esto

está siendo tan... —De un bolsillo de la chaqueta sacó dos folios de papel doblados a la mitad.

Milo los desplegó, los leyó y proyectó su mandíbula inferior hacia fuera.

—¿Dónde encontró esto, señor?

—Cuando entré en la casa, eché una miradita en la habitación y lo vi encima de la mesa. —Wascomb se humedeció los labios—. Me fijé en ello porque estaba en el centro de la mesa, encima de un trozo de papel secante. Como si ella quisiera que lo encontrara.

—¿Estaba doblado?

—No, estirado. Realmente parecía que ella tenía la intención de que yo lo leyera.

—¿Había algo más encima de la mesa?

—Bolígrafos, lápices —comentó Wascomb—. Y una caja fuerte. El tipo de caja que tienen los bancos como caja de seguridad. Eso, por supuesto, no lo toqué.

Milo me pasó los papeles. Dos páginas de clara letra manuscrita:

El rebaño: instrucciones para el cuidado diario

Patricia: intolerancia a la lactosa (hay leche de soja en la nevera).

Necesita ayuda especial con la lectura y la caligrafía.

Gloria: Ritalin 10 mg antes del desayuno, 10 mg antes de la cena, problemas de autoestima, progresa bien en todas las clases de refuerzo pero necesita mucho estímulo verbal explícito.

Amber: Ritalin 15 mg antes del desayuno, 10 mg después de la cena, Allegra 180 mg para alergias, alergia a la penicilina y alergia al marisco, no le gusta la carne pero se le debería animar a que coma pollo; matemáticas, lectura, caligrafía...

—Parece como si lo hubiera preparado todo para marcharse durante algún tiempo —observó Milo.

—Cherish siempre fue una estudiante organizada —añadió Wascomb—. Si se ha marchado por un largo periodo de tiempo, estoy convencido de que tenía buenos motivos.

—¿Como por ejemplo?

—No sabría decirle, teniente. Pero le profeso un gran respeto.

—En contraposición a Drew.

Wascomb encajó la mandíbula.

—Estoy seguro de que el doctor le ha contado nuestros problemas con Drew.

—También se ha ido él —comentó Milo.

—Son marido y mujer.

—Cree que se fueron juntos.

—No sé qué pensar, señor —repuso Wascomb.

—Cuando Cherish lo llamó, ¿no le comentó algo de que se iba, reverendo?

—No... ¿se trata de eso, teniente? No dijo nada, teniente. Esperaba encontrármela aquí al llegar. Si Cherish no lo llamó, señor, ¿puedo preguntar por qué están aquí?

—Para proteger y servir, reverendo.

—Ya veo —dijo Wascomb—. ¿Me necesitan para algo más? Me gustaría ofrecer el apoyo de Fulton para las niñas, a corto plazo. Sin embargo...

—¿Podría quedarse por aquí un rato más? —preguntó Milo—. ¿Me enseña esa caja fuerte?

—Está encima de la mesa, teniente. Debería volver con la señora Wascomb.

La mano de Milo se posó en la manga de Wascomb.

—Quédese un rato, reverendo.

Wascomb se alisó el cabello sin efecto alguno.

—Por supuesto.

—Se lo agradezco, señor. Ahora, ocupémonos del rebaño.

El interior del cubo era un cuadrado que medía aproximadamente cuarenta metros por cuarenta, con el suelo de cemento rojo y las paredes de beis rosáceo. Tres literas, con el armazón de madera, estaban dispuestas contra las paredes laterales, dos a la izquierda, una a la derecha. Una cabina de fibra de vidrio blanca, en la esquina derecha, tenía un cartel de aseo. La puerta estaba decorada con pegatinas de flores.

Un trozo de pared albergaba tres casilleros metálicos dobles abollados. En

la parte inferior de uno de ellos había una pegatina en la que se podía leer: «Material excedente de LA Unified School District», y en otro: «Practique actos de caridad espontáneos».

La única ventana que había estaba en la pared del fondo y tenía mosquitero y cierre. El cristal era lo suficientemente ancho para dejar entrar un haz de luz difuso y polvoriento. Las cortinas de estampado animal estaban abiertas. Las vistas eran la pared de atrás de la propiedad y el tejado de alquitrán negro del garaje de un vecino.

Debajo del alféizar de la ventana había una cómoda achaparrada de seis cajones. Muñecos de peluche, tubos, botes y tarritos de productos de belleza compartían la parte superior. A un lado, una pila de biblias.

Ocho chicas estaban sentadas en las tres camas de abajo y llevaban pijamas de color pastel y calcetines de felpa blancos.

Ocho pares de ojos adolescentes nos observaron. La franja de edad era muy reducida; mi conjetura era de quince a diecisiete años. Seis chicas hispanas, una negra y una blanca.

La habitación olía a hormonas, chicle y crema de cara.

Valerie Quezada estaba sentada la primera de la litera del fondo de la izquierda. Se movía nerviosa, estiraba los hombros hacia atrás y jugaba con las puntas de su largo y ondulado cabello. Otras dos chicas se movían con nerviosismo. Las demás estaban sentadas con tranquilidad.

—Buenos días, señoritas —saludó Crandall Wascomb—. Estos señores son de la policía y son muy amables. Este caballero es teniente y está aquí para ayudarlas, ambos caballeros quieren ayudarlas... —Nos lanzó una mirada de indefensión y su voz se apagó.

—Hola —dijo Milo.

Valerie lo señaló con el dedo.

—Usted ya ha estado aquí.

Milo me dio la entrada con un pequeño movimiento de cabeza.

—Sí, ya hemos estado aquí, Valerie.

—Sabe mi nombre —afirmó con tono acusatorio.

Algunas de las chicas se rieron disimuladamente.

—¿Dónde está Cherish, Valerie? —pregunté.

—Se ha marchado.

—¿Cuándo se ha marchado?

—Cuando era de noche.

—¿Sobre qué hora?

Su mirada me decía que la pregunta era absurda.

No había reloj en la habitación, ni radio, ni televisión. La luz que entraba por la ventana era el único indicador del tiempo.

La habitación estaba limpia; inmaculada, el suelo de cemento se había barrido recientemente. Las seis camas de las literas estaban hechas iguales, tenían dos almohadas pequeñas blancas y una encimera blanca doblada encima de una manta rosa.

Las sábanas estaban bien metidas al estilo militar.

No me imaginaba a Wascomb ordenando a las chicas que hicieran las camas. Tenían una rutina.

—¿Alguien más sabe a qué hora se marchó Cherish? —pregunté.

Un par de chicas negaron con la cabeza. Tenían el cabello cuidadosamente cepillado. Parecía que las jovencitas estaban bien alimentadas. ¿Con cuánta frecuencia salían de la propiedad? ¿De esta habitación? ¿Comían en la casa principal o allí? ¿La enseñanza en casa incluía excursiones? Tal vez por eso nadie había contestado al teléfono cuando llamé hacía unos días. O...

¿Cómo afectada vivir en un sitio cerrado y estéril como ese al sentido de la realidad?

—¿Alguien quiere intentar adivinarlo?

—Ellas no saben nada —comentó Valerie—. Fui yo quien la vio marcharse. Solo yo.

Me acerqué a ella. Más risas tontas.

—¿Hablaste con ella, Valerie?

Silencio.

—¿Dijo algo?

Asintió de forma reacia.

—¿Qué dijo?

—Que tenía que irse, que alguien cuidaría de nosotras.

Una de las otras chicas le dio un codazo a su compañera.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Valerie.

—No tengo ningún problema. —Contestación rápida, pero voz mansa.

—Más te vale.

—Está bien, mantengamos la calma, jovencitas —dijo Wascomb.

—¿Y el señor Daney? —preguntó Milo—. ¿A qué hora se marchó?

—Drew se marchó antes —contestó Valerie.

—¿Antes que Cherish?

—Ayer. Ella se enfadó con él.

—¿Cherish se enfadó con él?

—Ajá.

—¿Por qué se enfadó? Se encogió de hombros.

—¿Cómo sabes que estaba enfadada? —pregunté.

—Por su cara. —Valerie miró a las otras chicas en busca de confirmación.

Señaló a una chica con gafas y cabello liso y recto. La chica empezó a hacer ruidos chillones con la lengua contra los dientes. La mirada fulminante de Valerie no consiguió que parara, mi sonrisa sí.

—Así que Cherish estaba enfadada con Drew —comenté.

Valerie paró su pie.

—¿Trish? —dijo señalando a una chica guapa, de piernas largas, pelo a lo chico y cara huesuda estropeada por el acné.

Diminutivo de Patricia. Intolerancia a la lactosa. Necesita ayuda especial con la lectura y la caligrafía.

No contestó.

—Puedes decir que estaba enfadada por su cara. Dilo —ordenó Valerie. Trish sonrió, con aire distraído. Su pijama era azul cielo con un reborde de ojales blancos.

—Dilo —exigió Valerie—. Su cara. Trish bostezó.

—Nunca se enfadó conmigo.

—Solo con Drew —dije.

—Anoche no vino a casa —comentó otra chica—, probablemente eso la hiciera enfadar.

—A ella no le gustaba que no viniera a casa —afirmé.

—No.

—¿Sucedió con frecuencia?

Se encogió de hombros.

Valerie se enrollaba un buen mechón de cabello negro alrededor de un

dedo. Dejaba que se desenroscara y veía cómo caía por debajo de su cintura.

Me volví a dirigir hacia ella.

—¿Sucedía una vez a la semana? ¿O algo así?

Se quedó mirando fijamente el colchón que tenía encima de la cabeza. Echó los hombros hacia atrás, tamborileó con los dedos y con una pierna golpeteó siguiendo el ritmo.

—¿Valerie?

—Es hora de ducharse —repuso.

—¿Dónde os ducháis?

—En el otro sitio.

—¿En la casa principal?

—En el otro sitio.

—En el edificio de al lado.

—Ajá.

Volví a intentarlo con Trish.

—¿Drew salía mucho?

—Estaba aquí excepto cuando salía. —Miró a Valerie—. Como cuando salía contigo —dijo sonriendo lentamente.

Los ojos de Valerie destellaron.

—Cuéntaselo —dijo Trish—. Salíais constantemente. Por eso siempre tienes que ducharte.

Valerie se levantó de la litera y arremetió contra ella. Trish sacudió sus largos brazos en vano. Me puse entre ellas, aparté a Valerie. Estaba más o menos calmada, pero sus brazos estaban en tensión y sus hombros parecían dos bolas de acero.

—Es verdad —dijo otra chica.

—Salía contigo todo el tiempo —opinó otra—, tenías que ducharte.

—Dormías en el otro sitio —comentó una voz procedente de una litera del otro lado de la habitación.

—Te duchas siempre que quieres.

—Porque estás sucia.

Val gruñó e intentó liberarse de mí. Ella estaba sudando y la humedad resbalaba por su cara y caía en la mía.

—Está perdiendo los papeles.

—Como siempre.

—¡Te lleva fuera todo el tiempo! —exclamó Trish.

Valerie soltó una retahíla de obscenidades.

Wascomb retrocedió.

—Se levanta por las noches —añadió Trish— y deambula como... como un... vampiro. Por eso vio a Cherish.

—Nos despierta. Está bien que se quede en el otro sitio.

—Cuéntaselo, Monica. Tú, ahora, también duermes en el otro sitio.

La única chica blanca, con cara de perro y pelo rubio cobrizo, tenía la mirada fija en sus rodillas.

—Monica sale.

—Monica se tiene que duchar.

—¡Bruja! —gritó Valerie. Había parado de forcejear pero blandió su puño contra un grupo de chicas y, a continuación, contra las demás. Su mirada era dura, decidida y sin una lágrima—. ¡Cállate!

—¡Admítelo, Monica! ¡Te tienes que duchar!

—¡También te lleva fuera, Monicaaaa!

Monica bajó la cabeza.

—¡Admítelo, Monica!

Los comentarios individuales se unieron en un cántico.

—¡Admítelo! ¡Admítelo! ¡Admítelo! ¡Admítelo!

Monica empezó a llorar.

—¡Qué os den! —gritó Valerie.

—Esa clase de lenguaje no es realmente... —dijo Wascomb.

—Tú, la folladora —dijo Trish—. Tú y Monica os lo follabais todas las noches y después os teníais que duchar.

—¡Valerie folla! ¡Monica folla! ¡Valerie folla! ¡Monica folla!

Wascomb se abrazó a sí mismo contra la pared. Su tez se había vuelto pálida. Su boca se movía, pero cualquier cosa que estuviera diciendo era ahogada por el ruido.

Val se puso a gritar desaforadamente y casi se libera.

Milo se acercó y ambos la sacamos fuera del cubo.

El cántico continuó, después, se paró. Detrás de nosotros, la voz de Crandal Wascomb, débil y trémula, se filtró al aire de la mañana.

—... ¿oramos? ¿Qué tal un salmo? ¿Alguien tiene algún favorito?

CAPÍTULO 42

Llevé a Valerie a una silla del jardín. La misma silla que Cherish Daney había ocupado la primera vez que estuvimos allí. Seria y llorosa, leyendo un libro sobre cómo sobrellevar el dolor.

Su dolor había parecido auténtico. Ahora me preguntaba por qué estaba llorando realmente.

—Quiero ducharme.

—Dentro de un rato, Valerie.

—Quiero agua caliente. —Empezó a levantar las rodillas al mismo tiempo, se acarició una de ellas. Miró hacia el cielo. Hizo crujir la boca. Volvió a mirar el edificio de hormigón; silencio—. Es mi maldita agua, la quiero. Esas brujas no pueden gustarla.

—Lamento que hayan hecho eso, Valerie.

—Brujas. —Se retorció un mechón de pelo del hombro, se lo llevó a la boca y lo chupó.

—Eres la que más sabe —comenté—. ¿Tienes alguna idea de a dónde han podido ir Drew y Cherish?

—Ya se lo he dicho.

—Dijiste que Drew se marchó antes y que Cherish estaba enfadada.

—Sí.

—Pero ¿a dónde se fueron, Valerie? Es importante.

—¿Por qué?

—Cherish está enfadada con él. ¿Y si ella se fue a gritarle?

—Él está bien —respondió—. Va a sitios.

—¿Como cuál?

—Sitios.

—¿Qué clase de sitios?

—Benéficos.

—Te lleva a asociaciones benéficas.

Silencio.

—Lo ayudas y las otras chicas están celosas —añadí.

—Brujas.

—Confía en ti.

—Yo lo entiendo.

—¿Entender qué?

Silencio.

—Tú lo entiendes y por eso lo ayudas —dije.

—Ajá.

—¿Qué es lo que entiendes?

Silencio prolongado.

—¿Valerie? ¿Qué es lo que...?

—El amor.

—Entiendes el amor.

—Probablemente haya ido a una iglesia —comentó—. No me sé los nombres. Quiero ducharme...

—Una iglesia.

Silencio.

—Valerie, sé que estas preguntas son un fastidio, pero son importantes. ¿Cherish se enfadaba mucho con Drew?

—A veces.

—¿Por qué?

—Por no hacer dinero. —Soltó aire, levantó un puño y miró a la casa principal.

—Ella pensaba que él no ganaba suficiente dinero.

—Sí.

—¿Para qué?

—Ella quería hacer un viaje a Las Vegas.

—¿Ella te contó eso?

Silencio.

—Drew te lo contó.

Empezó a retorcerse el pelo de nuevo.

—Drew te dijo que Cherish quería ir a Las Vegas.

Se encogió de hombros.

—Parece como si él hablara contigo de todo —comenté.

—Ajá.

—¿Él quería dinero?

Me miró.

—Ni hablar. Él trabajaba para el alma.

—¿El alma?

—El trabajo de Dios —respondió tocándose el pecho—. Fue elegido.

—¿Y Cherish?

—Ella trabajaba por el dinero, pero era cosa difícil, él no se lo iba a dar a ella.

—¿Drew tiene dinero que no iba a darle a Cherish?

Una sonrisa iluminó su cara.

—Dinero secreto —observé.

Ella cerró los ojos.

—¿Valerie?

—Tengo que ducharme.

Se rodeó el pecho con los brazos, mantuvo los ojos cerrados y cuando hablé se puso a tararear. Llevábamos sentados en silencio unos minutos cuando Milo salió del cubo con Crandall Wascomb. Se me quedó mirando mientras caminaba. Acompañó al señor mayor a la salida.

Se volvió con las cejas levantadas.

—¿Va todo bien?

—Valerie ha sido de ayuda pero ella y yo ya hemos terminado.

Movimiento debajo de los párpados de la joven.

—¿De ayuda?

—Valerie dice que Drew tiene dinero que Cherish desconoce.

Los ojos de Valerie se abrieron.

—Es de él. No pueden cogerlo.

—¿Nunca has oído eso de que el que se lo encuentra se lo queda? — preguntó Milo.

Ella no contestó. Cerró los ojos con fuerza.

El ruido procedente de la entrada de la propiedad hizo que los abriera.

Un agente uniformado entró por la puerta del jardín.

—Ahora llega el bullicio —comentó Milo.

El oficial de policía de Van Nuys entró seguido de su compañero y, a continuación, de seis miembros de la recién creada brigada del centro de delitos contra menores, con cazadoras azul marino del Departamento de Policía de Los Ángeles. Cinco mujeres detective y un hombre, todos ellos llenos de energía, ansiosos y dispuestos a arrestar a cualquiera. Poco después, un detective de delitos sexuales de Van Nuys, llamado Sam Crawford, apareció como si le estuvieran explotando. Consultó con la policía jefe de la brigada de menores y se marchó.

La policía al cargo era una mujer morena, achaparrada, de cabello duro y de unos cuarenta años. Milo la informó, ella dio instrucciones y todos los miembros de su brigada, menos uno, entraron en el cubo. Una detective más joven, que se presentó a sí misma como Martha Vásquez, se hizo cargo de Valerie y le contestó: «Por supuesto, cariño, puedes hacerlo» cuando la chica le preguntó si podía ducharse. La condujo al garaje remodelado mientras escudriñaba el resto de la propiedad.

Milo me condujo, me presentó a la morena como Judy Weisvogel y le contó quién era yo.

—Psicólogo —comentó—. Eso puede ser de utilidad.

Milo la informó un poco más, hizo énfasis en que Drew Daney abusó de las chicas, y mencionó los presuntos asesinatos pero no profundizó en los detalles.

—Buenos días mundo —dijo Weisvogel—, se va a complicar la cosa. ¿Hay una escena del crimen allí dentro? —preguntó señalando la casa principal.

—Aún no hemos tenido tiempo de mirar —dijo Milo—. Como mínimo, se

trata de una fuga.

—Han desaparecido el pervertido y la mujer. ¿Está seguro de que se han ido en coches diferentes?

—Las chicas dicen que se fueron por separado y faltan los dos coches.

—¿Cuánto tiempo de diferencia hay entre sus respectivas huidas?

—Por lo que dicen las chicas, un día o así.

—Está bien, llamaré para pedir una orden y traeremos a nuestros expertos en tecnología para que registren el lugar. También necesitare un montón de trabajadores sociales, pero no llegan a la oficina hasta las nueve.

—La vida civil —comentó Milo.

—¿No es la bomba? —dijo Weisvogel—. ¿No tienen ni idea de a dónde podrían haber podido dirigirse el señor y la señora Pervertidos?

—No. Puede que ella no sea una pervertida.

—Lo que sea. —Weisvogel sacó su bloc de notas—. Denme sus nombres para estar atentos.

—Drew Daney —enumeró Milo—. También podría viajar con el nombre de Moore Daney Andruson.

—Anderson, ¿«en», «on»?

Milo lo deletreó.

—Su coche es un Jeep blanco. Ella conduce un Toyota. C-H-E-R-I-S-H.

—Vaya nombre. ¿No creen que se encontraron en algún lugar y se separaron?

—Una de las niñas dice que ella estaba enfadada con él —comentó Milo.

—¿Porque descubrió lo que estaba haciendo?

—No lo sé. Las niñas saben lo que ha estado sucediendo. Se han mofado de dos de las chicas que eran sexualmente activas con él.

—Si la señora lo descubrió, seguro que se ha tomado su tiempo, ¿no? —comentó Weisvogel—. ¿Qué opina, doctor, uno de esos casos de negación patológica del mal?

—Podría ser —contesté.

—Entré en esa habitación, vi a esas chicas, lo primero que me vino a la mente fue un harén. Solo Dios sabe qué vamos a encontrar cuando las examinemos.

—Parece que era selectivo. Seleccionó a una o dos chicas y les dio

privilegios. La chica con la que he hablado cree que lo ama.

Weisvogel se puso en jarras. Sus muñecas eran tan gruesas como las de un hombre.

—Bueno, ¿cuánto tiempo llevan investigando a este ejemplar ciudadano?

—Llevamos investigándolo por asesinato alrededor de una semana. El resto acaba de surgir.

—El resto —repitió Weisvogel—. Está bien, obviamente va a llevar mucho tiempo desentrañar todo esto. A propósito, doctor, ¿existe alguna posibilidad de que esté disponible para terapia? Me da igual de cuántas chicas haya abusado, todas van a estar afectadas, ¿no? Los psicólogos del Departamento están muy liados con las evaluaciones de personal y una ayuda no nos vendría nada mal.

—Por supuesto —acepté.

Ella parecía sorprendida por mi rápido consentimiento.

—Muy bien, estupendo, gracias. Lo llamaré. Mientras tanto, mantengámonos mutuamente informados, Milo.

—Lo haremos, Judy. Por cierto, hay una caja de seguridad encima de una mesa del dormitorio. Cherish la dejó a la vista al lado de las instrucciones. Las instrucciones estaban encima de un trozo de papel secante; como si se tratase de una presentación. En mi opinión, eso dice «aquí estoy», es una clara invitación a registrarla.

—Esas instrucciones —dijo Weisvogel—, me recuerdan a los estúpidos memorándums que te dan en el servicio. Ella abandona a estas chicas y escribe un manual. El maridito viola a las niñas pero ellas necesitan sus medicinas y sus nutritivos desayunos. Qué locura.

—Sería interesante ver qué hay en la caja, Judy.

Ella agitó la cabeza.

—¿Antes de obtener la orden y de que lleguen los expertos en tecnología? ¡Ni hablar!

—Daney es sospechoso de seis asesinatos, tal vez siete. Te puedo explicar por qué las circunstancias son apremiantes.

Weisvogel parecía indecisa.

—Judy —insistió Milo—, sacaba a las niñas de la propiedad para abusar de ellas, así que la casa no será tu escenario principal, el Jeep lo será.

Necesitamos encontrarlo cuanto antes y puede que haya algo en la caja que nos acerque más.

—¿Qué? ¿Crees que el perturbado ese ha dejado un mapa?

—Hay mil tipos de mapas, Judy.

—Eso es demasiado enigmático, Milo. No me siento cómoda metiendo mano a los regalitos prematuramente. Solo me falta un abogado defensor protestando por la cadena de custodia de las pruebas.

—Está a la vista, aún a pesar de que la podían haber escondido perfectamente —añadió Milo—. ¿No es una invitación a buscar?

Weisvogel sonrió.

—Deberías haber estudiado derecho. Pero ganó el auténtico trabajo.

—Podría haber abierto la caja antes de que llegaras, Judy.

—No hay duda de que podrías haberlo hecho. —Weisvogel se le quedó mirando. Sus ojos eran verdes, más claros que los de Milo, casi caqui, con pintitas azules esparcidas por el borde. Firme—. ¿Y si la caja está cerrada?

—Tengo herramientas.

—Esa no era mi pregunta.

Milo sonrió.

—¡Caray! —exclamó Weisvogel—, ¿y si hace tic tac? Sé que traerías un robot. En serio, podría ocasionar problemas con las pruebas, Milo.

—Los problemas se pueden solucionar. Encontremos a este bastardo antes de que inflija más daño y, después, solucionemos los detalles.

Weisvogel miró hacia la casa. Chasqueó los dientes. Se pasó la mano por su pelo de terrier.

—Así que me estás ordenando, como mi jefe, que abra la citada caja.

—Te estoy pidiendo un poco de flexibilidad...

—Lo que estoy escuchando es que estás haciendo uso de tu rango superior. Dado que yo solo soy un detective de segundo grado y tú eres un jefeazo.

Weisvogel dibujó una sonrisa en su cara. Tenía los dientes manchados por el tabaco.

—¿Yo soy un jefeazo? —preguntó Milo como si le acabaran de diagnosticar una enfermedad nociva.

—Lamento soltárselo tan de repente —dijo Weisvogel—. Entonces, ¿estoy entendiendo bien toda esta historia de la cadena de mando?

Seguía sonriendo.

—Vale, vale —contestó Milo—. Si alguien se queja, todo esto fue idea mía.

—Entonces, supongo que no tengo elección, teniente —afirmó Weisvogel.

Ella se reunió con sus detectives en el cubo y Milo me dijo:

—Vamos al coche.

—¿Para qué?

—Para coger las herramientas.

—No tengo.

—Tienes una palanca. Y yo tengo esto. —Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño bolígrafo linterna y un aro de ganzúas de ladrón de acero inoxidable.

—¿Siempre llevas eso encima?

—No siempre —respondió—. Solo cuando creo que se van a dejar a la vista objetos importantes.

La casa estaba ordenada, igual que la primera vez, cocina fregada y pasillos aspirados. De camino a la habitación principal, me quedé mirando la entrada del transformado lavadero sin ventanas donde Rand había dormido.

Milo entró en la habitación y me uní. La mesa estaba a la izquierda de la cama doble. Sencilla y destartada, pintada de marrón, una pieza de una tienda de segunda mano que apenas cabía en el estrecho dormitorio de Drew y Cherish Daney.

Milo se puso los guantes y echó un vistazo al armario.

—Sus prendas de vestir están aquí, pero no las de ella. Parece que ha hecho las maletas para un largo viaje.

—Y él no.

—¿Eso no da que pensar? —Se acercó sigilosamente a la mesa. Las patas estaban flojas y el tablero estaba inclinado hacia abajo. Un tarro de mermelada servía para guardar bolígrafos y lápices. El papel secante verde que Cherish había utilizado todavía seguía allí. La caja pisaba una de sus esquinas.

Caja de seguridad de bronce de cañón. Extragrande, el tipo de caja que los

bancos ofrecen a sus clientes preferentes.

Milo examinó la cerradura, levantó la caja e inspeccionó la base.

—Lleva el sello de Columbia Savings. Hace años que ya no están en el negocio.

—Material excedente, como los casilleros escolares —comenté—. Son mezquinos.

Frunció el entrecejo.

—Con todo ese dinero del condado y viven así.

—Si Valerie tiene razón, había mucho conflicto por el dinero. Puede que Drew estuviera desviando fondos y lo tuviera guardadito.

—Su alijo secreto. Eso podría ser una mentira que le contó a la niña para impresionarla.

—Yo apuesto a que es verdad. Desde el principio, él tuvo el poder con Valerie, no necesitaba demostrar su valía. —Señalé la caja.

La dejó en la mesa. Volvió a mirar la cerradura. Estudió sus ganzúas y escogió una. Levantó la caja para ver el peso.

—Parece ligera. A lo mejor Cherish encontró la pasta, la cogió y la repartió. La pregunta es: ¿a dónde se ha ido él si su ropa todavía sigue aquí?

—Él podría haber llegado primero al dinero. Percibió las sospechas de Cherish, se sintió acorralado y se marchó.

—¿Sin ropa?

—Viaja con lo puesto. Estoy pensando en Las Vegas porque le dijo a Valerie que Cherish quería ir allí.

—¿El viejo juego de las proyecciones? Sí, Las Vegas encaja con su estilo, allí los sinvergüenzas se integran con facilidad. Bueno, basta ya de conjeturas. Dame eso. —Se guardó las ganzúas en el bolsillo y me pidió la palanca.

La colocó debajo de la tapa de la caja y presionó hacia abajo. La tapa saltó sin resistencia alguna y lo desequilibró. Intentó recuperar el equilibrio y yo tuve que hacer un giro brusco para evitar que me golpeará con la palanca.

—No le echó el seguro —observó.

—Ahí tienes tu invitación a registrarla.

Lo primero que encontramos fue un trapo de fieltro gris, el tipo de trapo que se

utiliza para lustrar la vajilla de plata. No había dinero debajo, pero la caja estaba llena hasta la mitad.

Milo sacó todos los objetos y los colocó encima de la mesa.

No hay nada de gran peso.

Un recorte amarillento del periódico de Stockton, de hacía siete años y medio. Cobertura local del asesinato de Troy Turner en la cárcel. El nombre de Troy estaba subrayado en lápiz rojo, junto con una frase que lo relacionaba con el caso Malley. El nombre de Kristal Malley estaba subrayado dos veces.

Un par de pendientes largos de jade.

—¿Alguna suposición? —preguntó.

—Tal vez sean de Lara.

Una funda de gafas dura y negra. Dentro había una cuchara ennegrecida, un mechero barato y una vulgar jeringuilla ideada a partir de un cuentagotas y una aguja hipodérmica. Los cristales estaban manchados de mugre marrón. En el forro de terciopelo rojo de la funda figuraba la dirección de un oftalmólogo de Alvarado en letras doradas.

Debajo de la dirección, había un trozo de papel pegado con cinta adhesiva a la parte interior de la tapa: «Propiedad de María Teresa Almeida».

—La madre de Néstor —comenté—. Néstor la robó para guardar sus artilugios. Después de que Daney lo matara, se convirtió en su recuerdo.

Milo metió de nuevo la mano en la caja y sacó una camiseta finita, azul marino intenso con una raya horizontal roja. Sujetándola en alto por las mangas, inspeccionó la etiqueta.

—Fabricado en Malasia, talla S. También podría ser de Lara.

—Es de Jane Hannabee —corregí—. La llevaba el día que la conocí en la cárcel. Nuevecita. Weider intentaba mejorar su aspecto.

—Y Daney empeorarlo... —Inspeccionó la prenda más de cerca—. No parece que haya sangre.

—La apuñaló mientras dormía. No hubiera llevado nada nuevo. La volvió a envolver en el plástico, hurgó entre sus cosas y se llevó un recuerdo.

—Está bien, si los pendientes son de Lara, tal vez la madre pueda confirmar... verificar esto.

Una fotocopia de un documento del condado. Una solicitud para acoger a una niña.

La pupila en cuestión era una chica de dieciséis años llamada Miranda Melinda Shulte. Tanto Drew como Cherish habían firmado los papeles pero nunca llegaron a enviarse.

—Número siete —anuncié.

Milo se frotó los ojos.

—No hay pruebas de que matara a otras chicas. ¿Por qué ella, Alex?

—Solo estuvo aquí una semana, pero Beth Scoggins la describió como agresiva, apoderándose del estatus de reina abeja de Beth. Daney necesita que sean pasivas. Puede que ella se reafirmara demasiado. O ella pensaba que quería sus atenciones, pero cuando llegó el momento de la verdad, se resistió.

—No siguió el juego —planteó—. Podría haber una familia por ahí haciéndose preguntas.

O, incluso peor, podría no haberla.

—Cuando lo encontremos —aventuré—, tal vez descubramos dónde la enterró.

—Adoro tu optimismo. —Colocó la solicitud de acogida encima de la mesa. Se quedó mirándola fijamente. Volvió a la caja.

Una tableta de pastillas. Nueve espacios, siete de ellos vacíos. Dos píldoras redondas, blancas y marcadas diagonalmente. Encima de la línea media estaba impreso «Hoffman» y debajo, «1».

La etiqueta de la tableta decía: «Rohipnol, 1 mg (flunitrazepam)».

—Las pastillas de las fiestas —afirmé.

—Siguiente —intervino Milo.

Sacó la tarjeta de identificación de la AJC de Rand Duchay. La fotografía mostraba a Rand desconcertado.

En último lugar, al fondo, un sobre manila no más grande que una carta de póquer, cerrado con una cuerda y ojal. Con los guantes, Milo tuvo problemas con la cuerda. Soltó unas palabrotas y, al final, consiguió desatar la cuerda. Acercó el sobre a la mesa y lo agitó con suavidad.

Cayó una diminuta pulsera. Cubos cuadrados de plástico blanco engarzados en una cuerda rosa.

Siete cubos. Una letra en cada uno.

KRISTAL

CAPÍTULO 43

Como el cubo de cemento, el garaje remodelado tenía una única ventana. No era más grande que el cubo, pero al tener solo dos camas, parecía mucho más grande.

—Valerie, ¿dónde guardaba Drew el dinero? —pregunté—. Es importante.

Ella se sentó en su cama, yo estaba aproximadamente a un metro de ella sentado en una silla de plástico rosa.

Era una cama de verdad, no una litera. Un cabecero de madera vetado con enredaderas y flores grabadas. Una cómoda a juego con el mismo adorno. El suelo de cemento estaba casi totalmente cubierto por una raída alfombra gris.

Unos tabiques de conglomerado formaban un aseo de esquina, que incluía ducha, champú, lociones y jabones de hotel sin estrenar.

Un montón de animales de peluche en la cama de Valerie. En la cama de Monica, al otro lado de la habitación, solo había un osito de peluche azul.

Clara jerarquía. Alojamiento para la pupila preferida y para la siguiente en la escala jerárquica. ¿Qué explicaciones le habría dado Drew a Cherish? ¿Qué había estado pensando ella?

El pelo negro de Valerie brillaba porque estaba mojado. Ella jugaba con una toalla en la que ponía «Sheraton Universal». Sus ojos parecían guijarros de estanque.

—¿En una caja? —insistí—. ¿Guardaba su dinero en una caja metálica gris?

Los guijarros se redondearon al mirar a lo lejos. Pupilas diminutas. Sus manos revoloteaban encima de las rodillas.

—Hemos encontrado la caja, Valerie, pero no había dinero en ella, así que supongo que Drew se inventó todo eso.

—¡No! Yo lo he visto.

—¿Has visto el dinero?

Evitó mis ojos.

Me encogí de hombros.

—Si tú lo dices.

—Yo estaba allí.

—Pues ya no está.

—¡Bruja!

—Crees que Cherish se lo llevó.

—Ella lo robó.

—¿No era de ella?

—¡Nosotros lo conseguimos! ¡En las organizaciones benéficas!

Había fuego en sus ojos. Devoción. Beth Scoggins había relatado cómo Daney le había dado la espalda después del aborto. Habían pasado unos días desde el aborto de Valerie y ella todavía seguía creyendo que Daney se preocupaba por ella.

—Supongo que Cherish descubrió dónde lo escondía él —comenté.

Silencio.

—¿Cómo crees que lo descubrió? Se encogió de hombros.

—¿No tienes la más mínima idea, Valerie?

—Limpiando. Probablemente.

—¿Limpiando dónde?

Se levantó, recorrió el largo de la habitación, después, la periferia. Pasó al lado de la cama de Monica y colocó una esquina de la manta.

Estaba jugando a las amas de casa.

Volvió a dar vueltas alrededor de la habitación.

—¿Limpiando dónde? —repetí—. Si vamos a buscar tu dinero, tenemos que saber dónde.

Se detuvo. Anduvo un poco más. Dijo algo que no pude oír.

—¿Qué dices?

Otro susurro inaudible.

Me acerqué a ella.

—¿Dónde, Valerie?

—Debajo.

—¿Debajo de la casa?

Silencio.

—¿Hay un debajo de verdad, Valerie?

—¡Aquí! —Salió corriendo a su propia cama y empezó a golpear las sábanas. Siguió golpeándolas. Aporreándolas—. ¡Yo limpiaba muy bien pero entró a hurtadillas! ¡Bruja!

Volví a dejarla bajo la custodia de Judy Weisvogel. Milo me facilitó un par de guantes y entre los dos separamos la cama de la esquina. Años atrás, se parcheó el suelo de cemento que bordea la pared norte del garaje, se había aplicado con generosidad una especie de sellador gris encima de grietas y roturas. Las manchas de grasa que se veían debajo del blanco evocaban la función original de la habitación. En la esquina, la mancha del sellador estaba rodeada por cuatro cortes rectos que, más o menos, componían un cuadrado, de un metro cuadrado aproximadamente.

Estaba nivelado a ras de suelo, no había ni tirador ni salientes, no había forma de descubrirlo a menos que estuvieras buscándolo.

Cherish Daney lo había descubierto. Había numerosas formas de limpiar.

Milo se agachó y se quedó mirando fijamente las juntas.

—Marcas de palanca.

Colocó la palanca en una de las juntas. La losa saltó con facilidad. Debajo, había un agujero oscuro de un metro aproximadamente de profundidad.

—Está vacío —comentó Milo—. No, lo retiro...

Se arrodilló, introdujo su brazo y sacó una polvorienta caja de madera.

En la parte interior de la tapa se leía: «Smith & Wesson». La parte de abajo era de espuma y tenía una hendidura con forma de pistola.

Clavó su dedo recubierto por el guante en la espuma.

—Me pregunto quién tuvo la suerte de ser el primero.

Salimos de la propiedad, ahora acordonada con cinta. Judy Weisvogel estaba a un lado del cubo y hablaba con dulzura a Valerie. La joven retorció su cabello y cambiaba el peso de un pie al otro. Weisvogel sacó un pañuelo y limpió suavemente los ojos de Valerie. Al pasar junto a ellas, los ojos de Valerie se encontraron con los míos y me miraron con desprecio. Me hizo un corte de manga. Judy Weisvogel frunció el ceño y la alejó.

¿Qué pensaría Allison de mi técnica?

¿Qué pensaba yo?

Subimos al coche y empecé a conducir concentrándome en la pulsera de plástico de bebé.

—Parece que te ha salido un admirador allí dentro —comentó Milo.

—Está resentida porque Cherish entró en la habitación. Está enfadada conmigo por haberle sacado información. Otra violación más de su área de influencia.

—Área de influencia. Como una pequeña esposa. Qué retorcido.

—Le va a llevar mucho tiempo darse cuenta de lo que le ha hecho.

—No hay duda —afirmó—. Tu trabajo es más difícil que el mío.

Me metí en la autopista y pisé a fondo el acelerador del Seville.

—Yo creo que tenías razón con lo del registro. Está claro que Cherish quería que alguien encontrara los recuerdos. Dejó la caja fuera para Wascomb, con la esperanza de que la abriría. Sabía que aunque él no curioseara, acabaría llamando a las autoridades y la verdad saldría a la luz.

—No creas que la verdad significa mucho para ella, Alex. Ella ha abandonado a esas niñas y se ha largado con toda su ropa. Puede que incluso también con el dinero y la pistola, a menos que Drew llegara primero. Lo que probablemente haya hecho tras considerarlo. Un mal tipo como él tendría un buen olfato para ver venir los problemas. Por lo que sabemos, ya estará de fiesta en el Caesar's Palace, con una nueva identidad.

—Valerie me contó que lo llamaron y tuvo que marcharse a un segundo trabajo. En una iglesia. Podrías intentar averiguar todos los sitios donde

trabajaba y comprobar si se puede rastrear su paradero. Si la llamada era de verdad.

—¿Si? —preguntó.

—Existe otra posibilidad —añadí—. Cherish cogió el dinero y la pistola. Y Cherish tiene novio.

El trayecto a Soledad Canyon duró cuarenta minutos. No aparqué lejos y fuimos andando hasta el campamento. Milo desabrochó la funda de la pistola pero la mantuvo enfundada.

No había cuervos, ni halcones, ni ningún tipo de indicio de vida en el cielo grisáceo, tan vacío como un desierto. A pesar de haber pisado el acelerador, el trayecto había sido tedioso, caracterizado por largos tramos en silencio, graveras, desguaces y conjuntos habitacionales construidos en extensiones polvorientas que hoy parecían más deprimentes. Los promotores exprimirán el desierto todo lo que se les permita. Las familias se mudarán allí y tendrán hijos que se transformarán en adolescentes. Los aburridos adolescentes se hartarán del calor, de la tranquilidad y de ver pasar los días sin cambios. Demasiado de nada generaría problemas. La gente como Milo nunca se quedaría sin trabajo.

Tampoco las personas como yo.

De camino a la entrada de Mountain View Sejour, Milo se detuvo, llamó por teléfono y comprobó si con el boletín de alerta BOLO se había localizado el Jeep de Drew Daney.

—Nada —parecía casi aliviado por el fracaso.

Había poco movimiento en el campamento. Dos autocaravanas en el aparcamiento, el generador estaba en silencio. Eso, la capa de polvo recién formada y el apático cielo imprimían al lugar un aspecto desolador.

No había señal de Bunny MacIntyre. Fuimos directos a través de los árboles.

La ranchera negra de Barnett Malley estaba aparcada exactamente en el mismo lugar, delante de la cabaña de cedro.

Las persianas estaban levantadas.

Milo había sacado el arma. Me indicó que me quedara detrás de él, avanzó despacio. Miró dentro de la ranchera desde todos los ángulos. Siguió avanzando hacia la puerta delantera de la cabaña.

Toc toe.

Nadie contestó. «¿Quién anda ahí?».

La alfombrilla estaba en su sitio, cubierta de hojas secas y cagadas de pájaros. Milo desapareció detrás de la parte sur de la cabaña, lo mismo que había hecho la primera vez. Volvió y probó a abrir la puerta principal. Se abrió. Entró. Gritó: «Entra».

Espacio rústico, paneles de madera, limpio y con olor a Lysol. Tan vacío como el escondite de Drew Daney.

Salvo por el piano. Un piano vertical Gulbransen, marrón y astillado, con las partituras sujetas en el estante con una pinza.

La primera era *Last Date*, de Floyd Cramer. A continuación: *Country Songs for Easy Playing*, *Desperado*, de los Eagles y *Lawyers, Guns, and Money*, de Warren Zevon.

El estante para armas de la pared estaba vacío. A través del desinfectante se filtraban los olores a sudor de hombre, ropa vieja y aceite lubricante.

Una voz detrás de nosotros gritó:

—¿Qué diablos se creen que están haciendo?

Bunny MacIntyre estaba en la entrada. Se había recogido la permanente caoba con un pañuelo naranja y llevaba una camisa vaquera de cuadros azules metida dentro de unos pantalones vaqueros de pata recta. Un collar rodeaba su cuello con papada. De la piedra del centro colgaba un símbolo de la paz turquesa de plata.

Barnett Malley lo había llevado el día que intentamos hablar con él.

MacIntyre se percató de la pistola que llevaba Milo y dijo:

—Puf. Retire esa estúpida cosa.

Milo accedió.

—Les he hecho una pregunta —manifestó ella.

—Parece que tiene una vacante, señora.

—Y va a seguir así.

—¡Vaya por Dios! Y yo que estaba pensando en mudarme al campo.

—Entonces váyase a otra parte. Esta es mi casa. Va a ser un estudio de pintura —alegó MacIntyre—. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Así que márchense ahora mismo, no tiene mi consentimiento para entrar. Lárguense.

Hizo un gesto para que nos marchásemos.

Todavía con la sonrisa en la cara, Milo se acercó rápidamente a ella dando grandes zancadas. Cuando estaba a unos pasos de ella su sonrisa había desaparecido y su semblante se había ensombrecido.

—¿Cuándo se ha marchado Malley y a dónde ha ido? Y no quiero tonterías —afirmó Milo.

Las pestañas rosas de MacIntyre revolotearon.

—No me asusta —repuso, pero su voz de fumadora se debilitó.

—No quiero asustar a nadie, señora, pero la esposaré y la arrastraré hasta la comisaría por obstrucción a la justicia si sigue contestándome.

—No puede hacer eso.

Le hizo girar y le puso un brazo en la espalda. Con cuidado. El lamento debilitaba su mirada.

Una mirada que decía «una mujer mayor. En eso se ha convertido».

Bunny MacIntyre bramó:

—¡Estúpido matón! ¿Qué quiere de mí?

Su voz era pura tensión, una octava más alta. Milo le soltó el brazo y le giró la espalda para que pudiera tenerle cara a cara.

—La verdad.

Ella se frotó la muñeca.

—Valiente grandullón. Voy a presentar una queja.

—Estoy seguro de que era emocionante tenerlo aquí —comentó Milo—. Un tipo joven, no le estoy juzgando. Pero se ha marchado, con una mujer de su misma edad, y las cosas se han puesto feas ahí fuera, en el mundo real, así que es hora de que deje a un lado sus fantasías de señora Robinson y me ayude a averiguar la verdad.

Bunny MacIntyre se quedó boquiabierta. Sonrió.

—¿Pensó que era mi hombre objeto? Amigo, ¿es usted imbécil? —Más

risas.

—Lo está encubriendo —aseveró Milo—. ¿Todo esto por una relación platónica?

MacIntyre se rió hasta quedarse ronca.

—¡Estúpido, estúpido, estúpido! Somos familia, imbécil. Es el hijo de mi hermana. Ella murió de cáncer, igual que el padre de Barnett. Y a pesar de lo que dice el gobierno, nunca me convencerán de que no fue por culpa de aquella radiación.

—Los Álamos.

Ella parpadeó.

—Déjenme contarles, tienen todo tipo de cosas raras sucediendo por ahí. Hace unos años, hubo un inmenso incendio que quemó miles de hectáreas excepto el laboratorio. ¿Les parece lógico? Supuestamente lo provocaron unos guardas forestales para controlar los fuegos del bosque pero los vientos lo descontrolaron. —Resopló—. Que se lo digan a los marines.

—Barnett es su sobrino.

—Según las últimas noticias, así es cómo se llama el hijo de una hermana. Soy todo lo que le queda, señor. Es huérfano, ¿lo pilla? Quería acogerlo desde el principio, pero no quería limosna así que lo mandé a Gilbert Grass. Cuando Gilbert falleció, le dije que me vendría muy bien su ayuda. Lo cual era cierto. ¿Ahora es ilegal ayudar a la familia?

—Tiene una hermana en Ohio.

MacIntyre frunció la boca.

—Esa. Se casó con un banquero, un pijo rico. Ella siempre miró a Barnett por encima del hombro porque a él no le iba lo de estudiar. No era estúpido, no piensen que era estúpido. Tenía dificultades para leer pero si le dabas un surtidor para que arreglase o si de dabas algo para construir lo hacía en un santiamén.

—Enhorabuena. Ahora, dígame dónde está.

—Es un buen hombre —dijo MacIntyre—. ¿Por qué no simplemente lo dejan en paz?

—¿Dónde está, señora?

—No lo sé.

—Señora MacIntyre...

—¿Está sordo? —Se volvió a frotar la muñeca—. Puede seguir preguntándome hasta mañana, pero no lo sé. No me lo contó.

—¿Se marchó sin despedirse?

—Se marchó después de haberme dado las gracias por todo lo que había hecho por él, me dijo que era hora de marcharse. No le hice preguntas porque no me gusta hacer preguntas y a Barnett no le gusta contestarlas. Ya ha sufrido bastante. Es vegetariano, ¿no le dice nada eso?

—Que le gustan los animales.

—Que es pacífico.

—¿Cuándo se marchó?

—Hace tres días.

—Su ranchera está aquí.

—¡Caramba! —dijo MacIntyre—, Sherlock Holmes ha debido de coger unos kilitos.

—¿Qué está usando como medio de transporte?

Silencio.

—¿Señora?

—Tiene otra.

—¿Otra ranchera? —preguntó Milo—. No está registrada.

—Está registrada a mi nombre.

—Entonces es su responsabilidad, no de él.

—Supongo.

—¿Qué clase?

MacIntyre no contestó.

—Si algo pasa —observó Milo—, la responsabilidad es suya. Y si está registrada, solo tengo que hacer una llamada.

Ella torció la boca.

—Si no lo está —añadió—, tiene un problema.

—Todavía no la he registrado. Era de Gilbert, se la compré a su viuda.

—¿Qué marca?

—También es una Ford.

—¿Color?

—Negra también.

—¿Dónde la guarda Barnett?

—En algún lugar de Santa Clarita y no me pregunte dónde porque no lo sé.

—¿En un garaje?

—En uno de esos sitios de tuneado. Le están haciendo unas cosillas. Le están emperifollando el motor, poniéndole grandes ruedas, ya sabe; cosas de chicos. ¿No cree que tiene derecho a divertirse un poco con cosas de chicos?

—¿Viaja solo?

—Usted acaba de decir que tenía una novia.

—¿Lo sabía antes de que yo le dijera nada? —preguntó Milo.

—Mencionó que tenía una amiga, pero eso es todo, no sé su nombre.

—¿Nunca llegó a conocerla?

—No, pero es buena para Barnett y eso es lo único que me importa.

—¿Cómo sabe que es buena para él?

—Empezó a estar un poco feliz.

CAPÍTULO 44

Volvimos a la carretera y Milo comprobó de nuevo el boletín de alerta BOLO mientras yo arrancaba el Seville. Meneó su cabeza.

—Ahora maltrato arpías.

—Ella sobrevivirá.

—Gracias por tu apoyo —manifestó—. ¿Dónde está tu lado sensible?

—Hibernando. ¿Quieres que vayamos a Santa Clarita y busquemos el garaje que le hizo unos arreglos a la ranchera de Barnett?

—Demasiado trabajo para tan poco sueldo. Malley y Cherish ya estarán en la carretera. La pregunta es en qué carretera.

—También está el problema del Toyota de Cherish.

—¿Crees que viajan por separado? Ya has oído a MacIntyre. Barnettes feliz.

—Haría falta algo más que un romance para llevar la felicidad a su vida.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que se negara a colaborar contigo porque ya tuviera su propio plan. La expresión «pasar página» debería ser eliminada de nuestro vocabulario, pero un tipo en su situación podría pensar que obtener alguna clase de satisfacción podría aliviar su dolor. Y Cherish podría ayudarle.

—Venganza —afirmó.

—Esa es otra palabra para lo mismo.

Cuando estábamos de vuelta en Valley, el sol empezó a ponerse. Conduje

directamente al parque donde Kristal Malley había sido asesinada, esperando una simple simetría. En lugar del cadáver de Drew, encontramos un lugar en un estado lamentable, lleno de maleza y basura.

Milo había sacado su pequeño bolígrafo linterna y enfocó el pequeño haz de luz hacia los mismos aseos públicos descritos en el informe policial de Sue Kramer, el mismo contenedor que, ahora, rebosaba desechos.

Los mismos columpios donde un par de jóvenes asesinos habían estado sentados fumando y bebiendo cerveza.

Esta noche, no había ningún niño. No había ni un alma. A lo lejos, las viviendas de tejado plano de la Ciudad 415, que se estaban desmoronando, estaban fuertemente iluminadas desde arriba, las bombillas de seguridad luchaban contra la oscuridad. Se oyó una sirena de policía que se fue ahogando a lo lejos. El ruido de gritos, risas y tambores se filtraba a través del silencio de la noche. El aire estaba cargado, era agobiante y peligroso, como unas manos apretándote la garganta.

Milo se guardó en el bolsillo el bolígrafo linterna.

—Buen intento. Podrían estar en cualquier parte. Tal vez Cherish quisiera realmente ir a Las Vegas.

—¿Dónde se encontró exactamente a Lara?

Se sentó en uno de los columpios. La cadena chirrió en señal de protesta. Llamó a Sue Kramer y le planteó la misma pregunta, la escuchó con atención. Tomó algunas notas, colgó y me las pasó.

—Por si sirve de algo.

La reserva Sepulveda Basin Wildfire está compuesta por unas noventa y una hectáreas de lo que pasa por hábitat natural en Los Ángeles. Aún a pesar de estar encerrado entre dos autopistas, el refugio, poblado de vegetación autóctona y formado por una presa de agua no potable y sofisticados canales de drenaje, es precioso. A los pájaros les encanta y unas doscientas especies migran y emigran. Se admiten visitantes pero con restricciones. Prohibido cazar, pescar, montar en bici y dar de comer a los patos. Tampoco se puede apartar uno de los caminos señalados.

Siguiendo las indicaciones de Sue Kramer, me metí por el bulevar Balboa,

justo antes del instituto Birmingham High School y atravesé un tramo de carretera sin árboles. Poco después, apareció el río de Los Ángeles, una depresión llena de grafitis que estaba vacía a consecuencia de un invierno afectado por la sequía.

—Ella aparcó justo ahí —dijo Milo, señalando a un sitio que lindaba con el río, medio escondido por una plantación inicial de eucaliptos.

No se veía ningún coche.

Seguí conduciendo.

—Y, ahora, ¿hacia dónde vamos? —preguntó.

—Tal vez a ninguna parte.

—Entonces, ¿para qué molestarnos?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Seguimos hacia el sur en dirección a Burbank, giré a la izquierda y atravesé el límite sur de la reserva. Estaba cubierto de árboles. Las señales conducían hacia la presa. No había más aves de las que habíamos visto en Soledad Canyon. A lo mejor sabían algo.

Los dos lo vimos al mismo tiempo.

Un Jeep blanco al fondo de un pequeño aparcamiento de Burbank. El único vehículo del aparcamiento. Las señales indicaban que el aparcamiento legal había terminado hacía una hora.

—A la vista de todos. Toma nota por si acaso. ¿Dónde están los nazis del aparcamiento cuando los necesitas?

Aparqué detrás del Jeep.

—Está aquí mismo y nadie se da cuenta —comentó Milo.

—Ahí tienes tu invitación a registrar.

Y volvió a sacar otro par de guantes de plástico. ¿Cuántos llevaba encima? Dio una vuelta alrededor del Jeep, inspeccionó los bajos del vehículo y después las ventanillas. Las puertas estaban cerradas y el interior estaba vacío. Había una visión clara de la parte de almacenaje trasera a través de la ventana trasera. No había nada.

—¿Te apetece dar una vuelta? —preguntó.

Un camino de tierra coronaba la presa. Árboles más gruesos, más eucaliptos, plátanos de sombra retorcidos, robles salvajes que disfrutaban de la sequía, y árboles de hoja perenne que sufrían por ella. Había numerosas vías para salir a través de caminos allanados que desembocaban en Burbank y Victory, pero nos mantuvimos en el fango. A unos veinte metros, la vegetación se espesó aún más y el camino se ennegreció. El bolígrafo linterna de Milo despedía una luz muy débil que se desvanecía a un metro por delante de nosotros.

Piedras, suciedad y bichos correteando.

—Has venido bien preparado —observé.

—Se lo debo a mi época de Boy Scout —comentó—. Alcancé el rango más alto, el de Águila. Si lo supieran.

Nos habíamos pateado la mitad de la reserva y no habíamos encontrado nada. La emoción que me había puesto el corazón a mil cuando encontramos el Jeep había empezado a desvanecerse.

Estábamos a punto de darnos media vuelta cuando el sonido lo delató.

Un zumbido bajo, insistente, casi ahogado por el rugido de la autopista.

Moscas.

Milo hizo uso de sus largas piernas y llegó en cuestión de segundos.

Cuando lo alcancé, el bolígrafo linterna apuntaba a un plátano de unos doce metros.

Árbol de tronco robusto y ramas hinchadas y con manchas. A diferencia de los árboles de hoja perenne y de los robles salvajes del entorno, solo lucía unas hojas marrones y secas.

Drew Daney, vestido con zapatillas y pantalones de deporte oscuros, colgaba de una rama baja, con los pies colgando a unos cinco centímetros del suelo. Su cabeza estaba torcida hacia un lado, tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas y su lengua parecía una berenjena japonesa colgando de una boca torcida.

Milo enfocó la luz a su cabeza. Un único disparo en la sien izquierda. Herida de entrada con forma de estrella. Orificio de salida más grande. Diminutas hormigas entraban y salían por ambos orificios a gran velocidad. Las moscas parecían tener preferencia por el orificio de salida.

Le llevó un rato, pero encontró el agujero del árbol donde estaba alojada la bala.

Los ojos y la lengua de Daney ponían de manifiesto que lo habían ahorcado primero.

—Ensañamiento —dije pensando en la oscilación de Daney, a poca distancia del suelo. Agarrándose a la cuerda, intentando subir.

Utilizando la robusta parte superior de su cuerpo. Tal vez resistiera segundos, incluso minutos.

Cayendo inevitablemente. Sintiendo cómo se le escapaba la vida.

Milo bajó el haz de luz.

—Mira.

La entrepierna de Daney estaba muy ocupada. Cavidad destrozada, con los bordes del agujero del pantalón, donde había impactado el disparo, deshilachados.

Aquí las moscas eran las reinas.

Milo se acercó e inspeccionó. Algunos insectos se dispersaron pero la mayor parte de ellos siguieron con la faena.

—Parecen disparos... un montón de ellos. —Se quedó de pie y estudió el tronco del árbol, hacia abajo—. Sí, aquí está, parecen... cuatro, no, cinco balas... sí, cinco.

—Vacío un cargador de seis balas —dije—. Una pistola de vaquero.

—Hay algo más. —Alumbró, echó un vistazo y señaló—. Un par de anillos.

Me acerqué y vi dos alianzas de oro blanco salpicadas con pequeñas gemas azules. Los mismos anillos que había visto en la cárcel hacía ocho años.

Clavados con chinchetas en lo que quedaba del órgano de Daney.

—Las alianzas de boda de Drew y Cherish —comenté—. Ella cumplió su promesa.

Milo se alejó del cadáver. Lo miró de arriba abajo. Inexpresivo.

Sacó de golpe el móvil y llamó a la comisaría de Van Nuys.

—Soy el teniente Sturgis. Cancelen la orden de búsqueda del fugitivo desaparecido Daney. Daney. Se lo deletrearé.

CAPÍTULO 45

Milo y yo nos apartamos del cadáver y esperamos.

—Justicia —dijo Milo.

Estaba inquieto, se acercó de nuevo y examinó las zapatillas de Daney. Cinco centímetros fatales.

—No debió de haber sido fácil. ¿Crees que utilizaron la pistola de Drew o que Barnett echó mano de su arsenal?

—Supongo que utilizaron la de Drew. La tentación de justicia poética.

—Cherish la cogió junto con el dinero. Si te decantas por la ironía, ¿por qué esperar?

Teniendo en cuenta que había que recorrer el camino de tierra a pie, los seis agentes no tardaron mucho en llegar. A continuación, cuatro detectives y una furgoneta blanca de la oficina del juez de instrucción con dos inspectores.

Milo informó rápidamente a uno de los detectives y, después, se acercó donde yo estaba sentado, justo fuera de la cinta que acordonaba la zona.

—¿Nos vamos a cenar?

—¿Eso es todo?

—Ahora es el problema de otro.

CAPÍTULO 46

Aquella noche Allison llamó.

—Estoy en el coche. A diez minutos. ¿Puedo pasarme por ahí?

—Por supuesto.

Dejé la puerta de la entrada abierta. Siete minutos después, entró dando zancadas.

Iba pintada y enjoyada, y llevaba el pelo suelo y brillante. Vestía una blusa de seda blanca, de líneas elegantes, metida por dentro de unos pantalones de vestir color vino. Sandalias burdeos con pequeños lazos. Finas cadenas doradas colgaban por sus empeines.

Nos sentamos en el salón. Pierna con pierna. Le cogí la mano. Ella me acarició la rodilla.

—Parece que han pasado años —observó—. Desde que nos divertimos algo.

—Han pasado años.

—Me enteré de lo de Drew Daney. Salió en las noticias; algo sobre la presa Sepulveda. No dieron muchos detalles.

—¿Quieres detalles?

—En realidad, no. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. —Bajó la mirada.

—¿Qué sucede?

—Ojalá pudiera quedarme para darte algo de diversión, Alex, pero tengo que marcharme a Connecticut en un par de días. Mi abuela se cayó, se rompió

la cadera y Wes dice que parece haberle afectado a la cabeza, que simplemente no es ella misma. Me cogería un avión esta misma noche pero todavía tengo que hacerme cargo de Beth. Está mejor, mucho mejor y hay una interna muy buena que quiere trabajar con ella. Parece que a Beth le gusta pero todavía no hay vínculo entre ellas y hay que tener en cuenta el tema del abandono. Espero conseguir que acepte a la residente en un par de días. Que comprenda que mi ausencia será temporal.

Ella suspiró.

—No le diría a nadie esto, pero no hay nada que me dé más miedo que volver y descubrir que ella prefiere a la residente.

—Sé cómo te sientes.

—Estoy tan agotada, Alex. Cada minuto que no estoy en la consulta, estoy en el hospital. Ahora mi abuela. A veces siento que soy un huésped y que los demás son parásitos. ¿No es horrible? Nadie me obligó a aceptar este trabajo.

La rodeé con mi brazo. Ella permaneció rígida durante un instante, a continuación, apoyó su cabeza en mi hombro. Su cabello me hacía cosquillas en la nariz. Lo soporté.

Poco después, dijo:

—Sé que tengo muchas cosas que decirte, pero sencillamente no tengo energía. Así que, ¿podríamos ir simplemente a la cama y no tener relaciones sexuales? Si te niegas lo entendería, pero si aceptas, te estaría muy agradecida.

Me levanté y le cogí la mano.

—Gracias —añadió—. Por lo menos tengo un amigo.

Ella se siente orgullosa de cuerpo y normalmente se desnuda delante de mí. En esta ocasión, se desnudó en el cuarto de baño y apareció con su sujetador y sus bragas puestas. Yo estaba desnudo, debajo de las sábanas. Cuando ella se deslizó dentro de la cama y sentí el colchón rebotar, se me puso dura y me di la vuelta para que no saltara a la vista.

Aun así, ella lo notó, rodó hasta mí, me la apretó y la soltó.

—Está tan a punto —comentó—. Lo siento. —Tumbada sobre su espalda, dejó caer un brazo blanco y suave sobre sus ojos.

—No tienes que disculparte —dije. No tenía por qué molestarme. Ella se quedó dormida en un santiamén, respirando por la boca, con el pecho palpitando.

Sabía que Morfeo no vendría a mi encuentro. Estaba muy lejos de mi biorritmo y tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Mañana por la mañana. ¿Qué enfoque debería adoptar con Monica Strunk?

¿Sería capaz Valerie de conectar con algún terapeuta?

¿Dónde estaba Miranda?

¿Mi papel como asesor de la policía haría que cualquier acercamiento a las chicas fuera trivial y tuviera que terminar notificando mi fracaso a Judy Weisvogel?

Un hombre en un árbol.

Una pulsera de bebé.

Intentado respirar con calma, me esforcé por cerrar el caso.

Pensé en una llamada que tendría que hacer tarde o temprano.

Temprano más que tarde, dadas las circunstancias.

Mientras Allison dormía, ensayé la conversación mentalmente.

Ring, ring, ring.

Soy yo.

Ah, hola.

¿Cómo estás?

Bien. ¿Y tú?

Aguantando.

Eso es bueno.

Pensaba que podría pasarme. A visitar a Spike.

Claro, está bien. Yo también estaré ahí.